

**Cien obras imprescindibles para
el conocimiento de la cultura universal**

Montesquieu
CARTAS PERSAS

Traducción y notas
María Rocío Muñoz

Prólogo
María Eugenia Galicia



**Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes**

Primera edición en Cien del Mundo: 1992

Producción: Dirección General de Publicaciones del
CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA
Y LAS ARTES

D.R. © De la presente edición
Dirección General de Publicaciones
Calz. México Coyoacán 371
Xoco, CP 03330
México, D.F.

Traducción cedida por
S.A. de Promoción y Ediciones
Av. Monteras, 50-52
28050 Madrid, España

ISBN 968-29-3544-X

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

Prólogo	13
Prefacio del autor	23
I. Usbek a su amigo Rustán, en Ispahán	27
II. Usbek al primer eunuco negro, en su serrallo de Ispahán	28
III. Zachí a Usbek, en Tauris	29
IV. Zelís a Usbek, en Erzerún	30
V. Rustán a Usbek, en Erzerún	31
VI. Usbek a su amigo Nessir, en Ispahán	31
VII. Fátima a Usbek, en Erzerún	33
VIII. Usbek a su amigo Rustán, en Ispahán	34
IX. El primer eunuco a Ibbi, en Erzerún	35
X. Mirza a su amigo Usbek, en Erzerún	39
XI. Usbek a Mirza, en Ispahán	39
XII. Usbek al mismo, en Ispahán	42
XIII. Usbek al mismo	45
XIV. Usbek al mismo	46
XV. El primer eunuco a Jarón, eunuco negro, en Erzerún	47
XVI. Usbek al <i>mollack</i> Mohamed Alí, guardián de las tres tumbas, en Kum	48
XVII. Usbek al mismo	49
XVIII. Mohamed Alí, servidor de los profetas, a Usbek, en Erzerún	51
XIX. Usbek a su amigo Rustán, en Ispahán	53
XX. Usbek a Zachí, su esposa, en el serrallo de Ispahán	54
XXI. Usbek al primer eunuco blanco	56
XXII. Jarón al primer eunuco, en el serrallo de Ispahán	57
XXIII. Usbek a su amigo Ibben, en Esmirna	58
XXIV. Rica a Ibben, en Esmirna	59
XXV. Usbek a Ibben, en Esmirna	62
XXVI. Usbek a Roxana, en el serrallo de Ispahán	62
XXVII. Usbek a Nessir, en Ispahán	65
XXVIII. Rica a...	66

XXIX.	Rica a Ibben, en Esmirna	68
XXX.	Rica al mismo, en Esmirna	70
XXXI.	Rhedi a Usbek, en París	71
XXXII.	Rica a...	72
XXXIII.	Usbek a Rhedi, en Venecia	73
XXXIV.	Rica a Ibben, en Esmirna	74
XXXV.	Usbek a su primo Gemchid, derviche del brillante monasterio de Tauris	76
XXXVI.	Usbek a Rhedi, en Venecia	77
XXXVII.	Usbek a Ibben, en Esmirna	79
XXXVIII.	Rica a Ibben, en Esmirna	80
XXXIX.	Hagi Ibbi al judío Ben Josué, prosélito mahome- tano, en Esmirna	82
XL.	Usbek a Ibben, en Esmirna	83
XLI.	El primer eunuco negro a Usbek	84
XLII.	Pharan a Usbek, su soberano señor	85
XLIII.	Usbek a Pharan, en los jardines de Fatmé	86
XLIV.	Usbek a Rhedi, en Venecia	86
XLV.	Rica a Usbek, en...	87
XLVI.	Usbek a Rhedi, en Venecia	89
XLVII.	Zachi a Usbek, en París	90
XLVIII.	Usbek a Rhedi, en Venecia	92
XLIX.	Rica a Usbek, en...	97
L.	Rica a...	98
LI.	Nargum, enviado de Persia en Moscú, a Usbek, en París	99
LII.	Rica a Usbek, en...	101
LIII.	Zelis a Usbek, en París	102
LIV.	Rica a Usbek, en...	103
LV.	Rica a Ibben, en Esmirna	105
LVI.	Usbek a Ibben, en Esmirna	107
LVII.	Usbek a Rhedi, en Venecia	108
LVIII.	Rica a Rhedi, en Venecia	110
LIX.	Rica a Usbek, en...	111
LX.	Usbek a Ibben, en Esmirna	112
LXI.	Usbek a Rhedi, en Venecia	114
LXII.	Zelis a Usbek, en París	115
LXIII.	Rica a Usbek, en...	117
LXIV.	El jefe de los cunucos negros a Usbek, en París	118
LXV.	Usbek a sus mujeres, en el serrallo de Ispahán	120
LXVI.	Rica a...	121

LXVII.	Ibben a Usbek, en París	122
LXVIII.	Rica a Usbek, en...	131
LXIX.	Usbek a Rhedi, en Venecia	132
LXX.	Zelis a Usbek, en París	135
LXXI.	Usbek a Zelis	136
LXXII.	Rica a Usbek, en...	137
LXXIII.	Rica a...	137
LXXIV.	Usbek a Rica, en...	138
LXXV.	Usbek a Rhedi, en Venecia	139
LXXVI.	Usbek a su amigo Ibben, en Esmirna	140
LXXVII.	Ibben a Usbek, en París	142
LXXVIII.	Rica a Usbek, en...	142
LXXIX.	El gran eunuco a Usbek, en París	146
LXXX.	Usbek a Rhedi, en Venecia	147
LXXXI.	Nargum, enviado de Persia en Moscovia, a Usbek, en París	148
LXXXII.	Rica a Ibben, en Esmirna	150
LXXXIII.	Usbek a Rhedi, en Venecia	151
LXXXIV.	Rica a...	152
LXXXV.	Usbek a Mirza, en Ispahán	153
LXXXVI.	Rica a...	155
LXXXVII.	Rica a...	157
LXXXVIII.	Usbek a Rhedi, en Venecia	158
LXXXIX.	Usbek a Ibben, en Esmirna	159
XC.	Usbek al mismo, en Esmirna	161
XCI.	Usbek a Rustán, en Ispahán	162
XCII.	Usbek a Rhedi, en Venecia	163
XCIII.	Usbek a su hermano Santón, en el monasterio de Casbin	164
XCIV.	Usbek a Rhedi, en Venecia	165
XCv.	Usbek al mismo	166
XCVI.	El primer eunuco a Usbek, en París	169
XCvII.	Usbek a Hassein, derviche de la montaña de Jarón	170
XCvIII.	Usbek a Ibben, en Esmirna	172
XCIX.	Rica a Rhedi, en Venecia	174
C.	Rica al mismo	175
CI.	Usbek a...	177
CII.	Usbek a Ibben, en Esmirna	177
CIII.	Usbek al mismo	180
CIV.	Usbek al mismo	181

CV.	Rhedi a Usbek, en París	182
CVI.	Usbek a Rhedi, en Venecia	184
CVII.	Rica a Ibben, en Esmirna	187
CVIII.	Usbek a...	189
CIX.	Rica a...	190
CX.	Rica a...	191
CXI.	Usbek a...	192
CXII.	Rhedi a Usbek, en París	193
CXIII.	Usbek a Rhedi, en Venecia	195
CXIV.	Usbek al mismo	197
CXV.	Usbek al mismo	199
CXVI.	Usbek al mismo	201
CXVII.	Usbek al mismo	203
CXVIII.	Usbek al mismo	205
CXIX.	Usbek al mismo	206
CXX.	Usbek al mismo	207
CXXI.	Usbek al mismo	208
CXXII.	Usbek al mismo	211
CXXIII.	Usbek al <i>mollack</i> Mohamed Ali,* guardián de las tres tumbas, en Kum	213
CXXIV.	Usbek a Rhedi, en Venecia	214
CXXV.	Rica a...	215
CXXVI.	Rica a Usbek, en...	217
CXXVII.	Rica a Ibben, en Esmirna	218
CXXVIII.	Rica a Usbek, en...	219
CXXIX.	Usbek a Rhedi, en Venecia	221
CXXX.	Rica a...	223
CXXXI.	Rhedi a Rica, en París	226
CXXXII.	Rica a...	229
CXXXIII.	Rica a...	231
CXXXIV.	Rica al mismo	231
CXXXV.	Rica al mismo	233
CXXXVI.	Rica al mismo	235
CXXXVII.	Rica al mismo	237
CXXXVIII.	Rica a Ibben, en Esmirna	238
CXXXIX.	Rica al mismo	240
CXL.	Rica a Usbek, en...	241
CXLI.	Rica al mismo	241
CXLII.	Rica a Usbek, en...	248
CXLIII.	Rica a Nathanael Levi, médico judío, en Li- vorno	253
CXLIV.	Rica a Usbek	256

CXLV.	Usbek a Rhedi, en Venecia	257
CXLVI.	El gran eunuco a Usbek, en París	259
CXLVII.	Usbek al primer eunuco, en el serrallo de Ispahán	259
CXLVIII.	Narsit a Usbek, en París	260
CXLIX.	Usbek a Narsit, en el harén de Ispahán	260
CL.	Solim a Usbek, en París	261
CLI.	Narsit a Usbek, en París	262
CLII.	Usbek a Solim, en el serrallo de Ispahán	263
CLIII.	Usbek a sus mujeres, en el harén de Ispahán ...	264
CLIV.	Usbek a Nessir, en Ispahán	264
CLV.	Roxana a Usbek, en París	265
CLVI.	Zachí a Usbek, en París	266
CLVII.	Zelis a Usbek, en París	267
CLVIII.	Solim a Usbek, en París	268
CLIX.	Solim a Usbek, en París	268
CLX.	Roxana a Usbek, en París	269
Apéndice		271
Apologías		271
Cartas y fragmentos de cartas		272
Usbek a...		272
Rica a Usbek, en el campo		275
Hagi Ibbi a Gemchid, derviche de la montaña de Jarón		276
El rey del Tíbet a la congregación de la propaganda, en Roma		278
El gran eunuco a Janum, en...		279
Rica a Usbek		282
Usbek a Zelis		283

PRÓLOGO

Charles-Louis de Secondat, barón de La Bréde y de Montesquieu (1689-1755), es uno de los pensadores más notables e influyentes del Siglo de las Luces, sobre todo por su contribución al desarrollo de las doctrinas filosófico-políticas. No menos significativos para la sociología moderna resultan los vínculos que estableció entre fenómenos de la naturaleza y el acontecer de la sociedad.

Miembro de la nobleza de toga, Montesquieu nació en el castillo de La Bréde. Su formación inicial estuvo a cargo de los oratorianos de Juilly; más tarde cursó estudios de derecho. Fue consejero del Parlamento de Burdeos en 1714 y, dos años después, presidente del Parlamento de la antigua provincia francesa de Guyena. En 1728 ingresó a la Academia Francesa. Al heredar los cargos de magistrado, Montesquieu llegó al puesto idóneo para conocer los negocios públicos y percatarse diariamente de las consecuencias políticas tomadas por los consejos de gobierno.

Aunque no fue su preocupación principal, Montesquieu participó también de esa inquietud del siglo XVIII francés por el intercambio fecundo entre ciencia y literatura. Se interesó —como Buffon, Voltaire y Diderot— por la investigación y los descubrimientos científicos, orientando algunos de sus trabajos hacia la experimentación en biología y física. Parte de estas inquietudes se reflejaron en varios discursos acerca de las glándulas renales, el eco, la pesantez y la transparencia de los cuerpos. En 1716 ingresó a la Academia de Ciencias de Burdeos e instituyó un premio de anatomía.

La inquietud mayor de Montesquieu, la búsqueda de los principios de la moral, la política y la religión, lo llevó a escribir la *Dissertation sur la politique des romains dans la religion* (1716); ocho años después publicó el *Dialogue de Sylla et d'Eucrate* y su tratado *De la monarchie universelle en Europe*, estudio en el que compara los diferentes regímenes europeos y sus problemas históricos, jurídicos y políticos.

Publicadas en Amsterdam de manera anónima, las *Cartas persas*

(1721)¹ dejan ver el interés de Montesquieu por conjuntar historia, filosofía, política y literatura. Esta obra facilitó el ingreso del autor a los salones parisinos de moda. Con menos ingenio e inspiración sensual, escribió *Le temple de Gnide* (1725) y *Arsace et Ismenie* (1754).

De 1728 a 1731 Montesquieu viajó por Europa, visitando Alemania, Holanda e Inglaterra, experiencia que le permitió comparar sociedades, climas, instituciones civiles, religiosas y políticas y, sobre todo, enriquecer su tesis sobre las leyes naturales que rigen las actitudes del ser humano. Luego de estos viajes, escribió sobre diferentes estructuras políticas: la feudal, la republicana y, especialmente, sobre la Constitución inglesa, que para muchos pensadores políticos de la época representaba el modelo jurídico-político que aseguraba la libertad.

En su castillo de La Brède, Montesquieu escribió las consideraciones sobre la *Grandeza y decadencia de los romanos*,² concebida originalmente como un capítulo de *El espíritu de las leyes*,³ pero resultó tan extensa que se publicó aparte. La gran obra de Montesquieu, *El espíritu de las leyes* (Ginebra, 1748), fundó el derecho constitucional moderno. En ella expresa sus ideas sobre la separación de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, de gran influencia en las revoluciones democráticas del mundo moderno, así como entre los legisladores franceses de 1791. Sin embargo, debe aclararse que el pensamiento político de Montesquieu no es el de un revolucionario. Como liberal creía en la necesidad de efectuar reformas, deseando para Francia una monarquía constitucional copiada del modelo inglés.

El siglo de la Ilustración fue más una época de pensadores que de artistas. Si en esta primera mitad de la centuria las ideas filosóficas y políticas tuvieron gran influencia sobre las masas, en las siguientes décadas esas ideas se transformaron en ataques activos hasta convertirse en militancia y formar la base ideológica de la revolución francesa. Para conocer mejor el escenario sobre el que actuará la generación de Montesquieu, es necesario recordar los hechos más destacados del siglo de Luis XIV.

¹ La primera traducción al español fue hecha por D.J. Marchena, en 1822.

² Montesquieu, *Grandeza y decadencia de los romanos*, tr. Matilde Huici, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 4a. edición, 1948, 150 pp.

³ Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, tr. Nicolás Estévanes, México, Editorial Porrúa, 5a. edición, 1982, 453 pp.

Al debilitar sistemáticamente a la nobleza y continuar con la obra de Enrique IV y de Richelieu, el rey Sol reduce a la impotencia toda oposición contra la puesta en marcha de los parlamentos. Su política religiosa parte también del deseo de imponer su autoridad absoluta. Desde 1680, con anterioridad y después del edicto de Nantes, se forma una generación de intelectuales franceses emigrados por cuestiones religiosas, la cual acepta pagar el precio del exilio: la libertad de conciencia. Al tomar distancia frente a una patria despótica e inhumana se convierten en portavoces del espíritu crítico. Para ellos el desarraigo provee el principio de una verdad nueva que se encuentra por encima de la mezcla de intereses partidarios, contra todas las pugnas ideológicas y todos los particularismos nacionales.

En Francia algunas mentes lúcidas manifiestan su desacuerdo contra el absolutismo. Fenelón en su *Carta al rey* y La Bruyère en sus *Caracteres* intentan cambiar el corazón del monarca. Saint-Simon dirige el partido de los duques y de los pares y, hostil al gobierno de los burgueses y al despotismo, desea que se devuelva a la nobleza su lugar intermedio. La muerte de Luis XIV provoca un suspiro de alivio general. Bajo la regencia de Philippe de Orléans, todos los adversarios de Luis XIV, después de haber guardado silencio y obediencia durante años, toman el poder. El Parlamento se había vengado de medio siglo de servilismo al romper el testamento real. El partido de Saint-Simon reemplazó a los secretarios de Estado por siete concejos compuestos por nobles del más alto rango. Los jansenistas habían salido de las prisiones. Francia respiraba otra vez. El sistema de Law prometía la fortuna para todos los poseedores de acciones. Luego vendría el desengaño. Ante la incapacidad de los concejos, el regente, asesorado por el abate Dubois, debió restablecer en 1718 a los secretarios de Estado, pero más tarde restringió los derechos del Parlamento y lo exilió a Pontoise. La bancarrota del sistema de Law propició la huida de su creador, dejando en la miseria y la deshonra a innumerables familias. El poder se había vuelto de nuevo absolutista. A fines de 1723 la Regencia iba a terminarse después de haber decepcionado la esperanza que sólo renacería más tarde.

Crónica de un fin y de un principio, las *Cartas persas*, fechadas desde 1711 hasta 1720, cubren un periodo de transición entre dos épocas, dos sistemas de valores y dos estilos de vida. Por una parte la sombra declinante del rey; por la otra, una sociedad liberada de sus obligaciones con la realeza.

De joven, Montesquieu viajó a la capital francesa en varias ocasiones. París lo fascinó a la vez que dividió su afecto entre la tranquilidad

provinciana y la seducción por la vida capitalina. Pero Montesquieu no era sólo bordelés y nunca fue parisino. Por el contrario, como afirma Jacques Roger, era amo de sus dominios y ciudadano del mundo: un cosmopolita que sabía interpretar muy bien el papel de provinciano que ve con ojos críticos e inocentes las costumbres de la sociedad parisina. Así podemos entender que con relativa facilidad haya intuido la mentalidad de los persas y puesto en boca de ellos la crítica y el asombro ante las actitudes de los franceses, en particular de los parisinos. A través de las *Cartas persas* enjuició a la sociedad de su época y, sobre todo, el absolutismo de Luis XIV⁶. Lo paradójico fue que esta obra propiciara el ingreso de Montesquieu a los círculos más prestigiados de París, así como la aprobación de la nobleza intelectual; incluso que ganara los elogios de Fontenelle, viejo patriarca erudito.

Montesquieu supo agradar al público aprovechando el gusto por la moda de los relatos relacionados con Oriente. Hacía tiempo que la curiosidad de los franceses se había abierto hacia las civilizaciones de Levante. En reciprocidad, Siam y Persia instalaron embajadas en París. India, Turquía y Persia fueron recorridas por viajeros franceses; sus relatos revelaron al público un universo casi desconocido. Thévenot, Tavernier, Bernier, Chardin y Tournefort sorprendieron al público con sus narraciones sobre aquellas culturas.⁴ Gracias a la constante confrontación entre Oriente y Occidente, estos autores hicieron reflexionar a su público acerca de la relatividad de las costumbres.

Es indudable que los relatos de los viajeros europeos influyeron en el interés de Montesquieu por las instituciones y costumbres de otros pueblos. En estas obras se examinaba la hospitalidad, la tolerancia, la sobriedad, la supuesta simplicidad de los musulmanes y la rapidez con que éstos impartían justicia, al mismo tiempo que se presentaba a los orientales como seres altamente civilizados.

⁴ J. Chardin viajó por Persia desde 1644 hasta 1680, producto de esta experiencia fueron sus relatos publicados en 1686 y 1711. Bernier radicó doce años en la India; en sus memorias describió esta nación, hasta entonces desconocida en Europa. Tavernier recorrió durante 40 años Turquía, Persia, India y Siam, sus obras tuvieron gran éxito. M. Thévenot, quien introdujo el uso del café en Francia, murió en Persia y dejó escritos sus *Viajes de M. Thévenot tanto en Europa como en Asia y África*. El testimonio de Tournefot quedó plasmado en su *Relación de un viaje hecho por orden del rey, que contiene la historia de varias islas del Archipiélago de Constantinopla, de las costas del Mar Negro, de Armenia, de las fronteras de Persia* (1717). Otro viajero y erudito, Antonio Gaffand, tradujo parcialmente *Las mil y una noches*.

Además de la crónica de viaje, desde mediados del siglo XVII surgió en Francia un profundo interés por el conocimiento de la religión y la historia musulmanas. En 1647, Du Ryer tradujo con notable acierto el Corán, leído después por Montesquieu. *La biblioteca oriental* de Barthélemy d'Herbelot, concluida por Galland en 1697, se convirtió en la enciclopedia sobre el Islam por excelencia. Estas publicaciones y otras más, contribuyeron a hacer de Irán y Persia un escenario para la fantasía de los occidentales.

A pesar de la tradición que se ha descrito, el interés primordial de Montesquieu en las *Cartas persas* no fue el Oriente. Pudo haber escrito unas cartas chinas, rusas o mexicanas; el caso era elegir a personajes de una cultura lo suficientemente alejada del contexto europeo para denunciar a la sociedad de su época, pero sobre todo al régimen de Luis XIV. Desde la perspectiva de los persas, las costumbres de los franceses son ridiculizadas y vistas como absurdas. Los personajes de Montesquieu observan con una mirada nueva, divertida y, a veces, estupefacta, las costumbres y las instituciones occidentales.

Además del aprovechamiento de una moda, la originalidad de las *Cartas persas* radica en el tratamiento de los diversos temas que se entretienen a lo largo de la novela. El propio Montesquieu opinó, en *Quelques réflexions sur les Lettres persanes*, respecto a lo novedoso de su obra: "Nada gustó más [...] que el encontrar, sin pensarlo, el fin: los diversos personajes están colocados en una cadena que los une [...]" Un ejemplo culminante de lo anterior: el drama del serrallo y sus tintes cróticos, si bien las audacias de Montesquieu no transgreden los límites de una literatura galante, pues el libertinaje y lo licencioso se justifican por la facilidad del exotismo.

Gran parte de la correspondencia de esta obra, cerca de 40 cartas, se ocupa de la novela del harén, vertiente anecdótica que conocemos por la estancia de dos persas en Francia, Usbek y Rica. Desde 1711 hasta 1720, ellos intercambian correspondencia con diversos amigos para comunicarles parte de sus impresiones sobre Europa; a su vez reciben noticias de Persia, en particular del serrallo de Usbek, ubicado en Ispahán, donde reina el desorden después de la partida del amo. De esta manera tenemos noticia de los paseos y disputas entre las mujeres y los eunucos de Usbek, la compra de nuevas concubinas y esclavas, los conflictos de los eunucos y el trágico desenlace de la historia. A partir de estos hechos, se analiza la psicología femenina y se propicia la reflexión sociológica sobre la situación de la mujer, tanto en Oriente como en Occidente. Las mujeres de Usbek se mues-

tran rebeldes contra la tiranía de las sociedades humanas y reivindican con firmeza la libertad que toman de la naturaleza.

La sólida documentación de Montesquieu sobre Oriente y sus costumbres quedó plasmada en las *Cartas persas*. En primer lugar, transcribe al estilo oriental las fechas del calendario europeo, contabilizándolas en lunas; en segundo, la información que posee esta obra sobre la religión de los musulmanes chiítas y sunnitas es precisa. Estos y otros rasgos de verosimilitud sirven al autor en tanto los lectores estén lo suficientemente alejados de su mundo para comprender el extrañamiento de los personajes y la libertad con que se expresan en la novela.

La pintura irónica de la sociedad francesa —mezclada con el relato de costumbres orientales—, la historia de los placeres y de las pasiones que se vivían en el harén, el erotismo que estimulaba la fantasía sensual, dieron a las *Cartas persas* el tono necesario para agradar al lector, atacando manías, prejuicios y abusos. El autor se burla de los caprichos de la moda, la simpleza de los capitalinos, la Academia, así como de los apasionados admiradores de la literatura clásica. Su crítica profundiza aún más; a ella no escapan el rey ni el papa ni la teología.

La prosa de Montesquieu es mordaz, de frases cortas e incisivas; sorprende por los juegos de palabras que desencadenan la risa; se expresa con metáforas y sobreentendidos. El dibujo de los rasgos que caracterizan a los diversos personajes de la sociedad parisina del siglo XVIII, recuerda los retratos sarcásticos y el estilo de La Bruyère. Con estos recursos estilísticos, Montesquieu logra un efecto que provoca la complicidad del lector que, entre indignado y divertido, se conmueve y reflexiona. Por estas y otras razones, las *Cartas persas* sedujeron al público francés, cansado de una literatura demasiado racional.

La tradición de la novela epistolar se origina en España e Italia; Francia la hace suya en el siglo XVIII. El recurso de las cartas para contar una historia se propone causar la misma ilusión de autenticidad que producen los documentos rescatados por uno de los protagonistas. Las vicisitudes de la recopilación de los epistolarios se explica siempre en los prefacios de las obras. En las *Cartas persas* un editor y un traductor aclaran la procedencia de los textos. Montesquieu enriquece el género con recursos que serían explotados más tarde. Laurent Versini menciona varios escritores que se inscriben en esta tradición con el propósito de satirizar la mentalidad occiden-

tál.⁵ La receta pronto aseguró el éxito de los autores de turquerías o chinerías que no tenían nada de viajeros ni de orientalistas, sino que sólo escribían novelas basándose en la fórmula del erotismo exótico, recurso complementario en la mayoría de estas obras. De manera paralela una vena satírica se ponía al servicio del espíritu crítico propio del Siglo de las Luces...

Las *Cartas persas* deben su valor literario no sólo a la audacia del pensamiento que exponen, sino también al dominio del género epistolar por parte de Montesquieu. La multiplicidad de corresponsales permite hacer cortes en el tiempo por la yuxtaposición de las cartas de un solo remitente a diferentes destinatarios, o bien de corresponsales distintos. Entretejiendo diversos géneros —crónica política, diario de viajes y ensayo moral, así como las características del monólogo, la disertación y el cuento—, esta novela posee, además, la complejidad de un sinnúmero de personajes y de temas tratados: lo mismo se pasa con plena libertad de un asunto a otro que se comunican las impresiones de cada día según las circunstancias, o de acuerdo con los descubrimientos de la curiosidad de los personajes.

Vernière ha planteado la organización cronológica de las *Cartas persas* dividiéndolas en tres tiempos: el viaje de Ispahán a París, la estancia en la capital o el mundo occidental (durante la muerte de Luis XIV y luego durante la Regencia) y el drama del serrallo. Por otra parte, a partir de su relación con Usbek, los 29 personajes de las *Cartas persas* pueden reconocerse en cuatro grupos. El primero lo forman sus amigos, de los cuales algunos permanecen en Persia y otros viajan o viven en diversos países. Rica, acompañante de Usbek, ataca con atrevimiento a todas las instituciones, lo mismo al rey de Francia que al papa. Se trata de un personaje mundano que frecuenta los salones parisinos, al tiempo que esboza escenas varias de la capital. Otros amigos, Rustán, Nessir y Mirza, permanecen en Ispahán; Ibben vive en Esmirna; Rhedi viaja y se queda en Italia. Este último es de los corresponsales que más reflexiona: interroga a Usbek sobre la utilidad de la ciencia, la despoblación del planeta, la historia y el origen de las repúblicas, también profundiza apasionadamente acerca de lo que plantean los historiadores. Otro más, Nargum, ha sido enviado a Rusia por el gobierno persa. La mayoría de los amigos de Usbek cumplen la función de confidentes; con ellos

⁵ Entre otros autores y obras citados por Versini, sobresalen Saint-Foix, *Cartas de una turca en París escritas a su hermana en el serrallo*; el marqués de Argens, *Cartas judías*; Godard d'Auncor, *Memorias turcas*, y Duboury, *El espía chino de Europa*.

comenta sus angustias y celos por haber abandonado el serrallo, a la vez que discute sobre política, religión y filosofía.

El segundo grupo de personajes lo forman las mujeres, que aunque no aparecen con frecuencia, juegan un papel primordial en la acción, ya que narran los acontecimientos del serrallo. Ellas representan a una parte de los súbditos que obedecen al tirano. Los caracteres femeninos de la novela presentan marcadas diferencias. Por ejemplo, Zelis, más orgullosa, protesta contra el poder tiránico de los eunucos y llega a despreciar a Usbek.

Los otros personajes sometidos a Usbek son los eunucos, quienes mantienen al amo al tanto de lo que sucede en sus dominios. Sólo que, a diferencia de sus mujeres, lo informan incondicionalmente; asimismo, custodian a sus esposas y concubinas y ejecutan órdenes de Usbek. Permanecen en Ispahán el primer eunuco negro, Narsit, que es el más viejo; Pharan, el primer eunuco blanco, y Solim. Los restantes, Jarón e Ibbi, acompañan a Usbek en el viaje. El último grupo de personajes son dignatarios de distintas religiones a quienes Usbek pide consejos y orientación religiosa y moral, sobre todo con respecto a los dogmas de las diferentes creencias.

Usbek es el viajero con mayor curiosidad y de espíritu más abierto: se informa escrupulosamente de todos los temas, busca la sabiduría y descubre coincidencias entre Oriente y Occidente; aunque siente nostalgia por Persia, disfruta París. Le gustaría ver instaurarse entre los pueblos relaciones que se fundaran en la razón. Enamorado y celoso de sus mujeres, Usbek abandona la filosofía en cuanto se trata de la libertad de sus esposas. Intratable sobre este tema, nunca se muestra consciente de la completa contradicción que existe entre sus actos y sus pensamientos.

La organización de los elementos en las *Cartas persas* se concentra alrededor de los mismos valores del despotismo. El sistema absolutista es cuestionado en favor de una cultura universal. Usbek ocupa un sitio estratégico desde donde ordena el mundo y le da coherencia. Al mismo tiempo que es observador extranjero, se encuentra en la posición del tirano que domina a sus súbditos; Montesquieu lo denuncia por medio de Rica, observador oriental en el contexto francés. El autor de la novela exhibe el universo concentrado en el serrallo como una metáfora del estado despótico; presenta el problema de la singularidad de las culturas y el de la determinación de las conductas individuales por el grupo social. Los eunucos representan a los hombres que basan su relación con la mujer en el poder, por ello conciben el matrimonio como un derecho a castigar y hacen de la sexualidad un comercio.

Los persas que partieron de Ispahán el 19 de marzo de 1711 y llegaron a París el 4 de mayo de 1712, presencian los acontecimientos históricos de la época como espectadores curiosos y atentos: observan la derrota de Law, el exilio del Parlamento a Pontoise, y la desmoralización que siguió a la bancarrota. Usbek deja de ser el persa ingenuo que era cuando partió de su tierra. Se ha convertido en un personaje mucho más peligroso al poner en duda las creencias de los franceses durante la Regencia. Más allá de las costumbres particulares y de los cultos nacionales, busca los principios de la moral, la política y la religión. Usbek se acostumbró a vivir con estos bárbaros occidentales, cuyos hábitos le parecieron al principio repugnantes. Poco a poco los va comprendiendo, los juzga con menos severidad y termina por aceptarlos. Se da cuenta de que en Francia también hay hombres honestos y mujeres fieles; la tragedia del serrallo le enseña que vale más la libertad que la esclavitud.

Las *Cartas persas* contienen algo más que una narración irónica: intentan que los lectores reflexionen y pretenden la construcción de una ciencia política universal basada en la virtud. En este sentido, Montesquieu establece la diferencia entre monarquía y despotismo en la carta CLI. La LXXXIX esboza los principios de tres formas de gobierno: el del honor, el de la virtud y el del temor. La virtud entendida como el amor a la patria y el del honor como el deseo de gloria. La historia de los trogloditas (cartas XI a XIV) contiene una enseñanza política. Se trata de la historia de un pueblo imaginario que vive feliz y próspero porque es virtuoso. El mito prueba que no puede haber vida social sin virtudes morales. Así, la insubordinación y el egoísmo acarrearán la anarquía con todos sus males. La libertad no puede existir sin virtud cívica y moral. Si un pueblo no es virtuoso pasa de la democracia a la monarquía.

El acierto de las *Cartas persas* se resume en la relatividad de las costumbres expuestas: los orientales no son ni más ni menos valiosos que los europeos. En el Siglo de las Luces no es posible pensar en absolutos: Europa no puede situarse por encima de otras culturas; en consecuencia, éstas garantizan la existencia, en otras latitudes, de culturas diferentes. Asimismo, el exilio representa el primer paso para la renovación del pensamiento. Usbek, procurador de un orden universal, observa las diferencias y semejanzas entre Oriente y Occidente, y el resultado de esta confrontación revela la irracionalidad del hombre.

María Eugenia Galicia

PREFACIO DEL AUTOR

No he dedicado este libro a nadie, ni pido protección para él. Si es bueno se leerá; y si es malo me importa poco que se lea o se deje de leer.

He elegido las cartas que aquí van para tantear el gusto del público, pero tengo en cartera muchas otras que podré publicar a continuación.

Para esto pongo, sin embargo, una condición, y es que no se sepa quién soy. A partir del momento en que se llegara a saber mi nombre me callaría. Conozco a una mujer¹ que anda con bastante gracia, pero que empieza a cojear en cuanto se la mira. Bastantes defectos tiene ya la obra como para que, por añadidura, exponga yo a la crítica los de mi persona. De saberse quién es el autor, se diría: "Su libro no está a tono con su posición;² debería emplear el tiempo en algo mejor; no es digno de un hombre serio." En los críticos no faltan nunca tal suerte de reflexiones que no exigen aguzar demasiado el ingenio.

Los persas que aquí escriben estuvieron alojados conmigo; hacíamos vida en común. Me miraban como a un hombre de otro mundo y, por ello, no me ocultaban nada. Y es que, en efecto, gentes trasplantadas desde tan lejos no podían tener secretos. Me dejaban leer la mayor parte de sus cartas y yo las copiaba. Les sorprendí incluso algunas que se hubieran guardado muy bien de confiarme, pues eran en extremo mortificantes para la vanidad y el orgullo persas.

Así pues, me he limitado a hacer el oficio de traductor. Todo mi trabajo ha consistido en verter la obra en el odre de nuestras costumbres. En cuanto me ha sido posible he procurado evitarle al lector el lenguaje asiático, liberándole también

¹ *Conozco a una mujer*: al parecer se trata de Madame de Montesquieu.

² *No está a tono con su posición*: Montesquieu era entonces presidente del Parlamento de Bordeaux.

de infinidad de términos sublimes que le hubieran remontado hasta aburridas regiones celestes.

Pero no acaba aquí todo lo que he hecho en su favor. He suprimido los largos cumplidos en los cuales los orientales se muestran tan pródigos como nosotros y he pasado por alto un infinito número de esas minucias que tan mal resistirían ser publicadas y que siempre deben quedar enterradas entre amigos.

De haber hecho otro tanto la mayor parte de los que nos han dejado colecciones de cartas, sus obras se hubieran desvanecido ante sus propios ojos.

Hay algo que a menudo me ha causado asombro, y ha sido ver que estos persas estaban a veces tan al corriente como yo mismo de las costumbres y formas al uso de nuestro país, conocían las más sutiles circunstancias y observaban cosas que, estoy seguro, han escapado a muchos alemanes que han viajado por Francia. Atribuyo esto a su larga permanencia entre nosotros, y además es más fácil para un asiático familiarizarse con las costumbres de Francia en un año, de lo que resultaría a un francés conocer las costumbres asiáticas en cuatro, ya que éste entrega pronto su confianza, mientras que el primero es poco comunicativo.

La tradición permite a todo traductor, e incluso al comentador más ignorante, adornar el principio de su versión o de su glosa con un panegírico del original, poniendo de relieve su utilidad, mérito o excelencia. Yo no he querido hacerlo y las razones son fáciles de adivinar. Una de las primeras es que tal panegírico resultaría una cosa tediosa que tendría que ir en una parte del libro ya de por sí aburrida, es decir, en el prefacio.

*Per servir sempre, o vincitrice, o vinta!**

* “*Para servir siempre, o victoriosa, o vencida.*” Barckhausen, que identificó este verso como el último de un soneto de Vincenzo de Filicalia titulado *All’Italia*, opina que la intención de Montesquieu no fue dirigirse a Italia, sino que tal vez pretende tratar de la mujer en general. En tal caso, las *Cartas persas* serían exclusivamente una defensa de la mujer en pro de la liberación. Pero cabe también la posibilidad de que “servir” tenga aquí el sentido de ser útil, servir a una causa, con cierto significado de milicia; y, de ser así, quizá Montesquieu no quiso prestar su contribución firme a la mujer, sino a la verdad. Será, pues, la verdad —la verdad de los filósofos, claro esta— quien habra de estar dispuesta a “servir siempre, victoriosa o vencida”.

I. USBEK A SU AMIGO RUSTÁN, EN ISPAHÁN

Sólo nos detuvimos un día en Kum.¹ Una vez hechas nuestras oraciones ante la sepultura de la virgen² que dio al mundo doce profetas, nos pusimos de nuevo en camino; y ayer, a los veinticinco días de nuestra salida de Ispahán, llegamos a Tauris.

Rica y yo somos quizá los primeros persas a los que el ansia de saber ha impulsado a salir de su país y que han renunciado a las dulzuras de una vida tranquila para ir a buscar afanosamente la sabiduría.

Nacimos en un reino floreciente pero nunca creímos que sus límites tuvieran que ser los de nuestros conocimientos o que tan sólo la luz oriental debiera iluminarnos.

Infórmame de lo que se dice sobre nuestro viaje. No es necesario que me adules: de sobra sé que no cuento con la aprobación de muchos. Dirige tu carta a Erzerún³ donde me detendré algún tiempo.

Adiós, querido Rustán, ten la seguridad de que donde quiera que me encuentre, tienes un amigo fiel.

Tauris,⁴ 15 de la luna de Safar, 1711

¹ *Kum*: Kom o Koum es una ciudad de Irak-Adjemi, a 200 kilómetros al norte de Ispahán.

² *La virgen*: La virgen Fátima, venerada en Kum, no es la madre de los doce profetas, hija de Mahoma. Alí, yerno de Mahoma, tenía dos hijos: Fátima y Reza. Creó el cisma chiíta, al sublevarse contra la autoridad de los califas sucesores de su suegro. El califa de Bagdad, Harum-al-Raschid, mandó envenenar a Reza. La hermana de éste, Bibi-Fátima, fue en su busca y, al llegar a Kum y enterarse de la noticia, murió de dolor. Reza, séptimo de los "imanes sagrados", es para los persas chiítas el símbolo del espíritu iraní, en pie frente a la ortodoxia musulmana.

³ *Erzerún*: Erzeron, ciudad armenia próxima a las fuentes del Éufrates. La prolongada estancia a que se alude en la carta se debe, sin duda, al hecho de que durante el verano no se organizaban caravanas.

⁴ *Tauris*: municipio de la provincia de Azerbaidján.

II. USBEK AL PRIMER EUNUCO NEGRO, EN SU SERRALLO DE ISPAHÁN

Eres el fiel guardián de las mujeres más bellas de Persia. Te he confiado lo que más caro me era en el mundo. En tus manos tienes las llaves de esas puertas fatales que no se abren sino para mí. Mientras tú velas por ese depósito precioso a mi corazón, éste puede entregarse al descanso y gozar de una seguridad plena. Haces la guardia en el silencio de la noche así como en el tumulto del día. Tus cuidados infatigables sostienen la virtud cuando vacila. Si las mujeres que guardas quisieran escapar a su deber, tú les harías perder toda esperanza. Eres el azote del vicio y la columna de la felicidad.

Tú mandas sobre ellas y las obedeces. Tú cumples ciegamente todos sus deseos y al mismo tiempo les haces cumplir las leyes del serrallo.⁵ Haciéndoles los servicios más viles hallas tu gloria; con respeto y temor te sometes a sus órdenes legítimas; las sirves cual esclavo de sus esclavos. Pero recobrando el mando gobiernas igual que yo, como dueño, siempre que temes que se relajen las leyes del pudor y de la modestia.

Acuérdate siempre de la nada de la que yo te hice salir cuando eras el último de mis esclavos, para colocarte en ese puesto y confiarte las delicias de mi corazón. Guarda una actitud de profunda humildad ante aquéllas que comparten mi amor, pero no dejes de hacerles sentir su extrema dependencia. Procurales todos los placeres que puedan ser inocentes; distrae sus inquietudes, diviértelas con la música, los bailes, con bebidas deliciosas. Convéncelas de que se reúnan a menudo. Si quieren ir al campo, puedes llevarlas. Pero evita que algún hombre pueda aproximarse a ellas. Exhórtalas a la limpieza del cuerpo que es la imagen de la pureza del alma. Háblales

⁵ *Serrallo*: propiamente, palacio; pero generalmente se ha tomado esta palabra en el sentido de harén, dependencia inviolable donde vivían retiradas las mujeres bajo la vigilancia estrecha de los eunucos; el jefe de éstos es un negro pues, en principio, los musulmanes no podían reducir a esclavitud a sus correligionarios. Con las cruzadas se introdujo la costumbre de esclavizar a los prisioneros de guerra, y en el siglo xviii los persas compraron esclavos blancos, de Ciscajia y Georgia preferentemente.

de mí alguna vez. Quisiera verlas de nuevo en ese lugar encantador que ellas embellecen.

Adiós.

Tauris, 18 de la luna de Safar, 1711

III. ZACHI⁶ A USBEK, EN TAURIS

Ordenamos al primer eunuco que nos llevara al campo. Como él te dirá no nos ocurrió ningún percance. Cuando tuvimos que atravesar el río y salir de nuestras literas, nos metimos, como de costumbre, en los palanquines. Los esclavos nos llevaron sobre sus espaldas y escapamos a todas las miradas.

¿Cómo habría podido, querido Usbek, vivir en tu serrallo de Ispahán, en esos lugares que, recordándome sin cesar los placeres pasados, excitaban a diario mis deseos con renovada violencia? Iba de estancia en estancia buscándote siempre y sin encontrarte nunca; en cambio, por todas partes hallaba un recuerdo cruel de mi felicidad pasada. Tan pronto me creía en aquel lugar en que, por primera vez en mi vida, te recibí en mis brazos, tan pronto en aquel otro en que decidiste la famosa disputa entre tus mujeres. Cada una de nosotras se creía superior en belleza a las demás. Nos presentamos delante de ti después de haber agotado en vestidos y adornos cuanto la imaginación puede idear.

Viste con placer los milagros de nuestro arte y admiraste hasta dónde nos había llevado el ardiente deseo de gustarte. Pero en seguida hiciste que estos encantos prestados cedieran ante gracias más naturales y destruiste toda nuestra obra. Fue preciso despojarse de aquellos adornos que habían llegado a desagradarte y aparecer ante ti en la simplicidad de la naturaleza. No me preocupaba el pudor. Sólo pensaba en mi triunfo. ¡Cuántos encantos, feliz Usbek, fueron develados ante tus ojos! Te vimos, durante mucho tiempo, errar de embeleso en

⁶ *Zachi*: es una de las esposas de Usbek. El harén de un gran señor, comprendía tres clases de mujeres: las esposas, luego las amantes o favoritas y por último una especie de camareras, que venían a ser como las odaliscas de los turcos.

embeleso; tu alma indecisa tardó en determinarse; cada nueva gracia te pedía un tributo. En un momento, a todas nos cubriste con tus besos; llevaste tus curiosas miradas hasta lugares más secretos; nos hiciste pasar en un instante por mil situaciones diferentes. Continuamente nos dabas nuevas órdenes y cada una renovaba nuestra obediencia. Te confieso, Usbek, que una pasión más viva que la ambición me hizo desear gustarte. Sentía que, poco a poco, me iba haciendo la dueña de tu corazón. Me cogiste, me dejaste, volviste a mí y supe retenerme. El triunfo fue todo mío y para mis rivales fue la desesperación. Nos pareció que habíamos quedado solos en el mundo; nada de lo que nos rodeaba fue digno de nuestra atención. ¡Ojalá el cielo hubiera querido dar a mis rivales valor suficiente para ser testigos de las pruebas de amor que recibí de ti! Si hubieran visto mis éxtasis habrían notado la diferencia que hay entre mi amor y el suyo; se habrían dado cuenta de que, si pueden rivalizar conmigo en encantos, no pueden compararse en sensibilidad.

Pero, ¿dónde estoy? ¿A dónde me lleva este vano relato? Es una desgracia no ser amada nunca, pero dejar de serlo es una afrenta. Nos abandonas, Usbek, para andar errante por tierras extrañas. ¿Y ser amado, no es nada para ti? No sabes, ay, lo que pierdes. Mis suspiros no son escuchados y mis lágrimas se vierten sin que tú las disfrutes. Parece que el amor respira en el serrallo y tu insensibilidad te aleja de él. ¡Ojalá, querido Usbek, puedas ser feliz!

Serrallo de Fatmé, 21 de la luna de Maharram, 1711

IV. ZELIS A USBEK, EN ERZERÚN

Decididamente este monstruo negro se ha propuesto desesperarme. Quiere privarme a toda costa de mi esclava Zelida; Zelida que me sirve con tanto afecto y cuyas expertas manos hacen llegar a todas partes los adornos y las gracias. No le basta que esta separación me cause dolor; pretende además que sea deshonrosa para mí. El traidor quiere considerar criminales los motivos de mi confianza y como se aburre detrás de la

puerta donde le mando siempre, se atreve a suponer que ha oído y visto cosas que yo misma no podría imaginar. ¡Qué desgraciada soy! Ni mi recogimiento ni mi virtud pueden ponerme a cubierto de sus extravagantes sospechas. Los ataques de un vil esclavo llegan hasta tu corazón y he de defenderme. Pero no, tengo demasiado respeto de mí misma para rebajarme a dar explicaciones. No quiero por fiador de mi conducta más que a ti mismo, más que a tu amor y al mío y, si es preciso decírtelo, Usbek querido, más que a mis lágrimas.

Serrallo de Fatmé, 29 de la luna de Maharram, 1711

V. RUSTÁN A USBEK, EN ERZERÚN

Eres el tema de todas las conversaciones en Ispahán; no se habla más que de tu marcha. Unos la atribuyen a ligereza de espíritu, otros a algún disgusto que hayas podido sufrir. Sólo tus amigos te defienden sin convencer a nadie, porque nadie comprende que puedas abandonar a tus mujeres, a tus padres, a tus amigos y en fin, tu patria, para trasladarte a países desconocidos para los persas. La madre de Rica está desconsolada; te reclama el hijo que, según dice, le has quitado. En cuanto a mí, mi querido Usbek, me siento inclinado a aprobar todo lo que has hecho, pero no llegaré nunca a perdonarte completamente tu ausencia. Mi corazón nunca comprenderá tus razones, cualesquiera que sean.

Adiós. Apréciame siempre.

Ispahán, 28 de la luna de Rebiab 1, 1711

VI. USBEK A SU AMIGO NESSIR, EN ISPAHÁN

A una jornada de Eriván dejamos el límite de Persia entrando en territorio turco. Doce días después llegamos a Erzerún donde nos quedaremos tres o cuatro meses.

Quiero confesarte, Nessir, que sentí un secreto dolor al dejar de pisar tierra persa y encontrarme entre los pérfidos os-

manlíes.⁷ A medida que me adentraba en el país de estos profanos⁸ me parecía que yo mismo me volvía profano.

Mi patria, mi familia, mis amigos, se hicieron realidad en mi espíritu. Despertó en mí la ternura; una cierta inquietud acabó de turbarme y me convenció de que había hecho demasiado para mi propia tranquilidad.

Pero lo que más aflige a mi corazón, son mis mujeres, y no puedo pensar en ellas sin sentir nostalgia.

Esto no significa que las ame, Nessir. Me encuentro a este respecto como insensibilizado a los deseos. En el numeroso harén en que he vivido he evitado el amor y lo he aniquilado. Pero de mi frialdad surge una secreta pasión de celos que me devora. Me imagino un tropel de mujeres casi totalmente abandonadas a sí mismas; los que han de responderme de ellas son espíritus cobardes. No me sentiría seguro aunque mis esclavos fuesen fieles. ¿Cómo será, pues, si no lo son? ¡Cuán tristes noticias pueden llegarme a los lejanos países que voy a recorrer! He aquí un mal al que mis amigos no pueden poner remedio, ya que se trata de un lugar cuyos secretos deben ignorar y ¿qué podrían hacer ellos? ¿Es que no preferirían mil veces una oscura impunidad a un castigo escandaloso? Te hago partícipe de todas mis penas, Nessir. En el estado en que me encuentro, este es el único consuelo que me queda.

Erzerún, 10 de la luna de Rebiab 2, 1711

⁷ *Los pérfidos osmanlíes*: los turcos u osmanlíes, del nombre de Otmán I fundador del imperio, en 1299.

⁸ *Estos profanos*: en el sentido de sacrílegos, en razón del cisma que separó a los persas de los otomanos. Abubeker, primer sucesor y suegro de Mahoma, representa a la secta de los sunnitas, y Alí, yerno de Mahoma, a la de los chiítas. Alí se sublevó y murió asesinado, por lo cual simboliza la suerte desgraciada del pueblo persa, cuyo intercesor es ante Dios. Al casarse Husséin, su hijo menor, con la princesa persa Bibi-Chabanon, unió la sangre iraní con la del profeta; fue asesinado a su vez por el califa Damas y el aniversario de su muerte constituye una de las más grandes fiestas del pueblo persa.

VII. FÁTIMA A USBEK, EN ERZERÚN

Hace dos meses que te marchaste, mi querido Usbek, y en el abatimiento en que estoy no consigo acostumbrarme a la idea. Recorro el serrallo como si estuvieras aquí y aún no estoy desengañada del todo. ¿Qué quieres que haga una mujer que te ama, que estaba acostumbrada a estrecharte entre sus brazos y cuya única ocupación era darte pruebas de su ternura? Una mujer libre por su cuna, pero esclava por la violencia de su amor.

Cuando me casé contigo mis ojos no habían visto todavía el rostro de un hombre. Tú eres el único al que se me ha permitido ver, ya que no puedo considerar hombres a estos horribles eunucos cuya menor imperfección es la de no ser hombres. Cada vez que comparo la belleza de tu rostro con la deformidad del suyo, no puedo dejar de sentirme dichosa. Mi imaginación no puede ofrecerme nada más atractivo que tus encantos. Te lo juro, Usbek, si se me permitiera salir de este lugar en que por mi condición permanezco encerrada, si pudiera burlar la vigilancia, si pudiera elegir entre todos los hombres que viven en esta capital de las naciones, te juro que te volvería a elegir a ti. No puede haber en el mundo, Usbek, nadie que merezca ser amado tanto como tú.

No pienses que tu ausencia me haya hecho descuidar mi belleza, para ti tan querida. Aun cuando nadie me ve y aunque los adornos que me pongo no pueden hacer ahora tu felicidad, procuro, sin embargo, mantener la costumbre de arreglarme. Nunca me acuesto sin haberme perfumado con las más delicadas esencias. Me acuerdo de los días felices en que venías a mí. Un sueño engañoso que me seduce, me muestra al objeto querido de mi amor, mi imaginación se pierde en su deseo y se engaña en sus esperanzas. Algunas veces pienso que tú, hastiado de este penoso viaje, vas a volver a nosotras. Por la noche tengo pesadillas que no pertenecen ni a la vigilia ni al sueño, te busco a mi lado y me parece que huyes de mí. Finalmente, el fuego que me devora disipa por sí mismo estos encantamientos y me devuelve la fuerza. Me encuentro entonces tan animada...

Quizá no lo creas, Usbek, pero es imposible vivir de esta manera. Corre fuego por mis venas. ¿Por qué no podré expresarte lo que siento? y ¡qué fuertemente siento lo que no puedo expresarte! En estos momentos, Usbek, daría el mundo entero por uno solo de tus besos. ¡Qué desgraciada es una mujer que tiene deseos tan violentos y que se ve privada del único que podría satisfacerlos; que, abandonada a sí misma y sin nada que la distraiga, se ve forzada a vivir en un continuo suspiro y en el furor de una pasión desbordada; que, lejos de ser dichosa, ni siquiera le queda el consuelo de servir para la felicidad de otro! ¡Inútil adorno de un serrallo; se la guarda quizá para el honor, pero no para la dicha de su esposo!

Sois crueles los hombres. Os gusta que tengamos pasiones que no podemos satisfacer. Nos tratáis como si fuéramos insensibles, pero os disgustaría mucho que lo fuéramos. Creéis que nuestros deseos, retenidos por tanto tiempo, se despertarán al veros. Pero cuesta mucho trabajo hacerse querer y es más sencillo obtener de la desesperación de nuestros sentidos lo que no os atreveríais a esperar de vuestro mérito.

Adiós, Usbek querido. Piensa que sólo vivo para adorarte. Mi alma está llena de ti y tu ausencia, lejos de hacerme olvidar, avivaría mi amor si acaso pudiera ser aún más ardiente.

Serrallo de Ispahán, 12 de la luna de Rebiab 1, 1711

VIII. USBEK A SU AMIGO RUSTÁN, EN ISPAHÁN

Me han remitido tu carta a Erzerún, donde me encuentro. Ya me imaginaba que mi marcha daría lugar a comentarios pero no me preocupé por ello. ¿A qué tengo que hacer caso, a la prudencia de mis enemigos o a la mía propia?

Destaqué en la corte desde mi adolescencia y puedo decir que mi corazón no llegó a corromperse. Al contrario, llegué a hacerme el propósito de ser virtuoso. Desde que conocí el vicio me alejé de él y sólo volví en su busca para desenmascararlo. Llevé la verdad hasta los pies del trono, ante el cual hablé un lenguaje hasta entonces desconocido. Desconcerté a los

aduladores y asombré al propio tiempo a los adoradores y al ídolo.

Pero cuando vi que mi sinceridad me había creado enemigos; que me había atraído la envidia de los ministros sin obtener el favor del príncipe;⁹ que en una corte corrompida no me sostenía más que por una débil virtud, decidí abandonarla. Simulé un gran interés por la ciencia, y a fuerza de simularlo llegué a tenerlo realmente. Dejé de mezclarme en los asuntos y me retiré a una casa de campo. Esto, sin embargo, tenía también sus inconvenientes, porque seguía expuesto a las malas intenciones de mis enemigos y me había desposeído yo mismo de los medios de prevenirme contra ellas. Ciertos avisos que recibía hicieron que pensara seriamente en mi destino. Resolví abandonar mi patria, y mi alejamiento de la corte sirvió de pretexto. Fui a ver al rey. Le hablé del gran deseo que tenía de instruirme en las ciencias de Occidente. Le insinué que mis viajes podrían ser útiles al trono. Hallé gracia en sus ojos, me marché y de esta manera privé a mis enemigos de una víctima.

He aquí, Rustán, el verdadero motivo de mi viaje. Deja que Ispahán hable. Defiéndeme sólo ante los que me quieren y deja a mis enemigos sus malignas interpretaciones. Ojalá sea éste el único daño que puedan hacerme.

Ahora hablan de mí, pero es posible que alguna vez sea olvidado y que mis amigos... No, Rustán, no quiero abandonarme a estos tristes pensamientos. Siempre me querrán. Cuento con su fidelidad como con la tuya.

Erzerún, 20 de la luna de Gemmadi 2, 1711

IX. EL PRIMER EUNUCO A IBBI, EN ERZERÚN

Sigues a tu antiguo dueño en sus viajes. Recorres provincias y reinos. No sientes la tristeza porque cada momento te muestra nuevas cosas; todo lo que ves te divierte y te hace pasar el tiempo sin sentirlo.

⁹ *El príncipe*: el príncipe reinante en 1711 era el sha Hoccm, que murió asesinado en 1729.

A mí me pasa lo contrario. Encerrado en una prisión horrible, estoy siempre rodeado de los mismos objetos y devorado por las mismas penas. Gimo bajo el peso de las preocupaciones e inquietudes de cincuenta años y no puedo decir que en el transcurso de una larga vida haya tenido un día sereno ni un momento tranquilo.

Cuando mi primer dueño concibió el cruel proyecto de confiarme sus mujeres y me obligó con proposiciones seductoras apoyadas por mil amenazas a separarme para siempre de mí mismo, cansado de hacer los trabajos más penosos, pensaba que, al acceder, lo único que hacía era sacrificar mis pasiones a mi descanso y a mi fortuna. ¡Infeliz de mí! Mi espíritu me mostraba las compensaciones pero no las pérdidas que sufría; esperaba librarme totalmente de los raptos del amor por la impotencia de satisfacerlos. Mas ay, se apagaron en mí los efectos de la pasión pero no la causa¹⁰ y, lejos de sentirme liberado, me vi rodeado de cosas que me excitaban sin cesar. Entré en el serrallo donde todo me traía el recuerdo de lo que había perdido. Me sentía excitado a cada momento; mil gracias naturales parecían descubrirse a mis ojos sólo para desesperarme. Para colmo de males tenía siempre a un hombre feliz ante mis ojos. Durante este tiempo, nunca llevé a una mujer al lecho de mi dueño, nunca pude desnudarla sin volver a mi cuarto con rabia en el corazón y una horrible desesperación en el alma.

Así pasé mi desgraciada juventud. Mi único confidente era yo mismo. Cargado de disgustos y de penas, me veía obligado a tragármelas, y sólo podía mirar con ojos severos a estas mujeres a las cuales estaba tentado de comunicar mi ternura. Si llegaban a descubrirme, estaba perdido. Hubieran abusado de mí.

Recuerdo que un día que acompañaba a una mujer al baño me sentí transportado de tal manera que perdí totalmente la razón y me atreví a llevar mi mano a un lugar que hubiera debido atemorizarme. Creía que había llegado mi última hora, aunque tuve suerte de escapar a mil muertes. Pero la bella que

¹⁰ *Pero no la causa*: Existían varias clases de eunucos, según el tipo de mutilación a que eran sometidos; algunos conservaban, incluso, medios suficientes que les permitían el matrimonio y que podían provocar los celos de sus dueños. Evidentemente, el que se lamenta aquí no estaba en este caso.

había sido confidente de mi debilidad me hizo pagar muy caro su silencio. Perdí enteramente mi autoridad sobre ella y me obligó después a condescender con ella en cosas que me expusieron mil veces a perder la vida.

Finalmente se desvaneció el fuego de la juventud. Soy viejo y en este aspecto me siento tranquilo. Miro a las mujeres con indiferencia y les devuelvo todos sus desprecios y todos los tormentos que me han hecho sufrir. Tengo siempre presente que nací para mandar sobre ellas y algunas veces, cuando les ordeno algo, me parece que soy de nuevo un hombre. Las odio desde que las miro con frialdad y desde que mi razón me permite ver sus debilidades. Aun cuando las guardo para otro, el placer de hacerme obedecer me proporciona una secreta alegría. Cuando las privo de todo me parece que es para mí y con esto obtengo una satisfacción indirecta. Me encuentro en el serrallo como en un pequeño imperio, y mi ambición, la única pasión que me queda, me satisface poco. Veo con placer que todo recae sobre mí y que en todo momento soy necesario. Cargo de buen grado con el odio de todas esas mujeres que me afirman en el puesto en que estoy. Pero tampoco tratan con un ingrato. Me muestran siempre contrario a sus placeres más inocentes. Me presento siempre a ellas como una barrera in-conmovible. Hacen proyectos y de improviso los desbarato. Me armo de negativas, me lleno de escrúpulos. Mi boca sólo se abre para decir palabras como deber, virtud, pudor, modestia. Las desespero hablándoles sin cesar de la debilidad de su sexo y de la autoridad de su señor. Seguidamente, me lamento de verme obligado a tanta severidad y hago ver que quiero hacerles entender que no tengo otro motivo que su propio interés y un gran afecto por ellas.

Claro está que yo también sufro infinitos disgustos y que todos los días estas vengativas mujeres tratan de añadir otros a los que yo les doy. Tienen reacciones terribles. Hay entre nosotros como un flujo y reflujo de mando y sumisión. Me encargan siempre los trabajos más humillantes. Me dedican un desprecio que no tiene par y, sin tener en cuenta mis años, me hacen levantar por la noche diez veces por cualquier pequeñez. Me llueven órdenes, deseos, caprichos. Parece como si se relevaran para utilizarme y se sucedieran en sus fantasías. A

menudo se divierten haciéndome multiplicar mis cuidados. Me hacen llegar falsas confianzas. A veces vienen a decirme que han visto a un joven junto a los muros o bien que se ha oído un ruido o que hay que enviar una carta. Estas cosas me inquietan y ellas se ríen de mis inquietudes. Les encanta ver cómo me atormento a mí mismo. En otra ocasión me atan detrás de su puerta y me dejan allí noche y día. Saben simular enfermedades, desfallecimientos, sustos. No les falta pretexto para llevarme donde quieren. En estos casos, hay que mostrarles una obediencia ciega y una complacencia sin límites. Una negativa en boca de un hombre como yo, sería una cosa inaudita y tendrían derecho a castigarme si vacilara en obedecerlas. Preferiría, querido Ibbi, perder la vida a rebajarme a tal humillación.

Pero esto no es todo. Nunca estoy seguro de gozar continuamente del favor de mi dueño. Tengo en su corazón muchas enemigas que no piensan más que en perderme. Ellas tienen cuartos de hora en que yo no soy escuchado, cuartos de hora en que no se les niega nada, cuartos de hora en que no tengo razón. Yo llevo al lecho de mi dueño mujeres irritadas. ¿Crees que allí se trabaja para mí y que mi partido es allí el más fuerte? Puedo temerlo todo de sus lágrimas, de sus suspiros, de sus caricias, incluso de sus placeres. Están en el lugar de su triunfo. Sus encantos se vuelven terribles para mí. Los servicios presentes borran en un momento todos mis servicios pasados y nada puede responderme de un dueño que no se pertenece a sí mismo.

¡Cuántas veces me he acostado con su favor y me he levantado en desgracia! ¿Qué había yo hecho aquel día que fui indignamente azotado? Dejé a una mujer en los brazos de mi dueño. Cuando ella vio que su corazón ardía, vertió un torrente de lágrimas, se lamentó y supo manejar tan bien sus quejas que aumentaban a medida que crecía el amor que ella hacía nacer. ¿Cómo hubiera podido aguantar en un momento tan crítico? Me vi perdido cuando menos lo esperaba. Fui víctima de una negociación amorosa y de un tratado hecho de suspiros. He aquí, querido Ibbi, el estado cruel en que siempre he vivido.

¡Qué feliz eres tú! Tus cuidados se limitan solamente a la persona de Usbek. Te es fácil contentarle y mantenerte en su favor hasta el último de tus días.

Serrallo de Ispahán, último día de la luna de Safar, 1711

X. MIRZA A SU AMIGO USBEK, EN ERZERÚN

Tú eras el único que hubiera podido compensarme de la ausencia de Rica y sólo él consolarme de la tuya. Te echamos de menos, Usbek, eras el alma de nuestro grupo. ¡Cuánta violencia hace falta para romper los efectos nacidos del corazón y del espíritu!

Aquí se organizan frecuentemente discusiones, particularmente sobre la moral. Ayer tratamos de si los hombres alcanzaban la felicidad por los placeres y la satisfacción de los sentidos o bien por la práctica de la virtud. Te he oído decir muchas veces que los hombres habían nacido para ser virtuosos y que la justicia es una cualidad que les pertenece tanto como la existencia. Explicame por favor lo que querías decir con esto.

Hablé con unos *mollacks*¹¹ que me hicieron perder el tino con sus citas del Corán ya que yo no les hablaba como verdadero creyente sino como hombre, como ciudadano y como padre de familia.

Adiós.

Ispahán, último día de la luna de Safar, 1711

XI. USBEK A MIRZA, EN ISPAHÁN

Renuncias a tu razón para poner a prueba la mía. Te rebajas a consultarme y me crees capacitado para enseñarte. Mi querido Mirza, hay una cosa que me halaga aún más que la buena opinión que tienes de mí, y es tu amistad que me la procura.

¹¹ *Mollacks*: Sacerdotes sabios o doctores; ahora ya no son más que monjes mendicantes.

No creo que tenga que emplear razonamientos demasiado abstractos para contestarte a lo que me pides. Hay verdades sobre las que no basta convencer, sino además es preciso hacerlas sentir. Eso ocurre con las verdades de la moral. Espero que el episodio histórico que voy a contarte te ilustrará más que una sutil filosofía.

Vivía en tierras de Arabia un pueblo poco numeroso llamado Troglodita¹² descendiente de los antiguos trogloditas que, al decir de los historiadores, se parecían más a los animales que a los hombres. Pero éstos no eran ni con mucho tan deformes como sus antepasados, ni eran velludos como osos, ni emitían silbidos. Tenían dos ojos pero eran tan malvados y feroces que no existía para ellos ningún principio de equidad ni de justicia.

Tenían un rey de origen extranjero que a fin de corregir su malignidad les trataba severamente. Ellos se conjuraron contra él, lo mataron y exterminaron a toda la familia real.

Una vez hecho esto se reunieron para elegir un gobierno y, no sin muchas disensiones, eligieron a sus magistrados. Sin embargo, cuando ya estuvieron en el poder, se les hicieron insupportables y también los inmolaron.

Entonces, libres ya del nuevo yugo, se decidieron a vivir conforme a su naturaleza salvaje. Convinieron que, en adelante, no obedecerían a nadie y que cada uno velaría por sus intereses sin tener en cuenta los de los demás.

Esta resolución unánime encantó a todo el mundo. “¿Por qué tengo que matarme en trabajar por gente que no me importa nada?”, dijeron. “Pensaré sólo en mí y viviré feliz. ¿Qué se me da a mí que los demás lo sean? Satisfaré mis necesidades y, si es así, me importa poco que los otros trogloditas vivan en la miseria.”

Era la época de la siembra. Cada uno pensaba: “Labraré

¹² *Los trogloditas*: Son un pueblo fabuloso de que habla Herodoto; los sitúa próximos a los lotófagos y a los garamantes, pero no dice nada más de ellos. Posteriormente, se pretendió que habían vivido en Abisinia, al encontrarse en este país numerosas viviendas subterráneas; y la palabra troglodita, convertida en nombre común, designa actualmente a los pueblos que viven en subterráneos, a lo cual no aludió en modo alguno Montesquieu.

la parte de mi tierra que baste para procurarme el sustento. Lo demás será inútil. No quiero trabajar por nada.”

Pero todas las tierras de este pequeño reino no eran iguales. Las había áridas y las había montañosas, y otras, situadas en terrenos bajos, estaban atravesadas por numerosas corrientes. Aquel año hubo una gran sequía, de forma que las tierras altas no produjeron nada mientras que las que pudieron regarse dieron una abundante cosecha. Los que vivían en las montañas casi murieron de hambre porque los otros del llano no quisieron repartir con ellos la cosecha.

Al año siguiente llovió mucho y así las tierras montañosas fueron muy fértiles mientras que las bajas se inundaron. La mitad de la gente pasó hambre y los demás fueron con ellos tan implacables como ellos lo habían sido.

Uno de los principales trogloditas del pueblo tenía una mujer muy bella. Su vecino se enamoró de ella y la raptó. Hubo un gran escándalo y después de muchas injurias y agresiones acordaron pedir a un personaje, quien en los años de la república gozaba de buena reputación, que decidiera en aquel caso. Fueron a verle y comenzaron a explicarle las razones de su desavenencia. “¿Qué me importa, dijo él, que esta mujer sea tuya o que sea del otro? Tengo trabajo en mis tierras. No voy a perder el tiempo en arreglar vuestras diferencias y en ocuparme de vuestros asuntos mientras abandono los míos. Os ruego que me dejéis en paz y que no me importunéis con vuestras peleas.” Les dejó, pues, y se fue a trabajar.

El raptor, que era más fuerte que el otro, juró que moriría antes que devolver a la mujer que había raptado. El ofendido, dolido por la injusticia de su vecino y por la dureza del juez, regresaba desesperado cuando encontró en su camino a una joven muy hermosa que había ido a la fuente. No tenía mujer, le gustó aquella y le gustó aún más cuando supo que era la esposa del que había querido elegir por juez y que tan poco caso había hecho de su desgracia. La raptó y se la llevó a su casa.

Había un hombre que tenía un campo muy fértil que trabajaba muy cuidadosamente. Dos vecinos suyos se unieron, le echaron de sus tierras y las ocuparon. Concertaron entre los dos una unión con el fin de defenderse de los que pretendieran usurpar las tierras y se sostuvieron así durante varios meses.

Pero uno de ellos, cansado de repartir con su compañero lo que podía ser para él solo, mató al otro y se convirtió en único dueño. Su gloria duró poco. Otros dos trogloditas fueron a atacarlo. Él solo no pudo resistir y también lo mataron.

Un troglodita que andaba casi desnudo encontró a un hombre que vendía lana y pidió el precio. El comerciante pensó: "Sólo debiera obtener de la venta de la lana lo que necesito para comprar dos medidas de trigo. Pero voy a venderla por cuatro veces más a fin de comprar ocho medidas." El comprador tuvo que pagar este precio. "Estoy contento, dijo el mercader, ahora podré comprar trigo." "¿Cómo, preguntó el comprador, necesitáis trigo? Puedo vendéroslo. Quizá os asombre el precio pero ya sabéis que el trigo está muy caro y que hay hambre en todas partes. Devolvedme lo que os he pagado por la lana y os daré una medida de trigo. No me desprendería por menos del que tengo aunque os viera morir de hambre."

Mientras tanto una cruel epidemia devastaba al pueblo. Llegó un médico de un país vecino y administró sus remedios tan sabiamente que curó a todos los que se pusieron en sus manos. Cuando desapareció la enfermedad fue a ver a los que había curado para pedirles sus honorarios. En todas partes se los negaron y él se volvió a su patria, donde llegó agotado por el largo viaje. Poco después supo que la enfermedad había aparecido de nuevo y afligía con mayor rigor aquella tierra ingrata. Esta vez fueron a buscarle sin esperar a que él acudiera. "Marchaos, hombres injustos, dijo. Tenéis en el alma un veneno más ponzoñoso que aquél que queréis sanar. No merecéis ocupar un lugar en el mundo porque no tenéis ninguna humanidad y desconocéis las normas de la equidad. Ofendería a los dioses que os castigan si me opusiera a la justicia de su cólera."

Erzerún, 3 de la luna de Gemmadi 2, 1711

XII. USBEK AL MISMO, EN ISPAHÁN

Has visto, querido Mirza, cómo los trogloditas perecieron por su propia maldad y fueron víctimas de sus propias injusticias.

De todas las familias sólo dos escaparon de las desgracias que sufrió la nación. Había en el país dos hombres muy singulares que tenían humanidad, conocían la justicia y amaban la virtud. Estaban ligados entre sí no sólo por la rectitud de su corazón, sino también por la corrupción ajena. Veían la desolación general y sólo por su piedad la lamentaban, encontrando en esto un nuevo lazo de unión. Trabajaban con una común solicitud por el interés general y no tenían entre sí otras diferencias que las nacidas de una tierna amistad. Separados de sus compatriotas indignos de su presencia, llevaban una vida feliz y tranquila en el lugar más apartado del país. Los campos cultivados por tan virtuosas manos, parecían producir por sí mismos.

Amaban a sus mujeres y eran amados. Ponían todo su cuidado en educar a sus hijos en la virtud. Sin cesar les hacían ver las desgracias que afligían a sus compatriotas poniéndoles ante los ojos este triste ejemplo. Y, sobre todo, les hacían sentir que el interés de los particulares se encuentra siempre en el interés común; que pretender separarse de él es querer perderse; que la virtud no es una cosa que haya de sernos difícil y que no debe mirársela como un ejercicio penoso; que, en fin, la justicia para con los demás es una caridad para con nosotros mismos.

Pronto tuvieron el consuelo de los padres virtuosos que es el que sus hijos se parezcan a ellos. Así nació un pueblo joven, educado con prudencia que se multiplicó por felices matrimonios; aumentó su número, se consolidó su unidad, y la virtud, lejos de debilitarse en la muchedumbre, se hizo por el contrario más fuerte por un mayor número de ejemplos.

No hay que decir cuán felices fueron estos trogloditas. Tan justo pueblo tenía que ser amado por los dioses. Tan pronto como abrió los ojos para conocerlos, aprendió también a temerlos, y la religión¹³ vino a suavizar en las costumbres lo que la naturaleza tenía de demasiado áspero.

Instituyeron fiestas en honor de los dioses. Las muchachas adornadas con flores y los jóvenes bailaban a los acordes de

¹³ *La religión:* En este fragmento se ve claramente el papel esencialmente social que, según Montesquieu, corresponde a la religión.

una música bucólica. Se celebraban festines en los que la alegría no desdecía de la frugalidad. En estas asambleas aparecía la ingenua naturaleza; era allí donde se aprendía a dar el corazón y a recibirlo; era allí donde el pudor virginal asentía sonrojándose, sin reflexión, y se confirmaba en seguida por el consentimiento de los padres; era allí donde las madres jóvenes se complacían en preparar con mucho tiempo una unión dulce y fiel.

Todos iban al templo a solicitar los favores de los dioses. No se pedía la riqueza o la abundancia pues tales deseos eran indignos de los felices trogloditas. Si acaso, las pedían para sus compatriotas. Acudían al pie de los altares para implorar la salud de sus padres, la unión de sus hermanos, la ternura de sus mujeres, el amor y la obediencia de sus hijos. Las muchachas les ofrecían el sacrificio primerizo de su corazón y les pedían solamente la gracia de poder hacer feliz a un troglodita.

Por la noche, cuando los rebaños abandonaban los prados y los cansados bueyes volvían con el arado, ellos se reunían para cenar frugalmente y cantaban las injusticias de los primeros trogloditas y sus desgracias, la virtud renaciente del nuevo pueblo y su felicidad. Exaltaban la grandeza de los dioses, los favores que constantemente envían a los hombres que les imploran y su cólera inevitable para aquellos que no les temen. Describían las delicias de la vida campestre y la felicidad de una vida siempre adornada por la inocencia. Pronto se abandonaban a un dulce sueño, nunca turbado por penas ni cuidados.

La naturaleza satisfacía lo mismo sus deseos que sus necesidades. La avaricia era una extraña en aquel país dichoso. El pueblo troglodita se consideraba una sola familia. Los rebaños solían mezclarse y todo el mundo se ahorrraba el trabajo de hacer la partición.

Erzcrún, 6 de la luna de Gemmadi 2, 1711

XIII. USBEK AL MISMO

No sé cómo ponderarte la virtud de los trogloditas. Uno de ellos decía en una ocasión: “Mi padre debe labrar su campo mañana. Me levantaré dos horas antes que él y cuando él llegue encontrará el trabajo hecho.”

Otro pensaba: “Me parece que a mi hermana le gusta un joven pariente nuestro. Hablaré a mi padre para que se decida a concertar esa boda.”

Le dijeron a un hombre que los ladrones habían robado su rebaño: “Lo siento en el alma, dijo, porque había una ternera blanca que guardaba para ofrecerla a los dioses.”

“Tengo que ir al templo —se oía decir a otro— para dar las gracias a los dioses. Mi hermano a quien tanto quiere mi padre y al cual profeso yo tanto cariño, ha recobrado la salud.”

O bien: “Los trabajadores del campo que linda con el de mi padre están siempre expuestos a los rayos del sol. Tengo que plantar dos árboles para que esta pobre gente pueda descansar, de cuando en cuando, bajo su sombra.”

Un día que varios trogloditas estaban reunidos, un viejo habló de un joven de quien sospechaba que había cometido una mala acción y le hizo reproches. “No creemos que haya cometido tal crimen —dijeron los jóvenes trogloditas—. Pero si realmente lo ha hecho, ¡ojalá sea el último de su familia en encontrar la muerte!”

Dijeron a un troglodita que unos extranjeros habían saqueado su casa y se lo habían llevado todo. “Si no fuera por lo injustos que son, desearía que los dioses les concedieran disfrutar de estas cosas por más tiempo que a mí.”

Pero la propiedad de los trogloditas fue mirada con envidia. Se reunieron los pueblos vecinos y decidieron robarles los rebaños con un pretexto cualquiera. Cuando los trogloditas supieron lo que iban a hacer, les enviaron embajadores que les dijeron: “¿Qué os han hecho los trogloditas? ¿Han raptado a vuestras mujeres, han robado vuestros rebaños o asolado vuestros campos? No, somos justos y tememos a los dioses. ¿Qué queréis de nosotros? ¿Queréis lana para hacer os vestidos? ¿Queréis leche para vuestros rebaños o frutos de nuestros campos? Deponed las armas. Venid con nosotros y os daremos lo

que queráis. Pero por lo más sagrado juramos que si entráis en nuestras tierras como enemigos os miraremos como a un pueblo injusto y os trataremos como a bestias salvajes.”

Estas palabras fueron escuchadas con desprecio. Aquellos pueblos salvajes invadieron la tierra de los trogloditas a quienes creían defendidos sólo por su inocencia.

Pero ellos estaban bien preparados para defenderse. Habían colocado a las mujeres y los niños en medio de ellos. Les asombraba la injusticia de sus enemigos pero no su número. Un renovado ardor se apoderó de su corazón. Quién quería morir por su padre; quién, por su mujer y por sus hijos. Uno, por sus hermanos; otro, por sus amigos. Todos deseaban sacrificarse por el pueblo troglodita. El lugar del que moría era inmediatamente ocupado por otro, y éste, además de la causa común, tenía otra muerte que vengar.

Fue éste el combate de la injusticia contra la virtud. Aquellos pueblos cobardes que no pretendían sino el botín, no tuvieron vergüenza de huir. Cedieron ante la virtud de los trogloditas pero no tomaron ejemplo de ella.

Erzerún, 9 de la luna de Gemmadí 2, 1711

XIV. USBEK AL MISMO

En vista de que el pueblo aumentaba de día en día, los trogloditas creyeron llegado el momento de elegir un rey. Acordaron que designarían a quien fuera más justo entre ellos. Todos los ojos se volvieron a un anciano venerable por sus años y por su virtud. Este hombre no había querido asistir a la reunión y se había retirado a su casa con el corazón lleno de tristeza.

Cuando los diputados se presentaron a él para darle cuenta de la elección, dijo: “Quiera Dios ser servido de que yo no ofenda a los trogloditas si se piensan que no hay ninguno entre ellos más justo que yo. Me otorgáis la corona y si os empeñáis tendré que aceptarla. Pero sabed que moriré de dolor por haber visto a los trogloditas libres al nacer y verlos ahora sometidos.” Al decir esto se puso a verter torrentes de lágrimas. “Día nefasto, dijo, ¿por qué he vivido tanto?” y luego clamó

con voz severa: “Ya entiendo, trogloditas, vuestra virtud¹⁴ comienza a pesaros. En el estado en que ahora os encontráis, como no tenéis jefe que os mande, os veis obligados a ser virtuosos a pesar vuestro. De otra forma no podríais sobrevivir y caeríais en la desgracia de vuestros primeros padres. Pero este yugo os parece demasiado duro. Preferís vivir sometidos a un príncipe y obedecer sus leyes, que son menos rígidas que vuestras costumbres. Sabéis que a partir de entonces podréis contentar vuestra ambición, adquirir riquezas y languidecer en una cobarde voluptuosidad, y que, mientras evitéis caer en los grandes delitos, no necesitaréis la virtud.” Se detuvo y lloró más que nunca. “¿Qué pretendéis que yo haga? ¿Cómo puedo mandar algo a un troglodita? ¿Queréis que haga una acción virtuosa porque yo se lo ordene, cuando él la haría igualmente sin mí por la sola inclinación de la naturaleza? Oh, trogloditas, he llegado al fin de mis días y mi sangre está helada en mis venas. Pronto veré a vuestros sagrados antepasados. ¿Por qué queréis que les aflija y que me vea obligado a decirles que os he dejado sometidos a un yugo que no es el de la virtud?”

Erzerún, 10 de la luna de Gemmadi 2, 1711

XV. EL PRIMER EUNUCO A JARÓN, EUNUCO NEGRO, EN ERZERÚN

Ruego al cielo que te devuelva a estos lugares y te libre de todos los peligros.

Aunque no he conocido nunca ese lazo que llaman amistad,¹⁵ y me he refugiado siempre en mí mismo, tú me has hecho sentir, sin embargo, que todavía tengo un corazón. Mien-

¹⁴ *Virtud*: A partir de 1720 la virtud es considerada por Montesquieu como el principio de los gobiernos populares. La fábula de los trogloditas es un esbozo de lo que había de ser su teoría de los tres Estados, pues este pueblo conoció, en efecto, la anarquía, la república y la monarquía sucesivamente.

¹⁵ *Amistad*: Piense el lector que la barbarie de las costumbres orientales prohíbe la amistad a algunos seres, igual que a todos el amor verdadero.

tras seguía siendo de bronce para los esclavos que vivían a mis órdenes, veía crecer tu infancia con placer.

Llegó el día en que mi señor puso los ojos en ti. Faltaba mucho todavía para que la naturaleza se hubiera manifestado¹⁶ en tu persona cuando el hierro te separó de la naturaleza. No te diré si te compadecía o si sentí complacencia al ver que te elevabas hasta mí. Apacigüé tus llantos y tus gritos. Creí verte nacer de nuevo y abandonar una servidumbre en la que siempre tenías que obedecer para entrar en otra en la cual tenías que mandar. Me ocupé de tu educación. La severidad, que es norma de toda enseñanza, te hizo ignorar por mucho tiempo que yo te quería. Te quería, sin embargo, y casi te diría que como un padre a un hijo si los nombres de padre e hijo pudieran aplicarse a nuestro destino.

Recorrerás los países habitados por los cristianos, que nunca han creído. Es imposible que no quedés mancillado por su contacto. ¿Cómo podrá el profeta descubrirte entre los millones de enemigos suyos? Quisiera que mi señor, a su regreso, hiciera la peregrinación a la Meca. De este modo os purificaríais en la tierra de los ángeles.

Adiós.

Serrallo de Ispahán, 10 de la luna de Gemmadi, 1711

XVI. USBEK AL MOLLACK MOHAMED ALÍ, GUARDIÁN DE LAS TRES TUMBAS, EN KUM

¿Por qué vives entre las tumbas,¹⁷ divino *mollack*, si has nacido para vivir en las estrellas? Te escondes sin duda por miedo a oscurecer el sol. No tienes manchas como él pero igual que él te cubres de nubes.

Tu ciencia es un abismo más profundo que el océano. Tu espíritu, más penetrante que Zufagar, la espada de Alí¹⁸ que

¹⁶ Para que la naturaleza se hubiera manifestado: Le hicieron eunuco antes de que llegara a la pubertad.

¹⁷ Las tres tumbas: En Kum se encuentran, además de la tumba ya citada de la virgen Fátima, la del Sefi I y la del sha Abbas II.

¹⁸ La espada de Alí: Alí, yerno de Mahoma, fundador del cisma chiíta, tenía,

tenía dos puntas. Tú sabes lo que acontece en los nueve coros de las Potestades celestiales, lees el Corán sobre el pecho de nuestro divino profeta. Y cuando encuentras en él algún pasaje oscuro, por orden suya, un ángel despliega sus veloces alas y desciende del trono para revelarte su secreto.

Por tu mediación podría tener un estrecho contacto con los serafines pues, oh Imán decimotercero,¹⁹ ¿no eres tú el centro donde se junta el cielo y la tierra y el punto por donde el abismo y el Empíreo se comunican?

Me encuentro en medio de un pueblo profano. Permíteme que me purifique contigo y que vuelva mi rostro a los lugares sagrados donde vives. Distingúeme de los malos igual que se distingue al alba un hilo blanco de un hilo negro.²⁰ Ayúdame con tus consejos, cuida de mi alma, embriágala del espíritu de los profetas, nútreala con la ciencia del Paraíso y finalmente permíteme que ponga sus llagas a tus pies.

Dirige tus sagradas cartas a Erzerún donde permaneceré algunos meses.

Erzerún, 11 de la luna de Gemmadi 2, 1711

XVII. USBEK AL MISMO

No puedo calmar mi impaciencia, divino *mollak*. No puedo esperar tu sublime respuesta. Tengo dudas y debo resolverlas. Siento que mi razón se extravía. Devuélvela tú al buen camino. Ven a iluminarme, fuente de luz. Fulmina con tu pluma divina las dificultades que voy a exponerte. Hazme sentir piedad de mí mismo. Haz que me avergüence de la pregunta que voy a hacerte.

¿Por qué nos priva nuestro legislador de la carne de cerdo y de las demás que llama inmundas? ¿Por qué nos prohíbe to-

como la mayoría de los héroes de la época feudal en Occidente, una espada maravillosa, acabada en doble punta.

¹⁹ *Imán decimotercero*: Para los chiítas, hay doce imanes, el primero de los cuales fue Alí; la denominación de "imán decimotercero" es un gran honor que se hace a aquel a quien se le aplica.

²⁰ *Un hilo negro*: Figura tomada del Corán.

car un cuerpo muerto y por qué nos manda lavarnos el cuerpo sin cesar para purificar nuestra alma? Pienso que las cosas no son por sí mismas ni puras ni impuras. No puedo concebir que exista ninguna cualidad inherente al sujeto, que pueda hacerlas puras o impuras. Si el barro nos parece sucio es porque ofende nuestra vista o cualquier otro de nuestros sentidos.²¹ Pero en sí mismo no lo es más que el oro y los diamantes. La idea de que quedamos mancillados al tocar un cadáver no ha venido de la repugnancia natural que a su presencia experimentamos. Si los cuerpos de los que no se lavan nunca no ofendieran a nuestro olfato o a nuestra vista, ¿cómo hubiéramos podido imaginar que fueran impuros?

Por tanto, divino *mollack*, los sentidos son los únicos llamados a juzgar la pureza o impureza de las cosas. Pero como los objetos no afectan a todos los hombres de la misma manera, ya que lo que para unos es una sensación agradable produce repugnancia a los otros, se sigue que el testimonio de los sentidos no puede servir de regla en este caso. A menos que se convenga que cada uno puede decidir, sobre este punto, según su fantasía y distinguir, en lo que a él le afecte, las cosas puras de las que no lo son.

Pero, ¿no desharía esto, sagrado *mollack*, las distinciones establecidas por nuestro divino profeta y los puntos fundamentales de la ley escrita por mano de ángeles?²²

Erzerún, 20 de la luna de Gemmadi 2, 1711

²¹ *Los sentidos*: Usbek aparece ya contagiado del sensualismo relativista de Fontenelle y de Bayle. En efecto, es mucho menos permeable a las ideas occidentales que su amigo Rica, más joven que él.

²² *Por mano de ángeles*: Según los musulmanes, Mahoma recibió la ley de manos del ángel Gabriel.

XVIII. MOHAMED ALÍ, SERVIDOR DE LOS PROFETAS, A USBEK, EN ERZERÚN

Nos hacéis siempre preguntas que fueron hechas mil veces a nuestro santo profeta. ¿Por qué no leéis las *Tradiciones*²³ de los doctores? ¿Por qué no os volvéis a esa fuente pura de toda comprensión? Resolveríais todas vuestras dudas.

Desdichados que, distraídos con las cosas de la tierra, no habéis mirado nunca con atención las del cielo y que, si respetáis la condición de los *mollacks*, no sois capaces de abrazarla ni de seguirla.

Profanos que no penetráis nunca los secretos de lo eterno, vuestras luces se parecen más bien a las tinieblas del averno, y los razonamientos de vuestro espíritu son como el polvo que vuestros pies levantan cuando el sol está en el cenit en el ardiente mes de Chahban.

Por eso el cenit de nuestro espíritu no alcanza al nadir del menor de los imanes. Vuestra vana filosofía es como el relámpago que anuncia la tormenta y la oscuridad; os encontráis en medio de la tempestad y erráis de una parte a otra a merced de los vientos.

Es muy fácil responder a vuestras objeciones. Basta explicaros lo que ocurrió un día a nuestro santo profeta cuando, tentado por los cristianos y puesto a prueba por los judíos, supo confundir a unos y a otros.

El judío Abdías Ibesalón le preguntó por qué había prohibido Dios comer carne de cerdo. “Hay razones para ello, dijo Mahoma, es un animal inmundo y voy a convencerte de ello.”

Hizo con barro la figura de un hombre y tirándola al suelo gritó: “¡Levántate!” Al instante un hombre se levantó y dijo:

—Soy Jafet, hijo de Noé.

—¿Tenías los cabellos tan blancos al morir?, le preguntó el profeta.

—No, respondió Jafet, pero cuando me has despertado he creído que había llegado el día del juicio y he tenido un miedo tan grande que mis cabellos se han vuelto blancos de repente.

²³ *Las Tradiciones*: Son una especie de apéndice al *Corán*, que comprende los relatos orales sobre hechos y dichos del profeta; fueron recopiladas en el siglo IX.

—Pero explícame ahora, dijo el enviado de Dios, toda la historia del Arca de Noé.

Jafet obedeció y contó con todos los detalles lo que había ocurrido durante los primeros meses. Después dijo:

—Pusimos los excrementos de todos los animales a un lado del arca lo que la escoró de tal modo que sentimos todos, y particularmente nuestras mujeres, un miedo mortal. Nuestro padre Noé pidió consejo a Dios quien le dijo que hiciera girar al elefante hacia el lado levantado del arca. Este animal hizo tantas inmundicias que de ellas nació el cerdo.

¿Comprendes Usbek por qué desde entonces nos hemos abstenido de comer su carne y lo hemos mirado como un animal inundo?

Pero como el cerdo removía todos los días esas inmundicias, se levantó en el arca un tal hedor, que ni él mismo pudo contener un estornudo, y de su nariz salió una rata que iba royendo todo lo que encontraba a su paso. No pudiendo soportar por más tiempo estas cosas, Noé creyó conveniente consultar con Dios una vez más. El Señor le ordenó que dieran un gran golpe en la frente del león y al hacerlo, el león estornudó y de su nariz salió un gato. ¿Comprendes ahora por qué estos animales son todavía inmundos? ¿Qué piensas de ello?

Así pues, cuando no os dais cuenta de las razones por las cuales ciertas cosas son impuras, es que ignoráis otras muchas y no tenéis conocimiento de las cosas que han ocurrido entre Dios, los ángeles y los hombres. No conocéis la historia de la eternidad. No habéis leído los libros escritos en el cielo y lo que os ha sido revelado no es sino una pequeña parte de la biblioteca divina. E incluso los que, como nosotros, se acercan más a ella durante esta vida, se encuentran aún en la oscuridad y en las tinieblas.

Adiós, Mahoma esté en tu corazón.

Kum, último día de la luna de Chahban, 1711

XIX. USBEK A SU AMIGO RUSTÁN, EN ISPAHÁN

Permanecemos solamente ocho días en Tokad²⁴ y, después de treinta y cinco jornadas de camino, llegamos a Esmirna.

Entre Tokad y Esmirna no se encuentra ni una sola ciudad que merezca ser nombrada. He visto con asombro la debilidad del imperio de los osmanlíes. Aquel cuerpo enfermo no se sostiene por un régimen suave y moderado, sino sólo por medidas violentas que lo agotan y minan sin cesar.

Los pachás,²⁵ que sólo por dinero obtienen sus cargos, llegan arruinados a las provincias y las saquean como tierra de conquista. Una milicia insolente está sometida a sus caprichos. Las fortalezas son desmanteladas, las ciudades están desiertas; el cultivo de las tierras y el comercio, totalmente abandonados.

La impunidad reina en aquel severo gobierno. Los cristianos que cultivan la tierra, los judíos que recaudan los tributos, están expuestos a mil violencias.

La propiedad de las tierras es insegura y no existe por tanto deseo alguno de valorizarlas. No hay título ni posesión que valga frente al capricho de los que gobiernan.

Estos bárbaros han abandonado las artes de tal modo que incluso han olvidado el arte militar. Mientras las naciones de Europa van mejorando de día en día, ellos permanecen en su antigua ignorancia y no se ocupan de adaptar los nuevos inventos hasta que se han utilizado ya mil veces contra ellos.

No tienen experiencia alguna en el mar y carecen de toda habilidad para la maniobra. Se dice acertadamente que un puñado de cristianos salidos de una roca harían sudar a todos los osmanlíes y aniquilarían su imperio.

Incapaces de hacer el comercio, sufren casi con dolor que los europeos, siempre laboriosos y emprendedores, vayan a hacerlo. Creen hacer un favor a estos extranjeros al permitirles que les enriquezcan a ellos con su trabajo.

²⁴ *Tokad*: La primera ciudad que los viajeros procedentes de Armenia encuentran; se encuentra al sur de Trebisonda, en Anatolia.

²⁵ *Los pachás*: Gobernadores de las provincias, tenían como emblema de su dignidad una, dos o tres colas de caballo.

En toda la gran extensión del país sólo Esmirna puede considerarse como una ciudad rica y poderosa. Los europeos la han hecho así y si se distingue de todas las demás, no es precisamente gracias a los turcos.

Aquí tienes, querido Rustán, una idea exacta de este imperio que, antes de que transcurran dos siglos, será el teatro de los triunfos de algún conquistador victorioso.

Esmirna, 2 de la luna de Rhamazan, 1711

XX. USBEK A ZACHI, SU ESPOSA, EN EL SERRALLO DE ISPAHÁN

Me habéis ofendido, Zachi, y siento en mi corazón impulsos que tendríais que temer si mi alejamiento no os dejase tiempo para cambiar de conducta y para calmar los violentos celos que me atormentan.

Me informan que os han encontrado a solas con Nadir, eunuco blanco²⁶ que pagará con su cabeza su infidelidad y su perfidia. ¿Cómo habéis podido olvidar que no os está permitido recibir en vuestra cámara a un eunuco blanco mientras sean los negros los destinados a serviros? Podéis decirme que los eunucos no son hombres y que vuestra virtud os pone por encima de los pensamientos que podría suscitar en vos una semejanza imperfecta. Pero esto no basta para vos ni para mí; para vos porque hacéis una cosa que os prohíben las leyes del serrallo; para mí, porque me quitáis el honor al exponeros a miradas... ¿Qué digo a miradas?, quizá a los actos de un pérfido que os habrá manchado con sus crímenes y todavía más con sus lamentos y con la desesperación de su impotencia.

Me diréis quizá que siempre me habéis sido fiel. ¿Y podríais acaso dejar de serlo? ¿Cómo habríais burlado la vigilancia de esos eunucos negros que tan sorprendidos están de la vida que lleváis? ¿Cómo habríais podido romper esos cerrojos y esas puertas que os tienen encerrada? Os vanagloriáis de una vir-

²⁶ *Eunuco blanco*: A los eunucos blancos les estaba confiada la custodia exterior del harén y, en teoría, les estaba prohibido el acceso al interior del mismo.

tud que no es libre y quizás vuestros deseos impuros os han quitado mil veces el mérito y el precio de esta fidelidad que tanto pregonáis.

Quiero que no hayáis hecho todo lo que tengo motivos de sospechar; que ese pérfido no haya puesto sobre vuestro cuerpo sus manos sacrílegas; que os hayáis negado a prodigar a su mirada las delicias de su dueño; que, cubierta con vuestros vestidos, hayáis dejado esta frágil barrera entre él y vos; que, sobrecoigido de un santo respeto, él haya bajado los ojos; que, abandonando su atrevimiento, haya temblado ante los castigos que merece.

Pero, aun si todo esto fuera verdad, no lo es menos que habéis obrado contra vuestro deber. Y, si lo habéis violado sin intención, sin satisfacer vuestras inclinaciones desordenadas, ¿qué no hubierais hecho para satisfacerlas? ¿Qué haríais si pudierais salir de este lugar sagrado que para vos es una dura prisión como para vuestras compañeras es un refugio favorable contra los asaltos del vicio, un templo sagrado donde vuestro sexo pierde su debilidad y se vuelve invencible pese a todas las desventajas de la naturaleza? ¿Qué haríais si, abandonada a vuestras propias fuerzas, no tuvierais para defenderos más que vuestro amor por mí, que ha sido tan gravemente ofendido, y vuestro deber que de tal modo habéis traicionado? ¿Qué santas son las costumbres del país en que vivís, pues que os amparan contra los atentados de los más viles esclavos! Debéis darme las gracias por las molestias en las que os obligo a vivir ya que sólo por ello merecéis seguir viviendo.

No podéis soportar al jefe de los eunucos porque tiene siempre los ojos fijos en vuestro comportamiento y os da sus sabios consejos. Su fealdad, decís, es tan grande, que no podéis verle sin dolor como si en esta clase de cargos se acostumbrara a elegir a los más bellos. Lo que os aflige es no tener en su lugar al eunuco blanco que os deshonra.

Y, ¿qué os ha hecho vuestra primera esclava? Os ha dicho que las familiaridades que os permitís con la joven Zelida eran contrarias a la decencia. He aquí la razón de vuestro odio.

Debiera ser, Zachi, un juez severo. No soy más que un esposo que procura encontraros inocente. El amor que siento por

Roxana, mi nueva esposa, me permite toda la ternura que debo tener con vos, que no sois menos hermosa. Comparto mi amor entre las dos y Roxana no tiene sobre vos otra ventaja que la que la virtud puede añadir a la belleza.

Esmirna, 12 de la luna de Zilcadé, 1711

XXI. USBEK AL PRIMER EUNUCO BLANCO

Deberíais temblar al leer esta carta o más bien hubierais debido hacerlo cuando sufristeis la perfidia de Nadir. Vos, que en una vejez fría y languideciente no podéis sin traición poner los ojos en los espantables objetos de mi amor; vos, a quien no está nunca permitido poner un pie sacrílego en la puerta del terrible lugar²⁷ que las oculta a todas las miradas. ¿Permitís que aquellos cuya conducta se os ha confiado hayan hecho lo que vos no tendríais la temeridad de hacer y no os dais cuenta del rayo que está a punto de caer sobre ellos y sobre vos mismo?

¿Pero qué sois vosotros sino viles instrumentos que puedo aniquilar a mi capricho; que sólo existís para obedecerme; que no estáis en el mundo sino para vivir bajo mi ley o para morir cuando yo lo ordeno; que sólo respiráis en tanto que mi felicidad, mi amor, mis celos mismos tienen necesidad de vuestra baja condición y, en fin, que no podéis tener más parte que la sumisión, más alma que mis deseos, más esperanza que mi felicidad?

Sé que algunas de mis mujeres sufren con impaciencia las austeras leyes del deber; que la presencia continua de un eunuco negro se les hace insoportable; que están cansadas de estos horribles objetos que les han sido concedidos para llevarlas a sus esposos. Lo sé. Pero vos, que os habéis prestado a este desorden, seréis castigado de una forma que hará temblar a todos los que abusan de mi confianza. .

²⁷ *El terrible lugar*: El epíteto ha de entenderse en sentido religioso, dado que el harén se consideraba lugar sagrado.

Juro por todos los profetas del cielo y por Alí, el mayor de ellos, que si olvidáis vuestro deber consideraré vuestra vida como la de los insectos que perecen bajo mis pies.

Esmirna, 12 de la luna de Zilcadé, 1711

XXII. JARÓN²⁸ AL PRIMER EUNUCO, EN EL SERRALLO DE ISPAHÁN

A medida que Usbek se aleja del serrallo vuelve más y más la cabeza hacia sus sagradas mujeres; suspira, derrama lágrimas; se agria su dolor y sus sospechas crecen. Quiere aumentar el número de sus guardianes. Va a enviarme de nuevo a Ispahán con todos los negros que le acompañan. Ya no teme por sí mismo sino por lo que para él es más querido que su propia persona.

Voy a vivir, pues, bajo tu autoridad y a compartir tus cuidados. ¡Oh Dios, cuántas cosas son necesarias para hacer feliz a un hombre!

No parecía sino que la naturaleza hubiera puesto las mujeres en el serrallo y las hubiera retirado de pronto. Nació el desorden entre los dos sexos porque sus derechos eran recíprocos. Pero ahora hemos entrado en una nueva armonía. Hemos puesto el odio entre las mujeres y nosotros, y el amor entre los hombres y las mujeres.

Mi frente se volverá severa. Dejaré caer miradas sombrías y la alegría huirá de mis labios. Estaré tranquilo en apariencia pero mi espíritu estará inquieto. No tendré que esperar las arrugas de la vejez para mostrar sus penas.

Me habría gustado seguir a mi dueño a Occidente, pero mi voluntad es su bien. Quiere que guarde a sus mujeres y las guardaré con fidelidad. Sé cómo tengo que conducirme con ellas, las cuales, cuando no se les permite ser vanas, comien-

²⁸ *Jarón*: Joven eunuco negro. Su comentario resalta la inconsecuencia de Usbek, partidario, en principio, de la delicadeza y la tolerancia pero terriblemente despótico y bárbaro en la práctica.

zan a volverse soberbias. Más fácil es aniquilarlas que humillarlas.

Estoy a tus órdenes.

Esmirna, 12 de la luna de Zilcadé, 1711

XXIII. USBEK A SU AMIGO IBEN, EN ESMIRNA

Llegamos a Livorno después de cuarenta días de navegación. Es una ciudad nueva que atestigua el genio de los duques de Toscana.²⁹ Ellos supieron hacer de una aldea situada en terreno de pantanos, la ciudad más floreciente de Italia.

Las mujeres gozan aquí de una gran libertad. Se les permite ver a los hombres a través de unas ventanas llamadas celosías; pueden salir todos los días acompañadas de las dueñas. Sólo llevan un velo. Sus cuñados, sus tíos y sobrinos, pueden verlas sin que el marido se lo tome a mal.

Para un mahometano, una ciudad cristiana constituye un verdadero espectáculo. No hablo de las cosas que desde el principio causan asombro, como la diferencia en los edificios, en los vestidos o en las costumbres. Incluso en las cosas más insignificantes hay algo singular que siento y que no sé explicar.

Saldremos mañana para Marsella donde no permaneceremos mucho tiempo. El deseo de Rica y el mío es llegar en seguida a París, que es la capital del imperio de Europa. Los viajeros buscan siempre las grandes ciudades porque son una especie de patria común para los extranjeros.

Adiós. Ten la certeza de que te apreciaré siempre.

Livorno, 12 de la luna de Safar, 1712

²⁹ *Los duques de Toscana*: Livorno llegó a ser un gran puerto, gracias a los duques Cosme I, Fernando y Leopoldo, principalmente.

XXIV. RICA A IBBEN, EN ESMIRNA

Estamos en París desde hace un mes y nos encontramos siempre en continuo movimiento. Cuesta mucho trabajo instalarse, encontrar a las personas a las que hemos de dirigirnos y proveerse de las cosas necesarias, que hacen falta todas a un tiempo.

París es tan grande como Ispahán.³⁰ Las casas son tan altas que no parece sino que están habitadas sólo por astrólogos. Como comprenderás, una ciudad construida en el aire, con seis o siete casas unas sobre otras, está extremadamente poblada, y cuando todo el mundo está en la calle se produce una gran confusión.

Quizá no lo creas pero hace ya un mes que estoy aquí y todavía no he visto andar a nadie. No hay en el mundo gente que saque mejor partido de su cuerpo que los franceses. Corren, o mejor, vuelan. Los lentos vehículos de Asia, el paso acompañado de nuestros camellos, les producirían un síncope. Yo que no estoy hecho a estas prisas y que a menudo voy a pie, me indigno a veces como un cristiano por todo esto. Soporto que me salpiquen de pies a cabeza, pero no puedo perdonar los codazos que recibo a cada paso. Un hombre que anda detrás de mí y que me adelanta me hace dar media vuelta, y otro que se cruza conmigo por el otro lado me devuelve al lugar donde el primero me había atropellado. No he dado cien pasos y estoy más cansado que si hubiera andado diez leguas.

No creas que puedo hablarte a fondo de las costumbres y las maneras europeas. Yo mismo no tengo de ellas más que una ligera idea y he tenido apenas tiempo para asombrarme de ellas.

El rey de Francia es el príncipe más poderoso de Europa. No tiene minas de oro como el rey de España, su vecino, pero

³⁰ *París es tan grande como Ispahán*: No se trata de una broma. En 1713, París tenía 700 000 habitantes; en 1671, Chardin consideraba que la población de Ispahán venía a ser igual a la de Londres: unos 600 000 habitantes; otros llegaban a afirmar que se acercaba al millón. Fundada en 1565 por un capricho de Abbas I el Grande, a fines del siglo XVII alcanzaba un esplendor comparable al de París. Tenía 162 mezquitas, 273 baños públicos y más de 38 000 casas o palacios.

tiene más riquezas que él porque las saca de la vanidad de sus súbditos que es más inagotable que las minas.

Se le ha visto emprender o sostener grandes guerras sin más fondos que los títulos de honor que pone en venta.³¹ Por un prodigio del orgullo humano sus tropas estaban pagadas, sus fortalezas provistas y sus flotas equipadas.

Por otra parte, este rey es un gran mago. Ejerce su imperio sobre el espíritu mismo de sus súbditos y les hace pensar como él quiere. Cuando sólo tiene un millón de escudos en el tesoro y necesita dos, no tiene más que convencerles de que un escudo vale dos y le creen. Si tiene que sostener una guerra difícil y no tiene nada de dinero le basta meterles en la cabeza que un trozo de papel es dinero y quedan convencidos inmediatamente. Tan grandes son su fuerza y su poder sobre los espíritus, que incluso llega a hacerles creer que puede curarles de toda suerte de males con sólo tocarlos.

Lo que te digo de este príncipe no debe asombrarte. Hay otro mago más poderoso que él que es dueño de su espíritu lo mismo que el suyo es dueño del de los otros. Ese mago se llama *papa*. Lo mismo le hace creer que tres no son más que uno, que el pan que se come no es pan, o que el vino que se bebe no es vino y otras mil cosas por el estilo.

Y para mantenerle siempre en vilo y no dejarle que pierda la costumbre de creer, le da de cuando en cuando, para probarle, ciertos artículos de fe. Hace dos años le envió un gran escrito que llamó *Constitución* y pretendió obligar a este príncipe y a sus súbditos, bajo grandes castigos, a creer todo lo que el escrito contenía. Tuvo éxito con el príncipe, que se sometió inmediatamente dando así ejemplo a sus súbditos. Pero algunos de ellos se rebelaron y dijeron que no querían creer nada de lo que el escrito decía. Fueron las mujeres precisamente quienes provocaron esta rebelión que divide a la corte, al reino entero y a todas las familias. La *Constitución* les prohíbe leer un libro que los cristianos consideran que fue traído del cielo y que es propiamente su *Corán*. Las mujeres, indig-

³¹ *Los títulos de honor que pone en venta*: Montesquieu hace referencia aquí a la venta de títulos de nobleza a que se vio obligado Luis XIV, en razón de las necesidades del tesoro.

nadas del ultraje hecho a su sexo, soliviantan a todos en contra de esta Constitución. Han puesto de su parte a los hombres, los cuales, en esta ocasión, no quieren disfrutar de ningún privilegio. Sin embargo, hay que reconocer que este muftí no razona mal y por el gran Alí que tiene que haber sido instruido en los principios de nuestra santa ley. Pues como las mujeres son de una creación inferior a la nuestra y nuestros profetas nos dicen que no entrarán en el paraíso, ¿para qué van a leer un libro que está hecho para encontrar el camino del paraíso?

He oído contar del rey cosas que parecen prodigiosas y no dudo que titubees en creerlas.

Se dice que mientras hacía la guerra a sus vecinos, que se habían unido contra él, tenía en su propio reino un sinnúmero de enemigos invisibles que le rodeaban. Añaden que los ha buscado durante más de treinta años y, que a pesar de los infatigables servicios de ciertos derviches³² que gozan de su confianza, no ha podido encontrar ni a uno solo de ellos. Viven con él, están en su corte, en su capital, en sus tropas, en sus tribunales, y sin embargo se asegura que tendrá la pena de morir sin haberlos encontrado. Se diría que existen en general y que no son nada en particular; es un cuerpo pero sin miembros. El cielo quiere sin duda castigar a este príncipe por no haber sido lo bastante moderado para con sus enemigos vencidos, deparándole otros enemigos invisibles cuyo genio y cuyo destino están por encima del suyo.

Seguiré escribiéndote, y te contaré cosas que están muy lejos del carácter y del genio persas. No hay duda de que procedemos de la misma tierra, pero los hombres del país en que yo vivo y los del país en que tú estás, son muy diferentes.

París, 4 de la luna de Rebiab 2, 1712

³² *Ciertos derviches*: Los confesores del rey: R.P. La Chaise y R.P. Le Tellier, jesuitas.

XXV. USBEK A IBBEN, EN ESMIRNA

He recibido una carta de tu sobrino Rhedi. Me dice que se marcha de Esmirna con la intención de ver Italia y que el único motivo de su viaje es aprender y hacerse así más digno de ti. Te felicito por tener un sobrino que algún día será el consuelo de tu vejez.

Rica te escribe una larga carta en la que, dice, te habla mucho de este país. La vivacidad de su espíritu le permite captarlo todo con rapidez. Yo, que pienso más lentamente, no estoy todavía en situación de decirte nada.

Eres el objeto de nuestras más sentidas conversaciones. Nunca hablaremos bastante de la acogida que nos dispensaste en Esmirna y de los favores que todos los días recibimos de tu amistad.

Ojalá encuentres en todas partes, generoso Ibben, amigos tan agradecidos y tan fieles como nosotros. Ojalá pueda verte pronto y pueda encontrar de nuevo contigo esos días felices que transcurren tan suavemente entre dos buenos amigos.

Adiós.

París, 4 de la luna de Rebiab 2, 1712

XXVI. USBEK A ROXANA, EN EL SERRALLO DE ISPAHÁN

Sois feliz, Roxana, por vivir en la dulce Persia y no en los climas envenenados donde no se conoce ni el pudor ni la virtud. Sois en verdad feliz. Vivís en mi serrallo como en la morada de la inocencia, inaccesible a los desmanes de los humanos. Os encontraréis alegremente en una situación que no os permite equivocaros. Ningún hombre os ha mancillado con sus miradas lascivas. Ni siquiera vuestro suegro, en la libertad de los banquetes, vio jamás vuestra boca. Nunca dejasteis de cubrirla con el velo sagrado. ¡Feliz Roxana! Siempre que habéis salido al campo habéis sido precedida por eunucos que daban

muerte a todos los temerarios que no huían ante vuestra presencia. Yo mismo, a quien el cielo os ha dado para hacer mi felicidad, ¡cuántas dificultades he tenido para adueñarme de aquel tesoro que con tanta constancia defendíais! ¡Qué sufrimiento el mío por no veros durante los primeros días de nuestro matrimonio! y ¡qué impaciencia cuando os hube visto! Pero vos no la satisfacíais sino que, por el contrario, la excitabais con las obstinadas negativas de vuestro pudor. Me confundíais con los demás hombres de quienes os guardáis celosamente. ¿Os acordáis de aquel día en que os perdí entre vuestras esclavas que me traicionaron y os ocultaron a mi búsqueda?, ¿y de aquel otro en el cual, viendo que vuestras lágrimas no servían de nada, empleasteis la autoridad de vuestra madre para detener la furia de mi amor? ¿Os acordáis de que, cuando os faltaron todos los recursos, encontrasteis todavía los de vuestro valor? Tomasteis un puñal y amenazasteis con inmolarme a un esposo que os amaba, si seguía exigiendo de vos aquello que amabais más que a vuestro esposo mismo. Dos meses transcurrieron en este combate entre el amor y la virtud. Llevasteis demasiado lejos vuestros castos escrúpulos y no os rendisteis ni siquiera después de haber sido vencida. Defendisteis hasta el último extremo vuestra virginidad moribunda y me mirasteis como a un enemigo que os había ultrajado y no como a un esposo que os había querido. Durante más de tres meses no os atrevisteis a mirarme sin sonrojaros. Vuestro aire confundido parecía reprocharme lo que había tomado. Ni siquiera gozaba de una posesión tranquila y ocultabais todo lo que podíais de vuestros encantos y de vuestras gracias. Me embriagaba con los favores máximos sin haber obtenido los pequeños.

Si hubieseis sido educada en este país no os habríais sentido tan cohibida. Las mujeres han perdido aquí toda moderación; se presentan ante los hombres con el rostro descubierto como si pidieran a gritos su derrota. Los buscan con sus miradas. Los ven en las mezquitas, en los paseos y en sus propias casas. La costumbre de hacerse servir por eunucos, les es desconocida. En lugar de esa noble simplicidad y del amable pudor que reina entre vosotras, se observa aquí una brutal inmodestia a la cual es imposible acostumbrarse.

Sí, Roxana, si estuvierais aquí os sentiríais ultrajada al ver la ignominia en que ha caído vuestro sexo. Huiríais de este abominable lugar y suspiraríais por el dulce retiro en que encontraríais la inocencia, en que estáis segura de vos misma, en que ningún peligro os hace temblar, en que, finalmente, podréis amarme sin temer perder jamás el amor que me debéis.

Cuando resaltáis el resplandor de vuestra tez con los colores más hermosos; cuando os perfumáis todo el cuerpo con las más preciosas esencias; cuando os adornáis con los vestidos más bellos; cuando procuráis distinguiros de vuestras compañeras por la gracia de vuestra danza y por la dulzura de vuestro canto y rivalizáis con ellas graciosamente en encantos, en delicadeza y en alegría no puedo pensar que tengáis más objeto que gustarme. Y cuando os veo enrojecer con modestia y vuestras miradas buscan las mías, cuando con palabras dulces y halagadoras os insinuáis a mi corazón, no puedo Roxana dudar de vuestro amor.

En cambio, ¿qué puedo pensar de las mujeres de Europa? Su forma de arreglarse, los adornos con que se embellecen, los cuidados que prodigan a su persona, su continuo deseo de agrandar, son en realidad ofensas a su virtud y ultrajes a sus esposos.

No es que crea, Roxana, que ellas lleven las cosas hasta el punto que su conducta podría hacer suponer, ni que lleguen al extremo, que con sólo pensarlo hace temblar, de violar completamente la fidelidad conyugal. Hay pocas mujeres que se abandonen hasta ese punto. Todas llevan grabada en su corazón la señal de la virtud, con la cual nacen y que la educación puede debilitar pero no destruir. Pueden olvidar los deberes exteriores que el pudor exige, pero cuando se trata de dar el último paso, la naturaleza se rebela. Por eso, si tan celosamente os encerramos, os hacemos guardar por tantos esclavos y procuramos detener el curso de vuestros deseos si van demasiado lejos, no es porque temamos la última infidelidad, sino porque sabemos que la pureza es muy delicada y que la menor mancha puede empañarla.

Os compadezco, Roxana. Vuestra castidad, puesta a prueba durante tanto tiempo, merecía un esposo que nunca os hu-

biera abandonado y que pudiera aplacar los deseos que vuestra sola virtud sabe someter.

París, 7 de la luna de Rhégeb, 1712

XXVII. USBEK A NESSIR,³³ EN ISPAHÁN

Estamos en París, esta soberbia rival de la ciudad del sol.³⁴

Cuando salí de Esmirna le encargué a mi amigo Ibben que te hiciera llegar una caja que contenía unos regalos para ti. Recibirás esta carta por el mismo conducto. Aunque me separan de él quinientas o seiscientas leguas, tiene noticias más y recibo las tuyas con tanta rapidez como si él estuviera en Ispahán y yo en Kum. Mando mis cartas a Marsella de donde salen continuamente barcos para Esmirna. Desde allí, él envía las que son para Persia a través de las caravanas de armenios que salen cada día para Ispahán.

Rica goza de perfecta salud; su fuerte complexión, su juventud y su natural alegría le ayudan a vencer cualquier dificultad.

Yo, en cambio, no me encuentro bien, estoy abatido física y moralmente, y me invaden reflexiones cada día más tristes. Mi salud que se va debilitando, me hace mirar a mi patria y encontrar este país más extranjero.

Pero, querido Nessir, procura que mis mujeres ignoren el estado en que me encuentro. Si me aman quiero ahorrarles lágrimas y si no me aman, no quisiera aumentar su atrevimiento.

Si mis eunucos me creyeran en peligro, si pudieran esperar la impunidad para una vil complacencia, cesarían al punto de

³³ *Nessir*: Amigo de Usbek.

³⁴ *La ciudad del sol*: El escudo de Irán sigue siendo un león armado de una espada, ante el sol; en Ispahán todas las tardes se hacía una ceremonia de salutación al sol poniente; se trata, sin duda, de una pervivencia del espíritu de Zoroastro.

permanecer sordos a la voz halagadora de las mujeres que se hace oír de las rocas y que agita las cosas inanimadas.

Adiós, Nessir, me complace darte muestras de mi confianza.

París, 5 de la luna de Chahban, 1712

XXVIII. RICA A...

Vi ayer una cosa muy singular, por más que pasa diariamente en París.

Todo el mundo, al caer la tarde se reúne para ir a una especie de escena que he oído llamar comedia. La acción se desarrolla sobre un estrado que se llama teatro. A ambos lados, en pequeños compartimientos llamados palcos, puede verse a hombres y mujeres que representan escenas mudas como las que están en uso en Persia.

Hay aquí una amante afligida que expresa su dolor; o bien otra, más viva, que devora con los ojos a su amante que la mira a ella de igual modo. Todas las pasiones están grabadas en los rostros, y se expresan con una elocuencia que no por ser muda es menos viva. En otro lugar, las actrices se muestran sólo de medio cuerpo, y, por modestia, llevan un manguito para esconder los brazos.

En la parte de abajo hay una multitud de gente de pie³⁵ que se burla de los que están arriba mientras éstos se ríen de los de abajo.

Pero los que se toman más trabajo son unos que se escogen ya de poca edad para que puedan soportar la fatiga. Se les obliga a estar en todas partes. Pasan por lugares que sólo ellos conocen, suben con sorprendente destreza de piso en piso, están arriba, abajo, en todos los palcos, se ~~se~~mergen, por decirlo de algún modo. Se pierden, vuelven a subir y a menudo dejan la escena y van a trabajar a otro sitio. Hasta se ve a unos

³⁵ *Una multitud de gente de pie*: El público del patio, donde no había asientos; público popular y levantisco, bastante mal predispuesto hacia los espectadores aristocráticos de los palcos. En definitiva, para Rica lo esencial del espectáculo se encuentra en la sala.

que por un prodigio inesperado de sus muletas,³⁶ empiezan a caminar y van como los demás. Después hay unas salas donde se desarrolla una comedia especial. Comienzan con reverencias y continúan con abrazos. Parece que el más ligero conocimiento da a un hombre derecho a ahogar a otro y que el lugar inspira ternura. Se dice, en efecto, que las princesas que allí reinan no son crueles y, si se exceptúan dos o tres horas al día en que son bastante salvajes, puede decirse que el resto del tiempo son relativamente tratables y que no es más que una embriaguez que se les pasa fácilmente.

Todo esto que te digo ocurre también en otro lugar llamado Ópera. La diferencia es que en el primero se habla y aquí se canta. Uno de mis amigos me llevó el otro día al camerino donde se desnudaba una de las principales actrices. Nos hicimos tan amigos que al día siguiente recibí de ella esta carta:

Señor:

Soy la mujer más desgraciada del mundo. He sido siempre la actriz más virtuosa de la Ópera. Un día, hace siete u ocho meses, me encontraba en el camerino donde ayer me visteis. Mientras me estaba vistiendo de sacerdotisa de Diana vino un abate joven³⁷ y, sin respetar mi vestido blanco, mi velo ni mi cinta, me arrebató mi inocencia. Por mucho que le hago ver el sacrificio que de mí le hice, se echa a reír y me asegura que me encontró muy profana. Pero ahora estoy tan gruesa que ya no me atrevo a presentarme en el teatro. Porque en el capítulo del honor soy de una increíble delicadeza y siempre afirmo que a una muchacha bien nacida es más fácil que le hagan perder la virtud que la modestia.³⁸ Con tal delicadeza, bien podréis creer que aquel abate no hubiera logrado nunca nada si no me hubiese prometido casarse conmigo. Tan legítimo motivo me hizo pasar sobre las pequeñas formalidades de rigor y empezar por donde hubiera tenido que terminar. Pero, como su infidelidad me deshonoró, ya no quiero vivir en la Ópera donde,

³⁶ *De sus muletas*: Probablemente se trate de los bastones.

³⁷ *Un abate joven*: En el siglo XVIII, todo joven clérigo tonsurado llevaba sotana y recibía el título de abate que indicaba, únicamente, que era un aspirante a un beneficio eclesiástico.

³⁸ *La modestia*: Una muchacha de origen noble pierde más fácilmente su virtud que el sentido de las conveniencias.

quede esto entre vos y yo, no gano para vivir. Ahora que voy avanzando en edad y pierdo encantos, mi pensión que sigue siendo la misma, parece disminuir de día en día. He sabido por uno de vuestro séquito, que una buena bailarina es muy apreciada en vuestro país y que si estuviera en Ispahán encontraría la fortuna. Si quisierais concederme vuestra protección y llevarme con vos a aquel país, tendríais la satisfacción de hacer el bien a una muchacha que, por su virtud y su conducta nunca se haría indigna de vuestras bondades. Quedo...

París, 2 de la luna de Chalval, 1712

XXIX. RICA A IBBEN, EN ESMIRNA

El papa es la cabeza de los cristianos. Es un viejo ídolo³⁹ al que ellos inciensan por la fuerza de la costumbre. Antiguamente era temible hasta para los propios príncipes, pues los deponía tan fácilmente como nuestros magníficos sultanes deponen a los reyes de Irimetia y de Georgia. Pero ya no se le teme. Dice ser sucesor de uno de los primeros cristianos, a quien llaman san Pedro; y es sin duda una poderosa sucesión, pues posee tesoros inmensos y un gran país bajo sus dominios.

Los obispos son hombres de leyes que están subordinados a él y que tienen, bajo su autoridad, dos misiones diferentes: cuando están reunidos, hacen, igual que él, artículos de fe; por separado, no tienen más misión que la de dispensar del cumplimiento de la ley. Pues has de saber que la religión cristiana está cargada de una infinidad de prácticas difíciles y, como se ha considerado que es más incómodo cumplir esos deberes que tener obispos que dispensen de ellos, se ha optado por esto último, en bien de la utilidad general. De modo que si hay alguien que no quiera hacer el Ramadán⁴⁰ o someterse a las formalidades que requieren las bodas; si alguien quiere romper los votos, o casarse en contra de las prohibiciones de

³⁹ *Un viejo ídolo*: Quizá convenga ver en esta expresión más anglicanismo que anticlericalismo.

⁴⁰ *El Ramadán*: En el mundo cristiano, la cuaresma

la ley, o incluso a veces quebrantar un juramento, no tiene más que ir ante el obispo o ante el papa, que conceden inmediatamente la dispensa.

Los obispos no hacen artículos de fe por iniciativa propia. Hay un número infinito de doctores, casi todos derviches, que promueven mil nuevas cuestiones acerca de la religión. Se les deja discutir durante mucho tiempo, y la guerra se prolonga hasta que surge una decisión que le pone fin.

Puedo asegurarte que no ha existido jamás un reino en el que haya habido tantas guerras civiles como en el de Cristo.

Los que publican algún juicio nuevo reciben, en principio, el nombre de herejes. Cada herejía tiene su nombre, que es como el santo y seña de sus adeptos. Pero sólo es hereje el que quiere: basta con partir la diferencia por la mitad y presentar un *distingo*⁴¹ a los que acusan de herejía y, cualquiera que sea el *distingo*, ya sea inteligible o no, deja a un hombre blanco como la nieve y, en adelante, puede llamársele ortodoxo.

Esto que te digo ocurre en Francia y Alemania, pues he oído decir que en España y Portugal hay unos derviches que no aguantan bromas y queman a un hombre como si fuera paja. Cuando se cae en poder de esa gente, ¡dichoso el que ha rezado siempre a Dios con cuentas de madera entre las manos, el que ha llevado puestos dos trozos de tela atados con dos cintas, y el que ha ido alguna vez a una provincia llamada Galicia! Un desgraciado que no cuente con alguna de estas cosas, por fuerza ha de pasarlo bastante mal. Aunque jurase y perjurase que es ortodoxo, sería fácil no estar de acuerdo con sus cualidades y mandarlo quemar como hereje, por más que insistiese en presentar su *distingo*. ¡Nada de *distingos*! Quedaría reducido a cenizas antes de que se hubiera pensado en escucharle.

Los demás jueces presumen que un acusado es inocente; éstos siempre presumen que es culpable, y, ante la duda, tienen como norma decidirse por el rigor; aparentemente, porque creen malos a los hombres. Pero, por otra parte, tienen tan buena opinión de ellos que no los consideran capaces de men-

⁴¹ *Un distingo*: Justificación de un punto de vista, por abuso del sentido. Pascal se queja de estas prácticas, secuela de la escolástica de la Edad Media.

tir, pues aceptan el testimonio de los enemigos capitales, de las mujeres de mala vida, de los que ejercen una profesión vil. En su sentencia, dan la enhorabuena a los que están vestidos con una camisa de azufre, y les dicen que les disgusta verlos tan mal vestidos, que ellos son delicados, que aborrecen la sangre y que sienten en el alma haberlos condenado. Pero, para consolarse, confiscan a su provecho todos los bienes de estos desgraciados.

¡Dichosa la tierra que habitan los hijos de los profetas! Estos tristes espectáculos son desconocidos en ella. La sagrada religión que los ángeles le han llevado se defiende por su misma verdad y no necesita estos medios violentos para mantenerse.

París, 4 de la luna de Chalval, 1712

XXX. RICA AL MISMO, EN ESMIRNA

Los habitantes de París son de una curiosidad que raya en la extravagancia. Cuando llegué, se me miró como si el cielo me hubiese enviado: todos querían verme; ancianos, hombres, mujeres y niños. Si salía, todo el mundo se asomaba a las ventanas; si estaba en las Tullerías,⁴² en seguida hacían un corro en torno a mí; las propias mujeres formaban un arco iris matizado que me rodeaba; si iba a algún espectáculo, lo primero que veía eran cien anteojos inspeccionando mi cara; en resumen, nunca hombre alguno fue tan contemplado como yo. A veces, me hacía sonreír el oír a personas, que apenas si habían salido de su habitación alguna vez, diciendo: “Hay que reconocer que tiene todo el aspecto de un persa.” ¡Cosa admirable!, encontraba retratos míos por todas partes, me veía multiplicado en todas las tiendas, encima de todas las chimeneas; seguramente tenían miedo de no haberme visto lo suficiente.

Tantos honores no dejan de representar una carga; yo no me creía un hombre tan curioso y tan raro y, aunque tenga buena opinión de mí mismo, nunca habría imaginado que iba

⁴² *Las Tullerías*: Eran el paseo de moda por aquel entonces.

a turbar el sosiego de una gran ciudad en la que era totalmente desconocido. Por esto resolví cambiar el traje persa por otro a la europea, para ver si aún quedaría algo digno de admiración en mi fisonomía. Aquella prueba me hizo conocer lo que yo valía realmente, y, libre de todos los adornos extraños, pude valorarme en lo justo. Tuve motivos para estar quejoso de mi sastre, que me había hecho perder en un momento la admiración y la estima generales, pues de repente entré en un terrible vacío. A veces permanecía durante una hora en un grupo de personas, sin que nadie me mirase ni me diese ocasión de abrir la boca. Pero si por casualidad alguno de ellos se enteraba de que yo era persa, inmediatamente oía un murmullo a mi alrededor: “¡Ah! ¡ah! ¿El señor es persa? ¡Es realmente extraordinario! ¿Y cómo se puede ser persa?”

París, 6 de la luna de Chalval, 1712

XXXI. RHEDI⁴³ A USBEK, EN PARÍS

Ahora estoy en Venecia, querido Usbek. Aunque uno haya visto todas las ciudades del mundo, se siente sorprendido al llegar a Venecia: es asombroso ver una ciudad, torres y mezquitas salir del agua, y encontrar una población numerosa en un lugar en el que sólo debería haber peces.

Esta ciudad profana carece, sin embargo, del tesoro más precioso que existe en el mundo, es decir, del agua corriente; es imposible realizar una sola ablución religiosa.⁴⁴ Nuestro santo profeta abomina de ella, y la contempla con ira desde lo alto del cielo.

Si no fuera por esto, querido Usbek, estaría encantado de vivir en una ciudad que cultiva mi espíritu día tras día. Me instruyo acerca de los secretos del comercio, de los intereses de los príncipes, de su forma de gobierno; no paso por alto na-

⁴³ *Rhedi*: Sobrino de Ibben, comerciante de Esmirna.

⁴⁴ *Una sola ablución religiosa*: Todo buen musulmán ha de hacer, por día, cinco abluciones rituales, antes de cada una de las cinco oraciones; debe utilizar agua dulce o, en su defecto, arena.

da, ni siquiera las supersticiones europeas; me intereso por la medicina, la física y la astronomía; estudio las artes; en resumen, salgo de las nubes que me cubrían los ojos en mi país de origen.

Venecia, 16 de la luna de Chalval, 1712

XXXII. RICA A...

Hace unos días fui a ver una casa⁴⁵ en la que se alojan, de manera bastante pobre, unas trescientas personas. La visita fue rápida, pues la iglesia y los pabellones no merecían demasiada atención. Los habitantes de aquella casa estaban bastante alegres: algunos de ellos jugaban a las cartas o a otros juegos que yo no conozco. Al salir, coincidí con uno de aquellos hombres que salía también y que, al oír que yo preguntaba la dirección del Marais, que es el barrio más alejado de París, me dijo: “Yo voy allí y puedo acompañarle; sígame.” Me guió a las mil maravillas, me sacó de todos los apuros y me ayudó hábilmente a esquivar las carrozas y los coches. Estábamos a punto de llegar cuando me asaltó la curiosidad. “Amigo, le dije, ¿puedo saber quién es usted? —Yo soy ciego, señor, me contestó. —¿Cómo!, le dije. ¡Es usted ciego! Y ¿por qué no le pidió al buen hombre que jugaba con usted a las cartas que nos acompañase? —También él es ciego, contestó. Hace cuatrocientos años que vivimos trescientos ciegos en la casa en que usted nos ha encontrado. Pero tengo que dejarle. Ahí está la calle que usted buscaba. Voy a mezclarme con el gentío; entraré en esa iglesia y le aseguro que estorbaré yo más a la gente que ella a mí.”

París, 17 de la luna de Chalval, 1712



⁴⁵ *Una casa*: El hospital de los Quinze-Vingts, fundado por san Luis para los ciegos pobres; estaba situado cerca del Palais-Royal.

XXXIII. USBEK A RHEDI, EN VENECIA

El vino es tan caro en París, debido a los impuestos, que parecen haberse propuesto hacer cumplir aquí los divinos preceptos del Corán, que prohíben beberlo.

Cuando pienso en los funestos efectos de este licor, no puedo evitar mirarlo como el don más terrible que la naturaleza haya hecho al hombre. Si algo ha marchitado la vida y la reputación de nuestros monarcas,⁴⁶ ha sido su intemperancia, que es la fuente más envenenada de sus injusticias y sus crueldades.

Lo diré para vergüenza de los hombres: la ley prohíbe a nuestros príncipes el uso del vino, y lo beben con un exceso que los degrada de la humanidad misma. Este uso, al contrario, está permitido a los príncipes cristianos, y no se observa que les haga falta alguna. El espíritu humano es la contradicción misma; en medio del libertinaje, nos revolvemos con furor contra los preceptos, y la ley, hecha para que seamos más justos, no sirve a menudo más que para hacernos más culpables.

Pero, cuando desapruero el uso de este licor que hace perder la razón, no condeno a la vez aquellas bebidas que la alegran.⁴⁷ La sabiduría de los orientales busca remedios contra la tristeza con tanto celo como contra las enfermedades más peligrosas. Cuando algo malo ocurre a un europeo, no tiene más recurso que la lectura de un filósofo llamado Séneca; pero los asiáticos, más sensatos y mejores físicos, toman brebajes capaces de devolver la alegría al hombre y de hacerle aparecer atenuado el recuerdo de sus penas.

Nada hay tan doloroso como los consuelos sacados de la necesidad del mal, de la inutilidad de los remedios, de la fatali-

⁴⁶ *La reputación de nuestros monarcas*: Los shas no se privaban de vino. Abbas II, protector de Chardin, cometió, al final de su vida, toda clase de injusticias que tenían su origen en el abuso del vino.

⁴⁷ *Aquellas bebidas que la alegran*: Chardin habló de una bebida a base de opio. Por entonces, Persia exportaba adormidera a China, con quien tenía frecuentes y numerosos intercambios, tanto en el terreno comercial como en el artístico. El palacio imperial lo habían decorado en parte artistas chinos que desdicharon las prescripciones coránicas y dibujaron figuras humanas.

dad del destino, del orden de la providencia y de la desdicha de la condición humana. Es una burla querer suavizar un mal mediante la consideración de que hemos nacido miserables. Más vale apartar al espíritu de sus reflexiones y tratar al hombre como a un ser sensible, en lugar de tratarle como a un ser razonable.

El alma, unida al cuerpo, está tiranizado por él sin cesar. Si la circulación sanguínea es demasiado lenta; si las facultades intelectuales no están lo bastante depuradas, o no las poseemos en cantidad suficiente, caemos en el agotamiento y en la tristeza. Pero si tomamos brebajes que puedan cambiar tales disposiciones de nuestro cuerpo, nuestra alma llega a ser capaz de recibir impresiones que la alegren, y experimenta un placer secreto al ver que su maquinaria recupera, pudiéramos decir, el movimiento y la vida.

París, 25 de la luna de Zilcadé, 1713

XXXIV. RICA A IBBEN, EN ESMIRNA

Las mujeres de Persia son más hermosas que las de Francia; pero éstas son más bonitas. Es imposible no amar a las primeras, y no pasarlo bien con las segundas. Aquéllas son más tiernas y modestas, y éstas más alegres y animadas.

Lo que hace tan hermosa la sangre persa es la vida ordenada que allí llevan las mujeres; no juegan, no velan, no beben vino y apenas toman el aire. Hay que reconocer que el serrallo se hizo más para la salud que para los placeres; es una vida unida, donde en todo se nota la subordinación y el deber, incluso los placeres son serios, y las alegrías severas, y casi nunca se los saborea más que como signos de autoridad y dependencia.

Incluso los hombres carecen en Persia de la alegría de los franceses. No se ve en ellos esta libertad de espíritu y este aspecto satisfecho que aquí encuentro en todos los estados⁴⁸ y condiciones.

⁴⁸ *En todos los estados*: Estado corresponde, aquí, a clase social. La condición corresponde, pues, a la situación personal dentro de cada estado.

Peor es en Turquía, donde podrían encontrarse familias en las que, durante generaciones, nadie se ha reído desde la fundación de la monarquía.

Esta gravedad de los asiáticos proviene del escaso trato que entre sí mantienen; no se ven más que cuando están obligados a ello por alguna ceremonia. La amistad, ese agradable compromiso del corazón, que constituye aquí la dulzura del vivir, les es casi desconocida. Se retiran a sus casas donde encuentran siempre compañía aguardándoles, así que cada familia vive prácticamente aislada.

Un día que hablaba sobre este tema con un hombre de este país, me dijo: “Lo que más me extraña de vuestras costumbres, es que os veis obligados a vivir con esclavos, cuyo corazón y cuya mente han de resentirse siempre de la bajeza de su condición. Estas gentes cobardes debilitan en vosotros los sentimientos de virtud que provienen de la naturaleza y desde la infancia os los van arruinando. Debéis deshaceros de los prejuicios. ¿Qué puede esperarse de la educación que se recibe de un miserable, cuyo honor consiste en guardar las mujeres ajenas, y que se enorgullece del más vil empleo que existe en el mundo; que es despreciable por su misma fidelidad —su única virtud— ya que la ha alcanzado por la envidia, los celos y la desesperación; que, ardiendo en deseos de venganza hacia los dos sexos, de quienes es el desecho, consiente en ser tiranizado por el más fuerte, con tal de poder atormentar al más débil; que, extrayendo de su imperfección, de su fealdad y de su deformidad todo el brillo de su condición, es estimado tan sólo por ser indigno de serlo; y que, remachado a la puerta donde está atado, con más fuerza aún que los goznes y las cadenas que la sostienen, alardea de cincuenta años de vida en ese puesto indigno, donde, cargado con los celos de su amo, ha estado ejerciendo toda su bajeza?”

París, 14 de la luna de Zilhagé, 1713

XXXV. USBEK A SU PRIMO GEMCHID, DERVICHE DEL BRILLANTE MONASTERIO DE TAURIS

¿Qué piensas de los cristianos, sublime derviche? ¿Crees que el día del juicio les ocurrirá lo que a los infieles turcos, que servirán de asnos⁴⁹ a los judíos y los llevarán trotando al infierno? Ya sé que no irán a la morada de los profetas, y que el gran Alí⁵⁰ no vino para ellos. Pero, ya que no han sido bastante dichosos como para encontrar mezquitas en su país, ¿crees que serán condenados a penas eternas, y que Dios los castigará por no haber practicado una religión que no les hizo conocer? Puedo decírtelo: he observado a menudo a estos cristianos, les he interrogado para ver si tenían alguna idea acerca del gran Alí, el más hermoso entre todos los hombres. Jamás habían oído hablar de él.

No se parecen a aquellos infieles a quienes nuestros santos profetas hacían pasar a cuchillo por resistirse a creer en los milagros celestes. Son más bien como los desdichados que vivían en las tinieblas de la idolatría antes de que la luz divina iluminara el rostro de nuestro gran profeta.

Por otra parte, si se examina de cerca su religión, se encuentra en ella como un germen de nuestros dogmas.⁵¹ A menudo he admirado los secretos de la Providencia que de esta forma parece haberlos preparado a la conversión general. He oído hablar de un libro de sus doctores, titulado *La poligamia triunfante*, en el cual se prueba que la poligamia se ha ordenado a los cristianos. Su bautismo es la imagen de nuestras abluciones legales, y los cristianos no se equivocan más que en la eficacia que le conceden a esta ablución, creyendo que puede

⁴⁹ *Que servirán de asnos*: Según el viajero Rycaut, quien asignaba a los persas la función de asnos era un turco. A Montesquieu le parecían ridículas tales fábulas y no les prestaba gran atención, pues su único propósito, como el de Locke, era defender la tolerancia.

⁵⁰ *Alí*: Al príncipe de los profetas persas se le consideraba tan hermoso que los artistas nunca reproducían su rostro.

⁵¹ *Un germen de nuestros dogmas*: El autor se propone hacer ver que la recíproca es cierta. De hecho, en la religión de Mahoma se encuentran elementos tomados de la cristiana, de la judía y de mazdeísmo parsí. Moisés y Jesús están incluidos entre los profetas, que alcanzan el número de 120 000. En un principio, Mahoma admitía que la salvación fuese posible para los judíos y los cristianos en cuanto monoteístas.

sustituir a todas las demás. Sus monjes y sacerdotes rezan, como nosotros, siete veces al día. Esperan gozar de un paraíso donde disfrutarán de mil delicias, gracias a la resurrección de la carne. Tienen, como nosotros, ayunos marcados, mortificaciones con las cuales esperan favor de la misericordia divina. Rinden culto a los ángeles buenos, y desconfían de los malos. Tienen una santa credulidad hacia los milagros que Dios opera por medio de sus servidores. Reconocen, como nosotros, la insuficiencia de sus méritos y la necesidad de un intercesor ante Dios. Por todas partes veo la religión mahometana sin referencia alguna a Mahoma. Hagamos lo que hagamos, la verdad se escapa y atraviesa las tinieblas que la rodean. Día llegará en que el Eterno sólo verá sobre la tierra verdaderos creyentes; el tiempo, que todo lo consume, destruirá incluso los errores; todos los hombres se asombrarán al verse bajo un mismo estandarte, todo, hasta la ley, será consumido y los divinos ejemplares serán arrebatados de la tierra y llevados a los celestes archivos.

París, 20 de la luna de Zilhagé, 1713

XXXVI. USBEK A RHEDI, EN VENEZIA

Hay muchos sitios públicos en París donde se toma café.⁵² En algunos de estos lugares se cuentan noticias; en otros, se juega al ajedrez. En uno de ellos se prepara el café de tal forma que aguza la inteligencia de quien lo toma. Por lo menos, de cuantos de allí salen, no hay quien no se crea con cuatro veces más de la que tenía cuando allí entró.

Pero, lo que más me sorprende en estas inteligencias cultivadas, es que no son útiles a su patria en nada, y que malgas-

⁵² *Café*: El número de cafés se había incrementado notablemente desde comienzos de siglo. Conviene recordar que el café llegó a Europa desde Esmirna, como Rhedi, y que el juego de ajedrez que se practicaba en nuestros cafés era originario de Persia; su mismo nombre no es sino una derivación de la palabra sha, rey.

tan su talento en cosas pueriles. Por ejemplo, cuando llegué a París, los encontré excitados por una disputa sobre la cosa más tonta que imaginarse pueda. Se trataba de la reputación de un viejo poeta griego, cuya patria después de dos mil años se ignora, lo mismo que la fecha de su muerte. Los dos partidos reconocían que era un poeta excelente, y sólo se discutía sobre el mayor o menor mérito de sus obras. Cada cual lo tasaba a su manera; pero, entre estos distribuidores de reputación, unos pesaban más que los otros. ¡Esta era la querrela!⁵³ Y estaba muy viva aún, pues se decían cordialmente, de una y otra parte, injurias tan groseras, chistes tan amargos, que yo admiraba más la forma de discutir que el tema de la discusión. “Si alguien, me decía a mí mismo, fuera tan atolondrado como para atacar la reputación de un honesto ciudadano, ante uno de estos defensores del poeta griego, saldría muy mal parado; y un celo tan delicado ante la reputación de los muertos se inflamaria aún más para defender la de los vivos. Pero, pase lo que pase, añadía, Dios me libre de atraer sobre mí la enemistad de los censores de este poeta, cuya estancia de dos mil años en la tumba no ha podido ponerle a salvo de odio tan implacable. Ahora golpean en el vacío. Pero, ¿qué ocurriría si su furor se animara por la presencia de un enemigo?”

Aquellos de quienes acabo de hablarte discuten en lenguaje vulgar, y hay que distinguirles de otra clase de polemistas que emplean un lenguaje bárbaro que parece añadir algo al furor y al antagonismo de los combatientes. Hay barrios en los que se ve como una mezcla negra y espesa de esta clase de gentes; se alimentan de distingos, viven de razonamientos oscuros y de falsas consecuencias. Este oficio, donde debería uno morir de hambre, no deja de rendir; se ha visto a una nación entera, expulsada de un país, atravesar los mares para establecerse en Francia, no llevándose consigo, para atender a las necesidades

⁵³ *La querrela*: La famosa querrela de los antiguos y los modernos, iniciada en 1683, se desencadenó entre 1688 y 1696; volvió a encenderse en 1713, con motivo de la traducción de Homero por Mme. Dacier, criticada por La Motte-Houdart. Fénelon trató de solucionar el conflicto en su *Carta a la Academia*, publicada en 1715.

de la vida, nada más que un terrible talento para la discusión.
Adiós.

París, último día de la luna de Zilhagé, 1713

XXXVII. USBEK A IBBEN, EN ESMIRNA

El rey de Francia es viejo.⁵⁴ En nuestras historias no tenemos ejemplo de un monarca que haya reinado tanto tiempo. Se dice que posee en muy alto grado el talento de hacerse obedecer; gobierna con igual inteligencia su familia, su corte, su estado. A menudo se le ha oído decir que, de todos los gobiernos del mundo, el de los turcos y el de nuestro augusto sultán son los que más le gustan; tal es su interés por la política oriental.

He estudiado su carácter, y he encontrado en él contradicciones que me es imposible resolver. Por ejemplo: tiene un ministro que sólo cuenta dieciocho años de edad, y una amante que tiene ochenta. Ama su religión, y no puede aguantar a quienes le dicen que debe observarla rigurosamente. Aunque huye del tumulto de las ciudades y es poco comunicativo, sólo le preocupa, de la noche a la mañana, que se hable de él. Ama los trofeos y las victorias, pero teme tanto ver a un buen general a la cabeza de sus tropas, como al frente de un ejército enemigo. Creo que sólo a él le ha ocurrido estar a la vez tan colmado de riquezas como príncipe alguno podría esperar, y estar por otra parte abrumado por una pobreza que un hombre cualquiera no podría resistir.

Le gusta recompensar a quienes le sirven, pero paga tan liberalmente las asiduidades, mejor dicho, el ocio de sus cortesanos, como las campañas trabajosas de sus capitales. A menudo quiere más al hombre que le desnuda o le da la servilleta al sentarse a la mesa, que al que gana ciudades o batallas. No cree que la grandeza soberana deba ser estorbada en la distribución de dones, y, sin examinar si aquél a quien colma de bienes es hombre de valer, cree que su elección le convertirá en

⁵⁴ *El rey de Francia es viejo*: Esta carta está fechada en 1713; Luis XIV murió el 1 de septiembre de 1715, a la edad de setenta y siete años.

tal; así se le ha visto dar una pequeña pensión a un hombre que había huido durante dos leguas, y un hermoso gobierno a otro que había huido cuatro.

Es magnífico, sobre todo en sus construcciones; hay más estatuas en los jardines de su palacio que ciudadanos en una gran ciudad. Su guardia es tan fuerte como la del príncipe ante quien todos los tronos se tambalean. Sus ejércitos son igualmente numerosos; sus recursos grandes y sus finanzas inagotables.

París, 7 de la luna de Maharram, 1713

XXXVIII. RICA A IBBEN, EN ESMIRNA

Hay un gran problema entre los hombres, y es saber si vale más quitarles la libertad a las mujeres o dejársela; me parece que hay muchas razones en pro y en contra. Si los europeos dicen que no se es generoso haciendo desgraciado a quien se ama, nosotros, los asiáticos, respondemos que es una bajeza para los hombres renunciar al imperio que la naturaleza les dio sobre las mujeres. Si se les dice que es molesto el gran número de mujeres encerradas, responden que diez mujeres que obedecen molestan menos que una que no obedezca. Si objetan a su vez que los europeos no podrían ser felices con mujeres que no les fueran fieles, se les responde que esa fidelidad, que tanto alaban, no impide el hastío que sigue siempre a las pasiones satisfechas; que nuestras mujeres nos pertenecen demasiado; que una posesión tan tranquila nada nos deja que temer ni qué desear; que un poco de coquetería es una pizca de sal, que pica e impide la corrupción. Puede que un hombre más sabio que yo, estuviera indeciso al decidir; pues si los asiáticos hacen muy bien buscando los medios aptos para calmar sus inquietudes, también los europeos hacen bien no teniéndolas.

“Después de todo, dicen, si fuéramos desdichados como maridos, siempre encontraríamos medio para desquitarnos como amantes. Para que un hombre pudiera quejarse con razón de la infidelidad de su mujer sería necesario que no hubie-

ra más que tres personas en el mundo. En cuanto sean cuatro, estarán igualados.”

Es otra cuestión el saber si la ley natural somete las mujeres a los hombres. “No, me decía el otro día un filósofo muy galante; la naturaleza jamás dictó ley. El dominio que tenemos sobre ellas es una verdadera tiranía, nos lo han permitido únicamente porque son más dulces que nosotros, y por tanto poseen más razón y humanidad. Estas ventajas, que, sin duda, debieran darles superioridad, si nosotros hubiéramos sido razonables, se la han hecho perder porque no lo somos. Pues si es cierto que no tenemos sobre las mujeres más que un poder tiránico, no es menos cierto que ellas tienen sobre nosotros un poder natural, el de la belleza, al que nada se resiste. Nosotros no mandamos en todos los países, pero el imperio de la belleza es universal. ¿Por qué íbamos a tener un privilegio? ¿Por qué somos los más fuertes? Es una verdadera injusticia. Empleamos toda clase de medios para abatir su valor; las fuerzas serían iguales si la educación lo fuera también. Probémoslas en los talentos que la educación no haya debilitado y veremos si somos tan fuertes.”

Hay que decirlo, aunque ello choque con nuestras costumbres: en los pueblos mejor educados, las mujeres han tenido siempre autoridad sobre sus maridos. Fue establecido por una ley entre los egipcios, en honor a Isis, y entre los babilonios, en honor a Semíramis. Se dice de los romanos que gobernaban el mundo, pero obedecían a sus mujeres. No hablo de los saurómatas,⁵⁵ quienes vivían verdaderamente bajo la esclavitud de tal sexo; eran demasiado bárbaros para que su ejemplo pueda ser citado.

Ya ves, querido Ibben, que me va agradando este país que gusta de sostener opiniones extrañas y reducirlo todo a paradojas. El profeta⁵⁶ decidió la cuestión y reguló los derechos de uno y otro sexo. “Las mujeres, dice, deben honrar a sus

⁵⁵ *Los saurómatas*: Llamados también sármatas, ocupaban la región del Don inferior. Con frecuencia fueron considerados como prototipos de la humanidad primitiva, en los siglos XVII y XVIII. Los saurómatas, según la leyenda, habían sido esclavos de sus madres, las amazonas.

⁵⁶ *El profeta*: Esta cita está tomada del Corán.

maridos, sus maridos honrarlas a ellas, pero éstos estarán un grado por encima de ellas.”

París, 26 de la luna de Gemmadi, 1713

XXXIX. HAGI IBBI⁵⁷ AL JUDÍO BEN JOSUÉ, PROSÉLITO MAHOMETANO, EN ESMIRNA

Me parece, Ben Josué, que hay siempre signos esplendorosos que preparan el nacimiento de los hombres extraordinarios, cual si la naturaleza sufriera una especie de crisis y el poder celestial sólo produjera con esfuerzo.

Nada hay tan maravilloso como el nacimiento de Mahoma. Dios, que por los decretos de su providencia había resuelto desde el principio enviar este gran profeta a los hombres para encadenar a Satanás, creó, dos mil años antes de Adán, una luz que pasando de elegido en elegido, de generación en generación, de antepasado en antepasado de Mahoma llegó hasta él atestiguando su auténtica descendencia de los patriarcas. Fue también a causa de este mismo profeta por lo que Dios no quiso permitir que ningún niño fuera concebido sin que la mujer dejara de ser inmunda y el hombre se circuncidara.

Vino al mundo circunciso y la dicha apareció sobre su rostro desde su nacimiento. La tierra tembló por tres veces como si ella misma le hubiera alumbrado; todos los ídolos se prosternaron; los tronos de los reyes fueron derribados. Lucifer fue precipitado hasta el fondo del mar y sólo después de haber nadado durante cuarenta días salió del abismo y huyó hacia el monte Cabés, desde donde, con voz terrible, llamó a sus ángeles.

Esa noche, Dios puso una línea entre hombre y mujer que ninguno de ellos pudo traspasar. El arte de magos y nigro-

⁵⁷ *Hagi Ibbi*: En toda la obra, sólo vuelve a aparecer en el apéndice, en los fragmentos de cartas. ¿Por qué, por una sola carta, lo incluyó Montesquieu entre los corresponsales habituales? Tal vez para demostrar la necesidad de los testimonios en materia religiosa; o quizá para presentar un nuevo sacerdote tan ridículo como el divino *mollack* Mohamed Ali de la carta 18.

mantes quedó sin efecto. Se oyó una voz celestial que decía estas palabras: “He mandado al mundo a mi amigo fiel.”

Según el testimonio de Isben Aben, historiador árabe, los pájaros, las nubes, los vientos y los escuadrones angélicos se reunieron para educar al niño y se disputaron tal privilegio. Los pájaros decían con sus trinos que nadie mejor que ellos para educarle, debido a que con suma facilidad podrían traerle variados frutos de diversos lugares. Los vientos murmuraban y decían: “Más bien nos corresponde a nosotros, ya que de todas partes podemos traerle los más agradables aromas.” “No, decían las nubes; nos será confiado a nosotras que en todo instante le haremos partícipe de la frescura de las aguas.” Y en la altura los ángeles, indignados, exclamaron: “Entonces, ¿qué haremos nosotros?”. Pero se oyó una voz del cielo que terminó con todas las discusiones: “No se le arrebatará de las manos de los mortales y serán benditos los pechos que lo amamanten, las manos que lo toquen, la casa en que habite y el lecho en que repose.”

Después de tantos testimonios deslumbrantes, querido Josué, hay que tener un corazón muy duro para no creer en su santa ley. ¿Qué más hubiera podido hacer el cielo para confirmar su misión divina, como no fuera alterar la naturaleza y hacer perecer a aquellos mismos hombres a quienes quería convencer?

París, 20 de la luna de Rhégeb, 1713

XL. USBEK A IBBEN, EN ESMIRNA

Cuando muere alguien importante nos reunimos en la mezquita y se hace la oración fúnebre, un discurso en su honor, durante el cual se vería uno harto comprometido para decidir cuáles son, en justicia, los méritos del difunto.

Quisiera desterrar de entre nosotros las pompas fúnebres. Hay que llorar por los hombres al nacer, no al morir. ¿De qué sirven las ceremonias y el aparato lúgubre con que se rodea a un moribundo en sus últimos momentos, las lágrimas y el do-

lor de su familia, incluso, de qué sirven, sino para exagerar el vacío que dejará entre ellos?

Estamos tan ciegos que no sabemos cuándo debemos afligirnos o regocijarnos; casi nunca tenemos más que tristezas falsas o falsas alegrías.

Cuando veo al Gran Mogol⁵⁸ que todos los años se coloca en una balanza y se hace pesar como un buey; cuando veo a los pueblos regocijarse porque este príncipe se ha hecho más pesado, es decir, menos capaz de gobernarles, siento piedad, Ibben, por la extravagancia humana.

París, 20 de la luna de Rhégeb, 1713

XLI. EL PRIMER EUNUCO NEGRO A USBEK

Ismael, uno de tus eunucos negros, acaba de morir,⁵⁹ magnífico señor, y debo remplazarlo. Como los eunucos escasean ahora, había pensado servirte de un esclavo negro que tienes en el campo; pero hasta el momento no he podido someterle para que se consagrara a este empleo. Como veo que, al fin y al cabo, esto es en beneficio suyo, quise el otro día ser un poco riguroso, y, de acuerdo con el intendente de tus jardines, ordené que, a pesar suyo, se le pusiera en condiciones de rendirte los servicios que alegran tu corazón, y de vivir como yo en esos lugares que no osa mirar siquiera. Pero se puso a gritar como si hubiéramos querido despellejarle, y tanto hizo que escapó de nuestras manos y evitó el fatal cuchillo. Acabo de enterarme de que quiere escribirte para pedirte gracia, sosteniendo que yo no he concebido tal designio más que por un fatal deseo de venganza ocasionado por ciertas bromas picantes que dice haber hecho sobre mi persona. Sin embargo, te juro

⁵⁸ *El Gran Mogol*: Descendiente de Tamerlán. Aún en nuestros días, el Khan, jefe religioso supremo de los descendientes de los mogoles en la India, se somete anualmente a la ceremonia del peso.

⁵⁹ *Ismael... acaba de morir*: Parece que hay una estrecha relación con la carta anterior, en que se hablaba de las oraciones fúnebres que acompañan la muerte de los grandes. La de Ismael es breve, por su condición de esclavo y de eunuco, apartado de la comunidad humana.

por los cien mil profetas no haber obrado más que pensando en tu servicio, única cosa que me importa y aparte de lo cual nada me interesa.

Me postro a tus pies.

Serrallo de Fatmé, 7 de la luna de Maharram, 1713

XLII. PHARAN A USBEK, SU SOBERANO SEÑOR

Si estuvieras aquí, soberano señor, aparecería ante ti enteramente cubierto de papel blanco; y aún no sería suficiente para escribir todos los insultos que tu primer eunuco negro, el más malvado entre los hombres, me ha infligido desde tu marcha.

Bajo el pretexto de algunas bromas que pretende hice sobre su desdichada condición, ejerce sobre mi persona una inextinguible venganza; ha puesto en contra mía al cruel intendente de tus jardines, quien, desde tu partida, me obliga a unos terribles trabajos, en cuyo curso pensé mil veces perder la vida, sin que decayera un solo momento mi ardor por servirte. ¿Cuántas veces me dije: “Tengo un amo lleno de benevolencia, y soy el esclavo más desdichado del mundo”?

Debo decírtelo, magnífico señor; no me creía destinado a mayores miserias, pero este eunuco traicionero quiso poner un colmo a su maldad. Hace algunos días, que, por particular designio suyo, me destinó a la vigilancia de tus sagradas mujeres, es decir, a una ejecución que para mí sería mil veces más cruel que la muerte. Los que al nacer tuvieron la desdicha de sufrir tal trato de unos padres crueles, quizás se consuelen al no haber conocido otra condición; pero al hacerme descender de mi nivel humano moriría de dolor, señor, si no muriese antes como consecuencia de acto tan bárbaro.

Beso tus pies, señor, con profunda humildad. Obra de manera que me hagas sentir el efecto de tu respetada virtud y que no se diga que por orden tuya hay en el mundo un desdichado más.

Jardines de Fatmé, 7 de la luna de Maharram, 1713

XLIII. USBEK A PHARAN, EN LOS JARDINES DE FATMÉ

Da paso a la alegría en tu corazón, y reconoce estos sagrados caracteres;⁶⁰ hácelos besar al gran eunuco y al intendente de mis jardines. Les prohíbo que intenten nada contra ti. Diles que compren el eunuco que necesito. Cumple con tu deber como si yo estuviera siempre ante tus ojos, ya que, si mi bondad es grande, mayor será tu castigo si abusas de ella.

París, 25 de la luna de Rhégeb, 1713

XLIV. USBEK A RHEDI, EN VENECIA

Hay en Francia tres clases de profesiones: la iglesia, la espada y la toga. Los componentes de cada una de ellas desprecian soberanamente a los de las restantes; alguno a quien se debería despreciar por ser un idiota, no lo es a menudo más que por ser hombre de toga.

El más vil artesano discute acerca de las excelencias del oficio que eligió; todos se elevan sobre quien tiene distinta profesión, en forma proporcional a la idea que se han hecho sobre la superioridad de la suya.

Más o menos, todos los hombres se parecen a aquella mujer de la provincia de Eriván que, habiendo recibido una vez una gracia de uno de nuestros monarcas, le deseaba una y mil veces el cielo le hiciera gobernador de Eriván.

Leí en un relato que un navío francés tocó una vez en la costa de Guinea, y algunos hombres de la tripulación desembarcaron para comprar corderos. Se les llevó a ver al rey, que administraba justicia bajo un árbol. Allí estaba, sentado en su trono, tan orgulloso como si se encontrara en el del Gran Mo-

⁶⁰ *Estos sagrados caracteres.* Es muy poco verosímil que el pobre Ismael estuviese en condiciones de leer una carta y menos aún de contestarla. El interés radica en poner de manifiesto el sentimiento de superioridad que el halago mezquino de aquel miserable había provocado en Usbek.

gol. A su alrededor tenía tres o cuatro guardias armados con lanzas de madera; un parasol, cual un dosel, le preservaba del ardor del sol; todos sus adornos y los de la reina, su mujer, consistían en su negra piel y algunos anillos.

Este príncipe, aún más vano que miserable, preguntó a los extranjeros si en Francia se hablaba mucho de él. Creía que su nombre debía ser llevado de uno a otro confín de la tierra, y a diferencia de aquel conquistador de quien se dijo que había enmudecido al mundo, creía que todo el universo debía hablar de él.

Cuando el Khan de los tártaros ha comido, un heraldo grita que los príncipes de la tierra pueden ir a comer si les place, y este bárbaro, que sólo come leche, que carece de casa, que vive sólo del bandidaje, mira a los reyes del mundo como a sus esclavos y los insulta con regularidad dos veces al día.

París, 28 de la luna de Rhégeb, 1713

XLV. RICA A USBEK, EN...

Ayer por la mañana, estando acostado oí llamar fuertemente a mi puerta, que fue abierta de pronto por un hombre con quien tenía cierta amistad, y que me pareció totalmente fuera de sí.

Su vestido era más que modesto; su peluca estaba ladeada y no la había peinado siquiera; por lo visto, no había tenido tiempo para que le recosieran el jubón negro y había renunciado, en tal día, a las prudentes costumbres con que solía disfrazar la decadencia de su indumentaria.

“Levantaos, me dijo, os necesito durante todo el día; tengo mil cosas que hacer y quisiera que me acompañarais. Primero debemos ir a la calle de Saint-Honoré a hablar con un notario encargado de vender una tierra por quinientas mil libras; quiero que me dé una opción preferente. Al venir hacia acá, me detuve un momento en el barrio de Saint-Germain donde alquilé un hotel por dos mil escudos, y espero ultimar el contrato hoy.”

En cuanto me vestí, me hizo bajar precipitadamente. “Empecemos, dijo, por comprar una carroza.” Efectivamente, no sólo compramos la carroza, sino que gastamos más de cien mil francos en menos de una hora. Todo esto se hizo rápidamente, ya que mi hombre ni regateó, ni contó ni pagó. Me parecía estar soñando, y, cuando examinaba a aquel individuo, encontraba en él una singular complicación de pobreza y riqueza, de forma que no sabía a qué atenerme.

Al final salí de mi silencio y llamándole aparte le dije: “Señor, ¿quién pagará todo esto? —Yo, respondió. Venid a mi habitación. Os mostraré tesoros inmensos y riquezas envidiadas por los mayores monarcas, pero no por vos, pues las compartiréis siempre conmigo.” Le seguí. Subimos a un quinto piso y, por una escalerilla, nos encaramamos a un sexto, un cuartito abierto a los cuatro vientos donde no había más que dos o tres docenas de cuencos de barro llenos de diversos licores. “Me levanté muy temprano, me dijo, y antes de nada hice lo que vengo haciendo desde hace veinticinco años, visitar mi obra. Vi que había llegado el gran día, el día que debe hacerme el hombre más rico de la tierra. ¿Veis este licor bermejo? Tiene ahora todas aquellas cualidades que pedían los filósofos para conseguir la transmutación de los metales. De ahí he sacado estos granos que veis, de oro verdadero por su color, aunque algo imperfecto en cuanto al peso. Este secreto, que encontró Nicolás Flamel,⁶¹ pero que Raimundo Lulio y un millón más buscaron en vano, ha llegado hasta mí, y soy ahora un feliz adepto. ¡Quiera el cielo que sólo para su gloria me sirva de los tesoros que me ha comunicado!”

Salí, bajé, mejor dicho, me precipité escaleras abajo, lleno de cólera, y dejé al hombre riquísimo en su manicomio.

Adiós, querido Usbek. Iré a verte mañana y, si quieres, volveremos juntos a París.

París, último día de la luna de Rhégeb, 1713

⁶¹ *Nicolas Flamel*: Aunque Raimundo Lulio fue el príncipe de los alquimistas españoles, se admitía que Nicolás Flamel —rápidamente enriquecido— había conseguido la piedra filosofal.

XLVI. USBEK A RHEDI, EN VENECIA

Veo aquí gentes que discuten sin cesar sobre la religión; y a la vez, parecen pelear por ser quien menos la observe.

Lo que me pasma es que no sólo no son mejores cristianos, sino ni siquiera mejores ciudadanos, ya que, cualquiera que sea la religión en que se viva, la observancia de las leyes, el amor por los hombres, la piedad hacia sus mayores, son siempre los primeros actos de fe.

En efecto, ¿no debe ser el primer objetivo de un hombre creyente complacer a la divinidad que ha establecido la religión que profesa? Sin duda, el medio más seguro para llegar a ello es cumplir las reglas sociales y los deberes humanitarios; ya que, en cualquier religión en que se viva, desde el momento en que se admite una cualquiera, hay que admitir también que Dios ama a los hombres, puesto que establece una religión para hacerles dichosos; que, si ama a los hombres, estamos seguros de complacerle amándoles también, es decir, ejerciendo con ellos los deberes que nos marcan la caridad y la humanidad, y no violando las leyes bajo las que viven.

De seguro que se complacerá más así a Dios que observando tal o cual ceremonia, ya que éstas no son buenas por sí mismas, sino bajo el supuesto de que Dios las haya ordenado. Pero son objeto de grandes discusiones, y uno puede equivocarse fácilmente, ya que hay que elegir las ceremonias de una sola religión entre las de dos mil religiones.

Un hombre oraba así todos los días: “Señor, nada entiendo de lo que sobre vos se discute. Quisiera servirlos según vuestra voluntad; pero cada hombre a quien consulto quiere que os sirva según la suya. Cuando quiero rezar, no sé en qué lengua hacerlo. Tampoco sé en qué postura debo colocarme; unos dicen que debo orar de pie, otros sentado, otros exigen que me arrodille. Eso no es todo, hay quienes pretenden que debo lavarme todas las mañanas con agua fría, otros sostienen que me miraríais con horror si no me hiciera cortar un pedacito de carne. El otro día me comí un conejo en el campamento de una caravana. Tres hombres que allí estaban me hicieron temblar, sosteniendo los tres que os había ofendido gravemente; el uno, porque el animal era inmundo; el otro, porque había

sido ahogado, y el tercero, porque no era un pez. Un brahmán que pasaba por allí, y a quien tomé por juez, me dijo: 'Se equivocan, ya que por lo que parece, no mataste tú mismo ese animal. —Sí que lo hice, confesé yo. —¡Ah!, has cometido un acto abominable que Dios no te perdonará jamás, me dijo con voz severa. ¿Cómo sabes tú que el alma de tu padre no había pasado a este animal?'⁶² Todas estas cosas, señor, me sumen en una inconcebible confusión; no puedo ni mover la cabeza sin que ello amenace ofenderos. Sin embargo, quisiera agradecer y emplear en ello la vida que de vos proviene. No sé si me equivoco al creer que el medio mejor para ello es vivir como un buen ciudadano en la sociedad donde me hicisteis nacer, y como un buen padre en la familia que me habéis concedido."

París, 8 de la luna de Chahban, 1713

XLVII. ZACHI A USBEK, EN PARÍS

Tengo una gran noticia que darte: me he reconciliado con Zéphís y el serrallo, dividido entre nosotras, se ha reunido. Sólo faltabas tú en estos lugares, donde reina la paz. Ven querido Usbek, para que triunfe el amor.

Di a Zéphís un gran festín, donde tu madre, tus mujeres y tus principales concubinas fueron invitadas; también estuvieron tus tías y bastantes primas tuyas. Habían venido a caballo, cubiertas por la sombría nube de sus velos y vestidos.

Al día siguiente salimos hacia el campo, donde esperábamos sentirnos más libres. Montamos en nuestros camellos, cuatro en cada litera. Como habíamos partido de repente, no tuvimos tiempo de avisar a la ronda que salíamos del serrallo; pero el primer eunuco, siempre hábil, tomó sus precauciones, ya que añadió al velo que nos impedía ser vistas, otro tan espeso que no nos dejaba ver nada en absoluto.

⁶² *El alma de tu padre*: La creencia hindú en la metempsicosis implica que las almas de los hombres cumplen, según sus méritos, periodos de penitencia en el cuerpo de animales más o menos nobles.

Quando llegamos al río que hay que atravesar,⁶³ cada una de nosotras se metió en un cajón, como de costumbre, y se hizo llevar al navío, pues se nos había dicho que el río estaba lleno de gente. Un curioso que se acercó demasiado al sitio donde estábamos encerradas, recibió un golpe mortal que le privó para siempre de la luz del día; otro que se estaba bañando desnudo en el río corrió igual suerte y tus fieles eunucos sacrificaron a tu honor y al nuestro a estos dos infortunados.

Pero atiende al resto de nuestras aventuras. Cuando estuvimos en mitad del río se levantó un viento tan impetuoso, y unas nubes tan espantosas cubrieron el cielo, que los marineros comenzaron a desesperar.

Asustadas ante tal peligro, casi todas nos desvanecemos. Recuerdo haber oído los gritos y discusiones de nuestros eunucos, algunos de los cuales opinaban que había que advertirnos del peligro y sacarnos de nuestro encierro, pero su jefe sostuvo tenazmente que prefería morir antes que consentir en la deshonra de su dueño, y que hundiría un puñal en el pecho de quien hiciera proposiciones tan osadas. Una de mis esclavas, fuera de sí, corrió hacia mí medio desnuda para socorrerme; pero un eunuco la cogió brutalmente haciéndola volver al lugar de donde había salido. Luego me desvanecí, y no recordé el sentido hasta que el peligro hubo pasado.

¡Cuán molestos son los viajes para las mujeres! Los hombres sólo se exponen a los peligros que amenazan sus vidas, y nosotras estamos temiendo en cualquier instante, perder nuestra vida o nuestra virtud.

Adiós, querido Usbek. Te adoraré siempre.

Serrallo de Fatmé, 2 de la luna de Rhamazan, 1713

⁶³ *El río que hay que atravesar*: Este detalle no corresponde a ninguna realidad, pues no existe un río así de importante en los alrededores de Ispahán. El Zend, que baña la ciudad y que es atravesado por un puente de 150 metros, no ha sido nunca más que un torrente que se pierde en un lago; no podía, por lo tanto, ofrecer grandes riesgos.

XLVIII. USBEK A RHEDI, EN VENECIA

Aquellos a quienes gusta instruirse no están nunca ociosos. Aunque no esté encargado de ningún asunto importante, estoy continuamente ocupado. Me paso la vida observando, escribo por la noche lo que me ha impresionado, lo que he visto, lo que he oído durante el día. Todo me interesa, todo me asombra, soy como un niño cuyos sentidos nuevos aún se impresionan ante cualquier objeto.

Quizás no lo creas, pero somos muy bien recibidos en todas partes; y creo que ello es debido sobre todo al espíritu vivaz y la alegría natural de Rica, que le hace buscar a todo el mundo y ser también muy solicitado. Nuestro aspecto extranjero ya no asombra a nadie, gozamos incluso de la sorpresa que causa el encontrarnos educados, ya que los franceses no imaginan que nuestro clima pueda producir hombres. Sin embargo, hay que reconocer que vale la pena sacarles de su error.

He pasado algunos días en el campo, cerca de París, en casa de un hombre a quien se considera mucho y a quien encanta tener compañía. Tiene una mujer muy amable, que une a su gran modestia una alegría que la vida retirada quita siempre a nuestras damas de Persia.

Como yo era extranjero, nada mejor tenía que hacer que observar a aquella multitud de gentes que llegaba de continuo, y que me ofrecía siempre algo nuevo. Me fijé primero en un hombre cuya sencillez me gustó; nos hicimos amigos y siempre estábamos juntos.

Un día que hablábamos entre nosotros, en medio de una gran reunión dejando aparte las conversaciones generales, le dije: "Quizá encontréis en mí más curiosidad que cortesía; pero os suplico que aceptéis os haga algunas preguntas, pues me aburro al no estar al tanto de nada, viviendo con gentes a quienes no sé interpretar. Mi inteligencia está trabajando desde hace dos días; ni uno solo de estos hombres ha dejado de torturarme y ni en mil años lograría adivinarles; son más invisibles para mí que las mujeres de nuestro gran monarca. —No tenéis más que preguntar, me respondió, y os instruiré sobre cuanto deseéis, pues además os tengo por hombre discreto y sé que no abusaréis de mi confianza.

”¿Quién es ese hombre, dije, que tanto habló de las comidas que ha dado a los grandes, que trata con tal familiaridad a vuestros duques, que habla tan a menudo a vuestros ministros y que parece tan poco accesible? Debe ser un hombre de calidad; pero su fisonomía tan baja no hace honor a las gentes de calidad, y, además, no le encuentro educado en absoluto. Soy extranjero, pero creo que hay en general una cierta educación común a todas las naciones y es de ésta de la que carece. ¿Es que vuestras personas de calidad están peor educadas que las otras? —Este hombre, me contestó riendo, es un labrador. Está tan por encima de los demás por sus riquezas, como por debajo por su nacimiento. Tendría la mejor mesa de París, si se resolviera a no comer jamás en ella. Es muy impertinente como veis, pero su cocinero es magnífico. Además es generoso con él; hoy lo ha alabado durante todo el día, ya lo visteis.

”Y ese hombre gordo vestido de negro, le dije, a quien esa dama ha colocado junto a sí, ¿por qué lleva un traje tan lúgubre, con aire tan alegre y tan florida tez? Sonríe con gracia mientras se le habla, su traje es modesto, pero más cuidado que el de vuestras mujeres. —Es, me respondió, un predicador; peor aún, un director.⁶⁴ Ahí donde le veis, sabe más que los maridos. Conoce las debilidades de las mujeres, y ellas saben cuál es la suya. —¿Cómo?, dije yo. Está siempre hablando de algo a lo que llama ‘la gracia’. —No siempre, respondió. Al oído de una mujer bonita habla más a gusto de su caída. Amonesta en público y es en privado un manso cordeiro. —Me parece, dije, que se le distingue y considera mucho. —¿Qué si se le distingue? Es un ser necesario. Consejitos, atenciones privadas, visitas de ritual, alivia un dolor de cabeza mejor que nadie en el mundo; es excelente.

”Si no os molesto, decidme, ¿quién es el que está frente a nosotros, tan mal vestido, gesticulando, sin gracia para hablar y hablando para causarla? —Es un poeta,⁶⁵ me dijo,

⁶⁴ *Un director*: Un director espiritual.

⁶⁵ *Un poeta*: El desprecio que siente Montesquieu hacia los poetas es manifiesto; en efecto, se trata de una opinión general de la época, en que se consideraba que la poesía no era una ocupación seria.

lo grotesco del género humano. Estas gentes dicen que nacieron tal cual son. Es cierto, y así continuarán durante toda su vida, es decir, siendo casi siempre los más ridículos de entre los hombres. Así que no se les perdona, se vierte sobre ellos el desprecio a manos llenas. El hambre le hizo entrar en esta casa, donde es bien recibido por sus dueños, cuya bondad y educación son iguales para todos. Compuso su epitalamio cuando se casaron. Es lo mejor que ha hecho en su vida, ya que el matrimonio resultó tan feliz como él predijo.

”Quizás no lo creáis, añadió, imbuido como estáis de vuestros prejuicios orientales; pero hay entre nosotros matrimonios felices, y mujeres cuya virtud es un severo guardián. Las personas de quienes hablo disfrutan entre sí de una paz que no puede turbarse; son amados y respetados por todo el mundo. Sólo su bondad natural les hace recibir en su casa a toda clase de personas, lo que hace que están a veces mal acompañadas. No es que les desaprobe; hay que convivir con los hombres tal cual son. Las gentes de quienes se dice que constituyen una agradable compañía, no son a menudo, sino aquellas cuyos vicios son, más refinados, y quizás ocurra como con los venenos, de los cuales los más sutiles son los más peligrosos.

”¿Y ese viejo, le dije en voz baja, de tan triste aspecto? Al principio le tomé por un extranjero, ya que, aparte de vestirse de forma distinta a los demás, censura cuanto en Francia se hace y desapueba al gobierno. —Es un viejo soldado, dijo, a quien sus oyentes recuerdan por la longitud de sus hazañas. No puede sufrir que Francia haya ganado batallas donde él no se encontraba, o que se pondere un asedio durante el cual no asaltara él las trincheras.

”Se cree tan indispensable en nuestra historia, que se figura que se termina donde acaba él; contempla alguna de las heridas que recibió cual si de la disolución de la monarquía se tratara, y al contrario de aquellos filósofos que dicen que sólo se goza del presente, disfruta tan sólo del pasado, y existe sólo para rememorar las campañas en que tomó parte; respira y vive en el pasado, como los héroes que perdurarán entre quienes vivan tras ellos. —Pero, dije yo, ¿por qué dejó el servicio?

—No lo dejó, me respondió, se lo hicieron dejar. Está empleado en un puestecillo, donde contará sus aventuras durante el resto de sus días; pero no irá más allá. El camino hacia los honores se le cerró. —¿Por qué causa?, dije. —Tenemos una norma en Francia, me respondió; es la de no ascender jamás a los oficiales cuya paciencia languideció en los empleos subalternos. Los miramos como a gentes cuya inteligencia menguó por los pequeños detalles, y que habituados a las cosas pequeñas, se incapacitaron para las grandes. Creemos que un hombre que a los treinta años no posee las cualidades propias de un general, no las tendrá jamás; que aquel que carece del instinto que, con sólo una ojeada, le permite ver desde distintas perspectivas una extensión de varias leguas; de aquella presencia de espíritu que le permite aprovechar todas las ventajas de una victoria, y todos los recursos de un fracaso, no adquirirá jamás tales talentos. Por eso disponemos de empleos brillantes para los hombres grandes y sublimes, a quienes el cielo dotó por igual de un corazón y un genio heroicos; y de empleos subalternos para aquellos cuyos talentos lo son también. De éstos forman parte aquellos que envejecieron en oscuras guerras, que llegan, todo lo más, a hacer lo mismo que durante toda su vida hicieron, y no hay que empezar a cargarles en la época en que se debilitan.

''Un momento después, de nuevo se apoderó de mí la curiosidad, y le dije: Prometo no haceros más preguntas, si queréis soportar aún ésta: ¿Quién es ese joven de largos cabellos, inteligencia escasa y suma impertinencia? ¿Por qué habla en voz más alta que los demás, y se siente tan satisfecho de estar en el mundo? —Es un hombre de suerte, me respondió. En aquel momento entraron algunas personas, salieron otras, nos levantamos, alguien vino a hablarle a mi gentilhomme, y me quedé tan poco enterado como antes. Pero, un rato después, no sé por qué casualidad, aquel joven se encontró a mi lado y me dirigió la palabra: Hace buen tiempo, dijo: ¿quisierais, señor, dar un paseo por el jardín? Le respondí tan educadamente como pude, y salimos juntos. —He venido al campo, me dijo, para complacer a la dueña de la casa, con quien me llevo muy bien. Hay cierta mujer en el mundo a quien esto no va

a gustarle, pero, ¿qué puedo hacer yo? Veo a las más bellas mujeres de París, pero no me fijo en ninguna, y las demás padecen, aunque, dicho sea entre nosotros, no valgo gran cosa. —Por lo visto, señor, debéis tener algún cargo o empleo⁶⁶ que os impide ser más asiduo con ellas. —No, señor, no tengo más ocupación que la de hacer rabiar a un marido o desesperar a un padre; me gusta alarmar a una mujer que cree tenerme seguro y colocarla a dos dedos de perderme. Algunos jóvenes como yo nos repartimos así todo París, que se interesa por nuestras más nimias acciones. —Por lo que creo comprender, le dije, armáis más ruido que el más valeroso guerrero, y se os considera más que al magistrado más grave. Si estuviérais en Persia, no gozaríais de tales ventajas; se os pondría en condiciones de guardar a nuestras damas, más bien que de gustarles. Se me encendió el rostro, y si me hubiera contestado, creo que no hubiera podido contenerme sin maltratarle.”

¿Qué me dices de un país donde se tolera a tales gentes, y se deja vivir a un hombre que ejerce tal profesión? ¿Donde la infidelidad, la traición, el rapto, la perfidia y la injusticia conducen a la consideración social, y donde un hombre es estimado por arrebatársela una hija a su padre, una mujer a su marido, turbando las uniones más santas y dulces? ¡Dichosos los hijos de Alí, que defienden a sus familias del oprobio y la seducción! La luz del día no es más pura que el fuego que brilla en el corazón de nuestras mujeres; nuestras hijas no piensan sino temblando en el día que deberá privarlas de aquella virtud que las hace semejantes a los ángeles y a las potencias incorpóreas. ¡Querida tierra natal sobre quien lanza el sol sus primeros rayos, no has sido mancillada por los horribles crímenes que obligan a este astro a ocultarse en cuanto aparece sobre el negro Occidente!⁶⁷

París, 5 de la luna de Rhamazan, 1713

⁶⁶ *Algún cargo o empleo*: El cargo es, en principio, una función pública fija, civil o militar; el empleo es una función temporal.

⁶⁷ *El negro Occidente*: En todas partes es considerado el sol como símbolo de los países asiáticos. Anatolia es el país del sol levante, y Persia, que lo reproduce en su escudo, le ha dedicado siempre un culto secreto.

XLIX. RICA A USBEK, EN...

Estando el otro día en mi habitación, vi entrar a un derviche vestido en forma muy extraña; su barba descendía hasta su cinto de cuerda; llevaba los pies desnudos, y su traje era burdo y le colgaba a trechos. El conjunto me pareció tan extraño, que mi primer pensamiento fue el de ir a buscar un pintor para que retratase a tan fantástico ser.

Primero me cumplimentó debidamente, diciéndome mientras que era un hombre notable, además capuchino. “Se me ha dicho, señor, añadió, que volveréis pronto a Persia, donde ocupáis un puesto distinguido en la corte; vengo a solicitar vuestra protección y a rogaros que nos obtengáis del rey, cerca de Casbin,⁶⁸ una casita capaz para dos o tres religiosos. —Padre, le dije, ¿entonces queréis ir a Persia? —¿Yo?, respondió. Me guardaría mucho. Aquí tengo el cargo de provincial⁶⁹ y no cambiaría mi puesto por el de todos los capuchinos del mundo. —Entonces, ¿para qué demonios me pedís esto? —Es que, explicó, si contáramos allí con un lugar donde residir, nuestros venerables padres de Italia podrían enviar allí a dos o tres hermanos de la orden. —Los conocéis, por lo visto, a estos religiosos. —No, señor, no los conozco. —Entonces, ¿qué os importa que vayan a Persia? —Es un bello proyecto el de hacer respirar el aire de Casbin a dos capuchinos; será muy útil a Europa y Asia, y es necesario interesar en ello a los reyes. ¡Qué hermosa colonia! —¡Largaos! Vos y vuestros semejantes no servís para ser trasplantados, y mejor será que continuéis trepando en los lugares donde fuisteis engendrados.”

París, 15 de la luna de Rhamazan, 1713

⁶⁸ *Casbin*: Kazbin es una ciudad importante del Irak-Adjemi, cerca de Tabriz, donde vivían algunas familias cristianas. Había capuchinos en Tiflis y en Ispahán.

⁶⁹ *Provincial*: Gobernador de una provincia en las órdenes religiosas. En jerarquía está inmediatamente por debajo del general de la orden.

L. RICA A...

He visto gentes en quienes la virtud era algo tan natural, que ni siquiera se percibía; se aferraban a su deber sin doblegarse a él y obraban así como por instinto. Lejos de poner de relieve en sus conversaciones sus cualidades tan poco corrientes, parecía como si tal cosa no se les hubiera ni ocurrido siquiera. Estas son las gentes que me gustan; no los hombres virtuosos que parecen sorprenderse de serlo, y que consideran una buena acción como un prodigio cuyo relato debe resultar sorprendente.

Si la modestia es una virtud necesaria para aquellos a quienes el cielo dotó de gran talento, ¿qué decir de esa especie de insectos que exhiben un orgullo que deshonraría a los hombres más importantes?

Por todas partes veo a gentes que hablan sin cesar de sí mismas; sus conversaciones son siempre un espejo que refleja su insolente figura. Os hablarán de las más insignificantes cosas que les ocurrieron, y pretenden que el interés que en ello ponen les engrandezca ante vuestros ojos; todo lo han hecho, visto, dicho y pensado; son un modelo universal, un término de comparación inagotable, una fuente de ejemplos inextinguibles. ¡Qué insípido es el elogio cuando se refleja sobre el lugar de donde proviene!

Hace algunos días, un hombre con tal carácter nos abrumó durante horas hablándonos de sí mismo, de sus méritos y talentos. Pero como el movimiento continuo no existe en el mundo, cesó por fin de hablar, y pudimos seguir a nuestro gusto la conversación.

Un hombre que parecía bastante apenado empezó por quejarse del aburrimiento imperante en las conversaciones. "Siempre hay idiotas alabándose y refiriéndose a sí mismos en todo. —Tenéis razón, dijo bruscamente nuestro charlatán. Hay que hacer lo que yo: nunca me alabo, poseo bienes, soy bien nacido y gastado; mis amigos dicen que soy inteligente; pero jamás hablo de todo ello. Si alguna buena cualidad poseo, la que estimo más es mi modestia."

Admiré al impertinente, y mientras hablaba a voces, yo me decía para mis adentros: "Dichoso quien posee la suficien-

te vanidad para no hablar bien de sí mismo, quien teme a los que le escuchan y no enfrenta sus cualidades con el orgullo ajeno.”

París, 20 de la luna de Rhamazan, 1713

LI. NARGUM, ENVIADO DE PERSIA EN MOSCÚ, A USBEK, EN PARÍS

Me escribieron desde Ispahán que te habías ido de Persia, y que actualmente estabas en París. ¿Por qué debo enterarme de tus asuntos por los demás, y no por ti?

Los mandatos del rey de reyes me retienen aquí desde hace cinco años, donde he podido ultimar importantes negociaciones.

Ya sabes que el zar es el único de los príncipes cristianos cuyos intereses están vinculados a los de Persia, por ser ambos enemigos de los turcos.

Su imperio es mayor que el nuestro, ya que hay mil leguas desde Moscú hasta el confín de sus estados, hacia la China.

Es el dueño absoluto de las vidas y haciendas de sus súbditos, todos ellos esclavos suyos, salvo unas pocas familias. El lugarteniente de los profetas, el rey de reyes,⁷⁰ el que tiene el cielo como estribo, no hace mayor ostentación de su poder.

Al soportar el horrible clima moscovita, nadie creería que fuera una desgracia ser desterrado; sin embargo, cuando algún grande pierde el favor del zar, se le relega a Siberia.

Así como la ley de nuestro profeta nos prohíbe beber vino, la de su príncipe se lo veda a los moscovitas.

Tienen una forma de recibir a sus huéspedes totalmente opuesta a la de los persas. En cuanto un extranjero entra en casa, el marido le presenta a su mujer, y el extranjero la besa. Esto se considera como una fineza que se hace al marido.

En cuanto a los padres, en el contrato matrimonial de sus hijas, estipulan de ordinario que el marido no las pegará. Pero

⁷⁰ *El rey de reyes*: A pesar de todos los cambios, los persas han conservado para sus reyes los mismos títulos que tenían en tiempos de Ciro.

no puedes imaginarte cuánto les gusta a las moscovitas que se las pegue; no pueden creerse dueñas del corazón de su marido si éste no las pega como es debido; otra conducta por su parte denotaría una indiferencia imperdonable. He aquí la carta que una de ellas le escribió hace poco a su madre:

“Querida madre: ¡soy la mujer más desdichada del mundo! Nada he dejado de hacer para que mi marido me ame, y jamás he podido conseguirlo. Ayer, teniendo mil cosas que solucionar en casa, salí y no volví en todo el día. Creí que a mi regreso me pegaría de firme; pero no me dijo ni media palabra. A mi hermana se la trata de muy distinto modo; su esposo la pega todos los días; no puede ni mirar a un hombre, sin que inmediatamente la golpee. Así que se adoran y viven a las mil maravillas.

”Esto la tiene muy orgullosa. Pero no voy a darle motivos para despreciarme durante mucho tiempo más. He resuelto que mi marido me ame al precio que sea. Le enojaré de tal forma que tendrá que demostrarme su afecto. Ya no se dirá que no me pega, y que vivo en su casa sin que repare en mí. Al menor roce gritaré con todas mis fuerzas para que se imaginen que la cosa va en serio y si algún vecino acudiera a socorrerme de fijo lo estrangulo. Os suplico, querida madre, os sirváis hacer presente a mi marido que me trata de una manera indigna. Mi padre, tan buena persona, no obraba así y recuerdo que cuando yo era una niña, me parecía incluso a veces que os amaba demasiado.

”Os abrazo, mi querida madre.”

Los moscovitas no pueden salir del imperio ni para viajar. Así que, separados de las demás naciones por las leyes del país, han conservado sus antiguas costumbres con tanto celo como si les pareciera imposible que existiesen otras.

Pero el príncipe reinante ha querido cambiarlo todo; tuvo grandes querellas con sus súbditos a causa de sus barbas, y el clero y los monjes siguen combatiendo en favor de la ignorancia.

Se empeña en que florezcan las artes, y no descuida nada que pueda llevar la gloria de su país hasta Europa y Asia, olvidada hasta ahora. Y apenas conocida más que por sí misma.

Inquieto y agitado sin cesar, vaga por sus vastos estados, dejando en todas partes muestras de su severidad natural.

De pronto se marcha, dejándolos cual si no pudieran contenerle, y va hacia Europa a buscar nuevos reinos⁷¹ y nuevas provincias.

Te abrazo, querido Usbek. Dame noticias tuyas, por favor.

Moscú, 2 de la luna de Chalval, 1713

LII. RICA A USBEK, EN...

Estuve el otro día en una reunión donde me divertí mucho. Había allí mujeres de todas edades; una de ochenta, una de sesenta y una de cuarenta que tenía una sobrina como de veinte o veintidós años. Cierta instinto hizo que me acercara a esta última, que me dijo al oído: “¿Qué opináis de mi tía, que a su edad, quiere tener amantes y pasar por bonita? —Se equivoca, le dije; tales planes sólo a vos os convienen.” Un momento después me encontré junto a su tía, que me dijo: “¿Qué me decís de esta mujer, que tiene por lo menos sesenta años, y hoy se pasó más de una hora arreglándose? —Que ha perdido el tiempo, le dije; para pensar en tales cosas, hay que contar con vuestros encantos.” Me acerqué a la desdichada de sesenta, y estaba compadeciéndola de todo corazón, cuando me dijo al oído: “¿Puede existir algo más ridículo?, mirad a esa mujer de ochenta años, poniéndose cintas rojas en el pelo; quiere hacerse la joven y lo consigue, ya que ello la aproxima a la infancia.” ¡Dios mío!, me dije a mí mismo, ¿cuándo dejaremos de ver solamente el ridículo ajeno? Quizás sea una suerte, pensé al momento, el encontrar consuelo en las debilidades de los otros. Sin embargo, estaba dispuesto a divertirme, y me dije: “Hemos subido demasiado; descendamos ahora, empezando por la anciana que está en la cúspide.” “—Señora, os parecéis tanto a la dama con quien acabo de hablar que parecéis hermanas y os creería de la misma edad, poco más o

⁷¹ *Nuevos reinos*: En 1710, Pedro el Grande le arrebató a Carlos XII Livonia, Estonia y Carelia; en 1714 se apoderó de las islas Aland.

menos. —En verdad, señor, cuando una de las dos muera, la otra deberá asustarse, ya que no debe haber entre nosotras más de diez días de diferencia.” Cuando acabé con la vieja decrepita, me dirigí a la de sesenta años. “Debéis fallar, señora, una apuesta que hice; aposté que aquella dama, y señalé a la de cuarenta, y vos tenéis la misma edad. —A fe mía, me dijo, no creo que nos llevemos ni seis meses.” Bajé más aún, y me fui hacia la mujer de cuarenta años. “Señora, decidme por favor si es una broma el que llaméis sobrina vuestra a aquella joven, la que está en la otra mesa. Sois tan joven como ésta que, incluso, tiene en su rostro un algo marchito que vos no tenéis, con estos hermosos colores de vuestra tez... —Aguardad, me dijo; soy su tía, pero su madre tenía por lo menos veinticinco años más que yo, éramos hermanastras y oí decir a mi difunta hermana que su hija y yo nacimos el mismo año. —Ya lo decía yo, señora, y tenía razón al asombrarme.”

Querido Usbek, las mujeres que se sienten morir antes de tiempo por la pérdida de sus atractivos quisieran retroceder hacia su juventud y, ¿por qué no han de procurar engañar a los demás? Todos sus esfuerzos tienden a engañarse a sí mismas y a sustraerse a la más penosa de las ideas.

París, 3 de la luna de Chalval, 1713

LIII. ZELIS A USBEK, EN PARÍS

Jamás vi pasión más fuerte y viva que la de Cosroe, eunuco blanco, por mi esclava Zelida; me la está pidiendo en matrimonio con tal obstinación, que no puedo rehusársela. Y, ¿por qué causa debería resistirme yo, si a su madre le parece bien, y la misma Zelida parece satisfecha con la sombra vana y engañosa que le ofrece este matrimonio, que es una impostura?

¿Qué va a hacer con este desdichado que de marido no tendrá más que los celos, que no saldrá de su frialdad más que para sumirse en una desesperación inútil, que recordará siempre lo que fue, para hacerle recordar a ella lo que ya no es; que, dispuesto siempre a darse, y no dándose jamás, se enga-

ñará, la engañará sin cesar y le hará soportar a cada momento todas las desdichas de su condición?

¡Morar siempre entre imágenes y fantasmas! ¡Vivir solamente para imaginar! ¡Encontrarse siempre al borde de los placeres y jamás en su centro! ¡Languidecer en brazos de un desdichado, sin responder más que a sus reproches, en vez de responder a sus suspiros!

¿Cómo no despreciar a un hombre de esta especie, hecho para guardar mujeres sin poseerlas jamás? Busco al amor en tal caso y no le encuentro.

Te hablo con libertad, porque te gusta mi ingenuidad y prefieres mi espíritu libre y mi sensibilidad hacia los placeres, al pudor fingido de mis compañeras.

Te he oído contar mil veces que los eunucos gozan con las mujeres de una clase de voluptuosidad que desconocemos; que la propia naturaleza se indemniza de sus pérdidas; que tiene recursos que compensan las desventajas de su condición; que se puede cesar de ser hombre, pero no un ser sensible, y que pueden llegar a encontrarse como en un estado intermedio,⁷² donde los placeres son distintos.

Si ello fuera así, me compadecería menos de Zelida; es mejor vivir con gente que no es tan desdichada.

Dame tus órdenes sobre este asunto y hazme saber si quieres que la boda se celebre en el serrallo.

Adiós.

Serrallo de Ispahán, 5 de la luna de Chalval, 1713

LIV. RICA A USBEK, EN...

Estaba esta mañana en mi habitación que, como sabes, sólo está separada de las demás por un tabique muy fino y agujereado a trechos, así que se oye cuanto se dice en el cuarto de al lado. Un hombre, dando grandes zancadas, le decía a otro:

⁷² *En un estado intermedio*: Quizá hay que entender que el eunuco goza de un placer que no es ni el del hombre normal ni el de la mujer y que procedería de algo así como un tercer sexo. Conviene recordar que hay varias clases de eunucos.

“No sé lo que ocurre, pero nada me sale bien. Llevo más de tres días sin decir nada gracioso y me encuentro mezclado en un barullo de conversaciones, sin que nadie me preste atención, sin que se me dirija apenas la palabra. Había preparado algunos chistes para amenizar mi conversación; no los pude contar. Quería relatar una bonita historia; en cuanto empezaba, se me esquivaba como si se hiciera a propósito. Tengo algunas frases que llevan cuatro días envejeciendo en mi cabeza, sin haber podido colocarlas. Si esto sigue así, al final voy a volverme loco; parece que tal sea mi estrella, y no pueda eludirlo. Ayer había esperado brillar ante tres o cuatro ancianas que en realidad no me importan y pensaba decir cosas preciosas. Tardé un cuarto de hora en dirigir la conversación a mi gusto; pero ningún asunto les interesó durante más de cinco minutos y, cual parcas fatales, fueron cortando el hilo de mis relatos. ¿Qué más puedo decirte? La reputación de hombre de ingenio es difícil de conseguir. No sé cómo te las arreglaste tú para alcanzarla. —Se me ocurre algo, dijo el otro; trabajemos en conjunto en pro de nuestro ingenio; asociémonos. Todos los días nos pondremos de acuerdo sobre aquello de lo que debemos hablar y tanto nos secundaremos que, si alguien osa interrumpirnos mientras exponemos nuestras ideas, le recogeremos y apartaremos de allí de grado o por fuerza. Nos pondremos de acuerdo sobre los lugares en los que hay que asentir, sonreír, o reírse a carcajadas. Verás cómo marcaremos la pauta en todas las conversaciones, cómo se admirará la vivacidad de nuestro ingenio y la agudeza de nuestras salidas. Nos protegeremos mediante mutuas señas. Tú brillarás hoy y me secundarás mañana. Entraremos juntos en una casa y exclamaré mostrándote: ‘Debo contaros una cosa muy graciosa que este caballero acaba de decirle a otro con quien nos encontramos en la calle.’ Y me volveré hacia tí, diciendo: ‘¡Cuán sorprendido quedó! ¡No se lo esperaba!’ Recitaré alguno de mis versos y tú dirás: ‘Estaba presente cuando los compuso; fue durante una cena y no dudó ni un momento.’ A menudo nos embromaremos y se dirá: ‘¡Ved cómo se atacan, cómo se defienden! Nada se perdonan. ¡Veamos cómo sale fulanita de esto? A las mil maravillas. ¡Qué presencia de espíritu! ¡Es una verdadera batalla!’ Pero no se sabrá que la verdadera escara-

muza se sostuvo el día anterior. Habrá que comprar algunos libros de los que contienen frases ingeniosas y sirven a quienes carecen de gracia y pretenden falsificarla; todo depende de tener buenos modelos. Quiero que, dentro de seis meses, estemos en situación de sostener, durante una hora, una conversación repleta de frases ingeniosas. Pero hay que preocuparse en mantener el éxito. No es suficiente con decir un chiste; hay que publicarlo, extenderlo y sembrarlo por doquier. Sin esto todo está perdido y para mí no hay nada peor que ver morir algo gracioso que uno ha dicho al oído del idiota que te escucha. Verdad es que a menudo gozamos de ciertas compensaciones, ya que también decimos tonterías que no se toman en cuenta y esto es lo único que nos consuela en tales casos. He aquí, querido amigo, lo que debemos hacer. Obra como digo y te prometo un lugar en la Academia dentro de seis meses. Así que el trabajo no durará mucho, ya que entonces podrás renunciar a tu arte y serás un hombre ingenioso a pesar tuyo. En Francia, en cuanto un hombre ingresa en cualquier parte adquiere de inmediato eso que se conoce como 'espíritu de corporación'. Seguirás siendo el mismo y sólo me preocuparán las molestias que puedan causarte los aplausos."

París, 6 de la luna de Zilcadé, 1714

LV. RICA A IBBEN, EN ESMIRNA

En todos los países europeos, el primer cuarto de hora de un matrimonio allana todas las dificultades; los últimos favores tienen la misma fecha que la bendición nupcial, y las mujeres no obran como las de Persia, que van cediendo terreno quizás durante meses. No hay nada más plenario; si nada pierden, es porque nada tienen que perder; pero se sabe siempre de forma vergonzosa el momento de su derrota y, sin consultar a los astros, puede predecirse con toda exactitud la hora y el día del nacimiento de sus hijos.

Los franceses apenas hablan de sus mujeres; les asusta hablar ante gentes que las conocen mejor que ellos.

Hay entre ellos hombres muy desgraciados a quienes nadie consuela; son los maridos celosos. Hay otros a quienes todo el mundo odia: los maridos celosos. Y otros a quienes todos los hombres desprecian: los maridos celosos también.

Así que no hay país donde existan en menor número que en Francia. Su tranquilidad no se basa en la confianza que tienen en sus mujeres; se funda, al contrario, en el mal concepto que les merecen. Todas las prudentes precauciones de los asiáticos, los velos que las cubren, el encierro en que se las mantiene, la vigilancia de los eunucos, les parecen medios más propios para incitar a las mujeres que para calmarlas. Aquí los maridos aceptan su sino con buen sentido y miran las infidelidades como un golpe de la inevitable fatalidad. Un marido que quisiera poseer, él únicamente, a su esposa, sería mirado como un perturbador de la alegría pública, como un insensato que pretendiera gozar él solo de la luz del sol, privando de ella al resto de los hombres.

Aquí, un marido que ame a su mujer es un hombre sin méritos suficientes para hacerse amar por otra; que abusa de lo que la ley le otorga para suplir los atractivos que le faltan; que se sirve de sus ventajas en perjuicio de la sociedad; que se apropia de lo que no se le dio más que en hipoteca, y que hace cuanto puede derribar un acuerdo tácito que causa la dicha de uno y otro sexo. El título de marido de una mujer bonita, que se oculta en Asia con tanto cuidado, se ostenta aquí sin inquietud y son capaces de divertirse por todo. Un príncipe se consuela de la pérdida de una plaza con la toma de otra. Cuando los turcos nos tomaron Bagdad⁷³ ¿no les tomamos nosotros a los mongoles la fortaleza de Candahor?

En general, no se desaprueba al hombre que sufre las infidelidades de su mujer; al contrario, se alaba su prudencia. Sólo deshonran algunos casos muy particulares.

No es que no existan damas virtuosas, y hay que decir que se las distingue; mi mentor hacía siempre que me fijara en

⁷³ *Bagdad... Candahor*: Bagdad, que fue durante mucho tiempo sede del califato, había sido tomada por los turcos en 1638. A pesar de sus cualidades, el sha Nadir, en el siglo XVIII, no pudo recuperarla. Candahor o Kandahar es una ciudad de Afganistán. El sha Abbas II se apoderó de ella en 1649. Pero esta victoria no es más que un episodio de una lucha que terminó en 1721 con la toma y la caída de Ispahán.

ellas. Pero eran todas tan feas que haría falta ser santo para no aborrecer la virtud.

Después de lo que te cuento sobre las costumbres de este país, comprenderás fácilmente que los franceses no sean muy constantes. Creen que es tan ridículo decirle a una mujer que se la amaré siempre, como afirmar que se gozará siempre de buena salud, o que toda la vida se será dichoso. Cuando prometen a una mujer amarla siempre, suponen que ella a su vez les prometerá ser siempre amable; y si falta a su palabra, tampoco ellos se consideran obligados a cumplir la suya.

París, 7 de la luna de Zilcadé, 1714

LVI. USBEK A IBEN, EN ESMIRNA

⁷⁴ *El juego*: Ya en la corte de Luis XIV se jugaba mucho, pero la sed de placeres que siguió a su muerte desarrolló más aún esta costumbre.

guarse, y que iban a morir de desesperación; hubieses dudado de si aquellos a quienes pagaban eran sus acreedores o sus herederos.

Parece como si nuestro santo profeta hubiera tenido un esencial interés en prohibirnos todo lo que pudiera nublar nuestra razón; nos privó del vino, que la sepulta; de manera explícita prohibió los juegos de azar; y, si le fue imposible suprimir las causas de las pasiones, las amortiguó. El amor, entre nosotros,⁷⁵ no lleva consigo turbaciones y furores; es una pasión lánguida, que deja en paz nuestras almas; la pluralidad de nuestras mujeres nos libra de su dominio y templá la violencia de nuestros deseos.

París, 18 de la luna de Zilhagé, 1714

LVII. USBEK A RHEDI, EN VENEZIA

Los libertinos⁷⁶ sostienen aquí a un infinito número de prostitutas, y los devotos, una cantidad innumerable de derviches. Estos derviches formulan tres votos: de obediencia, de pobreza y de castidad. Se dice que el que mejor se observa es el primero; en cuanto al segundo, te respondo que no lo es; y dejo a tu juicio opinar sobre el tercero.

Pero, por ricos que sean estos derviches, jamás abdicán de su calidad de pobres; antes renunciaría nuestro glorioso sultán a sus magníficos y sublimes títulos. Tienen razón, ya que este nombre de pobres les impide serlo.

Los médicos y algunos de estos derviches, a los que se llama confesores, son aquí siempre o muy estimados o muy despreciados. Sin embargo, se dice que los herederos prefieren los médicos a los confesores.

Estuve el otro día en un convento de derviches. Uno de ellos, muy venerable por sus cabellos blancos, me acogió muy

⁷⁵ *El amor, entre nosotros*: Para Montesquieu, el amor persa no es sino amor-placer.

⁷⁶ *Los libertinos*: Se quiere designar aquí a los librepensadores, por oposición a los devotos; pero ya a comienzos del siglo XVIII empieza a apuntar el sentido actual de amigos de los placeres.

bien, me mostró toda la casa, entramos en el jardín y nos pusimos a hablar. “Padre, le dije, ¿qué empleo tenéis en la comunidad? —Señor, me respondió muy orgulloso con mi pregunta, soy casuista. —¿Casuista?, dije yo, desde que estoy en Francia no oí hablar de tal cargo. —¿Ignoráis de verdad lo que es un casuista? Pues escuchadme, voy a daros ciertas ideas que os lo aclararán todo. Hay dos clases de pecados: los mortales, que nos excluyen totalmente del paraíso, y los veniales, que en verdad, ofenden a Dios, pero sin irritarle hasta tal punto que nos priva de la bienaventuranza. Así que nuestro arte consiste en distinguir bien estas dos clases de pecados ya que, aparte algunos libertinos, todos los cristianos desean alcanzar el paraíso, pero todos quieren ganarlo con la mayor facilidad posible. Cuando se conocen bien los pecados mortales, se procura no cometerlos; tal es el asunto. Hay hombres que no pretenden tal perfección, y, como no son ambiciosos, no aspiran a los primeros puestos. Así que entran en el paraíso de forma muy precaria; con entrar en él tienen suficiente y su lema es: ni menos, ni más. Son gentes que, más que obtener el cielo, lo arrebatan y le dicen a Dios: ‘Señor, he cumplido con los preceptos de rigor. Vos debéis mantener vuestras promesas; pero como sólo hice lo que me mandasteis, os dispense de concederme más de lo que prometisteis.’ Así que somos personas necesarias, caballero. Pero no es eso todo; vais a ver algo más. La acción no hace el crimen, sino el conocimiento de quien lo comete; quien obra mal, mientras pueda creer que no es así, tiene la conciencia tranquila; y, como hay un número infinito de acciones equívocas, un casuista puede concederles el grado de bondad del que carecen, declarándolas buenas; y si se le convence de que no hay en ellas mala intención, se la suprime por entero. Os confieso el secreto de una profesión en la que he envejecido, haciéndoos ver sus refinamientos; a todo se le puede dar un cierto giro, incluso a las cosas que parezcan menos apropiadas para ello. —Padre, le dije, esto está muy bien; pero, ¿cómo os arregláis con el cielo? Si el primer ministro tuviera en su corte un hombre que obrara con él como lo hacéis vos con vuestro Dios, que marcará diferencias entre sus órdenes y enseñara a sus súbditos en qué caso deben cumplir-

las y en cuál pueden violarlas, le mandaría empalar en el acto." Saludé a mi derviche, y me fui sin esperar respuesta.

París, 25 de la luna de Maharram, 1714

LVIII. RICA A RHEDI, EN VENECIA

En París, querido Rhedi, hay multitud de oficios.

Un hombre amable viene a ofreceros, por algún dinero, el secreto para fabricar oro.

Otro os promete meteros en el lecho con los espíritus aéreos, sólo con que os paséis treinta años sin ver a una mujer.

Se encuentran adivinos tan hábiles que os contarán toda vuestra vida, con tal de sostener una conversación de un cuarto de hora con uno de vuestros criados.

Hábiles mujeres hacen de la virginidad una flor que perece y renace a diario y se corta por centésima vez con mayor dolor que la primera.

Hay otras que, repasando con sus artes las injurias del tiempo, saben restablecer sobre cualquier rostro una belleza vacilante, e incluso, atraer a una mujer desde la cima de la vejez, para hacerla descender hasta la juventud más tierna.

Todas estas gentes viven o procuran vivir, en una ciudad que es la madre de la invención.

Los recursos de los ciudadanos no son muy firmes, consistiendo sólo en ingenio y malas artes; cada cual se dedica a las suyas y las ejerce lo mejor que puede.

Quien quisiera contar a los letrados que averiguan las entradas de dinero en algunas mezquitas, contaría antes las arenas del mar y los soldados de nuestro rey.

Un número infinito de maestros de idiomas, artes y ciencias, enseñan lo que no saben; talento digno de consideración, ya que no es difícil enseñar lo que se sabe, pero lo es mucho enseñar lo que se ignora.

Aquí no puede morirse uno más que de repente, la muerte no podría demostrar su poder de otra forma ya que en cualquier rincón existen gentes con remedios contra todas las enfermedades imaginables.

Las tiendas están llenas de redes invisibles donde se atrapa al comprador. A veces puede zafarse uno por poco dinero; una vendedora jovencita engatosa a un hombre durante una hora para que le compre un paquete de mondadientes.

No hay nadie que no salga de esta capital más precavido que cuando entró en ella; a fuerza de tener que dar parte de sus bienes a los otros, se aprende a conservarlos, única ventaja de los extranjeros en esta encantadora ciudad.⁷⁷

París, 10 de la luna de Safar, 1714

LIX. RICA A USBEK, EN...

Estaba el otro día en una casa, en una reunión de gentes de todas clases; me encontré con la conversación acaparada por dos ancianas que habían trabajado en vano durante toda la mañana por rejuvenecerse. “Hay que reconocer, decía una de ellas, que los hombres de hoy día son muy diferentes de los de nuestra juventud; antes eran educados, graciosos, complacientes. Pero ahora son de una brutalidad insoportable. —Todo ha cambiado, dijo entonces un hombre atacado de gota. Las cosas no son como era hace cuarenta años; todos teníamos salud, caminábamos, estábamos alegres, y sólo queríamos reír y bailar. Ahora, todo el mundo es de una tristeza insoportable.” Un momento después, la conversación derivó hacia la política.⁷⁸ “¡Pardiez!, dijo un anciano caballero; el Estado marcha a la deriva; a ver quién encuentra ahora un ministro como Colbert. Le conocía mucho, era uno de mis amigos, y hacía que mis pensiones se me pagaran siempre antes que a nadie. ¡Qué orden reinaba en las finanzas! Todos vivíamos cómodamente. Pero ahora, estoy arruinado. —Señor, dijo entonces un eclesiástico, habláis de la más milagrosa época de

⁷⁷ *Esta encantadora ciudad*: En el sentido etimológico de la palabra: ciudad en la que se vive de encantamiento y de magia.

⁷⁸ *La política*: En efecto, esta conversación es un resumen de las principales medidas políticas de fines del reinado: condenación de los jansenistas, revocación del edicto de Nantes, edicto sobre los duelos. Pero también da cuenta de la tristeza general de la sociedad francesa de aquella época.

nuestro invencible monarca. ¿Hay algo más grande que lo que se hacía entonces para destruir la herejía? —Y, ¿qué me decís de la abolición del duelo?, dijo con aspecto alegre un hombre que aún no había hablado. La observación es juiciosa, me dijo alguien al oído; este hombre está encantado con el edicto y lo observa tan concienzudamente que hace seis meses recibió cien bastonazos por no violarlo.”

Creo, Usbek, que sólo juzgamos las cosas desde algún camino secreto por el que regresamos hacia lo que fuimos. No me sorprende que los negros pinten al diablo de un blanco deslumbrante, y a sus dioses, negros como el carbón; que la Venus de ciertos pueblos tenga pechos colgantes hasta las rodillas, y que todos los idólatras hayan representado a sus dioses bajo forma humana, haciéndoles partícipes de sus propios gustos. Con razón se ha dicho que, si los triángulos tuvieran un dios, le dotarían de tres lados.

Querido Usbek, cuando veo a los hombres trepar por un átomo llamado tierra, que no es sino un punto en el universo, y proponiéndose a sí mismos como modelos directos de la Providencia, no sé cómo compaginar tanta extravagancia con tanta pequeñez.

París, 14 de la luna de Safar, 1714

LX. USBEK A IBEN, EN ESMIRNA

Me preguntas si hay judíos en Francia. Deberías saber que, donde hay dinero, hay judíos. Y me preguntas qué hacen allí. Exactamente lo que hacen en Persia. Nada se parece más a un judío asiático que un judío europeo.

Demuestran entre los cristianos, como entre nosotros, una invencible obstinación en sus creencias, que llega casi hasta la locura.

La religión judía es un viejo tronco, productor de dos ramas que han cubierto la tierra; me refiero a mahometanos y cristianos; o más bien es una madre que engendró a dos hijas que la hirieron mil veces, ya que, en materia religiosa, los más próximos son los peores enemigos. Pero, por muy malos tratos

que le hayan infligido, no cesa de glorificarse por haberlas dado a luz; se sirve de una y otra para cubrir al mundo mientras, por otra parte, su venerable ancianidad cubre todos los tiempos.

Así que los judíos se consideran como fuentes de toda santidad y origen de cualquier religión. Nos miran como a herejes que cambiaron la ley o, más bien, como a judíos rebeldes.

Si tal cambio se hubiera producido insensiblemente creen que se les hubiera seducido con facilidad; pero como se hizo de repente y en forma violenta, como pueden señalar la hora de uno y otro nacimiento, se escandalizan al encontrar épocas en nosotros;⁷⁹ y se mantienen firmes en una religión a la cual no precedió ni siquiera la creación del mundo.

Jamás gozaron en Europa de una calma semejante a la actual. Entre los cristianos empieza a desaparecer el espíritu de intolerancia que les animaba. En España se arrepintieron de haberlos expulsado, y en Francia, de haber perseguido a cristianos cuyas creencias diferían muy poco de las del príncipe. Se va comprendiendo que el celo por los progresos de la religión es diferente al amor que hay que profesarle y que, para amarla y observarla, no es necesario odiar y perseguir a quienes no la practiquen.

Sería de desear que nosotros, los musulmanes, pensáramos tan sensatamente como los cristianos sobre tal asunto; que pudiera firmarse de una vez la paz entre Alí y Abubeker,⁸⁰ dejando a Dios el cuidado de decidir entre los méritos de estos santos profetas. Quisiera que se les honrara mediante actos de veneración y respeto y no por vanas preferencias; y que procurásemos merecer sus favores, cualquiera que sea el lugar que Dios les haya marcado, bien sea a su derecha, bien sea a los pies de su trono.

París, 18 de la luna de Safar, 1714

⁷⁹ *Se escandalizan al encontrar épocas en nosotros*: La religión judía no tiene cómputo, al no tener un comienzo conocido, mientras que la cristiana parte del nacimiento de Cristo y la musulmana de la hégira.

⁸⁰ *Abubeker*: Los sunnitas ortodoxos descendían de Abubeker, y los persas chiitas de Alí.

LXI. USBEK A RHEDI, EN VENECIA

Entré el otro día en una famosa iglesia, llamada Notre-Dame. Mientras admiraba el soberbio edificio, tuve ocasión de hablar con un eclesiástico a quien la curiosidad, como a mí, había conducido hasta allí. La conversación recayó sobre la tranquilidad de su profesión.

“La mayor parte de las gentes, me dijo, envidian la dicha de nuestro estado, y tienen razón. Sin embargo, tiene sus desventajas. No estamos tan separados del mundo como para no ser llamados a él en multitud de ocasiones y allí nos toca representar un papel muy difícil.

”Las gentes mundanas⁸¹ son asombrosas; no pueden soportar nuestra aprobación ni nuestras censuras; si queremos corregirles, nos encuentran ridículos; si les aprobamos, nos miran como a personas indignas de nuestra condición. Nada hay más humillante que el pensamiento de haber escandalizado a los mismos impíos. Así que nos vemos obligados a mantener una conducta equívoca y a imponernos a los libertinos, no por un carácter decidido, sino por la incertidumbre en que los situamos dado el modo en que recibimos sus relatos. Hay que ser muy inteligente para ello, ya que este estado de neutralidad es difícil. Las gentes mundanas, que lo arriesgan todo, que se atreven a hacer cuanto se les antoja, y, según el éxito, lo prosiguen o lo abandonan, alcanzan mejores resultados.

”No es eso todo; este estado tan dichoso, tan tranquilo, que tanto se pondera, no lo conservamos en medio del mundo. Desde que en él aparecemos, se nos hace discutir, se nos hace emprender la tarea, por ejemplo, de probar la utilidad de la oración para un hombre que no cree en Dios; la necesidad del ayuno, a otro que durante toda su vida negó la inmortalidad del alma; es un trabajo penoso, y quienes sonríen no están a nuestro lado. Hay más aún; un cierto deseo de atraer hacia nuestra forma de pensar a los otros nos atormenta sin cesar, y es algo, podríamos decir, inseparable de nuestra profesión. Es algo tan ridículo como si los europeos se empeñaran, en pro de la naturaleza humana, en intentar aclarar los rostros

⁸¹ *Las gentes mundanas*: Los seculares, en general, por oposición a los derviches.

de los africanos. Perturbamos al Estado, nos atormentamos a nosotros mismos para hacer aceptar ciertos puntos religiosos no fundamentales, pareciéndonos a aquel conquistador de la China⁸² que provocó entre sus súbditos una rebelión general por querer obligarles a que se cortaran las uñas y el pelo.

''El mismo celo que nos posee por hacer cumplir a aquellos de quienes estamos al cargo los deberes de nuestra santa religión, es a menudo peligroso, y debería estar acompañado por una excesiva prudencia. Un emperador llamado Teodosio⁸³ hizo pasar a cuchillo a todos los habitantes de una ciudad, incluidos mujeres y niños; a continuación, quiso entrar en una iglesia, y un obispo llamado Ambrosio ordenó que se le cerraran las puertas, como a un sacrilego carnicero; y con ello, llevó a cabo un acto heroico. Este emperador, habiendo cumplido a continuación la penitencia que tal crimen exigía, y siendo admitido en la iglesia, fue a colocarse entre el clero; el mismo obispo le hizo salir de su lugar y con ello, cometió un acto de fanatismo; es igualmente cierto que debe uno desconfiar de su propio celo. ¿Qué les importaba a la religión y al Estado que tal príncipe tuviera o no un lugar entre los sacerdotes?''

París, 1 de la luna de Rebiab 1, 1714

LXII. ZELIS A USBEK, EN PARÍS

Tu hija ha cumplido siete años,⁸⁴ y he creído que ya era hora de que viviera en las habitaciones interiores del serrallo, sin esperar a que tenga diez años para confiarla a los eunucos negros. Nunca es demasiado pronto para privar a una jovencita de la libertad de la infancia, y educarla santamente entre los sagrados muros donde habita el pudor.

No puedo compartir la opinión de las madres que no en-

⁸² *Aquel conquistador de la China*: Se trata de Choun-Tchi que, en el siglo XVII, fundó en China la primera dinastía tártara de los Tai-Tsing.

⁸³ *Teodosio*: En el año 390 este emperador ordenó el exterminio del pueblo de Tesalónica. San Ambrosio, obispo de Milán, le impuso una penitencia por ello.

⁸⁴ *Siete años*: Era la edad en que corrientemente se pasaba al harén.

cierran a sus hijas hasta que están a punto de darles un esposo; que condenándolas, en vez de consagrarlas al serrallo, les hacen aceptar de forma violenta una manera de vivir que hubieran debido inspirarles. ¿Hay que esperarlo todo de la fuerza de la razón, y nada de la suavidad creada por la costumbre?⁸⁵

En vano se nos habla de la subordinación en que nos colocó la naturaleza. No es suficiente hacérnosla sentir; hay que hacérnosla practicar para que nos proteja durante la edad crítica, en la que las pasiones comienzan a nacer y a estimular nuestra independencia.

Si sólo estuviéramos sujetas por el deber, podríamos olvidarlo a veces. Si sólo nos arrastrara nuestra inclinación, quizás otra más fuerte podría debilitarla. Pero, cuando las leyes nos conceden a un hombre, nos ocultan a los demás y nos colocan como si estuviéramos a cien mil leguas de ellos.

La naturaleza, trabajando siempre a favor del hombre, no se limitó a concederles deseos a ellos solos; quiso que también los tuviéramos nosotras, y que constituyéramos los instrumentos vivos de su felicidad; nos colocó entre el fuego de sus pasiones, para hacerles vivir tranquilos; si salen de su insensibilidad, estamos destinadas a hacerles penetrar de nuevo en ella, sin que podamos disfrutar jamás del dichoso estado en que les ponemos.

Sin embargo, Usbek, no imagines que tu situación sea más feliz que la mía; disfruto aquí de mil placeres que desconoces; mi imaginación ha trabajado sin cesar para hacerme conocer cuánto valen; he vivido, y tú te has limitado a languidecer.

Incluso en la cárcel donde me retienes, soy más libre que tú; si redoblaras las precauciones para guardarme, yo sólo gozaría con tu inquietud; y tus sospechas, celos y pesares, son otras tantas señales de servidumbre.

Continúa, querido Usbek; hazme vigilar noche y día, no te fies ni siquiera de las precauciones ordinarias; aumenta mi dicha asegurando la tuya, y sabe que sólo temo tu indiferencia.

Serrallo de Ispahán, 2 de la luna de Rebiab 1, 1714

⁸⁵ *Razón... costumbre*: Estas dos palabras podrían representar a las dos tendencias que se oponían entonces en Francia.

LXIII. RICA A USBEK, EN...

Por lo visto, quieres pasarte la vida en el campo; antes sólo te ausentabas durante dos o tres días, y ahora llevo quince sin verte. Es cierto que vives en una casa encantadora, donde encuentras amigos que te placen y donde puedes conversar a tu gusto; no hace falta más para que olvides el universo.

En cuanto a mí, llevo más o menos la misma vida que me has visto llevar; ando por el mundo, intentando conocerlo. Mi espíritu va perdiendo sin sentir cuánto de asiático le queda, y se pliega sin esfuerzo a las costumbres europeas. Ya no me asombra ver en una casa a cinco o seis mujeres con cinco o seis hombres, y opino que ello no está nada mal.

Puedo decirlo: no conozco a las mujeres más que desde que estoy aquí. He aprendido más en un mes que en treinta años de serrallo.

Entre nosotros, los caracteres son parecidos, puesto que son forzados; no vemos a la gente como es, sino como se la obliga a ser. En esta servidumbre del corazón y del espíritu, no se oye hablar más que al temor, que posee un solo lenguaje, y no a la naturaleza que se expresa tan distintamente y bajo tantas formas.

El disimulo, este arte tan necesario y tan practicado entre nosotros, es desconocido aquí; todo se habla, todo se ve, todo se oye; el corazón se muestra cual el rostro, y en las costumbres, en la virtud, en el vicio incluso, se percibe siempre un algo de ingenuidad.

Para complacer a las damas, se necesita un cierto talento, distinto del que les es más grato aún, consistente en una especie de chanzas espirituales que las divierten mucho, y parecen prometerles a cada instante lo que no se puede gozar más que muy de tarde en tarde.

Estas chanzas galantes semejan haber llegado a formar parte del carácter general de la nación; se bromea en el Consejo a la cabeza de un ejército, y con un embajador. Las ocupaciones parecen ridiculas sólo si se las toma muy en serio; un médico no aparentaría serlo si sus vestidos fueran menos lúgubres, y si matara a sus enfermos bromeando.

París, 10 de la luna de Rebiab 1, 1714

LXIV. EL JEFE DE LOS EUNUCOS NEGROS A USBEK, EN PARÍS

No podría explicarte, magnífico señor, cuán molesto me encuentro; el serrallo está sumido en una confusión y desorden espantosos; la guerra reina entre tus mujeres; los eunucos están divididos entre sí, y sólo se oyen quejas, murmuraciones y reproches; se desprecian mis amonestaciones, todo parece estar permitido durante este periodo de licencia, y sólo ostento un título inútil y vano en el serrallo.

Ninguna de tus mujeres deja de creerse superior a las restantes por su nacimiento, su belleza, sus riquezas, su inteligencia y tu amor; y todas quieren que prevalezca alguna de estas cualidades para ser la favorita. En todo momento pierdo mi gran paciencia, pese a lo cual, todas están descontentas; mi prudencia, mi tolerancia incluso (virtud tan poco corriente en el puesto que ocupó) han sido inútiles.

¿Quieres que te revele, magnífico señor, la causa de tales desórdenes? Todo proviene de tu sensible corazón, y de los tiernos miramientos que a tus mujeres guardas. Si no contuvieras mi mano; si en vez del camino de los reproches, me dejaras libre el de los castigos; si, sin dejarte enternecer por sus quejas y sus lágrimas, las enviaras con ellos ante mí, que jamás me ablando, las acostumbraría muy pronto al yugo que deben soportar, y aplacaría sus imperiosos e independientes humores.

Robado a los quince años en los confines del África, mi patria, fui en seguida vendido a un amo que tenía más de veinte mujeres o concubinas. Juzgando por mi aspecto grave y taciturno que era apto para el serrallo, ordenó que se me hiciera capaz para ello, mediante una operación penosa en sus comienzos, dichosa más tarde, ya que me aproximó a los oídos y confidencias de mis amos. Entré en el serrallo, que constituyó un mundo nuevo para mí. El primer eunuco, el hombre más severo que he visto en mi vida, mandaba allí de manera total e imperiosa. No se oía hablar de divisiones ni de riñas; un profundo silencio reinaba por doquier; todas las mujeres se levantaban y se acostaban a la misma hora, durante todo

el año, entraban por turno en el baño, saliendo de él a la menor señal que les hiciéramos; durante el tiempo restante, estaban casi siempre encerradas en sus habitaciones. Había una orden, la de mantenerlas muy limpias, y cuidábamos de ello en forma inexpressable; la menor desobediencia se castigaba sin piedad. “Yo soy, decía el primer eunuco, un esclavo; pero lo soy de un hombre que es vuestro dueño y el mío, y uso del poder que sobre vosotras me dio; es él quien os castiga, y no yo, que no hago más que prestar mi mano.” Estas mujeres jamás entraban al cuarto de mi amo sin ser llamadas; recibían tal distinción con alegría, y se veían privadas de ella sin quejarse. En una palabra; yo, el último de los negros de aquel tranquilo serrallo, era mil veces más respetado que en el tuyo, donde gobierno sobre todos.

Cuando el gran eunuco se dio cuenta de mi inteligencia,⁸⁶ fijó sus ojos en mí; habló de mí a su amo, como de hombre capaz de trabajar según sus puntos de vista, y de sucederle en el puesto, no le asustó mi extremada juventud; creyó que mi interés podría compensar mi inexperiencia. Hice tales progresos en su confianza, que no le importaba dejar en mis manos las llaves del terrible lugar que desde tanto tiempo guardaba.

Con este gran maestro aprendí el difícil arte de mandar, y me formé bajo las máximas de su inflexible conducta. Estudié bajo su dirección el corazón de las mujeres; me enseñó a aprovechar sus debilidades, y a no asombrarme de sus altiveces. En ocasiones se complacía en conducir las hasta los últimos reductos de la obediencia; luego las hacía retroceder insensiblemente y quería que, por un momento, pareciera ser yo mismo quien cediera. Pero había que verle en los momentos en que las encontraba cerca de la desesperación, entre ruegos y lágrimas; soportaba sus reproches sin conmovirse, y parecía complacido ante esta especie de triunfo. “Así es, me decía con sa-

⁸⁶ *Mi inteligencia*: Mi carácter. Las teorías bárbaras y, a veces, próximas al sadismo que Montesquieu se complace en desarrollar por medio de los eunucos, no tienen quizá otro fin que el de hacer ver la superioridad de los métodos humanitarios en que tanto el Occidente como el Oriente deberían inspirarse.

tisfacción, como hay que gobernar a las mujeres. La cantidad no molesta; igual manejaría a todas las de nuestro gran monarca. ¿Cómo puede esperar un hombre cautivar su corazón, si sus fieles eunucos no han comenzado por someter su espíritu?”

Poseía no sólo firmeza, sino penetración; leía sus pensamientos y disimulos; sus gestos estudiados, sus rostros fingidos no le ocultaban nada; sabía sus más ocultas acciones y conocía sus más secretas palabras; se valía de las unas para conocer a las otras, y le placía recompensar la menor confianza. Como no se acercaban a su marido sin ser solicitadas, el eunuco llamaba a quien quería, y volvía los ojos de su amo hacia la que tenía en perspectiva; y tal distinción era la recompensa por algún secreto revelado. Había persuadido a su amo de que era una medida de buen gobierno el dejar en sus manos tal elección, con el fin de concederle mayor autoridad. He aquí cómo se gobernaba, magnífico señor, el serrallo más ordenado que, a mi modo de ver, había en Persia.

Déjame las manos libres, permíteme hacerme obedecer. En ocho días, impondré el orden en el seno de la confusión. Es lo que pide tu gloria y exige tu seguridad.

Serrallo de Ispahán, 9 de la luna de Rebiab 1, 1714

LXV. USBEK A SUS MUJERES, EN EL SERRALLO DE ISPAHÁN

Me entero de que el serrallo está sumido en el desorden, plagado de riñas y divisiones internas. ¿Qué os recomendé al partir, sino la paz y el mutuo entendimiento? Me lo prometisteis. ¿Fue para engañarme?

Seríais vosotras las engañadas, si quisiera seguir los consejos que me da el gran eunuco, si empleara mi autoridad para haceros vivir como os lo suplico.

No sé valerme de los métodos violentos, sino después de in-

tentar todo lo demás. Obrad, pues, por vuestro bien, como no habéis querido hacerlo por el mío.

El primer eunuco tiene muchas quejas; dice que no tenéis para con él el menor miramiento. ¿Cómo podéis poner de acuerdo tal conducta con la modestia de vuestro estado? ¿No es a él, a quien, en mi ausencia, se confía vuestra virtud? Es un tesoro sagrado, del cual él es el guardián. Pero el desprecio que le manifestáis demuestra que aquellos que están encargados de haceros vivir bajo las leyes del honor, son una carga para vosotras.

Cambiad de conducta, os lo suplico, y obrad de suerte que pueda de nuevo desechar las proposiciones que contra vuestra libertad y descanso se me hacen.

Porque quisiera haceros olvidar que soy vuestro dueño, para acordarme solamente de que soy vuestro esposo.

París, 5 de la luna de Chahban, 1714

LXVI. RICA A...

Aquí se tiene mucho apego a las ciencias; pero no sé si existen verdaderos sabios. El que duda de todo como filósofo no se atreve a negar nada como teólogo. Tal hombre contradictorio está siempre satisfecho de sí con tal de que todos estén de acuerdo en sus valores.

La mayor parte de los franceses tienen la manía de ser ingeniosos, y los que quieren ser ingeniosos tienen la manía de hacer libros.

Sin embargo, nada hay más descabellado que esto; la naturaleza parecía haber establecido sabiamente las cosas, de modo que las tonterías de los hombres fuesen pasajeras, pero los libros las immortalizan. Un tonto debería darse por satisfecho con haber aburrido a todos los que han vivido con él, pero aún quiere atormentar a las razas venideras; quiere que su tontería triunfe del olvido, del cual habría podido disfrutar como de la tumba; quiere que la posteridad tenga noticias de que vivió y se sepa para siempre que fue un necio.

A los que más desprecio de todos los autores es a los recopiladores, que van por todas partes buscando retazos de las obras de los demás, para plantarlos en las suyas, como trozos de césped en un jardín. No son en absoluto superiores a los empleados de imprenta que colocan unos caracteres que, una vez combinados, constituyen un libro; no han aportado más que su trabajo manual. Me gustaría que se respetasen los libros originales, y me parece que es una especie de profanación sacar las piezas que los componen del santuario en que se encuentran, para exponerlas a un desprecio que no merecen.

¿Por qué no se dan a los hombres una orden nueva que decir? ¿Por qué permitir estos dobles empleos? “Quiero dar una nueva orden. —Usted es un hombre hábil: viene a mi biblioteca y pone abajo los libros que están arriba, y arriba los que están abajo. ¡Es toda una obra maestra!”.

Te hablo de esto... porque me ha exasperado un libro que acabo de terminar y que, a juzgar por su tamaño, parecía encerrar la ciencia universal; pero me ha puesto la cabeza como un bombo sin haberme enseñado nada.

Adiós.

París, 8 de la luna de Chahban, 1714

LXVII. IBBEN A USBEK, EN PARÍS

Tres barcos han llegado y ninguno me ha traído noticias tuyas. ¿Estás enfermo o es que te gusta intranquilizarme?

Si no me muestras tu afecto desde ese país donde no estás ligado a nada, ¿qué no harás en Persia y en el seno de tu familia? Pero quizá me equivoque porque eres una persona lo bastante digna de afecto como para encontrar amigos en todas partes. El corazón es en verdad súbdito de todos los países. ¿Cómo puede un espíritu bien dotado dejar de establecer lazos de afecto? Te confieso que respeto mucho las antiguas amistades, pero que me gusta hacer otras nuevas.

En los países donde he estado⁸⁷ he vivido siempre como si hubiera tenido que pasar allí toda la vida; he mostrado la misma solicitud por las personas virtuosas y la misma compasión o quizá mejor, la misma ternura por los desgraciados; la misma estima por aquellos a quienes la prosperidad no ha logrado cegar. Está en mi carácter, Usbek, dondequiera que encontrara hombres, elegiría amigos.

Hay aquí un güebro⁸⁸ que, después de ti, ocupa el primer puesto en mi corazón; es el espíritu de la probidad en persona. Cuestiones particulares le obligan a retirarse a esta ciudad donde vive tranquilo con la mujer que ama, del producto de un comercio honorable. Su vida está llena de acciones generosas y aunque desea llevar una existencia oscura, hay más heroísmo en su corazón que en el de los monarcas más poderosos.

Le he hablado muchas veces de ti; le dejo leer tus cartas porque sé que esto le agrada y veo que tú tienes ya un amigo a quien no conoces.

Encontrarás aquí sus principales aventuras. Aun cuando le repugnaba un poco escribirlas no ha podido negarlas a mi amistad y yo las confío a la tuya.

Historia de Aferidón y Astarté

Nací en el país de los güebros y en el seno de una religión que es, tal vez, la más antigua que existe en el mundo. Fui tan desgraciado que el amor me llegó antes que la razón y apenas tenía seis años cuando ya no podía vivir más que con mi hermana. Mis ojos estaban siempre fijos en ella y cuando me dejaba un momento los volvía a encontrar llenos de lágrimas. Mi padre, admirado de un afecto tan fuerte, hubiera deseado casarnos según el antiguo uso de los persas instituido por Cambi-

⁸⁷ *En los países donde he estado:* Nacimiento del espíritu de cosmopolitismo.

⁸⁸ *Un güebro:* Los güebros o parsis son los persas que permanecieron ligados a la antigua religión de Zoroastro. Expulsada por los árabes y los mongoles, la élite de los persas se refugió en la India, en los alrededores de Bombay, llevándose los manuscritos del Zend Avesta y la lengua de Darío, levantando de nuevo sus altares de fuego y sus torres de silencio. Apenas unos 50 000 güebros ("infielcs") quedaron escondidos en su país conquistado, en el cantón de Pars o Farsistán.

ses. Pero el temor a los mahometanos, bajo cuyo yugo vivíamos, impide a los nuestros pensar en estas alianzas sagradas que nuestra religión más que permitir ordena y que son en realidad imágenes espontáneas de la unión ya formada por la naturaleza.

Mi padre, viendo que sería peligroso seguir mi inclinación y la suya, resolvió extinguir una llama que creía naciente, pero que en realidad estaba ya en su apogeo. Pretextó un viaje y me llevó, dejando a mi hermana con una de sus parientes, ya que mi madre había muerto hacía dos años.

No necesito decir con qué desesperación me separé de ella. Abracé a mi hermana cuyos ojos estaban arrasados en lágrimas, pero yo no derramé ni una sola porque mi dolor me había dejado como insensible. Llegamos a Tiflis⁸⁹ y mi padre volvió a casa confiando mi educación a uno de nuestros parientes.

Algún tiempo después supe que, por recomendación de un amigo, había hecho entrar a mi hermana en el beiram⁹⁰ del rey, donde estaba al servicio de una sultana. Ni siquiera la noticia de su muerte me hubiera afectado tanto, porque, además de que no esperaba verla de nuevo, su entrada en el harén suponía que se había hecho mahometana y, conforme al prejuicio de esta religión, tenía que mirarme con horror.

Cansado de mí mismo y de mi vida, no podía seguir viviendo en Tiflis y regresé a Ispahán. Las palabras que dirigí a mi padre fueron amargas desde el primer momento. Le reproché haber metido a su hija en un lugar en el que no se puede entrar sin cambiar de religión.

“Habéis atraído sobre vuestra familia la cólera de Dios y del sol que os alumbrá, le dije. Habéis hecho más que si hubierais mancillado los elementos porque habéis mancillado el alma de vuestra hija, que no es menos pura. Yo moriré por ello de dolor y de amor, pero ojalá sea mi muerte la única pena que Dios os envíe.”

Salí después de haber dicho esto y durante dos años me pasé la vida contemplando los muros del harén real y pensando en

⁸⁹ *Tiflis*: Capital del reino, entonces independiente, de Georgia.

⁹⁰ *El beiram*: El harén.

qué lugar podía estar mi hermana. Me expuse así mil veces cada día a ser degollado por los eunucos que hacen la ronda alrededor del temible recinto.

Murió mi padre y la sultana a la que servía mi hermana, viendo crecer de día en día su belleza, comenzó a estar celosa y la casó con un eunuco que la solicitaba con pasión. De este modo mi hermana abandonó el serrallo y se trasladó con su eunuco a una casa de la ciudad.

Estuve más de tres meses sin poder hablar con ella. El eunuco, que era el más celoso de los hombres, me despedía siempre con algún pretexto. Por fin entré en su harén y me dejó que hablara con ella a través de una celosía. Estaba tan envuelta en vestidos y en velos que ni unos ojos de lince la hubieran podido descubrir, y no puede reconocerla sino por el sonido de su voz. ¡Qué emoción sentí cuando me vi tan cerca y a la vez tan lejos de ella! Yo contuve las lágrimas porque me estaban observando, pero me pareció que ella lloraba. Su marido me presentó torpes excusas, pero yo le traté como al último de los esclavos. Quedó confundido cuando vio que me dirigía a mi hermana en una lengua que le era desconocida, el antiguo persa, que es nuestra lengua sagrada.

—Hermana mía, le dije, ¿es cierto que habéis abandonado la religión de vuestros padres? Sé que al entrar en el beiram habéis tenido que hacer profesión de fe musulmana. Pero decidme, ¿ha podido vuestro corazón consentir, tan fácilmente como vuestros labios, en dejar una religión que me permite amaros? Y ¿por quién os habéis apartado de esta fe que debe sernos tan querida? Por un miserable marcado por los hierros que llevó durante años, por uno que si fuera hombre, sería el último de todos.

—Hermano mío, dijo ella, el hombre de quien estáis hablando es mi esposo. Debo honrarle por más indigno que os parezca y sería también yo la última de las mujeres si...

—Pero, hermana mía, le contesté, vos sois güebra, él no es vuestro esposo ni puede serlo. Si sois fiel como vuestros padres debéis mirarle como a un monstruo.

—¡Qué lejana, respondió ella, me parece esa religión! Apenas había aprendido sus preceptos y ya tuve que olvidarlos. Vos mismo veis que esta lengua en que os hablo ya no me es

familiar y me expreso con mucha dificultad. Pero tened la seguridad que el recuerdo de nuestra infancia me embelesa todavía, que desde entonces sólo he tenido falsas alegrías, que no ha pasado un solo día sin que me acordara de vos, que habéis tenido más parte de lo que suponéis en mi matrimonio y que si me he decidido ha sido sólo con la esperanza de veros de nuevo. Pero este día que he pagado tan caro, ¡cuánto me va a costar aún! Os veo fuera de vos. Mi marido tiembla de rabia y de celos. No os veré más y sin duda os hablo por última vez en mi vida. Si así fuera, hermano mío, es seguro que esta vida no sería larga.

Se estremeció al decir esto y, viéndose sin fuerzas, me dejó, haciendo que me sintiera el más infortunado de los hombres.

Tres o cuatro días después pedí de nuevo ver a mi hermana. El bárbaro eunuco hubiera querido impedírmelo, pero, aparte de que esta clase de hombres no tiene sobre sus mujeres la misma autoridad que los otros, amaba tan perdidamente a mi hermana que no sabía negarle nada. La vi en el mismo sitio, cubierta con los mismos velos y acompañada de dos esclavos. Recurrí a nuestra lengua.

—Hermana mía, dije, ¿por qué he de ponerme en esta horrible situación para veros? Los muros que os mantienen encerrada, estos cerrojos y estas rejas, estos guardianes miserables que os vigilan, me sacan de quicio. ¡Hasta qué punto habéis perdido la dulce libertad de que gozaban vuestros antepasados! Vuestra madre que era tan casta no daba a su marido como prenda de su virtud más que su virtud misma. Vivían felices en una mutua confianza y la sencillez de sus costumbres era para ellos una riqueza mil veces más preciosa que el falso esplendor de que parecéis gozar en esta suntuosa mansión. Al perder vuestra religión habéis perdido vuestra libertad, vuestra felicidad y esa preciosa igualdad que hace honor a vuestro sexo. Pero hay algo peor todavía y es que sois, no la esposa, porque no podéis serlo, sino la esclava de un esclavo degradado por la humanidad.

—Respetad a mi esposo, me respondió ella, respetad la religión que he abrazado. Según esta religión no he podido escucharos ni hablaros sin cometer un crimen.

—¿Cómo, hermana mía, pregunté muy excitado, es que creéis que esa religión es verdadera?

—¡Ojalá no lo fuera!, dijo. Hago por esta fe un sacrificio demasiado grande para que pueda dejar de creer en ella y sin mis dudas...

Calló entonces y yo afirmé:

—Sí, vuestras dudas son fundadas, hermana mía, cualesquiera que sean. ¿Qué esperáis de una religión que os hace infeliz en este mundo y que no os deja ninguna esperanza para el otro? Pensad que nuestra religión es la más antigua que existe; que ha florecido siempre en Persia y que su origen está en un imperio cuyos comienzos son desconocidos; que sólo el azar ha introducido aquí el mahometismo y que esta secta se ha establecido aquí no por la persuasión, sino por la conquista. Si nuestros príncipes no hubieran sido débiles veríais reinar todavía el culto a los antiguos magos. Remontaos a aquellos siglos lejanos y todo os hablará del magicismo y nada de la secta mahometana que, varios milenios después, no había llegado siquiera a la infancia.

—Pero si mi religión, dijo ella, es más moderna que la vuestra, es también, al menos, más pura porque solamente adora a Dios mientras vos adoráis todavía al sol, a las estrellas, al fuego e incluso a los elementos.

—Veo, hermana, que la convivencia con los musulmanes os ha hecho aprender a calumniar a nuestra santa religión. No adoramos a los astros ni a los elementos y nunca los adoraron nuestros padres. Jamás les edificaron templos ni les ofrecieron sacrificios. Les rindieron un culto religioso, pero inferior, como a obras y manifestaciones de la divinidad. Mas, hermana mía, en nombre de Dios que nos ilumina, tomad este libro sagrado que os traigo. Es el libro de nuestro legislador Zoroastro. Leedlo sin prevención y recibid en vuestro corazón los rayos de luz que os iluminarán al leerlo. Recordad a vuestros padres que durante tanto tiempo honraron al sol en la ciudad santa de Balk⁹¹ y en fin acordaos de mí que no espero repo-

⁹¹ *Balk*: Ciudad sagrada del imperio persa en el tiempo en que se extendía hasta la India.

so, ni fortuna, ni vida si no es de un cambio de decisión por vuestra parte.

Me separé de ella conmovido y dejé que decidiera ella sola la más importante cuestión de mi vida.

Volví dos días después, pero no le dije nada. Esperé en silencio el fallo que me daba la vida o me sentenciaba a muerte.

—Sois amado, hermano, me dijo, y lo sois por una güebra. He luchado durante largo tiempo, pero, ¡Dios mío, cuántas dificultades supera el amor! ¡Qué aliviada me siento! No temo ya amaros demasiado. Ya puedo no poner límites a mi amor e incluso el exceso me parecería legítimo. ¡Qué bien armoniza esto con el estado en que se encuentra mi corazón! Pero vos, que habéis sabido romper las cadenas que mi espíritu se había forjado, ¿cuándo romperéis las que me tienen maniatada? Desde este momento me entrego a vos. Hacedme ver por la prontitud con que me aceptáis, cuán caro es para vos este presente. Creo, hermano mío, que moriré en vuestros brazos cuando por primera vez pueda besaros.

Nunca podré expresar la alegría que sentí ante estas palabras. Me creí y me vi un instante el más feliz de los hombres. Vi casi cumplirse todos los deseos formulados en los veinticinco años de mi vida y desvanecerse todas las penas que me la habían hecho tan penosa. Pero cuando me hube acostumbrado un poco a aquellas dulces ideas, hallé que, aun habiendo salvado el primer obstáculo, no estaba tan cerca de mi felicidad como me había figurado en un principio. Era preciso burlar la vigilancia de los guardianes. No me atrevía a confiar a nadie el secreto de mi vida. Sólo tenía a mi hermana en el mundo y ella sólo me tenía a mí. Si erraba el golpe corría el riesgo de ser empalado y no veía pena más cruel que la de fallar en mi propósito.

Convinimos que ella me enviaría a pedir un reloj⁹² que mi padre le había dejado y que yo metería dentro una lima para aserrar la celosía de una ventana que daba a la calle, y una cuerda para descender. Quedamos que no la vería más desde entonces, pero que esperaría todas las noches bajo esa venta-

⁹² *Un reloj*: Se sabe que ya Harum-al-Raschid le había regalado un reloj a Carlomagno.

na hasta que ella pudiera poner en práctica sus designios. Pasé quince noches enteras sin ver a nadie porque ella no había encontrado el momento favorable. Por fin, a la decimosexta, escuché el sonido de la sierra. De vez en cuando, el sonido se interrumpía y en estos intervalos mi temor era inenarrable. Después de una hora de trabajar vi que ataba la cuerda. Se dejó ir por ella y se deslizó entre mis brazos. Dejé de sentir el peligro y me quedé quieto mucho tiempo. Después la llevé fuera de la ciudad donde tenía preparado un caballo. La senté en la grupa detrás de mí y me alejé lo más de prisa posible de un lugar que tan funesto podía ser para nosotros.

Antes del amanecer llegamos a la casa de un güebro que estaba retirado en un lugar del desierto y vivía frugalmente del trabajo de sus manos. No creíamos oportuno quedarnos allí y, por su consejo, nos adentramos en un bosque frondoso y nos refugiamos en una encina hueca hasta que se desvaneciese el escándalo provocado por nuestra evasión. Vivíamos los dos en esta morada escondida, sin testigos, repitiéndonos que nos amaríamos siempre y esperando la ocasión de que un sacerdote güebro pudiera celebrar la ceremonia del matrimonio prescrita por nuestros libros sagrados.

—¡Qué santa es, hermana, nuestra unión!, le decía. Nos unió la naturaleza y nuestra santa ley nos unirá de nuevo.

Por fin vino un sacerdote a calmar nuestra impaciencia amorosa, celebrando en la casa del campesino las ceremonias del matrimonio. Nos bendijo y nos deseó mil veces todo el vigor de *Gustaspe*⁹³ y la santidad de *Hohoraspe*. Poco tiempo después abandonamos Persia, donde no estábamos seguros y marchamos a Georgia. Allí vivimos un año, cada día más enamorados el uno del otro. Pero, como el dinero se estaba terminando y yo temía a la miseria, no por mí, sino por mi hermana, volví a mi país para pedir ayuda a nuestros parientes. Nunca hubo despedida más enternecedora. Mas mi viaje no sólo fue inútil sino funesto porque hallé nuestros bienes confiscados y a mis parientes en la imposibilidad de socorrernos. Regresé, pues, con el dinero justo para el viaje y cuál no sería mi deses-

⁹³ *Gustaspe*: Héroe legendario, hijo de *Hohoraspe*, que fue convertido por Zoroastro y estableció su religión en el imperio en el siglo V antes de Cristo.

peración al ver que mi hermana no estaba en casa. Unos días antes de mi llegada los tártaros habían hecho una incursión en la ciudad. Viendo que mi hermana era muy bella la apresaron y la vendieron a unos judíos que se dirigían a Turquía, dejando solamente en casa a una niña que ella había dado a luz pocos meses antes. Seguí a aquellos judíos y les alcancé a unas tres leguas de allí. Mis ruegos y mis lágrimas fueron vanos y me pidieron por ella treinta tomans⁹⁴ sin rebajarme ni uno solo. Después de haberme dirigido a todo el mundo e implorado la protección de los sacerdotes turcos y cristianos fui a ver a un mercader armenio, le vendí a mi hija y me vendí también a mí mismo por treinta y cinco tomans. Corrí de nuevo al lugar donde estaban los judíos, les di los treinta tomans y llevé los otros cinco a mi hermana a la que no había visto todavía.

—Sois libre, hermana mía, le dije, y ahora puedo abrazaros. Os traigo cinco tomans, siento que no hayan pagado más por mí.

—¡Cómo! preguntó, ¿os habéis vendido?

—Sí, le dije.

—¿Qué habéis hecho desgraciado? ¿No era ya lo bastante desdichada sin que vos vinierais a aumentar mi infortunio? Vuestra libertad me consolaba y vuestra esclavitud me enviará a la tumba. ¡Qué cruel, hermano, es vuestro amor! Y mi hija, ¿dónde está que no la veo?

—La he vendido también, respondí.

Lloramos los dos, sin fuerzas ya para seguir hablando. Por fin fui a buscar a mi dueño y mi hermana llegó casi al mismo tiempo que yo. Se arrojó a sus pies diciendo:

—Os pido la esclavitud como otros os piden la libertad. Aceptadme y podréis venderme más cara que a mi marido.

Se puso entonces en un trance que arrancó las lágrimas de los ojos de mi dueño.

—¿Crees tú, desgraciado, me dijo, que puedo aceptar mi libertad a cambio de la tuya? Señor, aquí tenéis dos infortunados que morirán si los separáis. Me entrego a vos como esclava. Pagadme. Tal vez este dinero y mis servicios podrán obtener de vos algún día lo que no me atrevo a pedir. Sepa-

⁹⁴ *Treinta tomans*: Moneda de oro persa que valía entonces 15 escudos o 45 libras.

rarnos está en contra de vuestro interés, pues yo dispongo de su vida.

El armenio era un hombre de corazón y se conmovió ante nuestra desgracia.

—Servidme ambos con celo y fidelidad y os prometo que antes de un año seréis libres. Veo que no merecéis ninguno de los dos el infortunio de vuestra condición. Si cuando seáis libres sois todo lo felices que merecéis ser, si la fortuna os sonríe, estoy seguro que me resarciréis de la pérdida que habré sufrido.

Abrazamos sus rodillas y le seguimos en su viaje. Nos ayudábamos uno a otro en los trabajos de la esclavitud y yo experimentaba una gran alegría cada vez que podía hacer algo que le habían encargado a mi hermana.

Transcurrió un año y nuestro amo mantuvo su palabra. Volvimos a Tiflis donde encontré a un viejo amigo de mi padre que ejercía la medicina en la ciudad. Me prestó algún dinero con el que pude iniciar algunos negocios.

Ciertos asuntos me llevaron luego a Esmirna donde me establecí y donde vivo desde hace dos años gozando de la más amable y bondadosa sociedad del mundo. Afortunadamente pude luego encontrar al mercader armenio al que se lo debo todo y a quien he prestado señalados servicios.

Esmirna, 27 de la luna de Gemmadi 2, 1714

LXVIII. RICA A USBEK, EN...

El otro día fui a comer a casa de un juez que me había invitado varias veces. Después de haber hablado de muchas cosas, le dije: “Me parece señor que su profesión es muy difícil. —No tanto como usted se imagina, contestó; la desempeñamos de manera que resulta divertida. —¿Es posible? ¿Pero no tienen ustedes siempre la cabeza llena de los asuntos de los demás? ¿No están ustedes siempre ocupados en cosas que no son en absoluto interesantes? —Tiene razón; estas cosas no son interesantes y nuestra atención por ellas es nula; esto hace que la profesión no sea tan cansada como usted dice.” Cuando vi

que se lo tomaba con tanta despreocupación, proseguí y le dije: “Señor, aún no he visto su despacho. —No me extraña, pues no tengo. Cuando acepté este cargo, necesité dinero para pagarlo; vendí mi biblioteca y el librero que se quedó con ella sólo me dejó, de una prodigiosa cantidad de volúmenes, mi diario.”⁹⁵ No es que los eche de menos, pues nosotros los jueces no nos jactamos de una vana ciencia. ¿Para qué queremos todos esos volúmenes de leyes? Casi todos los casos son hipotéticos y se salen de la regla general. —¿No será, le dije, por que ustedes hacen que se salgan? Pues, ¿para qué iba a haber leyes en todos los pueblos del mundo si no tuviesen aplicación? Y, ¿cómo sería posible aplicarlas sin conocerlas? —Si conociese usted la justicia no hablaría de ese modo, continuó el magistrado; tenemos libros vivientes: los abogados, que trabajan para nosotros y se encargan de instruirnos. —¿No se encargan también a veces de engañarles?, le repliqué. —No estaría de más que se precaviesen contra sus acechanzas; ellos tienen armas con que atacar su equidad; convendría que también ustedes las tuviesen para defenderla, y que no participaran en el combate vestidos a la ligera entre personas acorazadas hasta los dientes.”

París, 13 de la luna de Chahban, 1714

LXIX. USBEK A RHEDI, EN VENECIA

Nunca habrías imaginado que yo pudiese llegar a ser más metafísico de lo que ya era; sin embargo, así es, y te convencerás cuando experimentes este desbordamiento de mi filosofía.

Los más sensatos filósofos que hicieron reflexiones acerca de la naturaleza de Dios, dijeron que era un ser soberanamente perfecto, pero abusaron con exceso de esta idea; hicieron una enumeración de las diferentes perfecciones que el hombre es capaz de tener e imaginar, y las colocaron en la idea de divinidad, sin pensar que, muchas veces, tales atributos se obsta-

⁹⁵ *Mi diario*: Mi libro de cuentas.

culizan mutuamente y no pueden existir en un mismo sujeto sin destruirse.

Los poetas de Occidente dicen que un pintor,⁹⁶ queriendo hacer un retrato de la diosa de la belleza, reunió a las griegas más bellas y tomó de cada una lo más agradable que tuviese, e hizo con ello un todo que, creyó, representaría a la más bella de todas las diosas. Si algún hombre hubiese deducido de esto que era rubia y morena, que tenía los ojos negros y azules, que era delicada y soberbia, habría hecho el ridículo.

A veces, Dios carece de una perfección que podría atraerle una gran imperfección; pero nunca está limitado sino por sí mismo; Él es su propia necesidad. Así, aunque Dios sea omnipotente, no puede violar sus promesas, ni engañar a los hombres. Incluso a veces la impotencia no estaría en Él, sino en las cosas relativas, y ésta es la razón por la que no puede cambiar la esencia de las cosas.

Esto es lo que ha hecho que alguno de nuestros doctores se haya atrevido a negar la presciencia infinita de Dios, basándose en que es incompatible con su justicia.

Según ellos, no es posible que Dios prevea las cosas que dependen de la determinación de las causas libres, porque lo que no ha ocurrido no existe y, por consiguiente, no puede ser conocido; pues la nada, que no tiene propiedades, no puede ser percibida. Creen que Dios no puede leer en una voluntad que no existe, ni ver en el alma una cosa que no está en ella: pues, hasta que se determina, la acción que la establece no está en la misma.

El alma es el artífice de su determinación; pero hay ocasiones en que está de tal modo inconcreta que ni siquiera sabe hacia qué lado inclinarse. Incluso a veces no lo hace más que para usar de su libertad: de modo que Dios no puede ver esta determinación de antemano, ni en la acción del alma, ni en la acción que los objetos ejercen sobre ella.

¿Cómo podría Dios prever las cosas que dependen de la determinación de las causas libres? Sólo podría verlas de dos

⁹⁶ *Un pintor*: El autor se refiere a Zeuxis de Crotona y a la forma en que, según se dice, compuso su Helena.

formas: por conjetura, lo cual está en contradicción con la presciencia infinita, o bien las vería como efectos necesarios que se seguirían infaliblemente de una causa que los habría producido de igual modo, lo cual es más contradictorio aún, pues el alma sería libre en el supuesto, mientras que en el hecho no lo sería más de lo que una bola de billar lo es al moverse cuando es empujada por otra.

No creas, sin embargo, que tales doctores quieren limitar la ciencia de Dios. Como mueve las criaturas a su antojo, conoce todo lo que quiere conocer. Pero, aunque pueda verlo todo, no siempre se vale de esta facultad; generalmente, deja a la criatura la facultad de actuar o no actuar,⁹⁷ para dejarle la de merecer o desmerecer; en ese caso, renuncia al derecho que tiene de actuar sobre ella y determinarla. Pero, siempre que quiere saber algo lo sabe, pues no tiene más que querer que suceda como Él lo ve y mover a las criaturas conforme a su voluntad. De este modo saca del número de las cosas puramente posibles lo que ha de ocurrir, fijando con sus decretos las determinaciones futuras de los espíritus, y privándoles del poder que les ha dado de actuar o no actuar.

Si pudiera utilizarse una comparación en algo que está por encima de toda comparación, haríamos la siguiente: un monarca ignora lo que va a hacer su embajador en un asunto importante; si quiere saberlo, no tiene más que ordenarle que se comporte de tal manera, y estará en condiciones de asegurar que la cosa ocurrirá tal y como él la proyecta.

El Corán y los libros de los judíos parecen alzarse sin cesar contra el dogma de la presciencia absoluta: en cualquiera de sus pasajes, Dios parece querer ignorar la determinación futura de los espíritus; y es posible que sea ésta la primera verdad que Moisés enseñó a los hombres.

Dios pone a Adán en el paraíso terrenal, con la condición de que no coma de cierto fruto. Pero, ¿cómo iba a poner condiciones a sus gracias un ser que conociese las determinaciones futuras de las almas? Es como si un hombre, enterado de la

⁹⁷ *La facultad de actuar o no actuar*: Coincidencia con las ideas de Leibnitz.

toma de Bagdad, le dijese a otro: “Le doy cien tomans si no se conquista Bagdad.” ¿No sería esto una broma pesada?

¿Para qué tanta filosofía, querido Rhedi? Dios es tan alto que ni siquiera vislumbramos sus nubes. Sólo lo conocemos bien en sus preceptos. Es inmenso, espiritual, infinito. Que su grandeza nos haga ver nuestra debilidad. Humillarse siempre, es adorarle siempre.

París, último día de la luna de Chahban, 1714

LXX. ZELIS A USBEK, EN PARÍS

Solimán, a quien tú aprecias, está indignado por una afrenta que acaba de recibir. Un joven atolondrado,⁹⁸ llamado Sushis, pretendía en matrimonio a su hija desde hacía tres meses; parecía satisfecho con el aspecto de la muchacha por el informe y la descripción que de ella habían hecho las mujeres que la habían visto en su infancia; se habían puesto de acuerdo en cuanto a la dote y todo se había desarrollado sin ningún incidente. Ayer, tras las primeras ceremonias, la muchacha salió a caballo, acompañada por su eunuco y cubierta, según es costumbre, de la cabeza a los pies. Pero cuando llegó ante la casa de su presunto marido, él le hizo que cerrase la puerta y le juró que nunca la aceptaría si no se aumentaba la dote. Acudieron los padres, por ambas partes, para arreglar el asunto y, tras mucha resistencia, Solimán se avino a hacerle un regalito a su yerno. Se hicieron las ceremonias del matrimonio, y llevaron a la muchacha al lecho con bastante violencia; pero, una hora más tarde, ese loco se levantó furioso, le cortó el rostro por varios sitios —con el pretexto de que no era virgen—, y se la devolvió a su padre. No cabe mayor indignación que la que él siente por esta injuria. Hay quien sostiene que la muchacha es inocente. Es una desgracia para los pa-

⁹⁸ *Un joven atolondrado*: En el sentido de tonto y hasta de loco.

dres⁹⁹ estar expuestos a tales afrentas. Creo que me moriría de dolor, si mi hija¹⁰⁰ recibiese un trato semejante.

Adiós.

Serrallo de Fatmé, 9 de la luna de Gemmadi 1, 1714

LXXI. USBEK A ZELIS

Compadezco a Solimán, tanto más cuanto que el daño no tiene remedio y que su yerno no ha hecho más que valerse de la libertad de la ley. Y me parece muy dura una ley que expone de este modo la honra de una familia a los caprichos de un loco. Es inútil decir que existen indicios seguros para conocer la verdad: nuestros médicos dan pruebas fehacientes de la inseguridad de tales pruebas. Hasta los cristianos las consideran quiméricas, aunque estén claramente establecidas en los libros de su antiguo legislador.¹⁰¹

Me agrada saber cuánto te preocupas tú por la educación de la tuya. ¡Quiera Dios que su marido la encuentre tan hermosa y tan pura como Fátima!¹⁰² ¡Que tenga diez eunucos que la guarden; que sea la honra y el adorno del serrallo que le sea destinado; que no haya sobre su cabeza sino aljarfes dorados y que no camine sino sobre tapices soberbios; y, para colmo de deseos, ojalá mis ojos la vean en medio de tanta gloria!

París, 5 de la luna de Chalval, 1714

⁹⁹ *Es una desgracia para los padres:* Otro inconveniente del sistema matrimonial de los persas: el marido siempre tenía derecho a deshacerse de su mujer por el simplista y unilateral procedimiento del repudio. Montesquieu va a erigirse en defensor del divorcio que por lo menos ofrece garantías legales.

¹⁰⁰ *Mi hija:* Zelis ha escrito ya a Usbek hablándole de la entrada de su hija en el harén. A todas luces, intenta adormecer las sospechas de su marido haciendo alarde de sus preocupaciones de madre.

¹⁰¹ *Su antiguo legislador:* En efecto, se trata de ello en el Deuteronomio (XXII-15 y 16).

¹⁰² *Fátima:* La virgen de Kum.

LXXII. RICA A USBEK, EN...

El otro día, en una reunión, vi a un hombre que estaba muy satisfecho de sí mismo. En un cuarto de hora resolvió cuatro cuestiones morales, cuatro problemas históricos y cinco temas de física. Nunca he visto a nadie tan capaz de decidir sobre cosas universales; su espíritu no vaciló en ningún momento. Dejamos las ciencias y hablamos de las noticias de última hora. También las explicó. Quise cogerle y me dije: "Voy a hacerme fuerte en lo que yo conozco. Me refugiaré en mi país." Le hablé de Persia. Pero apenas le hube dicho cuatro palabras me desmintió lo que decía, fundándose en la autoridad de Tavernier y Chardin: "¡Dios mío, dije yo, ¿qué clase de hombre es éste? Dentro de un momento conocerá las calles de Ispahán mejor que yo." Pronto me determiné a callar y a dejarle hablar. Todavía debe de estar opinando.

París, 8 de la luna de Zilcadé, 1715

LXXIII. RICA A...

He oído hablar de una especie de tribunal llamado Academia Francesa. No hay en el mundo ninguna institución en la que se respete menos: pues dicen que, en cuanto toma una decisión, el pueblo le sale al paso y le impone leyes que se ve obligada a seguir.

Hace algún tiempo, dio un código de sus juicios para establecer su autoridad. Este hijo de tantos padres era casi viejo al nacer, y aunque fuese legítimo, un bastardo, aparecido anteriormente, lo había ahogado casi en su nacimiento.

Los que la componen no tienen otra misión que charlar sin tregua; el encomio ocupa un puesto destacado en su eterno parloteo y, una vez iniciados en sus misterios, la furia del panegírico se apodera de ellos y no los suelta.

Este cuerpo tiene cuarenta cabezas totalmente llenas de figuras retóricas, de metáforas, de antítesis; todas estas bocas no hablan sino por exclamación; sus oídos pretenden ser constantemente heridos por la cadencia y la armonía. De los ojos,

no hablemos; es como si se hubieran hecho para hablar y no para ver. Es un cuerpo sin estabilidad; pues el tiempo, que es para él como una plaga, lo quebranta por momentos y destruye todo lo que ha hecho. Antes se decía que sus manos estaban ávidas. Yo prefiero no opinar sobre esto; dejo que lo hagan los que lo saben mejor que yo.

Estas son cosas que no se ven en nuestra Persia. Nosotros no somos aficionados a este tipo de instituciones singulares y curiosas; buscamos siempre la naturaleza en nuestras costumbres sencillas y en nuestros modales ingenuos.

París, 27 de la luna de Zilhagé, 1715

LXXIV. USBEK A RICA, EN...

Hace algunos días que un conocido me dijo: “He prometido introducirlos en las buenas casas de París. Ahora os llevaré a casa de un gran señor, uno de los hombres más importantes del reino.”

“¿Qué queréis decir con eso, señor? ¿Es más educado o más amable que los demás? —No —me dijo—. ¡Ah!, comprendo: en todo momento, pone de relieve la superioridad que tiene sobre los que le rodean. Si es así, no puedo por menos de ir: reconozco su superioridad y mi error.”

Llegamos allí y vi a un hombrecillo, tan orgulloso, que cogía el rapé con tanta altanería, se sonaba con tanto estruendo, escupía con tanta flema, acariciaba a sus perros de manera tan ofensiva para los hombres, que no me cansaba de admirarle. “¡Dios mío!, me dije, si cuando estaba en la corte de Persia, me porté como éste, debía parecer idiota.” Hubiera sido necesario, Rica, tener mal temperamento para molestar de mil maneras distintas a las personas que iban a nuestra casa a demostrarnos su interés: sabían muy bien que estábamos por encima de ellas y, en caso de que lo ignorasen, nuestra bondad se lo habría recordado a cada instante. Como no podíamos hacernos respetar, tratábamos de portarnos con amabilidad: nos dirigíamos a los más humildes; entre las personalidades, siempre endurecidas, ellos notaban nuestra sensibilidad; no veían

más superioridad que la de nuestro corazón: nosotros bajábamos al nivel de sus necesidades. Pero cuando era preciso mantener la majestad del príncipe en las ceremonias; cuando era preciso que los extranjeros respetaran a la nación; en fin, cuando era preciso animar a los soldados, en los momentos de peligro, subíamos a una altura cien veces superior a aquella en que nos encontrábamos: devolvíamos el orgullo a nuestro rostro y algunas veces sucedía que los demás nos consideraban bastante interesantes.

París, 10 de la luna de Safar, 1715

LXXV. USBEK A RHEDI, EN VENECIA

Tengo que confesarte una cosa: no he encontrado entre los cristianos esa conciencia viva de su religión que se encuentra entre los musulmanes. Para ellos existe una enorme distancia entre la profesión y las creencias, entre las creencias y la convicción, entre la convicción y la práctica. La religión es menos un medio de satisfacción que un tema de discusión al alcance de cualquiera; los cortesanos (gente de la corte), los guerreros, e incluso las mujeres, se lanzan contra los clérigos y les piden pruebas de cosas, en las que han decidido no creer. Y no es la razón lo que los mueve, ni la preocupación por enterarse de la verdad o la falsedad de una religión que rechazan: son rebeldes que han sentido el yugo y se deshacen de él antes de haberlo conocido. Y no son más firmes en su incredulidad que en su fe, viven en un continuo flujo y reflujo que les lleva sin cesar de un lado a otro. Uno de ellos me decía un día: "Creo en la inmortalidad del alma por semestres; mis opiniones dependen totalmente de la constitución de mi cuerpo: según tenga más o menos espíritus animales, o mi estómago digiera bien o mal, según respire aire más o menos viciado, o me alimente de forma ligera o sólida, soy espinosista, sosiniano, católico, impío o devoto. Cuando el médico está cerca de mi cama, el confesor me encuentra a su disposición. Sé rechazar la religión cuando estoy bien; pero acepto sus consuelos cuando estoy enfermo; cuando no puedo esperar nada de otro lado,

aparece la religión y me seduce con sus promesas. Entonces quiero entregarme a ella y morir del lado de la esperanza.”

Hace mucho tiempo que los príncipes cristianos manumitieron a todos sus esclavos porque, según dicen, el cristianismo iguala a todos los hombres. Verdaderamente esta manifestación religiosa les era muy útil: con eso humillaban a los señores arrebatándoles el poder sobre el pueblo. Más tarde conquistaron países donde vieron que era ventajoso tener esclavos; permitieron comprarlos y venderlos,¹⁰³ olvidando el principio de la religión que tanto les había conmovido. ¿Qué quieres que te diga? Verdad en un tiempo, error en otro. ¿Por qué no hacemos nosotros como los cristianos? Somos tan tontos como para rechazar colonias y fáciles conquistas en climas benévolos porque el agua no es allí lo bastante pura como para lavarnos según los principios del santo Corán.

Doy gracias a Dios Todopoderoso que envió a Alí, su gran profeta, por profesar una religión que está por encima de todos los intereses humanos y que es pura como el cielo del que ha descendido.

París, 13 de la luna de Safar, 1715

LXXVI. USBEK A SU AMIGO IBEN, EN ESMIRNA

En Europa las leyes son inflexibles con los que se suicidan: se les obliga a morir, digamos, por segunda vez. Son indignamente arrastrados por las calles, se les llena de infamia, se confiscan sus bienes.

Me parece, Iben, que estas leyes son muy injustas. Cuando estoy abrumado por el dolor, la miseria y el desprecio, ¿por qué se me va a impedir poner fin a mis penas y privarme cruelmente de un remedio que está en mis manos? ¿Por qué se quie-

¹⁰³ *Permitieron comprarlos y venderlos*: Un edicto de Luis XIII había prohibido el comercio de esclavos. En 1685, Luis XIV había publicado un “Código negro” para proteger y mejorar la situación de los esclavos en las colonias francesas. Pero en 1716 se autorizó de nuevo la introducción de esclavos coloniales en la propia Francia.

re que trabaje para una sociedad en la que decido no continuar? ¿Que sufra, a pesar mío, una convención que se ha hecho sin mi consentimiento? La sociedad se basa en el mutuo aprovechamiento, pero cuando se me hace onerosa, ¿qué me impide renunciar a ella? Se me ha dado la vida como una gracia, puedo devolverla pues, cuando ha dejado de serlo: la causa, cesa; el efecto, debe también cesar.

¿Quiere el príncipe que sea su súbdito cuando no tengo ninguna ventaja de la sumisión? ¿Pueden mis conciudadanos pedir esta inicua participación de mi desesperanza en su utilidad? Dios, al contrario de cualquier benefactor, ¿quiere condenarme a recibir gracias que me abrumen?

Estoy obligado a respetar las leyes, cuando vivo bajo las leyes; pero si no, ¿pueden retenerme aún?

Pero, se me dirá, alteras el orden de la Providencia. Dios ha unido el alma al cuerpo y tú la separas. Te opones, por tanto, a sus designios y le contrarias.

¿Qué quiere decir esto? ¿Altero el orden de la Providencia¹⁰⁴ cuando cambio la estructura de la materia y convierto en cuadrado una esfera que las primeras leyes del movimiento, es decir, las leyes de la creación y de la conservación, habían hecho redonda? No, sin duda no hago más que ejercer el derecho que se me ha conferido; y en este sentido puedo alterar a mi gusto toda la naturaleza sin que pueda decirse que me opongo a la Providencia.

Cuando mi alma se separe del cuerpo, ¿habrá menos orden y menos acuerdo en el universo? ¿Crees que esta nueva combinación es menos perfecta y menos dependiente de las leyes generales? ¿Que el mundo ha perdido algo y que son menores las obras de Dios, o, mejor dicho, menos inmensas?

¿Crees que mi cuerpo, convertido en una espiga de trigo, un gusano, un brote de hierba, se ha transmutado en obra de la naturaleza menos digna de ella y que mi alma, libre de todo lo que tenía de terrestre, se ha convertido en algo menos sublime?

¹⁰⁴ *Altero el orden de la Providencia*: Ya en la carta 69 quedó patente la oposición de Montesquieu a la tesis providencialista.

Todas estas ideas, mi querido Ibben, no tienen otro origen que nuestro orgullo: no nos sentimos a gusto en nuestra pequeñez y, pese a ello, queremos contar en el universo y figurar en él como objetos importantes. Nos imaginamos que la aniquilación de un ser tan perfecto degradaría toda la naturaleza y no concebimos que un hombre más o menos en el mundo —qué digo— todos los hombres juntos, cien millones de tierras como la nuestra no son más que un sutil y tenue átomo del que Dios no se preocupa más que a causa de la amplitud de su conocimiento.

París, 15 de la luna de Safar, 1715

LXXVII. IBBEN A USBEK, EN PARÍS

Mi querido Usbek: me parece que para un verdadero musulmán las desgracias hacen menos daño que las amenazas. Hay días maravillosos: los que nos mueven a perdonar las ofensas. Lo que haría falta reducir es el tiempo de la prosperidad. ¿Para qué sirven todas estas impaciencias sino para mostrarnos que desearíamos ser felices independientemente de aquel que imparte la felicidad porque él es la felicidad misma?

Si un ser se compone de dos seres, y la necesidad de conservar esta unión determina más la sumisión al Creador, entonces se puede hacer de ello una ley religiosa. Si esta necesidad de conservar la unión avala eficazmente las acciones de los hombres, entonces se ha conseguido una ley civil.¹⁰⁵

Venecia, último día de la luna de Safar, 1715

LXXVIII. RICA A USBEK, EN...

Te envió copia de la carta de un francés que reside en España y acaba de escribirme. Creo que te gustará leerla.

¹⁰⁵ Esta refutación es lo que dio pie a los adversarios de Montesquieu para tacharlo de sectario de la ley natural.

“Durante seis meses he recorrido España y Portugal, y he vivido entre gente que, despreciando a todos los demás, sólo a los franceses distingue con su odio.

”La seriedad es el más destacado carácter de las dos naciones; principalmente se manifiesta de dos maneras: por las gafas y por el bigote.¹⁰⁶

”Las gafas indican claramente que el que las lleva es un hombre avanzado en las ciencias y dedicado a profundas lecturas, hasta el punto de haber llegado a debilitar su vista, y cualquier nariz adornada o cargada puede pasar, sin mucho trabajo, por la nariz de un sabio.

”En cuanto al bigote, es respetable por sí mismo e independientemente de sus consecuencias; aunque no deja de reportar grandes beneficios al príncipe y al honor de la nación, como ya lo demostró aquel famoso general portugués, de las Indias que, teniendo necesidad de dinero, se cortó una guía de su bigote y a cambio mandó pedir a los habitantes de Goa veinte mil piezas de oro; se las presentaron inmediatamente, y poco después recuperó honrosamente su bigote.

”Fácilmente se explica que gente como ésta, seria y flemática, tenga su orgullo.¹⁰⁷ Y lo tiene. Ordinariamente, se basan en dos cosas dignas de consideración. Los que viven en la península ibérica se sienten infinitamente superiores cuando son eso que ellos llaman *cristianos viejos*, es decir, los que no tie-

¹⁰⁶ *Por las gafas y por el bigote*: En Francia, en aquella época, la gente de mundo había renunciado al bigote y utilizaba, en público, no lentes sino anteojos colgados del cuello con una cinta. Montesquieu, que aún no había salido de Francia, nunca conoció España; habla de ella según la obra de Mme. d'Aulnoy, *Relation d'un voyage en Espagne*.

¹⁰⁷ *Su orgullo*: “Los españoles son orgullosos pero de distinta forma que nosotros”, escribió La Fontaine. En *El Espíritu de las Leyes* Montesquieu completará el paralelismo: “El orgullo de un español le llevará a no trabajar; la vanidad de un francés le llevará a saber trabajar mejor que los demás.” Más adelante, Montesquieu hace una exaltación de la buena fe legendaria de los españoles. Su severidad para con un pueblo que no conocía sino a través de lecturas queda explicada en el último párrafo de esta carta donde demuestra que, desde el punto de vista de un extranjero, los franceses merecen ser tratados de un modo igualmente duro.

El español José Cadalso (1741-1782) escribió una defensa contra la carta 78. Posiblemente no supo interpretar la crítica de Montesquieu contra las instituciones impuestas, como la Inquisición, contra el racismo del continental hacia el habitante de las colonias y contra el orgullo etnocentrista de los pueblos conquistadores. La nación española sólo era un pretexto para expresar estas ideas.

nen sus orígenes entre aquellos a quienes la Inquisición persuadió durante el siglo pasado, para que abrazaran la religión cristiana. No menos orgullosos están los que viven en las Indias, al considerarse partícipes de la inefable gracia de ser, como ellos dicen, *hombres de cara blanca*. Jamás hubo, en el harén del gran señor, sultana tan orgullosa de su belleza como el más viejo y grosero villano puede estarlo de la blancura aceitunada de su piel, cuando está en una ciudad mexicana, sentado a la puerta de su casa, con los brazos cruzados. Un hombre de tanta importancia, una criatura tan perfecta, no trabajaría por todos los tesoros del mundo y nunca decidiría comprometer el honor y la dignidad de su piel en una vil y mecánica industria.

”Pues hay que saber que, cuando un hombre posee cierto mérito en España, como, por ejemplo, el de poder añadir a las cualidades de las que hemos hablado, la de poseer una gran espada o la de haber aprendido de su padre el arte de tañer una discordante guitarra, en este caso, no trabaja: su honor radica en el reposo de sus miembros. El que durante diez horas al día permanece sentado, goza exactamente de doble consideración que el que no está más que cinco, pues la nobleza se adquiere en las sillas.

”Pero, aunque estos invencibles enemigos del trabajo alardeen de filosófica tranquilidad, no es precisamente eso lo que albergan en su corazón, porque se pasan la vida enamorados. Son los mejor dispuestos del mundo para languidecer bajo la ventana de su amada, y ningún español sabría pasar por galante sin estar constipado.¹⁰⁸

”En primer lugar, son devotos y, además, celosos. Tendrán sumo cuidado en no exponer a sus mujeres a las asechanzas de un soldado herido en cien batallas o a las de un decrepito magistrado; pero no tendrán inconveniente en encerrarlas con un fervoroso novicio, de esos que bajan los ojos o un robusto franciscano, que los eleva.

”Permitirá que sus mujeres aparezcan con el seno descubierto, pero se opondrán a que se les vea el talón o a que descubran la punta del pie.

¹⁰⁸ *Constipado*: A fuerza de pasarse las noches dando serenatas para ser galante.

”En todas partes se dice que los rigores del amor son crueles. Entre los españoles, lo son mucho más: las mujeres alivian sus penas, pero no hacen más que cambiarlas por otras y muchas veces les queda un triste recuerdo de una pasión apagada.

”Tienen pequeñas atenciones que en Francia parecerían fuera de lugar: un capitán, por ejemplo, no pega nunca a un soldado sin pedirle antes permiso y la Inquisición no quema nunca a un judío sin presentarle excusas.

”Los españoles que no son quemados están tan apegados a la Inquisición que se enfadarían mucho si se suprimiese. A mí me gustaría que se estableciese allí otra, no contra los herejes sino contra los heresiarcas que atribuyen a unas simples prácticas monacales la misma eficacia que a los siete sacramentos, que idolatran lo que veneran, que son tan devotos que ni siquiera son cristianos.

”Quizá encuentres ingenio y sentido común entre los españoles, pero no lo busques en sus libros. Visita cualquiera de sus bibliotecas: las novelas a un lado y los escolásticos a otro. Parece que un secreto enemigo de la razón humana es el que ha hecho la selección y después lo ha juntado todo allí.

”El único libro que merece la pena es el que ha hecho ver lo ridículo de todos los demás.

”Han hecho enormes descubrimientos en el nuevo mundo y todavía no conocen su propio continente: hay en sus costas puertos todavía sin descubrir y en sus montañas regiones totalmente desconocidas.

”Dicen que el sol sale y se pone dentro de su país; pero hay que hacer notar que en este recorrido no encuentra más que campos yermos y regiones desérticas.”

Me gustaría, Usbek, leer una carta escrita por un español en Madrid que viajara por Francia: creo que reivindicaría bien a su nación. ¡Qué campo tan extenso para un hombre flemático y pensativo! Imagino que la descripción de París la empezaría así:

“Hay aquí una casa para encerrar a los locos. A primera vista parece ser la más grande de la ciudad. ¡No! El remedio resulta insuficiente para la enfermedad. Sin duda, los franceses, extraordinariamente desprestigiados entre sus vecinos,

encierran a algunos locos en una casa para demostrar que los que están fuera no lo son.”

Acabo con mi español.

Adiós, mi querido Usbek.

París, 17 de la luna de Safar, 1715

LXXIX. EL GRAN EUNUCO A USBEK, EN PARÍS

Ayer, los armenios trajeron al serrallo a una joven esclava de Circasia¹⁰⁹ para venderla, yo la conduje a las habitaciones secretas, la desnudé y la examiné con mirada de juez; cuanto más la examinaba, descubría en ella más encantos, un pudor virginal parecía querer ocultarlos a mi vista. Vi todo lo que le costaba obedecer: enrojecía al verse desnuda, incluso delante de mí que, exento de pasiones que puedan alarmar al pudor, soy inexcitable por este sexo, y que, ministro de la modestia, en las más libres acciones, no tengo sino castas miradas que no dejan inspirar más que inocencia.

Después que la hube juzgado digna de ti, bajé los ojos, la cubrí con un manto escarlata,¹¹⁰ le puse en el dedo un anillo de oro, me postré a sus pies, la adoré como a la reina de tu corazón, pagué a los armenios, y la escondí de todas las miradas. ¡Dichoso eres Usbek, pues posees más bellezas que las que pueda haber encerradas en todos los palacios de Oriente! ¡Qué placer, encontrar a tu regreso, lo más delicioso que tiene Persia, y ver renacer las gracias en tu serrallo a medida que el tiempo y la posesión trabajan para destruirlas!

Serrallo de Fatmé, 1 de la luna de Rebiab 1, 1715

¹⁰⁹ *Una joven esclava de Circasia*: Las circasianas siempre han sido famosas por su belleza.

¹¹⁰ *Un manto escarlata*: Es un símbolo del honor, como la púrpura entre los greco-romanos.

LXXX. USBEK A RHEDI, EN VENECIA

Después de haber estado en Europa, mi querido Rhedi, he visto muchas formas de gobierno; no es como en Asia, donde las normas políticas son iguales en todas partes.

A menudo me ha preocupado saber cuál era la forma de gobierno más conforme a la razón. Me parece que la más perfecta es la que se propone disminuir los gastos; de igual modo que la que lleve a los hombres de acuerdo con sus tendencias e inclinaciones será la más perfecta.

Si bajo un gobierno condescendiente, el pueblo está tan sometido como bajo uno severo, es preferible el primero porque es más conforme a la razón y la severidad es una herramienta que le es extraña.

Ten en cuenta, mi querido Rhedi, que los castigos más o menos crueles no consiguen que las leyes sean más acatadas. En los países en que los castigos son moderados se les teme tanto como en aquellos otros donde son tiránicos y crueles.

Ya se trate de un gobierno cruel o condescendiente, siempre se castiga por grados; a un delito más o menos grave se aplica un castigo más o menos fuerte.

La imaginación se acomoda, por sí misma, a las costumbres del país donde se está: ocho días de cárcel o una ligera amonestación, hieren tanto al espíritu de un europeo, educado en un país condescendiente, como la pérdida de un brazo asusta a un asiático. Une cierto grado de temor a cierto grado de aflicción y cada uno la reparte a su modo. La angustia del desprestigio aflige a un francés condenado a un castigo que no quitaría ni un cuarto de hora de sueño a un turco.

Por otra parte, no veo que la policía, la justicia y la equidad sean mejor consideradas en Turquía, en Persia o entre los mogoles que en las repúblicas de Holanda y Venecia y hasta en Inglaterra. No parece que se cometan menos delitos y que los hombres, asustados por la magnitud del castigo, estén más sometidos a las leyes.

Por el contrario, observo una fuente de injusticias y vejaciones en estos estados; incluso al príncipe, que es la ley misma, lo encuentro menos soberano que en todos los demás sitios.

Observo, en los momentos difíciles, que se producen siempre movimientos tumultuosos en los que nadie manda y que, una vez que la autoridad despótica ha sido despreciada, nadie es capaz de volverla a implantar:

Que la misma desesperación de la impunidad confirma el desorden y lo aumenta.

Que en estos estados no se forman pequeñas revoluciones, y que nunca hay intervalo entre el rumor y la sedición.

Que no es preciso que los grandes acontecimientos sean motivados por cosas importantes, al contrario, el menor accidente produce una gran revolución, generalmente tan poco prevista por los que la llevan a cabo como por los que la sufren.

Cuando Osmán,¹¹¹ emperador de los turcos, fue destituido, ninguno de los que cometieron aquel atentado pensaba cometerlo: solamente pedían suplicantes que se hiciera justicia por algunos agravios. Una voz, que ha quedado en el anonimato, surgió casualmente entre la masa, pronunció el nombre de Mustafá, e inmediatamente Mustafá fue coronado emperador.

París, 2 de la luna de Rebiab 1, 1715

LXXXI. NARGUM, ENVIADO DE PERSIA EN MOSCOVIA, A USBEK, EN PARÍS

De todas las naciones del mundo, mi querido Usbek, no hay ninguna que haya sido superior en gloria a los tártaros,¹¹² en

¹¹¹ *Osmán, emperador de los turcos*: Osmán II sucedió, en 1618, a su tío Mustafá I, depuesto por una sedición. Reinó hasta 1622, y luego fue depuesto a su vez, por mandato del propio Mustafá, y murió estrangulado. Mustafá fue depuesto de nuevo en 1623, y en 1639 murió igualmente estrangulado en la cárcel donde le habían encerrado.

¹¹² *Los tártaros*: El nombre de tártaros, corrupción popular de *tatars*, se atribuye abusivamente a varios pueblos de origen asiático; en rigor, sólo debe aplicarse a los mongoles, por lo cual Montesquieu empleó como sinónimos ambos términos. Siendo dueños de la China en el siglo XIII, los tártaros fueron expulsados de allí por los Míng. Volvieron a apoderarse de ella en el siglo XVII. Tamerlán fundó en la India el llamado imperio del Gran Mogol y conquistó Persia; pero, en el siglo XVI, los sofis liberaron al país. Por último, un cuarto imperio tártaro se extendió desde el Caspio hasta Polonia en los últimos años del siglo XV; éste es el que se ha denominado a veces la Horda de Oro; se fragmentó en los Khanatos de Astrakán, Crimea, Siberia, etcétera.

la riqueza de sus conquistas. Este pueblo es el verdadero dominador del universo: todos los demás parecen haber sido hechos para servirle; es tanto fundador como devastador de imperios; en todo tiempo ha dejado sobre la tierra señales de su poder; en todas las épocas ha sido la plaga de las naciones.

Los tártaros han conquistado dos veces la China y todavía la mantienen bajo su poder.

Dominan en los vastos países que constituyen el imperio mogol.

Dueños de Persia, se sentaron en el trono de Ciro y de Guspapa. Han sometido Moscovia. Con el nombre de turcos han hecho inmensas conquistas en Europa, Asia y África y dominan en estas tres partes del universo.

Y refiriéndose a tiempos más antiguos, de ellos brotaron muchos de los pueblos que contribuyeron a la caída del imperio romano.

¿Qué son las conquistas de Alejandro comparadas con las de Gengis-Kan?¹¹³

A esta victoriosa nación no le han faltado más que historiadores que celebrasen el recuerdo de sus maravillas.

¡Cuántas acciones inmortales quedaron sumidas en el olvido! De cuántos imperios de los que fundaron ignoramos los orígenes. Esta belicosa nación, preocupada únicamente por su gloria presente, segura de vencer en cualquier época, no pensaba en absoluto en sobresalir en el futuro por el recuerdo de sus pasadas conquistas.

Moscú, 4 de la luna de Rebiab 1, 1715

¹¹³ *Gengis-Kan* (1162-1227) comenzó su carrera de conquistador a los trece años. Sometió sucesivamente a todas las tribus mongolas, la China del norte, el Turkestan, hasta el Caspio, luego Azerbaiján hasta el Mar Negro. Esto representa una extensión de territorios superior a la que conquistó Alejandro el Grande. Pero las conquistas de Alejandro tienen mayor importancia para la civilización.

LXXXII. RICA A IBBEN, EN ESMIRNA

Aunque los franceses hablan mucho, hay, sin embargo, entre ellos, una especie de derviches taciturnos,¹¹⁴ llamados cartujos. Se dice que se cortan la lengua cuando entran en el convento y sería muy de desear que los demás derviches se arrancaran también todo aquello que su profesión hace inútil.

A propósito de personas taciturnas, las hay mucho más extrañas y de extraordinario talento. Son aquellas que saben hablar sin decir nada, que mantienen una conversación durante dos horas sin que sea posible entenderles, plagiarles o retener una palabra de lo que han dicho.

Las mujeres adoran a esta clase de personas; pero no tanto como a otras que han recibido de la naturaleza el amable don de sonreír en el momento oportuno, es decir, siempre, y que comunican la gracia de una alegre aprobación a todo lo que dicen.

Pero el colmo de la ingeniosidad consiste en encontrar sutilezas en todo y descubrir mil pequeños rasgos ingeniosos en las cosas más corrientes.

Conozco a otras que consiguen introducir en la conversación lo inanimado, y hacen hablar a su traje bordado, a su rubia peluca, a su tabaquera, a su bastón y a sus guantes. Es preciso comenzar ya desde la calle a hacerse oír por el ruido de la carroza y del aldabón que golpea la puerta con fuerza: este preámbulo prepara el resto de la conversación y cuando el exordio es bueno hace soportable todas las tonterías que vienen a continuación pero que, afortunadamente, llegan demasiado tarde.

Te aseguro que estos pequeños talentos tan despreciados entre nosotros, prestan aquí un buen servicio a los que tienen la fortuna de poseerlos y que incluso un hombre muy sensato queda anulado ante ellos.

París, 6 de la luna de Rebiab 2, 1715

¹¹⁴ *Derviches taciturnos*: La primera regla establecida por su fundador, san Bruno, era la del silencio.

LXXXIII. USBEK A RHEDI, EN VENECIA

Si hay un Dios, mi querido Rhedi, es necesario que sea justo: pues si no lo fuera, sería el peor y más imperfecto de todos los seres.

La justicia es una relación de conveniencia¹¹⁵ que se encuentra realmente entre dos cosas; esta relación es siempre la misma cualquiera que sea el ser que la considere, ya se trate de Dios, de un ángel o de un hombre.

Es cierto que los hombres no ven siempre esta relación; muchas veces, incluso cuando la ven, se alejan de ella y lo más importante es siempre su interés. La justicia levanta la voz, pero le cuesta trabajo hacerse oír en medio del tumulto de las pasiones.

Los hombres pueden cometer injusticias, porque cometiéndolas siguen sus intereses y porque prefieren su propia satisfacción a la de los demás. Siempre obran pensando en sí mismos. Ninguno es malo de forma gratuita. Siempre existe una razón que les determina, y esa razón es siempre una razón de interés.¹¹⁶

Pero no es posible que Dios haga nada injusto; si se da por supuesto que ve la justicia, es preciso que la cumpla: ya que no teniendo necesidad de nada y bastándose a sí mismo, sería el peor de todos los seres obrando mal sin ningún interés.

Así, aunque no hubiera Dios, nosotros tendríamos que amar siempre la justicia, es decir, esforzarnos por parecernos a ese ser del que tenemos una idea tan hermosa, que, si existiera, sería necesariamente justo; aun cuando nos liberásemos del yugo de la religión, no deberíamos desprendernos del de la equidad.

Esto es, Rhedi, lo que me ha hecho suponer que la justicia es eterna y no que dependa de convenciones humanas; y aun-

¹¹⁵ *La justicia es una relación de conveniencia:* Lo esencial del sistema de Montesquieu ya está formado en su espíritu. Esta definición de la justicia corresponde a la que hizo de las leyes: "Las leyes, en su significado más amplio, son las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas."

¹¹⁶ *Una razón de interés:* Es la misma idea fundamental que en la psicología de La Rochefoucauld.

que dependiese de ellas sería una terrible realidad que deberíamos ocultarnos a nosotros mismos.

Estamos rodeados de hombres más fuertes que nosotros que pueden exterminarnos de mil maneras diferentes; la mayoría de las veces pueden hacerlo impunemente. ¡Qué tranquilidad para nosotros saber que en el corazón de todos esos hombres existe un principio interior¹¹⁷ que lucha en favor nuestro y nos pone a salvo de sus empresas!

Sin esto, siempre estaríamos en un constante temor, pasaríamos ante esos hombres como ante los leones y en ningún momento estaríamos seguros de nuestros bienes, de nuestra felicidad y de nuestra vida.

Todos estos pensamientos me colocan en contra de esos doctores que presentan a Dios como un ser que ejerce despóticamente su poder; que le hacen obrar de forma en la que nosotros no obraríamos nunca por miedo a ofenderle; que le atribuyen todas las imperfecciones que castiga en nosotros; y, en sus opiniones contradictorias, le representan ora como un ser malo, ora como un ser que odia el mal y lo castiga.

Cuando un hombre hace examen de conciencia, ¡qué satisfacción encontrar justo su corazón! Este placer, aunque sobrio, debe satisfacerle: considerarse tan por encima de los que no tienen un corazón justo como el de los tigres y de los osos. Sí, Rhedi, si estuviera seguro de ajustarme siempre a esta equidad que tengo presente, me creería el mejor de los hombres.

París, 1 de la luna de Gemmadi 1, 1715

LXXXIV. RICA A...

Ayer estuve en los Inválidos.¹¹⁸ Si fuera príncipe, me gustaría haberlo edificado yo tanto como haber ganado tres batallas: por todas partes está patente la mano de un gran monarca; creo que es el lugar más respetable de la tierra.

¹¹⁷ *Un principio interior*: Toda moral positiva, o laica o natural descansa sobre este principio: la conciencia.

¹¹⁸ *Los Inválidos*: Su construcción, decretada por Luis XIV, concluyó en 1674.

¡Qué espectáculo ver reunidas en un mismo lugar todas las víctimas de la patria, que no viven sino para defenderla y que sin fuerzas, pero con ánimo inquebrantable, se lamentan únicamente de su impotencia para sacrificarse una vez más por ella!

¡Hay cosa más admirable que ver en su retirada a estos débiles guerreros, observar una disciplina tan exacta como si aún estuviesen ante el enemigo, buscar su última satisfacción en esta imagen de la guerra y repartir su alma y su corazón entre los deberes de la religión y de la disciplina militar!

Me gustaría que los nombres de los que mueren por la patria fueran conservados en los templos e inscritos en registros que fuesen como la fuente de la gloria y de la nobleza.

París, 15 de la luna de Gemmadi 1, 1715

LXXXV. USBEK A MIRZA, EN ISPAHÁN

Ya sabes, Mirza, que algunos ministros de Cha-Solimán¹¹⁹ decidieron obligar a todos los armenios de Persia a abandonar el reino o a hacerse mahometanos, pensando que era una profanación admitir la existencia de estos infieles en nuestro imperio.

Hubiera sido una suerte para Persia que se hubiera escuchado a la ciega devoción¹²⁰ en esta circunstancia.

No se sabe cómo la cosa fracasó; ni los que hicieron la propuesta ni los que la rechazaron se dieron cuenta de sus consecuencias; el azar sustituyó a la razón y a la política y salvó al imperio de un peligro más grande que el que hubiera podido correr por la pérdida de una batalla o por la toma de dos ciudades.

Expulsando a los armenios, se pensó aniquilar en un solo

¹¹⁹ *Cha-Solimán*: Este príncipe reinó de 1666 a 1694, pero al principio con el nombre de Sefi II.

¹²⁰ *La ciega devoción*: Este episodio real, pero bastante oscuro, de la historia de Persia, que acabó con la imposición de una contribución excepcional a los armenios, tiene como fin representar la revocación del edicto de Nantes.

día a todos los negociantes y a casi todos los artesanos del reino. Estoy seguro de que el gran Cha-Abas hubiera preferido cortarse los dos brazos antes que firmar una orden semejante y que, al enviar al Mogol y a los demás reyes de las Indias, los súbditos más trabajadores creerían entregarle la mitad de sus Estados.

Las persecuciones que nuestros celosos mahometanos han desencadenado contra los güebros¹²¹ les han obligado a pasar masivamente a la India, privando a Persia de esta raza tan avezada en el cultivo de los campos que, por sí sola, con su esfuerzo, estaba en disposición de vencer la esterilidad de nuestras tierras.

Ya no le quedaba a la devoción más que dar un segundo golpe: arruinar la industria, lo que faltaba para hundir definitivamente el imperio, y con él, en lógica sucesión, la misma religión que se trataba de extender.

Razonando sin prejuicios, no sé, Mirza, si no será preciso admitir que en un Estado deban existir varias religiones.

Se observa que los que viven dentro de las religiones permitidas son ordinariamente más útiles a su patria que los que viven dentro de la religión dominante; porque, alejados de los honores, no pudiéndose distinguir más que por su riqueza y por su opulencia, se ven obligados a adquirirlas mediante su trabajo y a cargar con los oficios más penosos de la sociedad.

Además, como todas las religiones tienen preceptos útiles para la sociedad, está bien que se observen con celo. ¿Y qué mejor cosa para animar este celo que su multiplicidad?

Existen rivales que no se perdonan nada. Los celos llegan a prender hasta en los particulares: cada uno se mantiene en guardia y teme hacer cosas que deshonrarían a su partido, o le expondrían al desprecio y las imperdonables críticas del partido contrario.

Del mismo modo, siempre se ha observado que una nueva secta introducida en un Estado, es el medio más seguro para corregir los abusos de la antigua.

¹²¹ *Los güebros*: Como los protestantes franceses, los güebros tuvieron que emigrar en los siglos VII y VIII.

Por más que se diga que al príncipe no le interesa aguantar varias religiones en su Estado, aunque todas las sectas del mundo se unificasen en su reino, esto no le acarrearía ningún perjuicio porque no existe ni una sola que no prescriba la obediencia y predique la sumisión.

Confieso que la historia está llena de guerras religiosas. Pero, hay que tener siempre presente, que de ningún modo la multiplicidad produjo estas guerras; quien las produjo fue el espíritu de intolerancia que animaba a aquella que se creía la dominante; se trata del afán de proselitismo que los judíos tomaron de los egipcios, y que, de ellos, ha pasado, como una enfermedad epidémica y popular, a los mahometanos y a los cristianos; se trata, en fin, de ese espíritu de vértigo, cuyos progresos no pueden ser mirados más que como un eclipse total de la razón humana.

Porque, en fin, aunque no hubiese crueldad en afligir la conciencia de los demás; aunque de ello no resultase ninguno de los nocivos efectos que germinan a millares; sería preciso estar loco para pensarlo. El que se empeña en convencerme para que cambie de religión no lo hace, sin duda, más que porque él nunca cambiaría la suya, si se quisiera forzarle a ello: así pues, le extraña que no haga una cosa que él mismo no haría, quizá, por todo el oro del mundo.

París, 25 de la luna de Gemmadi 1, 1715

LXXXVI. RICA A...

Aquí parece que las familias se gobiernan por sí mismas, al marido apenas si le queda un resto de autoridad sobre su mujer; al padre, sobre sus hijos; al amo, sobre sus esclavos.

La justicia participa en todas las diferencias, y puedes estar seguro que está siempre en contra del marido celoso, del padre malhumorado o del amo molesto.

El otro día fui al lugar donde se hace justicia. Antes de llegar es necesario pasar por los infinitos artilugios de un sinnúmero de jóvenes comerciantes que claman con engañosa

voz.¹²² Este espectáculo, al principio, hace gracia, pero se vuelve lúgubre en las grandes salas donde no se ven más que personas cuyo vestido es aún más severo que su aspecto. Por último, se entra en el sagrado lugar donde se revelan todos los secretos familiares y donde se sacan a relucir las acciones más ocultas.

Allí, una doncella modesta va a confesar los tormentos de una virginidad guardada durante demasiado tiempo, sus combates y su dolorosa resistencia. Está tan poco orgullosa de su victoria que amenaza siempre con la próxima capitulación y, para que su padre no continúe ignorando sus necesidades, las expone ante todo el pueblo.

Después, es una desvergonzada mujer quien expone los ultrajes que ha infligido a su marido, como argumento para pedir la separación.

Con modestia semejante, llega otra a decir que está ya cansada de llevar el título de mujer sin disfrutar de él; empieza a revelar los secretos de su noche de boda, quiere ser examinada por los más hábiles especialistas y que una sentencia le devuelva los derechos de su virginidad. Hay otras que se atreven a desafiar a sus maridos y presentarles en público un combate que los testigos tanto dificultan. Prueba tan humillante para la mujer que lo presenta, como para el marido que lo sufre.

Un número infinito de jóvenes ultrajadas o seducidas deshonran la imagen de los hombres mucho más de lo que en realidad se merecen. El amor es el único tema de este tribunal. No se oye hablar más que de padres irritados, hijas ofendidas, amantes infieles y maridos traicionados.

De acuerdo con la ley vigente, todo hijo nacido durante el matrimonio pertenece al marido. Y no sirven para nada las razones que éste pueda aducir en contra: la ley lo cree así, y le evita todo examen y todo escrúpulo.

En este tribunal se concede voto a la mayoría, pero se dice que la experiencia demuestra que sería mejor concederlo a la minoría. Y esto es natural: pues hay muy pocos espíritus jus-

¹²² *Con engañosa voz*: La galería del Palacio —de importancia considerable en la literatura francesa a partir de Corneille— estaba rodeada de tiendas elegantes; las vendedoras invitaban a los transeúntes con una voz seductora.

tos y todos estamos de acuerdo en que hay muchos equivocados.

París, 1 de la luna de Gemmadi 2, 1715

LXXXVII. RICA A...

Se dice que el hombre es un animal social. Según este principio me parece que un francés es mucho más hombre que otro cualquiera; es el hombre por excelencia, pues parece estar hecho únicamente para la sociedad.

Pero he notado que entre ellos hay personas que no solamente son sociables, sino que constituyen por sí mismas la sociedad universal. Se multiplican en todos los rincones; pueblan en un momento los cuatro barrios de la ciudad. Cien hombres de esta clase abultan más que dos mil ciudadanos; a los ojos de un extranjero, ellos podrían reparar los estragos de la peste o del hambre. En las escuelas se estudia si un cuerpo puede estar a la vez en varios sitios; estos hombres son una muestra de lo que todavía es cuestión de estudio para los filósofos.

Siempre parecen apresurados, porque tienen la importante misión de preguntar a todos los que ven a dónde van o de dónde vienen.

Nunca se les podrá quitar de la cabeza que es una señal de buena educación visitar todos los días a las personas una a una, sin contar las visitas colectivas en los lugares de reunión. Pero como el camino se ha abreviado mucho, estas últimas no se tienen en cuenta en las reglas de su ceremonial.

Castigan más las puertas de las casas con sus aldabonazos que los vientos y las tempestades. Si fuéramos a examinar las listas de todos los porteros, cada día encontraríamos allí su nombre escrito en caracteres suizos¹²³ de mil maneras diferentes. Se pasan la vida siguiendo los entierros, en manifestaciones de condolencia o en felicitaciones de matrimonio. El rey no concede ningún honor a cualquiera de sus súbditos sin

¹²³ *En caracteres suizos:* Los porteros eran, por regla general, de origen suizo y hablaban mal el francés.

que estos hombres tomen un coche para ir a manifestarle su alegría. Al fin, vuelven a su casa muy fatigados para descansar y poder continuar al día siguiente sus penosas funciones.

El otro día, uno de éstos murió de cansancio y se puso este epitafio sobre su tumba: "Aquí descansa el que nunca ha descansado.

"Acompañó quinientos treinta entierros. Se congratuló con el nacimiento de dos mil seiscientos ochenta niños. Las pensiones con que felicitó a sus amigos, siempre en términos diferentes, ascienden a dos millones seiscientas mil libras; anduvo por el asfalto nueve mil seiscientos estadios; y por el campo, treinta y seis estadios. Su conversación era entretenida: poseía un repertorio de trescientos sesenta y cinco chistes; además, desde joven sabía cientodieciocho proverbios entresacados de los antiguos, que empleaba en las ocasiones brillantes. Ha muerto a los sesenta años. Ya me callo, viajero. Pues, ¿cómo podría terminar de narrarte lo que ha hecho y lo que ha visto?"

París, 3 de la luna de Gemmadi 2, 1715

LXXXVIII. USBEK A RHEDI, EN VENECIA

En París reinan la libertad y la igualdad. La cuna, la virtud, incluso el mérito de guerra, por muy brillante que sea, no salva a un hombre de la multitud. Los rencores entre las clases son desconocidos. Se dice que el primer hombre de París es el que tiene los mejores caballos¹²⁴ en su carroza.

Un gran señor es un hombre que ve al rey, que habla a los ministros, que tiene antepasados, deudas y pensiones. Si, con esto, puede ocultar su ociosidad mediante un aire apresurado o un falso apego a los placeres, se cree el más feliz de todos los hombres.

En Persia no existen más poderosos que aquellos a quienes el monarca concede alguna participación en el gobierno. Aquí hay personas que son poderosas por su nacimiento; pero no

¹²⁴ *Los mejores caballos*: Baizac dirá, de forma apenas diferente, que París es de aquel que se levanta temprano.

tienen crédito. Los reyes hacen como esos obreros hábiles que para realizar su obra se sirven siempre de las máquinas más sencillas.

El favor es la gran divinidad de los franceses. Su ministro es el gran sacerdote que le ofrece las víctimas. Los que están vestidos de blanco: son tanto sacrificadores como sacrificados, se consagran a sí mismos a su ídolo junto con todo el pueblo.

París, 9 de la luna de Gemmadi 2, 1715

LXXXIX. USBEK A IBEN, EN ESMIRNA

En nada se diferencia el deseo de gloria del instinto de conservación que tienen todas las criaturas. Parece que agrandamos nuestro ser cuando podemos llevarlo a la memoria de los demás; adquirimos una nueva vida, que acaba siéndonos tan preciada como la que hemos recibido del cielo.

Del mismo modo que todos los hombres no tienen el mismo apego a la vida, no todos son por igual sensibles a la gloria. Esta noble pasión está siempre grabada en su corazón; pero la imaginación y la educación la modifican de mil maneras.

Esta diferencia, que se encuentra entre un hombre y otro, se hace más patente todavía entre los pueblos.¹²⁵

Puede deducirse como máxima que el deseo de gloria, en cada Estado crece con la libertad de sus miembros y disminuye con ella; la gloria nunca es compañera de la servidumbre.

Un hombre sensato, el otro día, me decía:

“En muchos aspectos, en Francia, se es más libre que en Persia; aquí también se ama más la gloria. Esa feliz imaginación hace que un francés realice con placer y a gusto lo que vuestro sultán no obtiene de sus súbditos sino mediante la constante promesa de suplicios y recompensas.

¹²⁵ *Entre los pueblos*: Deducir de la psicología individual una psicología de los pueblos fue la gran idea de Montesquieu; idea que, según él, se prestó a lamentables excesos.

”Además, entre nosotros, el príncipe es un celoso del honor del último de sus súbditos. Para mantenerlo, tiene respetables tribunales:¹²⁶ es el tesoro, sagrado de la nación, y el único en el que el soberano no manda, porque no puede hacerlo sin chocar contra sus propios intereses. Así, si un súbdito se siente ofendido en su honor¹²⁷ por culpa de su príncipe, ya sea debido a alguna preferencia o a la menor señal de desprecio, se retira inmediatamente de la corte, de su empleo, de su servicio y se recluye en su casa.

”La diferencia existente entre el ejército francés y los vuestros es que los unos, compuestos de esclavos, naturalmente cobardes, no superan el temor a la muerte más que por el temor al castigo; lo que origina en el alma un nuevo tipo de terror, convirtiendo al hombre en una especie de estúpido; mientras que los otros se prestan a los golpes con placer y desvanecen el temor mediante una superior satisfacción.

”Pero el santuario del honor, de la reputación y de la virtud, parece haberse establecido en las repúblicas y en los países donde puede pronunciarse la palabra patria.¹²⁸ En Roma, en Atenas, en Lacedemonia, el honor compensaba por sí solo los servicios más destacados. Una corona de encina o de laurel, una estatua, un elogio, representaban una inmensa recompensa a una batalla vencida o a una ciudad conquistada.

”Allí, un hombre que hubiera hecho una buena acción se encontraba suficientemente recompensado por la acción misma. No podía ver a uno de sus compatriotas sin sentirse su benefactor. Contaba el número de sus servicios por el de sus ciudadanos. Cualquier hombre es capaz de hacer el bien a otro hombre, pero contribuir al bienestar de la sociedad entera es ya parecerse a los dioses.

¹²⁶ *Respetables tribunales*: El tribunal de los mariscales de Francia, creado en 1602, se encargaba de estatuir en los asuntos de honor y de evitar en lo posible los duelos.

¹²⁷ *El honor... la virtud*: Encontramos aquí un esbozo de una de las tesis principales de *L'Esprit des Lois*: el honor es el fundamento de las monarquías, la virtud el fundamento de las repúblicas. Pero la teoría no está aún a punto.

¹²⁸ *La palabra patria*: Parece, según esta frase, que la idea de patria es inseparable, para Montesquieu, de la de libertad, inseparable a su vez de la de república.

”¿Es que esta noble emulación no ha sido completamente sofocada en el corazón de vuestros persas, entre los que los empleos y dignidades no son sino atributos de la imaginación del soberano? La fama y la virtud, allí, se consideran como imaginarias si no se acompañan del favor del príncipe, con el que nacen y mueren. Un hombre que cuente con la opinión pública jamás estaría seguro de no ser deshonorado al día siguiente; hoy puede vérselo como general del ejército; el príncipe quizá le convierta en su cocinero, sin dejarle esperar más elogio que el de haber hecho un buen estofado.”

París, 15 de la luna de Gemmadi 2, 1715

XC. USBEK AL MISMO, EN ESMIRNA

De la pasión que el pueblo francés tiene por la gloria se ha formado en el ánimo de todos los particulares cierto no sé qué, llamado *pundonor*,¹²⁹ específico de cada profesión, pero mucho más acentuado entre los militares; y éste es el *pundonor* por excelencia.

Me resultaría muy difícil explicarte en qué consiste, porque nosotros no tenemos idea precisa de esto.

Antiguamente, los franceses, sobre todo los nobles, apenas si se regían por otras leyes que no fueran las del *pundonor*; estas leyes regulaban toda la conducta de su vida, y eran tan severas que era imposible, no digo infringir, sino eludir, sus más insignificantes disposiciones, so pena de un castigo más cruel que la misma muerte.

Cuando se trataba de solventar las discusiones, estas leyes no prescribían más que una manera de decidir: el duelo, que zanjaba cualquier dificultad. Pero esto tenía el inconveniente de que a menudo, el juicio se dilucidaba entre partes ajenas a los interesados.

¹²⁹ *Pundonor*: Hay que distinguirlo del honor. El sentimiento del honor, según la terminología de Montesquieu, impulsa a actos útiles a la sociedad entera; el *pundonor* no se ocupa más que de los intereses de una determinada clase social. Es una degradación del primero, como se verá más adelante.

Por poco conocido que un hombre lo fuera de otro, era preciso que entrara en el litigio y que pagara con su persona, como si él mismo fuera el ofendido. Siempre se sentía honrado de tal elección y de tan halagadora preferencia. Una persona que no hubiera dado cuatro monedas de oro a un hombre para salvarle de la horca a él y a toda su familia, no tendría, sin embargo, inconveniente en arriesgar la vida por él mil veces.

Esta manera de decidir estaba bastante mal pensada, pues de que un hombre sea más habilidoso o más fuerte que otro no se deduce que tenga mejores razones.

También los reyes protegieron estas costumbres con penas muy severas;¹³⁰ pero fue en vano: el honor, que siempre pretende reinar, se rebela y no reconoce en absoluto las leyes.

Así que los franceses están en situación muy contradictoria; porque las mismas leyes del honor obligan a un hombre honrado a vengarse cuando ha sido ofendido; pero por otro lado la justicia le castiga con penas severísimas si se venga.

Cumpliendo las leyes del honor, se perece en la hoguera; cumpliendo las de la justicia, se es expulsado para siempre de la sociedad de los hombres. Así que no hay más alternativa: o morir o ser indigno de vivir.

París, 18 de la luna de Gemmadi 2, 1715

XCI. USBEK A RUSTÁN, EN ISPAHÁN

Ha aparecido por aquí un personaje, disfrazado¹³¹ de embajador de Persia, que insolentemente se mofa de los dos reyes más grandes del mundo. Al rey de Francia le hace regalos que el nuestro sería incapaz de dar a un rey de Irimeta o de Georgia, y con su despreciable avaricia ha deshonorado la majestad de los dos imperios.

¹³⁰ *Con penas muy severas*: La primera prohibición data de san Luis; posteriormente aparecieron los edictos de 1566, 1579, 1609, 1611, 1613, 1624. A pesar de ello, sólo durante la minoría de Luis XIV, murieron en duelo más de 4 000 nobles.

¹³¹ *Un personaje disfrazado*: Se llamaba Mehemet Riza Beb y su actitud pareció tan escandalosa que se dudó, en efecto, que fuese un auténtico embajador del sha

Se ha puesto en ridículo delante del pueblo que pretende pasar por el más cortés de Europa y ha hecho decir en Occidente que el rey de los reyes no domina más que sobre unos bárbaros.

Se le trató con los honores que él mismo parecía haber rechazado. Y como si la corte de Francia hubiera atendido más a la grandeza de Persia que él, le ha hecho aparecer con dignidad ante un pueblo del que no obtiene más que desprecio.

No digas nada de esto en Ispahán: respeta la cabeza de un desgraciado. No quiero que nuestros ministros le castiguen por su propia imprudencia y por lo indigno de la elección de que ha sido objeto.

París, último día de la luna de Gemmadi 2, 1715

XCII. USBEK A RHEDI, EN VENECIA

Ya no existe el monarca que reinó durante tanto tiempo. Dio bastante que hablar a la gente durante su vida; a su muerte, todo el mundo calló. Firme y valiente en su último momento, no ha dado muestras de ceder sino al destino. Así murió el gran Cha-Abas,¹³² después de haber llenado toda la tierra con su nombre.

No vayas a pensar que este hecho sólo ha sugerido aquí reflexiones morales. Cada uno ha pensado en sus asuntos y en sacar ventajas con el cambio. Por no tener el rey más que cinco años, ha sido nombrado regente del reino —bisnieto del difunto monarca— un príncipe, tío suyo.

El difunto rey había hecho un testamento que limitaba la autoridad del regente. Este hábil príncipe¹³³ ha estado en el parlamento y alegando todos los derechos de su nacimiento, ha hecho derogar la disposición del monarca, que al querer so-

¹³² *El gran Cha-Abas*: La aproximación está totalmente justificada, igual que lo estaba entre París e Ispahán. Los dos monarcas tuvieron el mismo sentido de la grandeza y el mismo gusto por el fasto.

¹³³ *Este hábil príncipe*: El duque de Orleans, regente, tenía cuarenta y un años en 1715, a la muerte del rey. Concedió a los parlamentos el derecho de amonestación. Murió en 1723.

brevivir a sí mismo, parecía haber intentado reinar después de su muerte.

Los parlamentos semejan a esas ruinas a las que se ha pisoteado, pero que siguen recordando al espíritu de algún templo famoso por la antigua religión de los pueblos. Ya casi no se ocupan más que de impartir justicia, y su autoridad languidece día a día, a no ser que alguna coyuntura imprevista venga a devolverles fuerza y vida. Estas grandes corporaciones que han seguido el curso de las cosas de los hombres han sucumbido bajo el tiempo, que todo lo destruye, bajo la corrupción de las costumbres que todo lo debilita, bajo la suprema autoridad, que todo lo ha abatido.

Pero el regente, que quiso hacerse agradable al pueblo, pareció respetar al principio esta imagen de la libertad pública, y, como si hubiera pensado en poner en pie el templo y el ídolo, ha querido que se les mirara como el soporte de la monarquía y el fundamento de toda la legítima autoridad.

París, 4 de la luna de Rhégcb, 1715

XCIII. USBEK A SU HERMANO SANTÓN, EN EL MONASTERIO DE CASBIN

Me humillo ante ti, Santón sagrado,¹³⁴ y me arrodillo; miro las huellas de tus pies como a las niñas de mis ojos. Es tan grande tu santidad que parece tener el corazón de nuestro santo profeta; tus sacrificios asombran al mismo cielo; los ángeles te han mirado desde lo más alto de su gloria y se han dicho: “¿Cómo es que está todavía en la Tierra, si su espíritu está con nosotros y vuela alrededor del trono que sostienen las nubes?”

Y ¿cómo no te voy a honrar, yo, que he aprendido de nuestros doctores que los sacerdotes, incluso los infieles, siempre tienen un carácter de santidad que les hace ser respetados por los verdaderos creyentes, y que Dios ha elegido, en todos los

¹³⁴ *Santón sagrado*: Santón, nombre común, es el término con que se designa a los monjes mahometanos sometidos a las reglas más austeras.

rincones del mundo, almas más puras que las demás, que las ha separado del mundo impío, a fin de que sus mortificaciones y fervientes sacrificios aplacasen su cólera dispuesta a caer sobre tantos pueblos rebeldes?

Los cristianos cuentan maravillas de sus primeros santones, que se refugiaron a millares en los horribles desiertos de Tebaida y tuvieron por jefes a Pablo, Antonio y Pacomio. Si lo que cuentan es verdad, su vida está tan repleta de prodigios como las de nuestros sagrados *immaums*. Algunas veces pasaban diez años completos sin ver a un solo hombre; pero día y noche vivían con los demonios; incesantemente atormentados por estos espíritus malignos, se los encontraban en la cama, en la mesa; en continua lucha con ellos. Si todo esto es verdad, venerable Santón, sería preciso reconocer que nunca nadie habría vivido en tan mala compañía.

Los cristianos sensatos consideran todas estas historias como si fuese una alegoría completamente natural, que puede servirnos para hacernos comprender la desgracia de la condición humana. En vano buscamos en el desierto un estado tranquilo: las tentaciones no dejan de perseguirnos, nuestras pasiones, encarnadas por demonios, no nos abandonan; estos monstruos del corazón, estas ilusiones del espíritu, estos vacuos fantasmas del error y la mentira, se presentan ante nosotros para seducirnos, incluso durante las abstinencias y los cilicios, es decir, incluso en nuestra fuerza misma.

Para mí, venerable Santón, sé que el enviado de Dios encadenó a Satanás, precipitándole en los abismos; purificó la Tierra, en otro tiempo llena de su majestad, haciéndola digna de ser habitada por ángeles y profetas.

París, 9 de la luna de Chahban, 1715

XCIV. USBEK A RHEDI, EN VENECIA

Jamás he oído hablar de derecho público¹³⁵ sin que hayan empezado por buscar minuciosamente el origen de las socie-

¹³⁵ *Derecho público*: Es lo que se llamó derecho de gentes y más tarde derecho internacional. El sentido general de esta carta parece poder resumirse así: es inútil

dades, lo cual me parece ridículo. Si no las formaran los hombres, si se abandonaran y huyeran unos de otros, habría que preguntarse la razón y el porqué de esta separación. Pero los hombres nacen unidos los unos a los otros; un hijo nace junto a su padre y allí se queda: he aquí la sociedad y la causa de la sociedad.

El derecho público es más conocido en Europa que en Asia; sin embargo, puede decirse que las pasiones de los príncipes, la paciencia de las gentes, o la adulación de los escribanos, han corrompido todos sus principios.

Este derecho tal como está hoy día, es una ciencia que enseña a los príncipes hasta qué punto pueden violar la justicia sin chocar con sus intereses. ¡Cuánta ambición, Rhedi, querer poner la iniquidad por sistema para endurecer su conciencia y dictar reglas, formar principios y sacar consecuencias de ella!

El poder ilimitado de nuestros sublimes sultanes, que no reconocen otra regla que la suya, no produce más monstruos que este indigno arte que quiere sojuzgar a la justicia, por muy inflexible que ésta sea.

Se diría, Rhedi, que hay dos justicias diferentes: una que regula los asuntos de los particulares, contenida en el derecho civil, otra que regula las diferencias entre los pueblos, que ejerce su tiranía por medio del derecho público, como si el derecho público no fuera también un derecho civil que sirve, no a un país en particular, sino al mundo.

Ya te explicaré en otra carta mis pensamientos sobre esto.

París, 1 de la luna de Zilhagé, 1716

XCV. USBEK AL MISMO

Los magistrados deben hacer justicia de ciudadano a ciudadano, y los pueblos, de pueblo a pueblo. En esta segunda distri-

pretender fundar en la moral el derecho de gentes; no es sino obra de los príncipes y sólo podemos comprobarlo, con la esperanza de mejorarlo. Esta posición realista será la de *L'Esprit des Loix*, donde el autor pretende desentrañar el espíritu de las leyes y no establecer su fundamento ideal. La mejora deseada podría obtenerse con una aproximación del derecho de gentes (o derecho público) a las reglas del derecho privado.

bución de la justicia no se pueden emplear diferentes máximas de las empleadas en la primera. Entre dos pueblos no es necesario un tercero para juzgar, porque los temas de discusión son casi siempre claros y fáciles de determinar. Los intereses de dos naciones están ordinariamente tan separados que no hace falta más que amar la justicia para encontrarla; y uno no puede dejarse influir en su querrela particular.

No ocurre lo mismo en las diferencias que se dan entre los particulares. Como viven en sociedad, sus intereses están tan mezclados y confundidos, y las hay de clases tan diferentes que es necesario que un tercero esclarezca lo que la ambición de los litigantes tiende a oscurecer.

No hay más que dos clases de guerras justas. Una, la que se hace para rechazar a un enemigo que ataca; otra para socorrer a un aliado que ha sido atacado.

No sería justo hacer la guerra por querellas particulares del príncipe, a menos que el caso fuera tan grave que mereciese la muerte del príncipe o del pueblo que lo cometió. Así, un príncipe no puede hacer la guerra porque le hayan negado un honor al que tenía derecho o porque se haya observado un comportamiento poco conveniente con sus embajadores u otras cosas semejantes; del mismo modo que un particular no puede matar al que le niega el saludo. La razón de ello es que, como la declaración de guerra ha de ser un acto justo en que el castigo siempre debe ser proporcional a la falta, es preciso pensar si aquel a quien se declara la guerra merece la muerte: pues hacer la guerra contra alguien es querer castigarle con la muerte.

En el derecho público el acto de justicia más severo es la guerra porque su efecto puede ser la destrucción de la sociedad.

Las represalias pertenecen al segundo grado. Medir la pena por el crimen es una ley que los tribunales no pueden dejar de observar.

Un tercer acto de justicia es privar a un príncipe de los beneficios que puede sacar de nosotros, poniendo siempre el castigo con arreglo a la ofensa.

El cuarto acto de justicia, que debe ser el más frecuente, es renunciar a la alianza con el pueblo que nos ha ofendido. Este castigo corresponde al de destierro que los tribunales han esta-

blecido para separar de la sociedad a los culpables. De este mismo modo, un príncipe a cuya alianza renunciarnos, queda desterrado de nuestra sociedad y no pertenece ya a sus miembros.

La mayor ofensa que puede hacerse a un príncipe es renunciar a su alianza, y el mayor honor que puede concedérsele es volverla a admitir. No hay nada más glorioso ni más útil para los hombres que ver cómo otros desean conservar su amistad.

Pero para que la alianza nos una es preciso que sea justa: así, una alianza hecha entre dos naciones para oprimir a una tercera no es legítima, y puede violarse sin cometer delito por ello.

Tampoco es honroso ni digno para un príncipe aliarse con un tirano. Se dice que un monarca de Egipto¹³⁶ advirtió al rey de Samos de su crueldad y su tiranía y le invitó a corregirse. Como éste no lo hizo, renunció a su amistad y a su alianza.

La conquista no concede ningún derecho por sí misma: cuando el pueblo subsiste, es una garantía para la paz y para la reparación del daño; y si el pueblo es destruido o dispersado, es una prueba de la tiranía.

Los tratados de paz son tan sagrados entre los hombres que parecen ser la voz de la naturaleza que reclama sus derechos. Son legítimos cuando sus condiciones son tales que los dos pueblos pueden subsistir; de otro modo, aquella de las dos sociedades que deba desaparecer, privada de su defensa natural por la paz, puede buscarla en la guerra.

Pues la naturaleza, que ha establecido los diferentes grados de fuerza y de debilidad entre los hombres, también ha igualado muchas veces la debilidad y la fuerza por medio de la desesperación.

He aquí, Rhedi querido, lo que yo llamo derecho público. He aquí el derecho de las gentes o, mejor dicho, el de la razón.

París, 4 de la luna de Zilhagé, 1716

¹³⁶ *Un monarca de Egipto*: Amasis, rey de Egipto, y Polícrates, tirano de Samos. El hecho está relatado por Diodoro de Sicilia.

XCVI. EL PRIMER EUNUCO A USBEK, EN PARÍS

jos

Nos damos cuenta de que cuantas más mujeres tenemos a nuestro alrededor, menos molestias nos causan. Una mayor necesidad de agradar, menos facilidad para unirse, más ejemplos de sumisión: todo esto las encadena. Siempre preocupadas las unas de los gestos de las otras, parece que, de acuerdo con nosotros, intentan hacerse más dependientes; hacen una parte de nuestro trabajo y nos abren los ojos cuando los cerramos. ¿Qué digo? Estas mujeres constantemente disponen al amo en contra de sus rivales y no ven lo próximas que se encuentran de aquellas a quienes se castiga.

Pero todo esto, magnífico señor, nada significa sin la presencia del amo. ¿Qué podemos hacer nosotros con la vana sombra de una autoridad que jamás se nos confiere por entero? No representamos más que la mitad de ti mismo. No podemos sino manifestarles una odiosa intransigencia. Tú atenúas el temor por medio de esperanzas; más dominante cuando acaricias que cuando amenazas.

Vuelve, pues, magnífico señor, vuelve a traer a estos lugares las muestras de tu poder. Ven a calmar las pasiones desesperadas; acaba con los pretextos para no cumplir el deber; ven a apaciguar el amor que murmura y a hacer agradables las obligaciones; ven, en fin, a liberar a tus fieles eunucos de una carga que cada día resulta más pesada.

Harén de Ispahán, 8 de la luna de Zilhagé, 1716

XCVII. USBEK A HASSEIN, DERVICHE DE LA MONTAÑA DE JARÓN¹³⁹

¡Oh! tú, sabio derviche, cuyo curioso espíritu brilla con tantos conocimientos, escucha lo que voy a decirte:

Aquí hay filósofos que, en verdad, no han llegado a la cumbre de la sabiduría oriental; no han sido arrebatados hasta el trono luminoso; no han oído ni las palabras inefables de los conciertos angélicos ni sentido los formidables¹⁴⁰ arrebatos

¹³⁹ *Jarón*: Ciudad de Persia situada en la provincia de Fars.

¹⁴⁰ *Formidables*: En el sentido latino de temibles.

de un furor divino; por el contrario, abandonados a sí mismos, privados de las santas maravillas, siguen en silencio los caminos de la razón humana.

No podrías creer hasta dónde han llegado con sólo esta guía. Han deshecho el caos y han explicado por simple mecánica el orden de la arquitectura divina. El autor de la naturaleza ha dado movimiento a la materia: no ha sido preciso más para producir la prodigiosa variedad de efectos que vemos en el universo.

¡Cuántas leyes, para regular las sociedades de los hombres, nos proponen los legisladores ordinarios; leyes tan sujetas a cambios como el espíritu de quienes las proponen y de los pueblos que las observan! Éstos no nos hablan más que de leyes generales, inmutables, eternas, observadas sin ninguna excepción, con un orden, una regularidad y una prontitud infinita en la inmensidad de los espacios.

¿Qué clase de leyes crees tú, hombre divino, que son éstas? Te imaginas, quizá, que adentrándote en el terreno de lo eterno vas a maravillarte por la sublimidad de los misterios y de antemano renuncias a comprender; no te propones más que admirar.

Pero muy pronto cambiarás de pensamiento: no basta un falso respeto para que nos maravillen; su sencillez ha hecho que permanezcan desconocidas durante mucho tiempo y solamente, tras muchas reflexiones, ha podido verse toda su fecundidad y su extensión.

La primera ley es que todo cuerpo tiende a describir una línea recta a no ser que encuentre algún obstáculo que la desvíe; y la segunda, consecuencia de la anterior, es que todo cuerpo que da vueltas alrededor de un centro, tiende a alejarse porque, cuanto más lejos está, más se aproxima a la línea recta que describe en su movimiento. He aquí, sublime derviche, la llave de la naturaleza; he aquí fecundos principios de los que pueden sacarse consecuencias inconmensurables.

El conocimiento de cinco o seis verdades ha convertido su filosofía en una cosa milagrosa, capaz de hacer casi tantos prodigios y maravillas como los que se cuentan de nuestros santos profetas.

En fin, estoy convencido de que habrían quedado asombra-

dos todos nuestros doctores si alguien les hubiese hecho pesar en una balanza todo el aire que rodea la Tierra, o calcular el agua que cae cada año sobre su superficie, y que antes de decir cuántas leguas recorre el sonido en una hora, lo pensarían dos veces, del mismo modo que para decir cuánto tiempo tarda un rayo de luz en llegar desde el sol hasta nosotros; o cuántas toesas hay desde aquí hasta Saturno, o cuál es la curvatura según la cual debe tallarse un barco para que sea un buen velero.

Es posible que, si algún hombre divino hubiera adornado las obras de estos filósofos con palabras elevadas y sublimes, si hubiera intercalado atrevidas figuras o misteriosas alegorías, habría conseguido una bella obra, tan sólo inferior al santo Corán.

Sin embargo, si he de decirte la verdad, no me gusta nada el estilo figurado. Hay en nuestro Corán muchos pequeños detalles que me siguen pareciendo tales aunque estén revalorizados por la fuerza y la viveza de la expresión. Parece, en principio, que las leyes reveladas no son más que ideas divinas puestas en lenguaje humano. Por el contrario, en nuestro Corán encontramos con frecuencia el lenguaje de Dios y las ideas de los hombres, como si, por un admirable capricho, Dios hubiera dictado las palabras y el hombre proporcionado los pensamientos.

Quizá pienses que hablo con demasiada libertad de lo que para nosotros es lo más santo; creerás que es fruto de la independencia en que vivimos en este país. No, gracias al cielo, la razón no ha corrompido mi corazón, y mientras viva, Alí será mi profeta.

París, 15 de la luna de Chahban, 1716

XCVIII. USBEK A IBEN, EN ESMIRNA

No existe ningún país del mundo donde la fortuna sea tan inconstante como en éste. Cada diez años hay revoluciones¹⁴¹

¹⁴¹ *Revoluciones*: No en el sentido actual de cambios políticos, sino de cambios en las fortunas particulares.

que precipitan al rico en la miseria y elevan al pobre rápidamente a la cima de la riqueza. El primero se asombra de su pobreza; el segundo, de su abundancia. El nuevo rico admira la sabiduría de la Providencia; el pobre, la ciega fatalidad del destino.

Los que cobran los tributos nadan en oro, entre ellos hay pocos tántalos, sin embargo comienzan este oficio en la más absoluta miseria. Son despreciados como el barro mientras son pobres; cuando son ricos, están bastante bien considerados; además, no desaprovechan ningún medio para adquirir prestigio. En este momento pasan por una situación muy difícil. Acaba de establecerse una Cámara llamada de *Justicia* porque va a arrebatarles todos los bienes. No pueden falsear ni ocultar sus posesiones porque los obligan a declararlas exactamente bajo pena de muerte. Así se les hace pasar por un estrecho desfiladero: quiero decir entre la bolsa y la vida. Para colmo de desgracias, hay un ministro, famoso por su sagacidad, que les honra con sus bromas y no toma muy en serio las deliberaciones del consejo. Todos los días no se encuentran ministros dispuestos a hacer reír al pueblo y debemos agradecer a éste el haberlo intentado.

La institución de los lacayos es mucho más respetable en Francia que en otras partes; es un semillero de grandes señores: llena el vacío de las otras clases sociales. Los que la componen ocupan el lugar de los grandes desgraciados, de los magistrados arruinados, de los gentilhombres asesinados en el furor de la guerra. Y cuando no pueden bastarse a sí mismos, vuelven a dar vida a sus mansiones por medio de sus hijas, especie de abono que fertiliza las áridas y montañosas tierras.

Creo, Ibben, que la Providencia es admirable por la manera en que ha distribuido las riquezas: si sólo las hubiera concedido a la gente de bien, no se las hubiera distinguido tanto de la virtud y nunca se hubiera sentido todo su vacío. Pero cuando se examina quiénes son las gentes más cargadas de riquezas, a fuerza de despreciar a los ricos, se acaba por despreciar las riquezas.

París, 26 de la luna de Maharram, 1717

XCIX. RICA A RHEDI, EN VENECIA

Observo que entre los franceses, los caprichos de la moda¹⁴² son sorprendentes. Han olvidado cómo se vistieron este verano; con mayor razón ignoran cómo lo harán este invierno. Pero, sobre todo, resulta increíble lo que a un marido le cuesta poner a su mujer de acuerdo con la moda.

¿De qué me serviría hacerte una descripción exacta de sus trajes y de sus adornos? Una nueva moda destruiría inmediatamente toda mi obra, así como la de sus confeccionadores y, antes de que hubieras recibido mi carta, todo habría cambiado.

Una mujer que sale de París para ir a pasar seis meses al campo, vuelve tan anticuada como si hubiera estado perdida durante treinta años. Los hijos no reconocen a su madre en un retrato; tan extraño les parece el traje con que se viste; uno se imagina que es alguna americana¹⁴³ quien está allí presente, o que la pintura ha querido manifestar alguna de sus fantasías.

Algunas veces, los peinados se elevan insensiblemente, pero de pronto una revolución los hace descender. Hubo un tiempo en que su inmensa altura colocaba el rostro de una mujer en medio de sí misma. En otro tiempo, este lugar era ocupado por los pies: los tacones eran el pedestal que los mantenía en el aire. ¡Quién podría creerlos! Frecuentemente los arquitectos se han visto obligados a elevar, bajar y ensanchar puertas de acuerdo con los cambios exigidos por los peinados de las mujeres, y las reglas de su arte se han subordinado a estos caprichos. Alguna vez han podido verse sobre cualquier rostro inmensas cantidades de lunares que desaparecían completamente al día siguiente. Antiguamente, las mujeres tenían cintura y dientes; hoy esto ya no importa. En esta voluble nación,

¹⁴² *Los caprichos de la moda*: En Persia, el tipo de vestidos no varió prácticamente desde el siglo XVII hasta fines del XIX.

¹⁴³ *Alguna americana*: Una mujer piel roja a causa del maquillaje.

digán lo que digán los descontentos, las muchachas están hechas de muy diferente manera que sus madres.

Otro tanto se puede decir de las costumbres y forma de vida: los franceses cambian de costumbre de acuerdo con la edad de su rey. El monarca podría incluso haber procurado que la nación se hiciera seria, en caso de que se hubiera dado cuenta de esto. El príncipe imprime el carácter de su talento a la corte, la corte a la capital, la capital a las provincias. El alma del soberano es un molde que da forma a todas la demás.

París, 8 de la luna de Safar, 1717

C. RICA AL MISMO

El otro día te hablaba de la maravillosa inconstancia de los franceses y de sus modas. Sin embargo, es inconcebible hasta qué extremo han llegado. Todo es destituido con el tiempo; es la regla con la que juzgan todo cuanto se hace en las demás naciones: todo lo extranjero les parece ridículo. Te confieso que no sabría en absoluto compaginar este furor por sus trajes con la inconstancia con que se los cambian todos los días.

Cuando digo que desprecian todo lo extranjero, no hablo más que de las bagatelas; porque en las cosas importantes, parecen desconfiar de sí mismos hasta su propia infravaloración. Reconocen de buen grado que los otros pueblos son más inteligentes, siempre que se reconozca que ellos visten mejor. No les importa someterse a las leyes de una nación rival siempre que sean los peluqueros franceses quienes decidan, como legisladores, acerca de la forma de las pelucas extranjeras. Nada les parece tan hermoso como observar que el gusto de sus cocineros reina del septentrión al mediodía y que las normas de sus peluqueros se han incorporado a las *toilettes* de Europa.

Con estas nobles ventajas, ¿qué les importa que les venga de fuera el sentido común y que tengan que tomar de sus vecinos todo lo concerniente al gobierno político y civil?

¿Se comprende que un reino, el más antiguo y potente de Europa, sea gobernado desde hace más de diez siglos por leyes

que no han sido hechas para él? Si los franceses hubieran sido conquistados, esto no sería difícil de comprender: pero resulta que son ellos los conquistadores.

Han abandonado sus antiguas leyes, promulgadas por los primeros reyes en las primeras asambleas generales de la nación. Y lo que tiene de singular es que las leyes romanas, que han copiado, fueron en parte elaboradas y en parte promulgadas por emperadores contemporáneos de sus legisladores.

Y, a fin de que la adquisición fuese completa, y de que todo el sentido común les viniese de fuera, han adoptado todas las constituciones de los papas, elaborando un capítulo nuevo de su derecho: una nueva manera de servidumbre.

Es verdad que, en los últimos tiempos, se han redactado algunos estatutos de ciudades y provincias: pero casi todos ellos inspirados en el derecho romano.

Esta abundancia de leyes adoptadas y, en cierto modo, prohibidas es tan grande como para abrumar tanto a los jueces como a la justicia. Pero todo este montón de leyes no es nada en comparación con el espantoso ejército de glosadores y comentaristas: gentes que si son poco importantes por la poca rectitud de su espíritu lo son mucho por su elevadísimo número.

Esto no es todo. Estas leyes han introducido tal cantidad de formalidades que han llegado a ser la vergüenza de la razón humana.¹⁴⁴ Sería bastante difícil precisar si la forma ha resultado más nociva al introducirse en la jurisprudencia que cuando estaba confinada en la medicina; si ha causado más estragos bajo las togas de los leguleyos que bajo el amplio sombrero de los médicos; y si ha provocado la ruina de mayor número de personas por medio de unos, que gente ha matado por los otros.

París, 12 de la luna de Safar, 1717

¹⁴⁴ *La vergüenza de la razón humana*: Montesquieu dimitió de su cargo de presidente en 1726. Más tarde, con mayor juicio, veía en las complicaciones de la justicia una garantía para la libertad individual.

CJ. USBEK A...

Aquí siempre se está hablando de la Constitución. El otro día, entré en una casa donde lo primero que vi fue un hombre de tez morena, que, con voz fuerte, decía: “Yo he dado mi opinión; no os creáis que voy a contestaros a todo lo que decís; pero leed mi escrito y veréis que he disipado cualquiera de vuestras dudas. He tenido que sudar mucho para hacerlo, dijo llevándose la mano a la frente; he necesitado de toda mi sabiduría, y me ha sido preciso leer muchos autores latinos. —Lo creo, dijo un hombre que estaba presente, porque es un buen trabajo; y desafiaría a ese jesuita que tan a menudo viene a visitarle a que hiciese uno mejor. —Léalo, dijo él, y aprenderá usted más sobre esta materia en un cuarto de hora que si le hubiera estado hablando durante todo el día.”

De este modo evitaba entrar en materia y comprometer su autoridad. Pero como se viera acosado, fue obligado a salir de su trinchera y empezó a decir una inmensa cantidad de tonterías, apoyado por un monje que las acogía respetuosamente. Cuando dos hombres que había allí le negaban alguno de sus principios, decía inmediatamente: “Esto es verdad; así lo hemos pensado nosotros y nosotros somos jueces infalibles.” ¿Y cómo, le dije yo, es que sois jueces infalibles? ¿No ve usted, me respondió, que el espíritu santo nos ilumina? —Muy bien, le dije, porque de la manera en que ha hablado usted durante todo el día, deduzco que le hace mucha falta que le iluminen.

París, 18 de la luna de Rebiab 1, 1717

CII. USBEK A IBBEN, EN ESMIRNA

Los Estados más potentes de Europa son los del emperador, de los reyes de Francia, de España y de Inglaterra. Italia y una gran parte de Alemania están divididas en un infinito número de pequeños estados, cuyos príncipes son, hablando con propiedad, mártires de la soberanía. Nuestros gloriosos sultanes tienen más mujeres que súbditos cualquiera de estos

príncipes. Los de Italia, que no están tan unidos, son más dignos de compasión; sus estados están abiertos como posadas, obligados a alojar al primero que se presenta; así que necesitan aliarse con los grandes príncipes, a quienes más que de su amistad, hacen partícipes de su temor.

La mayor parte de los gobiernos de Europa son monárquicos, o, mejor dicho, dicen serlo: porque no sé si verdaderamente ha habido alguno, al menos es difícil que se hayan mantenido durante largo tiempo en toda su pureza. Se trata de un Estado violento, que siempre degenera en despotismo o en república: el poder jamás puede ser dividido por igual entre el pueblo y el príncipe; el equilibrio resulta demasiado difícil de guardar. Es necesario que el poder disminuya por un lado mientras aumenta por el otro; pero, normalmente, la ventaja está de lado del príncipe, que es quien está a la cabeza del ejército.

El poder de los reyes de Europa es también muy grande, y puede decirse que tienen todo el que quieren. Pero no lo ejercen en absoluto con tanta amplitud como nuestros sultanes; en primer lugar, porque no les interesa ir en contra de las costumbres y la religión de los pueblos, y en segundo lugar, porque no les interesa llevarlo tan lejos.

Nada acerca tanto a los príncipes a la condición de sus súbditos como el inmenso poder que sobre ellos ejercen; nada les somete tanto a los reveses y a los caprichos de la fortuna.

La costumbre que practican de matar a todos los que les disgustan, a la menor señal que hagan, invierte la relación que debe haber entre los delitos y los castigos, que viene a ser el alma de los Estados y la armonía de los imperios; y esta relación, escrupulosamente mantenida por los príncipes cristianos, les confiere una inmensa ventaja sobre nuestros sultanes.

Un persa que por imprudencia o por desgracia se ha procurado la enemistad del príncipe, tiene la absoluta certeza de su muerte. El menor delito o el menor capricho, le coloca en esta tesitura. Pero, si hubiera atentado contra la vida de su soberano, si hubiera querido entregar sin resistencia la plaza al enemigo, también por esto estaría destinado a morir. Por tanto, no corre más peligro en este último caso que en el primero.

Así que a la menor desgracia, al presentir la muerte inexorable y sin nada mejor, se ve naturalmente obligado a perturbar el orden del Estado y a conspirar contra el soberano; es la única solución que le queda.

No sucede lo mismo entre los señores de Europa, a quienes la desgracia no arrebatara más que la consideración y el favor. Se retiran de la corte y no desean sino gozar de una vida tranquila y de los privilegios de su nacimiento. Como sólo se les mata por crimen de lesa majestad, temen cometerlo, teniendo en cuenta lo que pueden perder y lo poco que pueden ganar. Esto hace que no sean frecuentes las revueltas ni los príncipes que perecen de muerte violenta.

Si esta autoridad ilimitada que tienen nuestros príncipes, no fuera acompañada de la infinita precaución para asegurarse la vida, no vivirían ni un solo día; y, si no tuvieran a sueldo numerosos ejércitos para tiranizar al resto de sus súbditos, su imperio no duraría ni un mes.

No hace más que cuatro o cinco siglos que un rey de Francia, en contra de las costumbres de su tiempo, tomó a su cargo guardianes para protegerse de los asesinos¹⁴⁵ que un insignificante príncipe de Asia había enviado para matarle. Hasta entonces los reyes habían vivido tranquilos entre sus súbditos como los padres entre sus hijos.

Aunque, desde luego, los reyes de Francia no pueden, por propia iniciativa, matar a sus súbditos, como nuestros sultanes cuentan, por el contrario, con el apoyo de todos los criminales. Basta que un hombre haya sido lo suficientemente afortunado como para ver el augusto rostro de su príncipe para que deje de ser digno de vivir. Estos monarcas son como el sol que por todos lados esparce calor y vida.

París, 8 de la luna de Rebiab 2, 1717

¹⁴⁵ *De los asesinos*: Se cuenta que Ricardo Corazón de León había conseguido del Viejo de la Montaña, jefe de los Haschichins (de aquí la palabra asesino), que enviase a Francia hombres encargados de matar a Felipe Augusto.

CHH. USBEK AL MISMO

Para continuar con la idea de mi última carta, he aquí más o menos lo que el otro día me decía un europeo bastante sensato:

“La peor postura que los reyes de Asia han podido adoptar ha sido la de esconderse como hacen. Pretenden hacerse respetar más; pero lo que hacen respetar es la realeza y no al rey; y unen el espíritu de sus súbditos a un determinado trono, pero no a una determinada persona.

”Este poder invisible que gobierna, para el pueblo es siempre el mismo. Aunque diez reyes de los que el pueblo no conoce más que el nombre se hayan ahorcado unos tras otros, no nota ninguna diferencia. Es como si hubiera sido sucesivamente gobernado por los espíritus.

”Si el detestable parricida de nuestro insigne monarca Enrique IV hubiera realizado su hazaña con un rey de las Indias, dueño del sello real y de un inmenso tesoro, aparentemente reunido por él, hubiera tomado las riendas del imperio con toda tranquilidad, sin que ni siquiera un solo hombre hubiera pensado en reclamar a su rey, a su familia y a sus hijos.

”Uno se extraña de que casi nunca haya habido cambio en el gobierno de los príncipes de Oriente. ¿Cuál es la razón de esto, sino la tiranía y el miedo?

”Los cambios no pueden realizarse más que por el príncipe o por el pueblo, pero, allí,¹⁴⁶ los príncipes no se han preocupado de hacerlo, porque, con semejante poder, tienen todo lo que pueden tener; si cambiaran algo, no podría ser más que en perjuicio suyo.

”En lo que a los súbditos respecta, si alguno de ellos tomara alguna decisión, no podría llevarla a cabo prescindiendo del Estado: sería preciso que contrarrestara de repente un temible y siempre único poder. Le falta tiempo y medios. Así pues, no le queda más remedio que ir a la fuente del mando. No precisa más que un brazo y un instante.

”El asesino toma el poder mientras que el monarca lo abandona, cae y expira a sus pies.

¹⁴⁶ Pero allí: En Oriente.

”Un hombre descontento, en Europa, piensa en avivar una secreta conspiración, en lanzarse al campo de los enemigos, ocupar algún puesto o excitar murmuraciones infundadas¹⁴⁷ entre los súbditos. Un descontento en Asia, va derecho al príncipe, sacude, golpea, derriba; deshace la idea misma: en un momento, de esclavo a dueño; en un momento, de usurpador a legítimo gobernante.

”¡Desgraciado del rey que no tiene más que una cabeza! Parece que no acumula en ella todo su poder más que para indicar al primer ambicioso el lugar donde lo encontrará reunido.”

París, 17 de la luna de Rebiab 2, 1717

CIV. USBEK AL MISMO

No todos los pueblos de Europa están sometidos a los príncipes en la misma medida. Por ejemplo: el impaciente humor de los ingleses apenas si deja tiempo a su rey a ejercer su autoridad; la sumisión y la obediencia son las virtudes a las que menos se incita. Acerca de esto se cuentan cosas extraordinarias. Según ellos, sólo un lazo puede unir a los hombres: el de la gratitud; un marido y una esposa, un padre y un hijo no están unidos entre sí más que por el amor que se profesan o por los beneficios que se proporcionan; y los distintos motivos de agradecimiento son el origen de todos los reinos y de todas las sociedades.

Pero si un príncipe, en vez de procurar la felicidad de sus súbditos, pretende abrumarlos y destruirlos, cesa el fundamento de la obediencia; nada los une, nada los liga a él; y recuperan su libertad natural. Sostienen que cualquier poder ilimitado nunca puede ser legítimo ya que no ha podido tener un origen legal. “Porque, dice, no podemos conceder a otro más poder sobre nosotros que el que nosotros mismos tenemos. Como no gozamos de poder ilimitado sobre nosotros mismos

¹⁴⁷ *Murmuraciones infundadas*: Montesquieu probablemente hace alusión a las dos Frondas.

(por ejemplo, no podemos quitarnos la vida), nadie posee, concluyen, tal poder sobre la tierra.”

El crimen de lesa majestad no es otra cosa, según ellos, más que el crimen que comete el más débil contra el más fuerte al desobedecerle, sea cual fuere la forma en que le desobedezca. Por eso el pueblo de Inglaterra, que se supo fuerte frente a uno de sus reyes, declaró que era crimen de lesa majestad¹⁴⁸ que un príncipe declarara la guerra a sus súbditos. Tienen mucha razón cuando dicen que el precepto de su Corán, que ordena someterse al poder, no es muy difícil de observar, ya que les es imposible no cumplirlo; dado que no es al más virtuoso a quien se le obliga a someterse, sino al más fuerte.

Los ingleses cuentan que uno de sus reyes,¹⁴⁹ después de vencer y hacer prisionero a un príncipe que le disputaba la corona, quiso reprocharle su infidelidad y su perfidia: “No hace más que un instante, dijo el príncipe infortunado, que acaba de decidirse cuál de los dos es el traidor.”

Un usurpador declara rebelde a todos los que no han oprimido a la patria como él, y al creer que no existen leyes allí donde no ve jueces, hace respetar los caprichos del azar y de la fortuna como si fuesen órdenes del cielo.

París, 20 de la luna de Rebiab 2, 1717

CV. RHEDI A USBEK, EN PARÍS

Me has hablado mucho en una de tus cartas de las ciencias y de las artes cultivadas en Occidente. Me considerarás un bárbaro, pero no sé si la utilidad que rinden compensa a los hombres del mal uso que siempre se les da.

He oído decir que sólo con la invención de las bombas se había privado de la libertad a todos los pueblos de Europa. Los príncipes, al no poder confiar la vigilancia de sus ciudades

¹⁴⁸ *Que era crimen de lesa majestad*: En el año 1649, la Cámara de los Comunes condenó efectivamente a Carlos I por lesa majestad.

¹⁴⁹ *Uno de sus reyes*: Probablemente el rey Eduardo IV, vencedor del príncipe Eduardo en Tewkesbury, en 1471.

a los ciudadanos, que se rendirían a la primera bomba, encontraron un pretexto para mantener una fuerte reserva de tropas regulares, con las que de paso han oprimido al resto de los súbditos.

Sabes que desde la invención de la pólvora no existe plaza inexpugnable; es decir, Usbek, que no queda sobre la tierra una sola protección contra la injusticia y la violencia.

Tiemblo ante la posibilidad de que se llegue a descubrir algún invento que depare un camino más corto para hacer sucumbir a los hombres y destruir naciones y pueblos enteros.

Tú has leído a los historiadores; presta mucha atención: casi todas las monarquías se han basado sólo en la ignorancia de las artes¹⁵⁰ y no han sido destruidas más que cuando éstas se han cultivado demasiado. El antiguo imperio persa nos puede proporcionar un ejemplo bastante cercano.

No hace mucho tiempo que estoy en Europa, pero he oído hablar a gente sensata de los estragos de la química; parece ser que se trata de una cuarta plaga que asola a los hombres, y que, poco a poco, pero continuamente, los elimina, mientras que la peste, el hambre y la guerra los destruyen en grandes masas, pero a intervalos.

¿De qué nos sirvió la invención de la brújula, y el descubrimiento de tantos pueblos, sino para hacernos partícipes de sus enfermedades antes que de sus riquezas? El oro y la plata habían sido, por convención general, establecidos para marcar el precio de todas las mercancías y ser la garantía de su valor, por la sencilla razón de que estos metales eran muy raros e inútiles para cualquier otro servicio. ¿Qué importancia tiene el que después llegaran a ser más comunes, y que, para señalar el precio de un artículo tengamos dos o tres patrones en vez de uno? Lo único, que esto era más incómodo.

Pero, por otro lado, esta invención ha sido muy perniciosa para los países recién descubiertos. Naciones enteras han sido destruidas, y los hombres que han escapado a la muerte han

¹⁵⁰ *En la ignorancia de las artes:* Artes en este caso está tomado en el sentido que se conserva en la expresión "artes y oficios", es decir, en el de ciencias. Si se prefiere, el término significaba en otro tiempo todas las formas de la invención humana. Sólo adquirió su sentido limitado a partir de la enciclopedia.

sido reducidos a tan cruel servidumbre, que tan sólo narrarlo hace temblar a los musulmanes.

¡Dichosa ignorancia la de los hijos de Mahoma! ¡Admirable simplicidad, tan apreciada por nuestro santo profeta, vosotros siempre me recordáis la ingenuidad de los viejos tiempos y la tranquilidad que reinaba en el corazón de nuestros primeros padres!

Venecia, 2 de la luna de Rhamazan, 1717

CVI. USBEK A RHEDI, EN VENECIA

O no piensas lo que dices o te comportas mejor de lo que piensas. Abandonas tu patria para instruirte y desprecias cualquier clase de instrucción. Vienes a formarte en un país donde se cultivan las bellas artes y las consideras perniciosas. ¿Haré bien en decírtelo, Rhedi? Estoy yo más de acuerdo contigo de lo que tú lo estás contigo mismo.

¿Has pensado bien en el estado bárbaro y desgraciado que nos llevaría la pérdida de las bellas artes? No hace falta imaginárselo: se puede ver. Existen todavía algunos países sobre la tierra en los que un mono medianamente instruido podría vivir con honor; se encontraría, más o menos, al mismo nivel que el resto de los habitantes; no se vería en él nada raro, ni se apreciaría su carácter extraño; pasaría completamente inadvertido e incluso se le distinguiría por su gentileza.

Dices que los fundadores de los imperios casi siempre ignoraban las artes. No te voy a negar que pueblos bárbaros hayan podido esparcirse sobre la tierra como un impetuoso torrente, cubriendo con sus feroces ejércitos hasta los reinos mejor defendidos. Pero cuidado, o han aprendido las artes o las han hecho ejercer a los vecinos; sin esto, su poder hubiera pasado como pasa el ruido del trueno y de las tempestades.

Temes, dices, que se invente alguna forma de destrucción más cruel que la que actualmente se usa. No. Si se llegase a descubrir tan fatal invención, sería inmediatamente prohibida por el derecho de gentes, y el unánime acuerdo de las naciones inutilizaría tal descubrimiento. A los príncipes no les interesa

realizar conquistas con estos métodos; lo que ellos tienen que buscar son súbditos y no tierras.

Te lamentas de la invención de la pólvora y de las bombas; te parece extraño que no quede ninguna plaza inexpugnable: es decir, te extrañas de que hoy las guerras se acaben más rápidamente que antes.

Debes haber notado, al leer las historias, que a partir de la invención de la pólvora, las guerras son mucho menos cruentas que antes, porque casi no se da el combate cuerpo a cuerpo.

Y aunque se encontrase algún caso particular en el que al arte hubiera sido perjudicial ¿debe por esto rechazarse? ¿Crees, Rhedi, que la religión que nuestro santo profeta ha traído del cielo es perniciosa porque algún día podrá servir para confundir a los pérfidos cristianos?

Crees que las artes apoltronan a los pueblos y que esto es la causa de la caída de los imperios. Te refieres a la caída del de los antiguos persas, que fue el efecto de su molición. Pero esto dista mucho de ser un ejemplo significativo, ya que los griegos, que tantas veces los vencieron y sojuzgaron, cultivaban el arte con un esmero infinitamente superior a ellos.

Cuando se dice que las artes afeminan a los hombres, nunca se habla de los que las practican, ya que éstos jamás permanecen en el ocio que, de todos los vicios, es el que más debilita la virilidad.

No se trata, pues, más que de los que gozan de las artes. Pero como en un país ordenado, los que gozan de los placeres del arte, están obligados a cultivar otro, a menos que quieran verse reducidos a una espantosa pobreza, se deduce que la ociosidad y la molición son incompatibles con el arte.

París es quizá la ciudad del mundo más sensual y refinada en sus placeres; pero también es quizá donde se lleva una vida más dura. Para que un hombre viva felizmente es preciso que otros cien trabajen. A una mujer se le antoja llevar un determinado adorno a una reunión; a partir de ese momento, cincuenta artesanos tienen que dejar de dormir y no les queda tiempo ni para comer ni para beber: ella manda y es obedecida con más diligencia de lo que lo sería nuestro monarca, porque el interés es el rey más grande del mundo.

Esta diligencia en el trabajo, este afán de riqueza se da en todas las clases, desde los artesanos hasta los grandes señores. Nadie quiere ser más pobre que otro al que acaba de ver un escalón más abajo que él. En París pueden verse hombres que, teniendo medios para vivir hasta el día del juicio, trabajan sin cesar y corren el peligro de acortar sus días para reunir medios, según dicen, con los que vivir.

El mismo impulso anima a la nación: no se ve más que trabajo e industria. ¿Dónde está, pues, ese pueblo afeminado del que hablas?

Supongamos, Rhedi, que en un reino no se toleraran más que las industrias absolutamente indispensables para el cultivo de la tierra, muy numerosas, y se abolieran todas las que no sirven más que para halagar los placeres y la fantasía; en este caso, digo, ese Estado sería uno de los más miserables del mundo.¹⁵¹

Cuando los habitantes tuvieran el valor de prescindir de tantas cosas indispensables para satisfacer sus necesidades, el pueblo se debilitaría día a día y el Estado llegaría a ser tan pobre que cualquier pequeña potencia sería capaz de conquistarlo.

Podría entrar en más detalles y demostrarte que los ingresos de los particulares cesarían casi por completo y, por consiguiente, los del príncipe. Casi no habría relación de intereses entre los ciudadanos; terminaría este movimiento de riquezas y el aumento de los ingresos que se deriva de la interdependencia de las industrias; cada particular viviría de su tierra y no sacaría de ella más que lo estrictamente indispensable para no morir de hambre. Pero, como esto no es ni la vigésima parte de los ingresos de un Estado, sería preciso que el número de habitantes decreciera en la misma proporción y que no quedara más que esa vigésima parte.

¹⁵¹ *Uno de los más miserables del mundo*: Tal fue la suerte de Persia que, habiendo permanecido al margen de los progresos mecánicos, como todo el Islam, no encontró compensación, como Turquía, en una formidable energía bélica y fue destruida rápidamente. Sin embargo, el mayor de sus reyes, Abbas I, intentó encaminarla hacia el progreso: introdujo en el ejército un principio de instrucción moderna, que estaba a cargo de dos nobles ingleses, y supo valerse de la flota inglesa para neutralizar la base portuguesa de Ormuz en el golfo Pérsico.

Fíjate bien hasta dónde llegan los ingresos de la industria. Un capital no produce anualmente a su dueño más que la vigésima parte de su valor, pero con una moneda de oro que gastes en pintura, un pintor hará un cuadro que le valdrá cincuenta. Lo mismo puede decirse de los orfebres, de los obreros de la lana, y de cualquier clase de artesanía.

De todo esto debemos concluir,¹⁵² Rhedi, que para que un príncipe sea poderoso es preciso que sus súbditos vivan en la abundancia, es preciso que se esfuerce en procurarles toda clase de caprichos superfluos con el mismo cuidado con que atiende a sus necesidades vitales.

París, 14 de la luna de Chalval, 1717

CVII. RICA A IBBEN, EN ESMIRNA

He visto al joven monarca. Su vida es muy preciada¹⁵³ para sus súbditos. No lo es menos para Europa entera por los conflictos que desencadenaría su muerte. Pero los reyes son como dioses, y mientras viven debe creerse en su inmortalidad. Su aspecto es majestuoso, pero a la vez encantador; una buena educación parece acompañar a un buen carácter y promete ya un gran príncipe.

Se dice que no puede conocerse el carácter de los reyes de Occidente hasta que no han pasado por las dos grandes pruebas: la de su amante y la de su confesor. Ambos se afanarán en apoderarse de su espíritu y para ello tendrán que librar los más crueles combates; pues, para un joven príncipe, estos dos poderes son siempre rivales; sin embargo, se unen y reconcilian en un príncipe viejo. Durante la regencia de un príncipe joven, el derviche desempeña un papel muy difícil de mantener. La fuerza del rey constituye su debilidad pero la amante triunfa tanto sobre su debilidad como sobre su fuerza.

¹⁵² *De todo esto debemos concluir*: La conclusión se aparta de la cuestión propuesta. Rhedi se preguntaba sobre las ventajas de la artillería y de la química. Usbek termina hablando sobre la utilidad del lujo.

¹⁵³ *Su vida es muy preciada*: Luis XV, en el año 1717, tenía siete años; su desaparición habría desencadenado un conflicto con la casa de España.

Cuando llegué a Francia, encontré al difunto rey completamente dominado por las mujeres y, sin embargo, teniendo en cuenta su edad creo que era el monarca que menos las necesitaba. Un día oí que una mujer decía: "Hay que hacer algo por ese joven coronel, conozco su valor; le hablaré de él al ministro." Otra, decía: "Es extraño que se hayan olvidado de este joven abad, tiene que llegar a obispo; es de rancio abolengo y yo respondo de sus costumbres." Y no creas que las que hablaban eran favoritas del príncipe; quizá no habían hablado con él más de dos veces en su vida. Y, sin embargo, esto resulta fácil con los príncipes europeos. Lo que ocurre es que no hay ninguna persona empleada en la corte, tanto en París como en provincias, que no tenga una mujer por cuyas manos pasen todos los favores y a veces hasta las injusticias que puedan cometerse. Todas estas mujeres se relacionan entre sí y forman una especie de república, cuyos miembros activos se socorren y sirven entre ellos: es como un nuevo estado dentro del Estado, y el que está en la corte, en París, en provincias, y ve actuar a los ministros, a los magistrados y prelados, sin conocer a las mujeres que los dominan, es lo mismo que un hombre que ve una máquina que trabaja, pero no conoce sus resortes.

¿Crees tú, Ibben, que una mujer acepta ser la amante de un ministro para acostarse con él? ¡Qué ocurrencia! Es para presentarle a cinco o seis candidatos cada mañana, y su natural bondad se manifiesta en la prisa que se dan en hacer el bien a un gran número de personas desgraciadas que, a cambio, les entregan cien mil libras de renta.

En Persia se lamentan de que el reino esté gobernado por dos o tres mujeres. Mucho peor es en Francia, donde las mujeres en general gobiernan,¹⁵⁴ y no sólo acaparan en bloque, sino que se reparten minuciosamente toda la autoridad.

París, último día de la luna de Chalval, 1717

¹⁵⁴ *Donde las mujeres en general gobiernan*: En cuanto al apogeo de la función social de la mujer en aquella época, todos los autores, incluso contemporáneos, están de acuerdo. Voltaire decía: "La sociedad depende de las mujeres. Todos los

CVIII. USBEK A...

..

sosería. De ahí pasan a los elogios del autor; elogios forzados: ya que han de vérselas con gente que todavía tiene bríos y que está dispuesta a tener razón y a fulminar de un plumazo a un temerario periodista.

París, 5 de la luna de Zilcadé, 1718

CIX. RICA A...

La Universidad de París es la hija mayor de los reyes de Francia; y muy mayor,¹⁵⁵ porque tiene más de novecientos años. Sin embargo, algunas veces, sueña.

Me dijeron que, hace algún tiempo, había tenido una desagradable discusión con algunos doctores sobre la letra *Q*; quería que se pronunciase como una *K*. La discusión se enardeció tanto¹⁵⁶ que algunos fueron despojados de sus bienes. Fue necesario que el Parlamento acabara la disputa concediendo permiso, por solemne decreto, a todos los súbditos del rey de Francia para pronunciar esta letra como quisieran. Era curioso ver a las dos partes más respetables de Europa empeñadas en decidir la suerte de una letra del alfabeto.

Parece, mi querido..., que las mentes de los hombres más grandes se encogen cuando están juntas, y que allí donde hay más sabios encuentran menos sabiduría. Las grandes comunidades se preocupan tanto de las minucias, de las formas vacías, que acaban postergando lo esencial. He oído decir que un rey de Aragón, habiendo unificado los reinos de Aragón y Cataluña, empleó las primeras asambleas en decidir la lengua en que se mantendrían las discusiones; la discusión era acalorada y los Estados se hubieran destrozado mil veces de no haber

¹⁵⁵ *Y muy mayor*: La Universidad de París recibió el título de hija mayor como premio a haber sustentado las ambiciones de Felipe Augusto; esto fue exactamente en el año 1200.

¹⁵⁶ *La discusión se enardeció tanto*: Esta anécdota histórica debe haber sido tomada del *Diccionario* de Bayle, que data de 1697. Hubo un conflicto entre la Sorbona y el Colegio de Francia y, en 1550, un sacerdote se vio privado de su cargo por la Sorbona, pero un decreto del Parlamento se lo restituyó.

ideado una solución que consistía en formular la pregunta en catalán y la respuesta en aragonés.¹⁵⁷

París, 25 de la luna de Zilhagé, 1718

CX. RICA A...

El papel de una mujer bonita es más serio de lo que se piensa; nada hay más serio que lo que ocurre por la mañana en su tocador, en medio de sus sirvientas; un general del ejército¹⁵⁸ no pone más atención en situar los flancos o las fuerzas de reserva que la que ella presta a colocar un lunar postizo, que puede fallar, pero cuyo éxito espera o prevé.

¡Qué tormento espiritual, qué cuidado, para conciliar constantemente los intereses de dos rivales, para parecer indiferente ante los dos mientras está entregada a uno u otro, y convertirse en mediadora por encima de los motivos de queja que les proporciona!

¡Qué trabajo para conseguir que continúen y renazcan las excursiones y prevenir todos los incidentes que puedan malograrlas!

Con todo, lo más importante no es divertirse, sino parecerlo; aburridlas cuanto queráis; os lo perdonarán con tal de que pueda creerse que se han divertido.

Hace algunos días fui a una comida que unas mujeres hicieron en el campo. Durante el camino decían sin cesar: “Por lo menos, nos divertiremos mucho.”

Nos encontramos bastante mal emparejados¹⁵⁹ y, por lo tanto, bastante serios: “Hay que reconocer, dijo una de las mujeres, que disfrutamos de veras; no se ha hecho hoy en todo París una excursión tan divertida como la nuestra.” Como

¹⁵⁷ *En aragonés*: Una nota del propio autor sitúa esta discusión hacia 1610, siendo rey de España y de Aragón Felipe III.

¹⁵⁸ *Un general del ejército*: El vocabulario del arte militar servía, desde hacía tiempo, para expresar la estrategia amorosa. El preciosismo, tan en boga, llegó a verdaderas exageraciones en este sentido.

¹⁵⁹ *Bastante mal emparejados*: En cuanto a caracteres y gustos y, quizá, de edades demasiado distintas.

cada vez estaba más aburrido, una mujer me dijo intentando animarme: ¡Eh!, ¿es que no estamos de buen humor? —Sí, le respondí bostezando; creo que me voy a morir de risa. Mientras, la tristeza se imponía en cualquier caso a los pensamientos y, en lo que a mí respecta, me sentí arrastrado de bostezo en bostezo a un sueño letárgico que acabó con mis placeres.

París, 11 de la luna de Maharram, 1718

CXI. USBEK A...

El reinado del difunto rey fue tan largo que cuando acabó se había olvidado el principio. Ahora está de moda ocuparse sólo de los acontecimientos ocurridos durante su infancia, y no se leen más que las memorias de aquel tiempo.¹⁶⁰

He aquí el discurso que uno de los generales de la ciudad de París pronunció durante un consejo de guerra; y confieso que no lo entiendo demasiado bien:

“Señores, aunque nuestras tropas hayan sido rechazadas con pérdidas, creo que nos será fácil reparar este fracaso. Tengo preparadas seis estrofas de una canción para publicarlas que, estoy seguro, volverán a poner las cosas en su punto. He elegido algunas voces claras que, saliendo de las profundidades de unos pechos potentes, conmoverán maravillosamente al pueblo. Tienen una melodía que, hasta ahora, ha producido un efecto muy peculiar.

”Si esto no basta, mostraremos un dibujo en el que se vea a Mazarino ahorcado.

”Por suerte para nosotros, no habla bien el francés y lo chapurrea de tal forma que es imposible que no fracasen sus asuntos. Nosotros no vacilamos en hacer notar al pueblo el tono ridículo con que pronuncia. Hace algunos días pudimos

¹⁶⁰ *Las memorias de aquel tiempo*: Las *Memorias* del cardenal de Retz aparecieron en 1717. Pero anteriormente el público había podido leer otras *Memorias* de La Rochefoucauld, de Mlle. de Montpensier, de Mme. de Motteville, de Bussy-Rabutin, y las *Historietas* de Tallemant des Réaux.

observar una falta gramatical tan grosera que sobre ella ya se han hecho chistes en todas las esquinas.

”Espero que antes de ocho días el pueblo convertirá el nombre de Mazarino¹⁶¹ en una palabra genérica que designe tanto a los animales de carga como a los de tiro.

”Desde nuestra derrota, nuestra música le ha molestado tanto que, para no ver a sus partidarios reducidos a la mitad, se ha visto obligado a despachar a todos sus súbditos.

”Animaos, pues; tened valor y estad seguros que le obligaremos a cruzar los montes a silbidos.”

París, 4 de la luna de Chahban, 1717

CXII. RHEDI A USBEK, EN PARÍS

Durante mi estancia en Europa leo a los historiadores antiguos y modernos: comparo con los tiempos; me complazco en verlos pasar, en cierto modo, ante mí y detengo mi espíritu, sobre todo, en esos grandes cambios que han convertido las épocas diferentes, y a la Tierra en una cosa tan distinta de sí misma.

Quizá tú no hayas prestado atención a una cosa que me sorprende todos los días. ¿Por qué está tan poco poblado el mundo en comparación de cómo lo estuvo en otras épocas? ¿Cómo ha podido perder la naturaleza la prodigiosa fecundidad de los primeros tiempos? ¿Estará envejeciendo y morirá de debilidad?

He estado más de un año en Italia, y todo lo que he visto son apenas los vestigios de la antigua Italia, tan famosa en otro tiempo. Aunque todo el mundo se concentra en las ciudades, éstas se encuentran desiertas y despobladas. Parece que si subsisten no es más que para señalar el lugar donde se en-

¹⁶¹ *Mazarino*: Campaña de dibujos y alcuylas, que tuvo lugar durante la Fronda (nombre dado a la guerra civil de Francia durante la minoría de edad de Luis XIV, 1648-1653), y que se conoce con el nombre de “mazarínadas”.

contraban aquellas otras poderosas de las que tanto ha hablado la historia.

Hay quien afirma que solamente la ciudad de Roma contaba con más gente que un reino de la Europa de hoy. Hubo ciudadanos romanos que tenían diez e incluso veinte mil esclavos, sin contar los que trabajaban en las casas de campo. Y teniendo en cuenta la existencia de cuatro o cinco mil ciudadanos, no puede fijarse el número de habitantes sin que la imaginación se rebele.

Antiguamente Sicilia contaba con reinos y pueblos numerosos, que después han desaparecido: a esta isla ya no le queda nada más interesante que los volcanes.

Grecia está tan desierta que apenas cuenta con la centésima parte de sus antiguos habitantes.

España, tan repleta en otro tiempo, no cuenta hoy más que con campos deshabitados, y Francia no es nada en comparación con la antigua Galia de la que habla César.

Los países del norte están completamente desguarnecidos y poco falta para que los pueblos se vean obligados, como antes, a dividirse y a enviar, como los enjambres, colonias y naciones enteras en busca de nuevas moradas.

Polonia y Turquía, en Europa, están casi sin gente.

En América no se podría encontrar la quincuagésima parte de los hombres que antes formaron los grandes imperios.

Asia no está en mejor situación. Aquella Asia Menor en la que residían monarquías poderosas y tan prodigioso número de ciudades, ya no cuenta más que con dos o tres. En lo que respecta a la Gran Asia, la sometida al turco, ya no está habitada, y en cuanto a la dominada por nuestros reyes, si se la compara con el estado floreciente de antaño, se verá que no cuenta más que con una pequeñísima parte de los innumerables habitantes con que contaba en tiempos de Jerjes y Darío.

En cuanto a los pequeños estados situados alrededor de los grandes imperios, están verdaderamente desiertos; así los reinos de Irimetia, Circasia y Guriel.¹⁶² Estos príncipes en sus vastos estados apenas si cuentan con cincuenta mil habitantes.

¹⁶² *Guriel*: Circasia correspondía aproximadamente a la Ucrania meridional y al Kubán; Irimetia y Guriel a la Transcaucasia.

Egipto no está menos despoblado que los otros países.

En fin, puedo recorrer la Tierra sin encontrar más que ruinas; me parece verla salir de los estragos de la peste y del hambre.

África ha sido siempre tan desconocida que no se puede hablar de ella con tanta precisión como de las otras partes del mundo, pero fijándonos sólo en las costas del Mediterráneo, conocidas de siempre, se ve que han decaído mucho desde que se encontraban bajo el dominio de los cartagineses y romanos. Hoy día, la debilidad de sus príncipes las hace ser de las potencias más pequeñas del mundo.

Después de hacer un cálculo todo lo exacto posible de estas cuestiones, he observado que apenas si hay sobre la Tierra la décima parte de los hombres que había en la Antigüedad.

Lo que sorprende es que la población disminuye constantemente y, si esto continúa, dentro de diez años, la Tierra no será más que un desierto.

He aquí, querido Usbek, una de las catástrofes más terribles que nunca se haya abatido sobre la Tierra; pero apenas si es perceptible, ya que esto sucede insensiblemente y en el transcurso de muchos siglos. Todo esto supone un fallo interno, un veneno secreto y oculto, una enfermedad de indolencia que aflige a la naturaleza humana.

Venecia, 10 de la luna de Rhégeb, 1718

CXIII. USBEK A RHEDI, EN VENECIA

El mundo, querido Rhedi, no es en absoluto incorruptible; ni siquiera los cielos lo son: los astrónomos son testigos oculares de sus cambios, que son efectos perfectamente naturales del movimiento universal de la materia.

La Tierra está sometida como los demás planetas, a las leyes del movimiento, sufre en su interior un eterno combate entre sus principios; el mar y el continente parecen estar en eterna guerra; cada instante produce nuevas combinaciones.

Los hombres, en una morada tan sujeta a cambios, están también en estado de incertidumbre; cien mil causas pueden

actuar capaces de destruirlos y, con mayor motivo, de aumentar o disminuir su número.

No te hablaré de esas catástrofes particulares, tan frecuentes en la historia, que han destruido ciudades y reinos enteros; hay otras más generales, que han colocado varias veces al género humano a punto de perecer.

La historia está llena de las pestes universales que han ido asolando el mundo. Se cuenta de una, entre otras, que fue tan violenta que abrasó hasta las raíces de las plantas, dejándose sentir en todo el orbe conocido, hasta el imperio de Catay;¹⁶³ quizá un grado más de corrupción hubiera destruido en un solo día la naturaleza humana.

No hace todavía dos siglos que la más ignominiosa de todas las enfermedades se abatió sobre Europa, Asia y África. Consiguio en poquísimo tiempo efectos sorprendentes. Y de haber continuado su avance con la misma furia, habría terminado con los hombres. Abrumados con enfermedades desde su nacimiento, incapaces de sostener el peso de la sociedad, hubieran podido perecer miserablemente.

¿Qué habría sucedido si el veneno hubiese sido más violento? Y, sin duda, lo hubiese sido, de no haber tenido la suerte de encontrar un remedio tan potente como el que se descubrió. Quizás esta enfermedad, al atacar a los órganos de la generación, atacara a la generación misma.¹⁶⁴

Pero, ¿por qué hablar de la destrucción que hubiera podido sobrevenir al género humano? ¿Es que acaso no sobrevino el diluvio y lo redujo a una sola familia?

Hay filósofos que distinguen dos creaciones: la de las cosas y la del hombre. No pueden comprender que la materia y todo lo creado no tenga más que seis mil años; que Dios haya diferido durante toda la eternidad su obra y que no haya utilizado su poder creador hasta ayer. ¿Será porque no ha podido? Pero si no ha podido durante una época no ha podido en otra. Luego es que no lo ha querido; pero como en Dios no existe

¹⁶³ *El imperio de Catay*: El imperio de China; se trata de la peste negra de 1348.

¹⁶⁴ *A la generación misma*: Evidentemente, es a la sífilis a la que se hace referencia; pero este nombre no empezó a usarse hasta comienzos del siglo XIX.

en absoluto sucesión, si se admite que ha querido algo alguna vez, lo ha querido siempre y desde un principio.¹⁶⁵

Sin embargo, todos los historiadores nos hablan de un primer padre. Nos hacen ver la naturaleza humana naciente. Estos filósofos piensan que Adán fue salvado de una desgracia común, como Noé lo fue del diluvio, y que estos grandes acontecimientos se han producido con frecuencia sobre la Tierra desde la creación del mundo.

Pero no todas las destrucciones son violentas; observamos cómo varias partes de la Tierra van dejando de contribuir a la subsistencia de los hombres. ¿Sabemos acaso nosotros si la Tierra entera no tiene unas causas generales, lentas e imperceptibles que la conducen a esta lasitud?

Me ha parecido oportuno darte esas ideas generales antes de contestar más concretamente a tu carta sobre la disminución de los pueblos acaecida desde hace diecisiete o dieciocho siglos. Te demostraré en la próxima carta que, independientemente de las causas físicas, existen algunas morales que han producido este mismo efecto.

París, 8 de la luna de Chahban, 1718

CXIV. USBEK AL MISMO

Buscas la razón de que la Tierra esté menos poblada que antes y, si prestas atención, verás que la gran diferencia proviene de las variaciones introducidas en las costumbres.¹⁶⁶

Cuando las religiones cristiana y mahometana dividieron el mundo romano, las cosas cambiaron mucho y les falta bastante a estas dos religiones para ser tan favorables a la propa-

¹⁶⁵ *Y desde un principio*: En las primeras ediciones figuraba aquí una frase que es interesante reproducir: "Por consiguiente, no hay que contar los años del mundo; el número de granos de la arena del mar comparado con ellos sería algo así como un instante." Una vez más, la tradición cristiana y los textos sagrados son gravemente refutados.

¹⁶⁶ *En las costumbres*: Después de las causas de la disminución de la población en el mundo, sacadas del "movimiento universal de la materia", Usbek expone las razones sacadas de las costumbres: por una parte, la poligamia; por otra, la prohibición del divorcio.

gación de la especie como la de los entonces dueños del universo.

Esta última prohibía la poligamia y en este punto contaba con una gran ventaja sobre la mahometana. Estaba permitido el divorcio, lo que confería otra, no menos considerable, sobre la cristiana.

No encuentro nada más contradictorio que este pluralismo de mujeres permitido en el Corán, y la orden de satisfacerlas, dada en el mismo libro:

“Cuidad de vuestras mujeres —dice el profeta— porque les sois tan necesarios como sus vestidos y porque ellas os son tan necesarias como los vuestros.” Este es un precepto que dificulta la vida de un auténtico musulmán. El que tiene las cuatro mujeres establecidas por la ley y sólo otras tantas como esclavas y concubinas ¿no se sentirá abrumado por tantos vestidos?

“Las mujeres son vuestra tierra de labranza, decía también el profeta. Acercaos, por lo tanto, a vuestras tierras, haced el bien en favor de vuestras almas, y algún día lo hallaréis.”

A un buen musulmán lo veo como a un atleta destinado a combatir sin tregua, pero que, pronto débil o cansado por las primeras fatigas, languidece en el mismo terreno de la victoria, encontrándose, en cierto modo, sepultado bajo sus propios triunfos.

La naturaleza obra siempre con lentitud, y digamos, con avaricia. Sus operaciones no son nunca violentas e incluso requiere templanza en sus producciones. Obra con regla y mesura y, si se la precipita, cae en seguida en la indolencia; emplea toda la fuerza que le queda en conservarse, perdiendo completamente su capacidad productora y su poder generador.

Es precisamente en este estado de decaimiento en el que siempre nos coloca ese ingente número de mujeres más dispuestas a cansarnos que a satisfacernos. Es frecuente entre nosotros ver a un hombre con un verdadero harén, pero con muy pocos hijos. Y estos niños son, la mayoría de las veces, débiles y enfermizos y se resienten de la indolencia del padre. Pero esto no es todo; estas mujeres, obligadas a una continencia forzada, necesitan personas que las guarden, que no pueden

ser más que eunucos. La religión, los celos y también la razón, impiden a los demás acercarse.

Estos guardianes tienen que ser numerosos, bien para mantener la tranquilidad en el interior, por las luchas que sin cesar sostienen entre sí estas mujeres, o bien para impedir cualquier intromisión del exterior. Así, un hombre que tiene diez mujeres o concubinas no puede tener suficiente número de eunucos para guardarlas. Pero ¡qué gran pérdida para la sociedad esa cantidad de hombres muertos desde su nacimiento! Y como consecuencia ¡qué deshabitado va quedando el mundo!

Las esclavas del harén, por servir junto con los eunucos a estas mujeres, envejecen allí casi siempre en una lamentable virginidad: no pueden casarse mientras viven allí y sus amas, una vez acostumbradas a ellas, no las abandonan.

Observa cómo un solo hombre dedica a sus placeres tantas personas de uno y otro sexo, las obliga a morir para el Estado y las convierte en inútiles para la conservación de la especie.

Constantinopla e Ispahán son las capitales de los imperios más grandes del mundo; allí se mezcla todo y las gentes atraídas por mil cosas, se dirigen hacia ellas desde todas partes. Sin embargo, son la causa de su propia destrucción, y serían inmediatamente destruidas si los soberanos no llevarsen, casi todos los siglos, naciones enteras para repoblarlas. Insistiré sobre este tema en otra carta.

París, 13 de la luna de Chahban, 1718

CXV. USBEK AL MISMO

Los romanos no tenían menos esclavos que nosotros; incluso tuvieron más; pero hacían mejor uso de ellos.

En vez de impedir por la violencia la multiplicación de estos esclavos, la favorecían con todo su poder. Hacían todo lo posible por unirles mediante una especie de matrimonios. De esta manera llenaban sus casas de criados de todos los sexos, de todas las edades y el Estado de un pueblo numeroso.

Estos niños que, a la larga, constituían la riqueza de un señor, nacían incesantemente a su alrededor. Él era el único en-

cargado de su alimentación y su educación; los padres, libres de esta carga, se dejaban llevar únicamente por la naturaleza y multiplicaban sin miedo una familia demasiado numerosa.

Ya te he dicho que entre nosotros todos los esclavos están dedicados a guardar nuestras mujeres y nada más; que, con respecto al Estado, están siempre en perpetuo letargo; de manera que es preciso limitar el cultivo de las artes y la tierra a algunos hombres libres, a algunos padres de familia, los cuales, además, se entregan a él lo menos posible.

No ocurría así entre los romanos: la República utilizaba ventajosamente a este pueblo de esclavos. Cada uno de ellos tenía su peculio, que poseía en las condiciones que su amo le imponía; con este peculio el esclavo trabajaba y se dedicaba a aquello para lo que estaba mejor dotado. Éste se dedicaba a la banca; aquél, al comercio marítimo; uno vendía mercancías, otro se entregaba a algún arte mecánico, o bien arrendaba y hacía producir las tierras. Pero no había ni uno que no dedicara todas sus fuerzas a sacar el máximo provecho de este peculio, que al mismo tiempo le proporcionaba un desahogo para la esclavitud presente y la esperanza de una futura libertad. Esto creaba un pueblo trabajador y favorecía las artes y la industria.

Estos esclavos, convertidos en personas ricas, gracias a sus esfuerzos y a su trabajo, se hacían manumitir y se convertían en ciudadanos. La República se consolidaba sin cesar y recibía nuevas familias a medida que las antiguas iban desapareciendo.

En mis próximas cartas quizá tenga ocasión de probarte que cuantos más hombres haya en un Estado, más se incrementa el comercio; demostraré también fácilmente que, cuanto más se incrementa el comercio, más aumenta el número de los hombres: estas dos causas se influyen y se favorecen mutuamente.

Si esto es verdad, ¿cómo aumentaría el prodigioso número de esclavos! La industria y la riqueza favorecían su nacimiento, y ellos, a su vez, favorecían el de la abundancia y la industria.

París, 16 de la luna de Chahban, 1718

CXVI. USBEK AL MISMO

Hasta aquí hemos hablado de los países mahometanos y hemos indagado las razones por las que se encuentran menos poblados que los sometidos a la dominación romana. Examinemos ahora lo que ha producido este efecto entre los cristianos.

El divorcio estaba permitido en la religión pagana y les fue prohibido a los cristianos. Esta diferencia, que pareció al principio de muy poca importancia, tuvo insensiblemente unas consecuencias terribles y tan enormes que casi ni se pueden creer.

No solamente se suprimió del matrimonio toda apacibilidad, sino que se falsearon sus fines. Queriendo estrechar los lazos, los aflojaron; y en lugar de unir los corazones, como se pretendía, los separaron para siempre.

En un acto tan libre y en el que el corazón juega un papel tan importante, se impuso la obligación, la necesidad y la fatalidad del propio destino. No se tuvieron en cuenta las aversiones, los caprichos y la incompatibilidad de los caracteres; se quiso dar leyes fijas al corazón, es decir, a lo más variable e inconstante de la naturaleza; unieron para siempre y sin esperanza a seres hastiados el uno del otro y casi siempre mal avenidos; y obraron igual que aquellos tiranos que ataban a las personas vivas a los cadáveres.

Nada contribuía más a la unión natural que la posibilidad del divorcio: un marido y una mujer se entregaban pacientemente a soportar las dificultades domésticas, sabiendo que eran muy dueños de ponerles fin, y a menudo conservaban este poder durante toda su vida sin hacer uso de él, solamente porque eran conscientes de su libertad para ejercerlo.

Entre los cristianos no ocurre lo mismo porque las penalidades presentes deben prolongarse indefinidamente; no ven en las incomodidades del matrimonio más que su duración y su eternidad. De aquí provienen los disgustos, las discusiones y los desprecios, creándose serias dificultades para el futuro. Apenas han transcurrido tres años de matrimonio, cuando ya se descuida lo esencial; se convive fríamente durante treinta años creándose separaciones internas tan fuertes y quizá más nocivas que si fueran públicas; cada uno vive por su lado y

todo esto en perjuicio de las futuras generaciones. Un hombre cansado de una esposa eterna se entregará inmediatamente a mujeres libertinas: comercio vergonzoso contrario a la sociedad, porque, sin cumplir la finalidad del matrimonio, no busca más que el placer.

Sí, entre dos personas así unidas, hay una que no es apta para los designios de la naturaleza o la propagación de la especie, por su temperamento o por su edad, arrastra a la otra y la convierte en una cosa tan inútil como ella misma.

No debemos extrañarnos, pues, si vemos entre los católicos, cómo tantos matrimonios proporcionan tan pocos ciudadanos. Ha sido abolido el divorcio, los matrimonios fracasados no pueden arreglarse nunca, las mujeres no pueden ya pasar, como entre los romanos, de un marido a otro, los cuales, de paso, sacaban el máximo fruto posible.

Me atrevo a decirlo: si en una República como Lacedemonia, donde los ciudadanos estaban cohibidos por sutiles y singulares leyes, donde no existía más familia que la República, se hubiese dispuesto que los maridos cambiasen de mujer todos los años, hubiera nacido un pueblo innumerable.

Es bastante difícil determinar las causas que han llevado a los cristianos a abolir el divorcio. El matrimonio, en todas las partes del mundo, es un contrato susceptible de admitir cualquier cláusula, no debiendo rechazar más que aquellas que puedan debilitar su finalidad. Pero los cristianos no se colocan nunca en este punto de vista; además no sabrían decirnos en qué consiste el matrimonio. No lo hacen consistir en el placer de los sentidos, al contrario, como ya he dicho antes, quieren desterrarlo todo lo posible; y lo convierten en un símbolo, una apariencia y algo misterioso que yo no comprendo en absoluto.¹⁶⁷

París, 19 de la luna de Chahban, 1718

¹⁶⁷ *Que yo no comprendo en absoluto*: Los padres de la Iglesia estuvieron algún tiempo divididos en sus opiniones acerca del divorcio. San Epifanio y san Ambrosio lo admitían; san Agustín lo combatía y fue su criterio el que prevaleció más tarde cuando se produjo el gran cisma de Oriente. A partir de entonces, la Iglesia romana siempre lo ha rechazado.

CXVII. USBEK AL MISMO

lib

las pestes las

duda que,

¹⁶⁸ *Desde los catorce años*: Más exactamente, dieciséis, que es la edad que se estableció en el Concilio de Trento.

¹⁶⁹ *Leyes penales*: Augusto, en su ambicioso programa de restauración, tomó medidas contra los solteros, que vieron menguados sus derechos como ciudadanos.

universal la práctica del matrimonio, habrían tratado de suavizar el yugo y terminado de suprimir las barreras que, sobre esta cuestión, separa al Nazareno de Mahoma.

Pero, sea como sea, lo cierto es que la religión confiere a los protestantes una ventaja infinita sobre los católicos.

Y me atrevo a decirlo: en el estado que se encuentra Europa, no es posible que la religión católica dure más de quinientos años.

Antes de que se debilitara el poder de España, los católicos eran mucho más fuertes que los protestantes. Estos últimos han llegado, poco a poco, a un equilibrio. Los protestantes se harán día a día más ricos y más poderosos y los católicos más débiles.

Los países protestantes deben estar, y lo están efectivamente, más poblados que los católicos. De donde se deduce, en primer lugar, que los tributos son allí más considerables, porque aumentan en proporción al número de los que pagan; en segundo lugar, que las tierras están mejor cultivadas; por último, que el comercio prospera allí más porque es mayor el número de personas para hacer fortuna y, teniendo más necesidades, existen más recursos para satisfacerlas. Cuando el número de personas es suficiente sólo para el cultivo de la tierra, el comercio desaparece necesariamente; y cuando las personas son las justas para el desarrollo del comercio, necesariamente el cultivo de la tierra se hace imposible. Es decir, los dos caerían fatalmente al mismo tiempo porque lo uno prospera a expensas de lo otro.

En cuanto a los países católicos, no solamente se abandona el cultivo de la tierra, sino que también la industria está en decadencia; todo estriba en aprenderse cinco o seis palabras de una lengua muerta.¹⁷⁰ Desde el momento en que un hombre logra hacerse con estos bienes no debe preocuparse por su fortuna; en el claustro encuentra la tranquilidad que en el mundo le hubiese costado muchos sudores y fatigas.

Esto no es todo: los religiosos tienen en sus manos casi todas las riquezas del Estado, se trata de una sociedad de hombres

¹⁷⁰ *De una lengua muerta*: Partidario de los modernos, Montesquieu es hostil al latín y se inclina hacia una renovación de la enseñanza.

avaros que siempre piden pero que no devuelven nunca; acumulan incesantemente intereses para adquirir capitales. Muchísimas riquezas se estancan, digamos, en un punto muerto: no circulan y no hay comercio, ni arte, ni industria.

No existe un príncipe protestante que no cargue sobre su pueblo más impuestos que el papa sobre sus fieles; sin embargo, estos últimos son pobres, mientras que los otros viven en la opulencia. Para unos el comercio da vida a todas las cosas, mientras que el monacato hace que muera todo para los otros.

París, 26 de la luna de Chahban, 1718

CXVIII. USBEK AL MISMO

Ya no tenemos nada que decir de Asia y Europa. Pasemos a África. No podemos hablar más que de sus costas, porque no conocemos el interior.

Las de Berbería, donde se ha impuesto la religión mahometana, no están ya pobladas como lo estaban en tiempos de los romanos, por las razones que antes aduje. En cuanto a las costas de Guínea, deben estar terriblemente deshabitadas, pues durante doscientos años los reyezuelos o jefes han ido vendiendo sus habitantes a los príncipes de Europa para llevarlos a sus colonias de América.

Lo curioso es que América, que recibe todos los años tantos nuevos habitantes, está también desierta y no aprovecha en absoluto las continuas pérdidas de África. Estos esclavos, que han sido transportados a otro clima, perecen a millares, y los trabajos de la mina, donde incesantemente se emplea tanto a los naturales del país como a los extranjeros, las exhalaciones dañinas que de ellas emanan, el mercurio, que hay que manejar continuamente, los destruye sin remisión.

No hay nada tan deplorable como la muerte de un sinnúmero de hombres para sacar del fondo de la tierra el oro y la plata, esos metales absolutamente inútiles por sí mismos, y que sólo son riquezas porque se han elegido como símbolos de ella.

París, último día de la luna de Chahban, 1718

CXIX. USBEK AL MISMO

La fecundidad de un pueblo depende, a veces, de las más insignificantes circunstancias mundiales; de suerte que a menudo no hace falta más que un leve giro de su imaginación para convertirlo en un pueblo mucho más numeroso de lo que era.

Los judíos, continuamente exterminados y continuamente renaciendo, han reparado sus pérdidas y su ininterrumpida destrucción con la sola esperanza que abrigan todas las familias de ver nacer en ellos un poderoso rey que será el dueño de la Tierra.

Los antiguos reyes de Persia¹⁷¹ no tenían tantos miles de súbditos, sino a causa de aquel precepto de la religión de los magos, que decía que los actos más agradables que los hombres podían ofrecer a Dios eran los de tener un hijo, labrar un campo y plantar un árbol.

Si China tiene en su seno un pueblo tan prodigioso, no se debe más que a una forma de pensar, pues, dado que los hijos miran a sus padres como si fueran dioses, los respetan como a tales en esta vida, los honran después de la muerte con sacrificios, con lo que creen que sus almas, aniquiladas en el *tyen*,¹⁷² vuelven a nacer, todos se sienten inclinados a aumentar una familia tan sumisa en esta vida y tan necesaria en la otra.

Por otra parte, los pueblos mahometanos van quedando cada día más desiertos a causa de una opinión de que, por santa que sea, no deja de tener efectos muy perniciosos desde el momento en que está arraigada en el espíritu. Nos vemos como extranjeros que no deben pensar más que en otra patria: los trabajos útiles y duraderos, el cuidado de asegurar una fortuna a nuestros hijos, los proyectos que trasciendan una vida corta y pasajera, nos parecen cosas extravagantes. Tranquilos en el presente, sin inquietudes para el futuro, no nos tomamos ni la molestia de reparar los edificios públicos, ni de arar las

¹⁷¹ *Los antiguos reyes de Persia:* Montesquieu insistió en varias ocasiones en la oposición del islamismo a la religión de los guebros como causa de la ruina del imperio.

¹⁷² *El tyen:* El cielo.

tierras incultas, ni de cultivar las que están en disposición de recibir nuestros cuidados: vivimos en una insensibilidad general, y dejamos que todo lo haga la Providencia.¹⁷³

Un espíritu de vanidad es lo que ha establecido entre los europeos el injusto derecho de primogenitura, tan desfavorable a la propagación, en la medida en que se obliga a concentrar la atención del padre sobre uno solo de sus hijos y apartar sus ojos de los demás; en la medida en que le fuerza, para que sea sólida la fortuna de uno solo, a oponerse a que los demás se establezcan; en la medida, en fin, en que destruye la igualdad de los ciudadanos, que es lo que les lleva a la opulencia.

París, 4 de la luna de Rhamazan, 1718

CXX. USBEK AL MISMO

¹⁷³ *La Providencia*: No hay que olvidar el sentido de la palabra Islam: "resignación".

Hay entre los salvajes otra costumbre no menos perniciosa que la anterior: se trata de la cruel costumbre de que las mujeres aborten, para que su embarazo no les haga parecer poco atractivas a sus maridos.

Existen aquí leyes terribles¹⁷⁴ contra este desorden; llegan hasta la violencia. Toda muchacha que no comunica inmediatamente su embarazo al magistrado es castigada con la muerte si se malogra su fruto: ni el pudor, ni la vergüenza, ni siquiera cualquier accidente, lo justifican.

París, 9 de la luna de Rhamazan, 1718

CXXI. USBEK AL MISMO

El efecto ordinario de las colonias es el de debilitar el país de donde se las saca, sin poblar el país a donde se las envía. Es necesario que los hombres se queden donde están; existen enfermedades que provienen del cambio de un buen clima por otro malo; otras que provienen del solo hecho de cambiar.

El aire se carga, como las plantas, de partículas de la tierra de cada país. Actúa de tal manera sobre nosotros que nuestro temperamento depende de él. Cuando nos trasladamos a otro país, enfermamos. Los líquidos están acostumbrados a una determinada consistencia, los sólidos a una determinada composición, ambos a un cierto grado de movimiento, y no pueden soportar otro y se resiste a cambiar de sesgo. Que un país esté desierto es síntoma de algún efecto particular en la naturaleza del terreno o del clima. Así, cuando se aleja a los hombres de un cielo luminoso para enviarlos a cualquier otro país, se consigue precisamente lo contrario de lo que uno se propone.

Los romanos sabían esto por experiencia: desterraban a todos los criminales a Cerdeña y enviaban allí a los judíos. Era necesario reparar esta pérdida, lo cual, dado el desprecio que profesaban a estos miserables, fue muy fácil.

El gran Cha-Abas, queriendo quitar a los turcos el medio de mantener grandes ejércitos en las fronteras, sacó a casi to-

¹⁷⁴ *Leyes terribles*: Especialmente un edicto de Enrique II, de 1556.

dos los armenios del país y envió a más de veinte mil familias a la provincia de Guilán,¹⁷⁵ donde no tardaron en perecer casi todas.

Todos los traslados de gente hechos a Constantinopla nunca dieron resultado.

Ese número prodigioso de negros, del que ya hemos hablado, no ha llenado en absoluto América.

Desde la aniquilación de los judíos por Adriano, Palestina está sin habitantes.

Hay que confesar que las grandes destrucciones son casi irreparables, porque un pueblo que falla en un determinado momento, no progresa; y si, por casualidad, se restablece, necesita siglos para hacerlo.

Si a un estado de depresión viene a sumarse la menor circunstancia de las que te he hablado, no solamente no se repara la depresión, sino que crece por días y tiende a su aniquilación.

La expulsión de los moros de España se nota todavía como el primer momento: este vacío, lejos de llenarse, aumenta por días.

Desde la devastación de América, los españoles, que han ocupado el lugar de los antiguos habitantes, no han podido repoblarlo; al contrario, por una fatalidad que haríamos mejor en llamar justicia divina, los destructores se destruyen a sí mismos y se van consumiendo día a día.

Los príncipes no deben, pues, pensar en poblar los grandes países por medio de colonias. No digo que alguna vez no lo consigan: hay climas tan favorables que la especie siempre se multiplica. Valgan de prueba esas islas que han sido pobladas con enfermos que los barcos habían ido abandonando, y que allí recobraban en seguida la salud.

Pero aunque estas colonias salieran adelante, en lugar de aumentar su poder, lo que harían sería fraccionarse, a menos que fueran de muy poca extensión, como las enviadas a ocupar algún puesto interesante para el comercio.¹⁷⁶

¹⁷⁵ *La provincia de Gullán*: Región situada en la costa sur del mar Caspio.

¹⁷⁶ *Algún puesto interesante para el comercio*: Instalaciones del tipo de las portuguesas o francesas en la India.

Los cartagineses, igual que los españoles, habían descubier-
to América, o al menos grandes islas con las que mantuvieron
un intenso comercio; pero cuando empezaron a ver disminuir
el número de sus habitantes, esta sabia República prohibió a
sus súbditos tal comercio y tales viajes.

Y me atrevo a decir que lo que hace falta es llevar indios y
mestizos a España en lugar de llevar españoles a las Indias; de-
volver a este reino toda su dispersa gente; y, sólo conservando
la mitad de estas colonias, España se convertiría en la potencia
más temible de Europa.

Los imperios son comparables a un árbol cuyo ramaje de-
masiado espeso le quita sabia al tronco, y no sirve más que
para hacer sombra.

Nada hay más necesario para los príncipes con afán de leja-
nas conquistas que rectificar los ejemplos de los españoles y
portugueses.

Estos dos países, que habían conquistado reinos inmensos
con una rapidez inconcebible, más asombrados por sus victo-
rias que los vencidos por su derrota, pensaron en los medios
para conservarlos. Para esto, cada uno tomó un camino dife-
rente.

Los españoles temerosos de no poder mantener fieles a las
naciones vencidas adoptaron la decisión de exterminarlas, en-
viando allí gente adicta. Nunca horrible designio fue tan con-
cienzudamente ejecutado. Vimos un pueblo, tan numeroso
como todos los de Europa juntos, desaparecer de la tierra a
la llegada de los bárbaros, que al descubrir las Indias, parecían
no haber pensado sino descubrir a los hombres cuál era el últi-
mo periodo de la crueldad.

Por medio de esta barbarie, conservaron el país bajo su do-
minio. Juzga por esto lo funestas que son las conquistas, ya
que tales son sus efectos; porque, en definitiva, este horrible
remedio era el único. ¿De qué otra manera habrían podido
mantener a los hombres en estado de sumisión? ¿Cómo soste-
ner una guerra civil desde tan lejos? ¿Qué hubiera pasado si
se hubiera dado tiempo a estos pueblos a salir del asombro en
que estaban desde la llegada de estos nuevos dioses y del temor
de sus iras?

En cuanto a los portugueses, tomaron otro camino completamente diferente: no emplearon la crueldad. Por lo que pronto fueron expulsados de todos los países que habían descubierto...

Los holandeses favorecieron la revolución de estos pueblos y se aprovecharon de ella.

¿Qué príncipe envidiaría la suerte de los conquistadores? ¿A quién le interesarían estas conquistas en tales condiciones? Unos, en seguida fueron expulsados de ellas; otros convirtieron en desiertos estas conquistas y su propio país.

El destino de los héroes¹⁷⁷ es arruinarse conquistando países que pierden inmediatamente, o someter naciones que ellos mismos están obligados a destruir; como aquel insensato que se arruinó comprando estatuas que después tiraba al mar y espejos que no tardaba en romper.

París, 18 de la luna de Rhamazan, 1718

CXXII. USBEK AL MISMO

Un gobierno suave contribuye también a la propagación de la especie. Cualquier república es una prueba constante de ello y, sobre todo, Suiza y Holanda que, teniendo en cuenta la naturaleza del terreno, son los peores países de Europa, son, sin embargo, los más poblados.

Nada atrae más a los extranjeros que la libertad y la opulencia que confiere esa misma libertad: la primera se hace desear por sí misma y nuestras necesidades nos atraen hacia el país donde se encuentra la segunda.

La especie se multiplica en la tierra donde la naturaleza atiende a las necesidades de los hijos, sin descuidar la subsistencia de los padres.

¹⁷⁷ *El destino de los héroes*: Evidentemente, Montesquieu no sentía la menor simpatía hacia los héroes de este tipo, sentimiento bastante nuevo en una sociedad aficionada desde antiguo a Plutarco y formada por él en el culto de tales héroes, sin distinción.

La igualdad misma de los ciudadanos que acarrear ordinariamente la igualdad de las fortunas, produce abundancia y vida en todos los miembros del cuerpo político, repartiéndolas por todas partes.

No ocurre lo mismo en los países sometidos a un poder arbitrario:¹⁷⁸ el príncipe, los cortesanos y algunos particulares poseen todas las riquezas, mientras que los demás gimen en la miseria absoluta.

Si un hombre está en apuros, y se da cuenta de que tendrá hijos más pobres que él, no contraerá matrimonio; o, si se casa, temerá tener demasiados hijos que podrían dar al traste con su fortuna y descendería de condición con respecto al padre.

Admito que el hombre rústico o el aldeano, una vez casado, engendra hijos sin tener en cuenta si es pobre o rico; eso no le preocupa: siempre tendrá una herencia que dejar a sus hijos, su azada, y nada impedirá que siga ciegamente sus instintos naturales.

Pero, ¿para qué sirve en un Estado esa cantidad de niños que languidecen en la miseria? Perecen casi a medida que nacen: nunca prosperan; flojos y débiles, mueren poco a poco de mil maneras, y además fenecen en bloque a causa de las frecuentes epidemias que la miseria y la mala nutrición producen constantemente; y los que logran escapar, llegan sin fuerzas a la mayoría de edad y languidecen durante el resto de sus días.

Los hombres son como las plantas: no crecen normalmente si no están bien cuidados. Entre los pueblos miserables la especie se pierde y a veces degenera.

Francia es un clarísimo ejemplo de todo esto. Durante las pasadas guerras, el temor de todos los hijos de familia a ser alistados en la milicia les obligaba a casarse,¹⁷⁹ y lo hacían en

¹⁷⁸ *A un poder arbitrario*: Para Montesquieu, hay una diferencia muy importante entre el poder arbitrario (monarquía absoluta) y el poder monárquico puro como él lo entiende, es decir, el poder monárquico feudal, con un control popular. En su evolución hacia el arbitrario, ve un caso particular de la funesta influencia de los romanos en lo que a legislación se refiere.

¹⁷⁹ *A casarse*: Antiguamente, la milicia era una guardia burguesa creada en el siglo vi, que se encargaba de la vigilancia nocturna en tiempos de paz, e iba a la guerra en caso de invasión. Las ordenanzas de 1688 y 1701 fijaron en dos años la duración del servicio, pero eximían a los hombres casados, mediante el pago de unos derechos que percibía el fisco.

una edad demasiado temprana y en plena pobreza. De todos aquellos matrimonios nacieron numerosos hijos, que todavía se buscan en Francia, y que la miseria, el hambre y las enfermedades hicieron desaparecer.

Y si, bajo un cielo tan luminoso, en un reino tan civilizado como Francia, se han cometido tales errores, ¿qué será en los demás Estados?

París, 23 de la luna de Rhamazan, 1718

CXXIII. USBEK AL MOLLACK MOHAMED ALÍ, GUARDIÁN DE LAS TRES TUMBAS, EN KUM

¿Para qué nos sirven los ayunos de los *immaus* y las penitencias de los *mollacks*? La mano de Dios se ha desplomado dos veces sobre los hijos de la ley: el sol se oscurece y no parece iluminar más que sus derrotas; sus ejércitos se agrupan y son dispersados como el polvo.

El imperio de los osmanlíes se tambalea a causa de los dos mayores fracasos¹⁸⁰ que jamás haya sufrido: un muftí cristiano¹⁸¹ apenas lo apoya; el gran visir de Alemania¹⁸² es el azote de Dios enviado para castigar a los partidarios de Omar;¹⁸³ lleva consigo a todas partes la cólera del cielo irritado por su rebelión y su perfidia.

Sagrado espíritu de los *immaus*, lloras día y noche sobre los hijos del profeta que el detestable Omar ha descarriado; tus entrañas se conmueven a la vista de sus desdichas; deseas su conversión y no su condenación; querías verlos reunidos bajo el estandarte de Alí por las lágrimas de los santos y no

¹⁸⁰ *Los dos mayores fracasos*: La toma de Temesvar en 1716 y la de Belgrado en 1717 por los austriacos.

¹⁸¹ *Un muftí cristiano*: Probablemente, el cardenal Alberoni, cuya política consistía en instigar al sultán en contra del emperador para poder tener las manos libres en Italia.

¹⁸² *El gran visir de Alemania*: El príncipe Eugenio de Saboya.

¹⁸³ *Los partidarios de Omar*: Sucesor de Abubeker y primer comendador de los creyentes, mandó construir numerosas mezquitas; Omar no fue en modo alguno un sublevado, sino el legítimo califa. Quien habla es un partidario del sublevado Alí.

dispersos a través de las montañas y de los desiertos por la furia de los infieles.

París, primer día de la luna de Chalval, 1718

CXXIV. USBEK A RHEDI, EN VENECIA

¿Cuál puede ser la causa de que los príncipes concedan grandes libertades a sus cortesanos? ¿Querrán ganarse sus simpatías? Ya están ganadas en la medida de lo posible; y, además, si se ganaran a algunos de ellos comprándolos, está claro, que por la misma razón, perderían gran parte de los otros al empobrecerlos.

Cuando pienso en la situación de los príncipes, siempre rodeados de hombres ávidos e insaciables, no puedo por menos de compadecerles, y aún les compadezco más cuando no tienen la fuerza de negarse a algunas peticiones, siempre onerosas para aquellos que no piden nada.

Siempre que oigo hablar de las libertades, favores y pensiones que conceden, me entrego a mil reflexiones: multitud de ideas acuden a mi espíritu; me parece que oigo publicar este edicto:

“Como el valor infatigable de algunos de nuestros súbditos para pedirnos pensiones ha puesto a prueba sin interrupción nuestra real magnificencia, nos hemos decidido, por fin, a acceder a la multitud de peticiones que nos han sido presentadas, las cuales han sido objeto, hasta el momento, de máxima solicitud por parte del trono. Nos han demostrado que, desde nuestro advenimiento al poder, no han dejado nunca de estar a nuestro nivel; que los hemos visto siempre inmóviles como poetas cuando pasábamos; y que se han levantado extraordinariamente, sobre los hombros más altos, para contemplar nuestra serenidad. También hemos recibido varias peticiones por parte de algunas personas del sexo débil, que nos han suplicado que prestáramos atención al hecho ya conocido de que son de difícil manutención; también algunas, de edad avanzada, nos han rogado con grandes aspavientos que nos fijáramos

mos en que ellas han sido el ornamento en la corte de los reyes que nos han precedido y que, si los generales, con sus ejércitos, formaron un Estado temible por sus hazañas militares, no menos celebridad le han dado ellas a la corte con sus intrigas. Así pues, deseando atender las súplicas con bondad y acceder a todas sus peticiones, hemos ordenado lo siguiente:

”Que todo labrador que tenga cinco hijos suprimirá diariamente la quinta parte del pan que se les da. Ordenamos a los padres de familia que disminuyan todo lo posible la ración de cada uno de ellos.

”Prohibimos expresamente a todos aquellos que se dedican a cultivar las tierras heredadas o que les han sido concedidas a título de renta, hacer en ellas cualquier reforma, sea del tipo que fuere.

”Ordenamos que todas las personas que se dedican a trabajos viles y mecánicos y que no han estado nunca al lado de nuestra majestad, no compren, de aquí en adelante, vestidos para ellos, ni para sus mujeres e hijos más que cada cuatro años; les prohibimos, además, terminantemente, los pequeños esparcimientos con los que habitualmente celebraban las principales fiestas del año con sus familias. Y, puesto que sabemos que la mayor parte de los ciudadanos de nuestras poblaciones están enteramente preocupados por situar a sus hijas, que no tienen más valor en nuestro Estado que el de una triste y aburrida modestia, ordenamos que esperen a casarlas hasta que, habiendo alcanzado la edad señalada por las ordenanzas, sean obligadas a ello. Prohibimos a nuestros magistrados que se ocupen de la educación de sus hijos.”

París, primer día de la luna de Chalval, 1718

CXXV. RICA A...

Todas las religiones encuentran dificultades cuando se trata de dar una idea de los placeres que están destinados a los que han vivido bien. Se asusta fácilmente a los malos con una serie de penas con las que se les amenaza; pero en cuanto a los virtuosos no se sabe qué prometerles. Parece que la esencia de los

placeres consiste en ser de corta duración; la imaginación apenas si puede concebir otros.

He visto descripciones del paraíso capaces de desilusionar a cualquiera que tenga sentido común: unos obligan a estas sombras felices a no dejar nunca de tocar la flauta; otros las condenan al suplicio de pasear durante toda la eternidad; otros, en fin, que las hacen soñar con sus amantes de aquí abajo, no se dan cuenta de que cien millones de años son suficientes para quitarles gusto a estas inquietudes amorosas.

A propósito de esto, me acuerdo de una historia¹⁸⁴ que le oí contar a un hombre que había vivido en Mogolia; de ella deducimos que los sacerdotes indios no son menos estériles que los demás con respecto a las ideas que tienen de los placeres del paraíso.

Una mujer que acababa de perder a su marido fue ceremoniosamente a casa del gobernador de la ciudad a pedirle permiso para hacerse quemar, pero como en los países sometidos a los mahometanos se ha prohibido terminantemente esta cruel costumbre, se lo negó de manera rotunda.

Ante la impotencia de sus ruegos, la mujer montó en cólera: “Mirad, decía, cómo se nos coacciona. ¡Ni siquiera se permite a una pobre mujer quemarse cuando le da la gana! ¿Se ha visto algo semejante alguna vez? Mi madre, mi tía, mis hermanas se hicieron quemar vivas, y cuando yo vengo a pedirle permiso a este maldito gobernador, se enfada y se pone a gritar como un endemoniado.”

Por casualidad se encontraba allí un joven bonzo:¹⁸⁵

“Hombre infiel, le dijo el gobernador, ¿eres tú quien ha enfurecido el espíritu de esta mujer? —No, yo no he hablado nunca con ella. Pero si me haces caso, consumará su sacrificio: de esa manera llevará a cabo una buena acción ante Brahma, por la que será altamente recompensada; porque en el otro mundo encontrará a su marido y volverá a empezar con él su segundo matrimonio. —¿Qué decís?, dijo la mujer sor-

¹⁸⁴ *Una historia*: Este *fabliau* debe de haber sido totalmente inventado; pero, si fuese necesario buscarle un origen habría que remontarse, en lo esencial, a los autores latinos.

¹⁸⁵ *Un joven bonzo*: Confusión evidente; debe tratarse de un brahmán.

prendida, ¿que me encontraré con mi marido? Ah, entonces no me quemó; era celoso, tenía mal humor y además estaba tan viejo que, si Brahma no le ha hecho alguna reforma, seguramente no tiene ninguna necesidad de mí. ¿Quemarme por él?... Ni la punta de un dedo me quemó para sacarle del fondo de los infiernos. Dos viejos bonzos que trataban de engañarme y que sabían cómo vivía yo con él, no me lo dijeron todo. Pero si Brahma no tiene otro regalo que hacerme, renuncio a tanta felicidad. Señor gobernador, me hago mahometana. Y vos, dijo volviéndose hacia el bonzo, podéis ir a decirle a mi marido que estoy muy bien.”

París, 2 de la luna de Chalval, 1718

CXXVI. RICA A USBEK, EN...

Te espero aquí mañana; sin embargo te mando tus cartas de Ispahán. Las más contienen la orden recibida por el embajador del Gran Mogol¹⁸⁶ de salir del reino. Se añade que se ha hecho arrestar al príncipe, tío del rey, encargado de su educación, que ha sido conducido al castillo donde está estrechamente vigilado, y que ha sido privado de todos los honores. Estoy preocupado por la suerte de este príncipe y le compadezco.

He de confesarte, Usbek, que nunca he visto a nadie derramar lágrimas sin compadecerle; siento compasión por los desgraciados, como si no hubiera otras personas en el mundo, y en cuanto a los poderosos, por los que nunca he sentido compasión cuando están en puestos importantes, los amo cuando caen en desgracia.

En efecto, ¿de qué les vale, en los momentos prósperos, una ternura inútil? Esto sería acercarse demasiado a la igualdad; prefieren el respeto, que no requiere ser correspondido. Pero

¹⁸⁶ *El embajador del Gran Mogol*: Esta cuestión debe estar tergiversada; se trata de la conspiración de Cellamare contra el regente. El embajador es Cellamare, que fue expulsado en diciembre de 1718. El Gran Mogol es el rey de España. El tío es el duque del Maine que fue inducido por su mujer; el regente ordenó su captura y su encarcelamiento. Felipe V de España, para hacer valer sus derechos al trono de Francia, quería deshacerse del regente.

en cuanto pierden el poder, apenas les quedan nuestros lamentos para poder recordarles el pasado.

Hay algo ingenuo e, incluso, sobrecogedor en las palabras de un príncipe¹⁸⁷ que, tras haber caído en manos de sus enemigos, viendo llorar a sus súbditos en torno suyo, les dijo: "Siento en vuestras lágrimas que todavía soy vuestro rey."

París, 3 de la luna de Chalval, 1718

CXXVII. RICA A IBBEN, EN ESMIRNA

Habrás oído hablar mil veces del famoso rey de Suecia. Ase-diaba una plaza en el reino llamado de Noruega; cuando visi-taba las trincheras, sólo con un ingeniero, recibió un tiro en la cabeza que le causó la muerte. Inmediatamente, se hizo de-tener a su primer ministro; se reunió el gobierno y le condena-ron a ser decapitado.¹⁸⁸

Fue acusado de un grave crimen: el de haber calumniado a la nación y haber conseguido que se perdiera la confianza en el rey: fechoría que, a mi parecer, merece mil muertes.¹⁸⁹ Ya que, si en definitiva es reprobable difamar ante el príncipe al último de sus súbditos ¿qué no será cuando se ha difamado a la nación entera, suprimiendo el afecto de aquel a quien la Providencia ha elegido para hacer su dicha?

Quisiera que los hombres hablasen con los reyes como los ángeles hablan con nuestro santo profeta.

Tú sabes que, durante los sagrados banquetes en los que el Señor de los Señores desciende del más sublime trono del

¹⁸⁷ *Las palabras de un príncipe*: Barkhausen supuso que este príncipe pudo ser Darío III, tras la derrota sufrida en Arbeles. Damos la traducción exacta de las palabras que, según Quinto Curcio, dirigió a los que le rodeaban: "Vuestra fidelidad y vuestro afecto me hacen creer que aún soy vuestro rey." (*Historia de Alejandro*, libro V, & 8).

¹⁸⁸ *Le condenaron a ser decapitado*: El barón de Goertz fue condenado por los es-tados generales del reino y ejecutado en 1719.

¹⁸⁹ *Mil muertes*: El caso del barón de Goertz debe equipararse al de Carlos I (cf. carta 104). Al igual que este rey, era culpable de lesa majestad para con el pueblo. Todos estos casos confluyen en la tesis de Montesquieu, para quien el rey y los minis-tros no deberían ser más que delegados de la voluntad popular.

mundo para comunicarse con sus esclavos, me esfuerzo en sujetar una lengua indócil. Jamás se me ha visto proferir una sola palabra que pueda resultar amarga para el último de sus súbditos. Aunque haya sido necesario dejar de ser sobrio, no he dejado por ello de ser honesto, y en esto reside la prueba de nuestra fidelidad; yo arriesgo mi vida pero nunca mi virtud. No sé cómo sucede, pero el caso es que nunca hay príncipes tan malos como para que no les aventajen sus ministros. Si cometen alguna mala acción, casi siempre ha sido sugerida. De forma que la ambición de los príncipes nunca ha sido tan peligrosa como la bajeza de sus consejeros. Pero ¿comprendes que un hombre que ocupa el ministerio sólo desde ayer, que quizás mañana no lo ocupe, pueda convertirse en un enemigo de su pueblo, de su familia y de todos los descendientes del pueblo que se dispone a oprimir?

Un príncipe tiene pasiones; el ministro las remueve. Por aquí es por donde encamina su quehacer: no tiene otra finalidad, ni le interesa conocer más. Los cortesanos le seducen con sus lisonjas y él le envanece con sus consejos, con las intenciones que le inspira y con las máximas que le propone.

París, 25 de la luna de Safar, 1719

CXXVIII. RICA A USBEK, EN...

El otro día pasaba yo por el Puente Nuevo con uno de mis amigos. Allí se encontró con un hombre que conocía, el cual, según me dijo, era un geómetra, y no había nada en él que lo ocultara, ya que se encontraba sumido en una profunda meditación. Mi amigo tuvo que tirarle varias veces de la manga y sacudirle para llamar su atención, de tal manera estaba ocupado con una curva que probablemente le atormentaba desde hacía ocho días. Los dos se saludaron efusivamente y hablaron entre ellos de algunas novedades literarias. Aquella conversación les llevó hasta la puerta de un café al que yo entré con ellos.

Noté que nuestro geómetra fue recibido por todo el mundo con muestras de alegría y que los camareros del café le hacían

mucho más caso a él que a los dos acompañantes que estaban relegados a un rincón. Al parecer, el geómetra se encontraba en un lugar agradable: ya que desfrunció un poco el ceño y se puso a reír como si no le quedara ni el menor rastro de geometría.

Sin embargo, su espíritu metódico vigilaba todo lo que se decía en la conversación. Se parecía a aquel que, en un jardín,¹⁹⁰ cortaba con su espada los tallos de las flores que se elevaban por encima de los demás; mártir de su precisión, se sentía herido por una broma, como una vista delicada es herida por una luz demasiado viva. Nada la era indiferente, con tal que fuese cierto. Por lo tanto, su conversación era singular. Había llegado aquel mismo día del campo, con un hombre que había visto un soberbio castillo y magníficos jardines, mientras que todo lo que él había visto se reducía a un edificio de sesenta pies de largo por treinta y cinco de ancho, y un irregular bosquecillo de diez fanegas. Le habría gustado mucho que las reglas de la perspectiva se hubiesen observado de tal manera que las alamedas de las avenidas pareciesen siempre de la misma anchura, y él habría podido facilitar un método infalible para conseguirlo. Parecía muy satisfecho de un reloj de forma extraña que había descubierto, y se enfadó mucho con un sabio, que estaba a mi lado, que en mal momento le preguntó si ese reloj marcaba las horas de Babilonia. Un novelista habló del bombardeo del castillo de Fontarabia,¹⁹¹ y en seguida él nos indicó las propiedades de las trayectorias que las bombas habían seguido en el aire y, encantado de saber esto, le tenía sin cuidado el resultado. Un hombre se lamentaba de haber sido arruinado el invierno anterior por una inundación. “Lo que decís me resulta muy agradable, dijo el geómetra; veo que no me he equivocado en la observación que hice, y es que han caído sobre la tierra al menos dos pulgadas de agua más que el año pasado.”

¹⁹⁰ *Aquel que, en un jardín*: Cuenta la tradición que Tarquino el Soberbio se valió de este medio para indicar a su hijo que tenía que deshacerse de los personajes más importantes de la ciudad de Gabics.

¹⁹¹ *Fontarabia*: Episodio de la guerra que el regente declaró a España en respuesta a la conjuración de Cellamare.

Un momento después, se marchó y nosotros fuimos tras él. Como andaba tan de prisa y sin preocuparse de mirar por dónde iba acabó tropezando con otro hombre. Chocaron violentamente y, a consecuencia del golpe, ambos salieron despedidos, cada uno para su lado, en relación directa a su velocidad y a sus masas. Cuando se recobraron del aturdimiento, aquel hombre, llevándose la mano a la frente, le dijo al geómetra: "Me alegro de que haya tropezado conmigo, pues tengo una noticia que comunicarle: acabo de publicar mi Horacio. —Pero ¿cómo?, dijo el geómetra, hace dos mil años que está publicado. —No me entiende, repitió el otro, lo que acabo de dar a luz es una traducción del antiguo autor; hace veinte años que trabajo haciendo traducciones. —¿Qué?, dijo el geómetra, ¿hace veinte años que no piensa? ¿Usted habla por los demás y ellos piensan por usted? —Señor, dijo el sabio, ¿cree usted que no he prestado un gran servicio al público facilitándole la lectura de los mejores autores? —Yo no digo eso. Aprecio tanto como los demás los sublimes genios que usted disfraza. Pero usted no se les parece en absoluto: porque si traduce usted siempre, a usted nunca se le traducirá. Las traducciones son como esas monedas de cobre que tienen el mismo valor que las de oro y cuyo uso está incluso más extendido entre la gente, pero siempre serán peores y no de ley.

"Dice usted que quiere que estos ilustres muertos vuelvan a convivir con nosotros, reconozco que usted les proporciona un cuerpo, pero no les devuelve la vida: siempre falta un alma que les anime. ¿Por qué no se dedica usted a buscar la cantidad tan enorme de verdades que un fácil cálculo proporciona todos los días?"

Después de este pequeño consejo se separaron, me pareció bastante enfadados el uno con el otro.

París, último día de la luna de Rebiab 2, 1719

CXXIX. USBEK A RHEDI, EN VENEZIA

La mayor parte de los legisladores han sido hombres mediocres, que la casualidad ha colocado a la cabeza de los de-

más y que no han tenido en cuenta más que sus prejuicios y sus fantasías.

Parece como si desconocieran la grandeza e incluso la dignidad de su obra: se divertían fundando pueriles instituciones. La verdad es que con ellas lograron complacer a los espíritus mezquinos, pero se desacreditaron ante las personas de sentido común.

Se preocuparon por detalles inútiles: se fijaron en los casos particulares, lo que demuestra una inteligencia estrecha, que no ve las cosas sino a trozos, incapaz de abarcar nada con una visión general.

Algunos han procurado utilizar otra lengua distinta de la vulgar, cosa absurda en quien hace las leyes. Pues ¿cómo se las puede observar si no se conocen?

Con frecuencia han abolido, sin necesidad, leyes que encontramos ya promulgadas, es decir, han sumergido a los pueblos en el desorden inherente a todos los cambios.

Es verdad que por una extravagancia, que proviene de la naturaleza de los hombres más que de su espíritu, alguna vez es necesario cambiar ciertas leyes. Pero el caso es raro y, cuando llega, sólo es posible arreglarlo con mucho tacto: se deben observar tantas solemnidades y tomar tantas precauciones que la gente deduzca, naturalmente, que las leyes son sagradas, puesto que para derogarlas hacen falta tantas formalidades.

A menudo han elaborado leyes demasiado sutiles,¹⁹² con pretensiones de ceñirse a ideas lógicas antes que a la equidad natural. Después, se las ha encontrado demasiado duras y en aras de un espíritu igualitario, se ha creído necesario suprimirlas; pero este remedio es un nuevo mal. Cualesquiera que sean las leyes, siempre hace falta observarlas y considerarlas como una conciencia pública, a la que debe amoldarse siempre la de los particulares.

Sin embargo, es necesario confesar que algunos de ellos han tenido una precaución que demuestra gran sabiduría: la de

¹⁹² *Demasiado sutiles*: No hay que transgredir los límites de la razón, so pena de caer en la intolerancia y en el error: "Falta mucho, dice en otro momento Montesquieu, para que el mundo del entendimiento esté tan bien gobernado como el mundo físico." Y también: "Las leyes nunca deben ser demasiado sutiles."

conferir a los padres una gran autoridad sobre sus hijos.¹⁹³ Nada ayuda tanto a los magistrados, ni desguarnece a los tribunales; en fin, nada esparce tanta tranquilidad en un Estado donde las costumbres hacen mejores ciudadanos que las leyes.

De todos los poderes, éste es del que menos se abusa; la más sagrada de las magistraturas, la única que no depende de convenciones y que, incluso, las ha precedido.

Puede observarse que, en los países donde premios y castigos se ponen en manos de los padres, las familias están mejor reguladas: los padres son la imagen del creador del universo, quien, aunque pueda regir a los hombres por medio del amor, no deja sin embargo de atraerles por motivos de temor o de esperanza.

No acabaré esta carta sin hacer mención del extraño espíritu de las leyes francesas. Se dice de ellas que han conservado un montón de cosas inútiles e incluso lo peor de las leyes romanas, y no han tomado de ellas la autoridad del padre, que aquéllas establecían como la primera legítima.

París, 4 de la luna de Gemmadi 2, 1719

CXXX. RICA A...

Te hablaré en esta carta de cierto grupo llamado “los periodistas” que se reúnen en un magnífico jardín donde ocupan sus ratos de ocio. Son inútiles para el Estado, y desde hace cincuenta años, sus discursos no han hecho nada que no hubiera hecho un silencio de igual duración. Sin embargo, ellos se creen importantes porque se alimentan de magníficos proyectos y tratan de grandes intereses.

La base de sus conversaciones es una curiosidad frívola y ridícula: no hay misteriosa reunión en la que no pretendan introducirse; no permitirían permanecer ignorantes de algo; saben cuántas mujeres tiene nuestro augusto sultán, y los hijos

¹⁹³ *Una gran autoridad sobre sus hijos*: Montesquieu cambió notablemente en lo que respecta a esta cuestión. En *El Espíritu de las Leyes* opina que la autoridad excesiva del paterfamilias sometía a los jóvenes a una larga y fastidiosa tutela.

que tiene cada año y aunque no contratan a ningún espía, saben las medidas que adopta para humillar al emperador de los turcos y al de los mogoles.

Apenas agorado el presente, se precipitan en el futuro y, caminando delante de la Providencia, la previenen de los pasos de la humanidad. Conducen a un general de la mano y, después de haberle aplaudido por mil majaderías que no ha hecho, le preparan otras mil que tampoco hará.

Hacen volar los ejércitos como si fuesen grullas y derriban las murallas como si fuesen de cartón; tienen puentes sobre todos los ríos, caminos secretos en todas las montañas, inmensos almacenes en las arenas ardientes: sólo les falta sentido común.

El hombre con quien yo vivo recibió esta carta de un periodista. Como me pareció curiosa la guardé. Ésta es:

“Señor mío: Muy pocas veces me equivoco en mis conjeturas sobre los asuntos que se refieren a las fechas.

”El 1 de enero de 1717 predije que el emperador José¹⁹⁴ moriría durante el año. También es verdad, que como se encontraba bien, creí que se reírían de mí si lo explicaba claramente, así que utilicé términos algo enigmáticos, pero los que supieron razonar me entendieron muy bien. El 17 de abril de ese mismo año murió de viruela.

”Cuando se declaró la guerra entre el emperador y los turcos,¹⁹⁵ me fui en busca de nuestros caballeros por todos los rincones de las Tullerías; los reuní junto al estanque y les predije el sitio de Belgrado, que acabaría siendo tomado. Tuve la suerte de que mi predicción se cumpliera. También es verdad, que durante el sitio, aposté cien monedas de oro a que sería tomado el dieciocho de agosto, y no fue tomado hasta el día siguiente. ¿Puede perderse un juego tan bonito?

”Cuando vi que la flota de España desembarcaba en Cerdeña, pensé que la conquistaría, lo dije y se cumplió. Animado por el éxito añadí que esta flota desembarcaría en Final para conquistar el Milanesado. Como encontrara alguna oposición a esta idea, intenté sostenerla gloriosamente: aposté cincuenta

¹⁹⁴ *El emperador José*: José I, emperador de Alemania y rey de Hungría.

¹⁹⁵ *La guerra entre el emperador y los turcos*: Empezó en julio de 1716.

monedas de oro y volví a perderlas, porque el maldito Alberoni a pesar de lo prescrito en los tratados, envió su flota a Sicilia, con lo que engañó a la vez a dos eminentes políticos: al duque de Saboya y a mí.

”Todo esto me desconcierta de tal manera que he decidido predecir siempre pero no apostar jamás. Antes, en las Tulle-rías, no se conocía en absoluto la costumbre de las apuestas, y el difunto señor conde de L... casi las tenía prohibidas. Pero, cuando se mezclaron entre nosotros una partida de petrime-tres, consiguieron sacarnos de quicio: apenas abrimos la boca para dar una noticia, cuando uno de estos jovencitos propone apostar en contra.

”El otro día, cuando estaba abriendo mi manuscrito y ca-lándome las gafas en la nariz, uno de estos fanfarrones, apro-vechando el intervalo entre la primera palabra y la segunda, me dijo: ‘Apostado cien monedas de oro a que no.’ Simulé no haber prestado atención a esta extravagancia y, volviendo a tomar la palabra, pero esta vez con más fuerza, dije: ‘El señor mariscal de L... al enterarse de...’ ‘Eso es falso, me dijo, usted siempre da noticias extravagantes; todo eso no tiene ningún sentido.’

”Le ruego, señor, que tenga la bondad de prestarme treinta monedas de oro, pues le confieso que tales apuestas me han arruinado. Adjunto la copia de dos cartas que he escrito al mi-nistro.

”Eternamente reconocido, etcétera.”

CARTAS DE UN PERIODISTA AL MINISTRO

“Excelentísimo Señor:

”Soy el súbdito más celoso que jamás haya tenido el Rey. Yo encargué a uno de mis amigos que llevase a cabo el proyec-to que tenía de escribir un libro para demostrar que Luis el Grande era el más grande de todos los príncipes que han mere-cido este calificativo. Desde hace tiempo trabajo en la elabo-ración de otra obra que honrará aún más nuestra nación, si Su Eminencia quiere concederme este privilegio; intento pro-bar que, desde la instauración de la monarquía, los franceses

nunca han sido derrotados, y lo que los historiadores han dicho hasta ahora de nuestros fracasos, son auténticas calumnias. Me veo obligado a desmentirlas muchas veces y me vanaglorio de sobresalir principalmente en lo que a crítica se refiere.

”Eternamente reconocido, etcétera.”

“Excelentísimo Señor:

”Después de sufrida la pérdida del señor conde de L..., le suplicamos tenga la bondad de permitirnos elegir un presidente. El desorden se introduce en nuestras conferencias, y los asuntos de Estado no se tratan ya de la misma forma que antes: nuestros jóvenes viven sin preocuparse en absoluto de los viejos y, entre ellos mismos, sin disciplina; este es el verdadero juicio de Roboam, donde los jóvenes se imponen a los viejos. Hemos tenido a bien hacerles ver que nosotros éramos poseedores de las Tullerías veinte años antes de que ellos vinieran al mundo, pero creo que, al fin, acabarán echándonos y, obligados a dejar estos lugares donde tantas veces hemos evocado el recuerdo de nuestros héroes franceses, será necesario que reanudemos nuestras reuniones en el jardín del rey o en cualquier otro lugar apartado.

”Eternamente agradecido...”

París, 7 de la luna de Gemmadi 2, 1719

CXXXI. RHEDI A RICA, EN PARÍS

Una de las cosas que más ha excitado mi curiosidad al llegar a Europa ha sido la historia y el origen de la república. Sabes que la mayor parte de los asiáticos no tienen ni remota idea de esta clase de gobierno y que la imaginación no les ha servido ni para hacerles comprender que pueda existir otro que no sea el despótico.

Los primeros gobiernos conocidos eran monárquicos: no fue sino por casualidad y al cabo de los siglos por lo que se formaron las repúblicas.

Grecia, que había sido inundada por un diluvio,¹⁹⁶ fue poblada por nuevos habitantes. Formó casi todas sus colonias con gente de Egipto y con los países más próximos, de los dominados por ellos en Asia. Como estos países estaban gobernados por reyes, los que salieron de allí fueron gobernados de la misma manera. Pero la tiranía de aquellos príncipes llegó a ser opresiva; los súbditos se sacudieron el yugo y, con los restos de tantos reinos se formaron las repúblicas que tanto hicieron florecer a Grecia, la única bien educada en medio de los bárbaros.

El amor a la libertad, el odio a los reyes, mantuvo durante mucho tiempo a Grecia independiente y propagó el gobierno republicano. Las ciudades griegas encontraron aliados en Asia Menor. Enviaron allá colonias tan libres como ellas, que las defendieron de las incursiones de los reyes de Persia. Esto no es todo. Grecia pobló Italia; Italia, España y tal vez las Galias. Se sabe que aquella gran Hesperia, tan famosa entre los antiguos era al principio Grecia, que los países vecinos miraban como un lugar de felicidad. Los griegos, que encontraron entre ellos este país feliz, fueron a buscarlo a Italia; los italianos, a España. Los españoles a la Bética o a Portugal; de manera que todas estas regiones llevaron este nombre entre los antiguos. Estas colonias griegas introdujeron con ellas el espíritu de libertad que habían adquirido en su tranquilo país. Por lo que es extraño encontrar monarquías durante este periodo en España, en Italia o en las Galias. Observarás en seguida que los pueblos del Norte y de Alemania no eran menos libres; y si se encuentran restos de algún reino entre ellos es porque se toma por reyes a los jefes de los ejércitos o de las repúblicas.

Todo esto pasaba en Europa; porque Asia y África siempre han estado abrumadas por el despotismo, exceptuando algunas ciudades de Asia Menor, de las que ya hemos hablado, y la república de Cartago, en África.

El mundo se dividió entre dos poderosas repúblicas: la de Roma y la de Cartago. No hay nada tan conocido como los comienzos de la república romana y nada tan desconocido como los de la de Cartago. Se ignora totalmente la sucesión

¹⁹⁶ *Un diluvio*: El diluvio de Deucalión.

de los príncipes africanos a partir de Didon, y la forma en que perdieron su poder. El prodigioso crecimiento de la república de Roma hubiera sido una suerte para el mundo si no hubiesen existido aquellas injustas diferencias entre los ciudadanos romanos y los pueblos vencidos; si no se hubiera dado tanta autoridad a los gobernadores; si se hubieran observado las sacrosantas leyes para evitar su tiranía; y si ellos no se hubieran servido, para hacerles callar, de los tesoros que su misma injusticia había acumulado.¹⁹⁷

César oprimió la República y la sometió a un poder arbitrario.

Europa gimió durante mucho tiempo bajo un gobierno militar y violento, y la suavidad romana fue sustituida por una opresión cruel.

Sin embargo, una enorme cantidad de naciones desconocidas surgieron del Norte, se extendieron como un torrente por las provincias romanas y encontrando tanta facilidad para sus conquistas como para ejercer sus piraterías, desmembraron el imperio y fundaron reinos. Estos pueblos eran libres y limitaban tanto la autoridad de sus reyes que propiamente no eran sino jefes o generales. De esta forma, estos reinos aunque fundados por la fuerza, jamás sintieron el yugo del vencedor. Cuando los pueblos de Asia, turcos y tártaros hicieron conquistas sometidos a la voluntad de uno solo, no pensaron más que en proporcionarle nuevos súbditos e instaurar por las armas su violenta autoridad. En cambio, los pueblos del Norte, libres en su país, al apoderarse de las provincias romanas no concedieron ninguna autoridad a sus jefes. Incluso algunos de estos pueblos, como los vándalos en África y los godós en Es-

¹⁹⁷ *Los tesoros que su misma injusticia había acumulado*: Las tres primeras ediciones llevaban las frases siguientes, que tienen la ventaja de concretar la idea: "Parece que la libertad está hecha para el temperamento de los pueblos de Europa y la servidumbre para el de los pueblos de Asia. En vano ofrecieron los romanos a los habitantes de Capadocia tan preciado tesoro; esta nación cobarde lo rechazó y corrió a la servidumbre con el mismo ahínco con que los demás pueblos corrían a la libertad." Sin duda, se suprimió este pasaje para evitar susceptibilidades legítimas. Pero hay que notar que la idea general es la misma que defendería Mme. de Staël, y que proporcionó a los románticos uno de sus argumentos más fuertes contra la tiranía clásica. Mme. de Staël traspuso, simplemente, el antagonismo Europa-Asia al de los pueblos nórdicos y los meridionales.

pañía, deponían a sus reyes cuando no estaban satisfechos de ellos; y entre los demás, la autoridad del príncipe estaba limitada de mil maneras diferentes; un gran número de nobles la compartían con él; las guerras no se emprendían sin su consentimiento; el botín se repartía entre los jefes y los soldados; no había impuestos en favor del príncipe; las leyes se redactaban en asambleas nacionales. Este es el principio fundamental de todos los Estados que se formaron con los restos del imperio romano.

Venecia, 20 de la luna de Rhégeb, 1719

CXXXII. RICA A...

Hace como cinco o seis meses fui a un café; me fijé en un hombre bastante bien vestido que monologaba en voz alta: hablaba del placer que sentía viviendo en París y se lamentaba de su situación, que le obligaba a languidecer en una provincia. “Tengo, dijo, quince mil libras en terrenos; estaría más contento si sólo tuviera la cuarta parte en dinero y en valores que se pudieran llevar encima. Por más que oprimo a mis arrendatarios y los abrumo con impuestos, sólo consigo hacerles cada vez más insolventes. Nunca he logrado ver juntas cien monedas de oro. Si debiera diez mil francos me embargarían todas las tierras y tendría que ir a un asilo.”¹⁹⁸

Salí, sin haber prestado demasiada atención a sus palabras. Pero ayer, encontrándome en el mismo barrio, volví a entrar en aquella casa y allí encontré a un hombre serio, de cara pálida que, entre cinco o seis interlocutores, parecía triste y pensativo hasta que, tomando bruscamente la palabra, dijo: “Sí, señores, estoy arruinado. No tengo nada con qué vivir; ya que actualmente tengo en mi casa doscientas mil libras en billetes de banco y cien mil escudos de plata. Me encuentro en una situación apurada; me creía rico y resulta que tengo que irme al asilo. Si tuviera al menos un pequeño refugio donde poder

¹⁹⁸ *Tendría que ir a un asilo*: Luis XIV había fundado en 1656 el asilo general para los indigentes.

retirarme, estaría seguro de tener algo con qué vivir; pero no tengo ni un palmo de terreno.”

Por casualidad volví la cabeza y vi a otro hombre que hacía gestos de endemoniado. “Ya no se puede uno fiar de nadie, gritaba. Hay un traidor, que yo consideraba el mejor de mis amigos, a quien presté dinero; y me lo ha devuelto.¹⁹⁹ ¡Qué horrible desgracia! Por mucho que haga, ante mí está deshonorado para siempre.” Cerca de allí había un hombre mal vestido que elevando los ojos al cielo, decía: “Dios bendiga los proyectos de nuestros ministros. Ojalá vea yo subir las acciones a dos mil y a todos los lacayos de París más ricos que sus amos.”

Me entró curiosidad por saber su nombre. “Es un hombre extraordinariamente pobre, me dijeron; además tiene un oficio muy poco remunerado; es genealogista y espera que su oficio cobre valor si las fortunas aumentan, porque todos los nuevos ricos le necesitarán, para formar su apellido, para inventarse antepasados de clase más elevada y para adornar sus carrozas. Cree que va a crear todas las personas importantes que le dé la gana y se emociona pensando que sus trabajos van a multiplicarse.”

Por último, vi entrar a un viejo, pálido y enjuto en el que reconocí a un periodista antes de que se hubiera sentado. No era de la clase de hombres que predicen venturas y que presagian siempre victorias y premios; al contrario, era uno de esos desafortunados que no ofrecen más que tristes noticias. “Los acontecimientos van muy mal en España, dijo: Ya no tenemos caballería en la frontera y se teme que el príncipe Pío,²⁰⁰ que tiene un gran ejército, se apodere de todo el Languedoc.”

Tenía frente a mí a un filósofo bastante mal vestido que se compadecía del periodista y se encogía de hombros a medida que el otro alzaba la voz. Me acerqué a él y me dijo al oído: “Mire a ese fatuo que hace una hora que nos está hablando de su temor por el Languedoc, sin embargo yo, ayer por la tar-

¹⁹⁹ *Y me lo ha devuelto*: En principio, esta indignación parece sorprendente; es que el deudor ha pagado en papel, apresurándose a poner en práctica la orden de 1720 que daba curso obligado a los billetes, como consecuencia del sistema de Law.

²⁰⁰ *El príncipe Pío*: El príncipe Francisco Pío de Saboya estaba al frente de los españoles en los Pirineos, en 1719, luchando contra Berwick.

de, vi una mancha en el sol que, si aumentara, podría provocar el caos en toda la naturaleza, y no he dicho nada.”

París, 17 de la luna de Rhamazan, 1719

CXXXIII. RICA A...

El otro día fui a visitar la biblioteca de un convento de monjes de la cual son depositarios, pero que tienen la obligación de dejar ver a todo el mundo a determinadas horas.

Al entrar, vi a un hombre de aspecto grave que se paseaba entre un montón de libros. Me acerqué a él y le pregunté por algunos de aquellos tomos que me parecieron mejor encuadernados.

“Señor, me dijo, vivo en una tierra extranjera donde no conozco a nadie. Muchas personas me hacen preguntas de este tipo, pero comprenderéis que no voy a leerme todos estos libros para satisfacerles. Mi bibliotecario podrá contestarle, pues se ocupa noche y día en descifrar todo lo que aquí ve. Es un hombre que no sirve para nada y como no trabaja para el convento sólo nos sirve de estorbo. Pero oigo tocar la señal para comer. Los que, como yo, están a la cabeza de una comunidad, deben ser los primeros en asistir a todos los actos.” Diciendo esto, el monje me empujó hacia fuera, cerró la puerta y desapareció de mi vista.

París, 21 de la luna de Rhamazan, 1719

CXXXIV. RICA AL MISMO

Al día siguiente volví a la misma biblioteca, donde encontré a un hombre distinto del que había encontrado la primera vez. Su aspecto era sencillo, su fisonomía espiritual y agradable a primera vista. En cuanto le hice partícipe de mi curiosidad, se empeñó en satisfacerla y, por mi calidad de extranjero, hasta en instruirme.

“Padre, le dije, ¿qué libros son éstos tan grandes, que ocupan todo este lado de la biblioteca? —Son, me dijo, interpretaciones de la sagrada escritura—. Hay muchísimos, le repliqué. Antiguamente las escrituras estarían muy confusas, pero ahora estarán bien claras. ¿O queda todavía alguna duda? ¿Es posible que haya algún punto por aclarar? ¡Qué si hay, Dios mío, qué si hay!, me respondió. Casi tantos como líneas. —¿Sí?, le dije. Entonces ¿qué es lo que han hecho todos estos escritores? —A estos escritores, me respondió, no se les ha ocurrido buscar lo que hacía falta creer, sino lo que ellos mismos creían; no han estudiado las escrituras como un libro en el que están contenidos los dogmas en los que se debe creer, sino como la obra que confería autoridad a sus propias creencias. Por eso han desvirtuado el sentido y se han devanado los sesos con cada pasaje. Se trata de un terreno invadido y saqueado por hombres de todas las sectas; un campo de batalla en el que disputan naciones enemigas, donde se ataca y se lucha de muchísimas maneras.

”Más allá puede ver libros ascéticos o de devoción; a continuación, los libros de moral, mucho más útiles; los de teología, doblemente ininteligibles, por la materia tratada y la manera en que está tratada; las obras de los místicos, es decir, de los devotos de corazón sensible. —¡Ah! padre, le dije, un momento. No vaya tan de prisa. Hábleme de esos místicos. —Señor, dijo, la devoción excita un corazón predispuesto a la ternura llenando el cerebro de gracias, excitado a su vez; este es el origen de los éxtasis y los arrebatos. Este estado es el delirio de la devoción. Muchas veces se perfecciona o, más bien, degenera en quietismo;²⁰¹ usted sabe que un quietista no es más que un loco, devoto y libertino.

²⁰¹ *Quietismo*: El teólogo español Miguel Molinos, iniciador del quietismo, había sido condenado en Roma en 1687. Explicaba el camino de la felicidad como un estado de oración pasiva en que el alma permanecía indiferente a la esperanza o al temor. En Francia, Mme. Guyon, en varias de sus obras, la más conocida de las cuales es *Los torrentes*, presentó esta nueva forma de amor divino de un modo muy profano, pero que convenció a Mme. de Maintenon y a Fénelon. Fue condenada a su vez. Pero el espíritu que animaba a sus obras no se perdió y puede verse en él el germen de la “literatura sensible”.

”Observe a los casuistas, que sacan a la luz los secretos de la noche, que en su imaginación forjan todos los monstruos que el demonio del amor puede producir, los reúnen, los enfrentan y hacen de ellos el objeto eterno de sus pensamientos. ¡Felices ellos si logran que su mismo corazón se mantenga apartado de tanto desvarío, tan ingenuamente descrito y llamadamente pintado!

”Verá, señor, que pienso libremente y que le digo todo lo que pienso. Soy sencillo por naturaleza y más con usted por ser extranjero, con ganas de enterarse de las cosas y conocer cómo son. Si quisiera no hablaría de todo esto más que con admiración, repitiéndole: ‘Esto es divino, respetable; es maravilloso’, con lo que podrían suceder dos cosas: o que usted se confundiera por culpa mía o que yo desmereciera ante usted.”

Así nos quedamos; una obligación del monje le obligó a interrumpir nuestra conversación hasta el día siguiente.

París, 23 de la luna de Rhamazan, 1719

CXXXV. RICA AL MISMO

Volví a la hora señalada y mi hombre me condujo precisamente al lugar donde nos habíamos separado. “Aquí están, me indicó, los dedicados a la gramática, los glosadores y comentaristas. —Padre, le dije, toda esa gente ¿no puede permitirse carecer de sentido común? —Sí, afirmó, claro que pueden, y esto se deja ver en sus obras, que no por ello son peores, lo cual les es muy conveniente. —Esto es verdad, le dije, conozco muchos filósofos que harían bien en dedicarse a esta clase de ciencias.

”Aquí, prosiguió, están los oradores, que tienen la virtud de convencer sin tener en cuenta las razones y los géometras que obligan al hombre a su pesar, a dejarse convencer, y lo consiguen con su tiranía.

”Aquí están los libros de metafísica, que versan sobre asuntos elevados, en los que se encuentra el infinito por todas partes; los libros de física, para los que ya no resulta más maravillosa la organización de nuestro vasto universo que la

máquina más simple de nuestros artesanos; los libros de medicina, esos monumentos a la fragilidad de la naturaleza y al poder del arte, inspiradores de terror aun tratándose de la más ligera de las enfermedades, de tal manera nos hacen presente la muerte, pero que nos llenan de seguridad al hablar de la calidad de los remedios, como si nos hubiéramos hecho inmortales.

”Más allá están los libros de anatomía, que no contienen tanto la descripción de las partes del cuerpo como la de los nombres bárbaros con que se las designó; lo cual no cura al doliente de su enfermedad ni al médico de su ignorancia.

”Aquí, la química, tan útil en el hospital como en los manicomios, moradas que le son igualmente propias.

”Aquí están los libros de ciencia, o mejor, de ignorancia oculta: por ejemplo, los que encierran alguna brujería; execrables, según la mayor parte de la gente, dignos de piedad, a mi modo de ver. También los libros de astrología forense. —¿Cómo, padre? ¡Libros de astrología forense!, repliqué con ardor. —Éstos son los libros que más nos interesan en Persia; regulan todas las acciones de nuestra vida y determinan nuestros proyectos. Los astrólogos son nuestros verdaderos directores; más todavía, forman parte del gobierno. —Si sucede así, me dijo, vivís bajo un yugo más duro que el de la razón. Ese es el más raro de todos los imperios. Compadezco a la familia y mucho más a la nación que se deje dominar por los planetas. —Nosotros utilizamos la astrología, le repliqué, como ustedes utilizan el álgebra. Cada nación tiene su ciencia, conforme a la cual lleva su política; todos los astrólogos de Persia juntos no han hecho tantas tonterías como las que un solo matemático ha hecho aquí. ¿Cree usted que la conjunción fortuita de los astros no es una regla tan segura como los espléndidos razonamientos del creador de vuestro sistema? Si se hiciera una votación en Francia y Persia, la astrología se apuntaría un buen tanto a su favor; vería humillados a los calculadores. ¿Qué abrumadora conclusión podría sacarse contra ellos?”

Nuestra discusión fue interrumpida, y tuvimos que despedirnos.

París, 26 de la luna de Rhamazan, 1719

CXXXVI. RICA AL MISMO

En la entrevista siguiente, el sabio me condujo a un extraño saloncito. "Aquí están los libros de historia moderna, me dijo. Los primeros son las historias de la Iglesia y de los papas, libros que leo para confortarme, pero que suelen producirme el efecto contrario.

"Allí están los que se han escrito sobre la decadencia del formidable imperio romano, formado con los restos de tantas monarquías y de cuya caída se han dado tantas versiones. Un sinnúmero de pueblos bárbaros, tan desconocidos como los países que habitaban, lo inundaron, al parecer repentinamente, lo asolaron, despedazaron y fundaron todos los reinos que actualmente existen en Europa. Aquellos pueblos no eran propiamente bárbaros, ya que eran libres, sino que llegaron a serlo después, sometidos, en su mayor parte a un poder absolutista, perdieron la maravillosa libertad tan conforme a la razón, a la humanidad y a la naturaleza.

"Aquí está la historia del imperio alemán, que aunque apenas es una sombra del primer imperio,²⁰² en mi opinión es el único poder sobre la tierra que no fue debilitado por la división; el único, también en mi opinión, que se fortifica según va decayendo y que, lento en aprovecharse de su éxito, se hace ingobernable a causa de sus derrotas.

"Aquí está la historia de Francia, en la que vemos primero instaurarse el poder de los reyes, morir dos veces, renacer y luego estar en decadencia durante varios siglos; pero, recuperando sus fuerzas insensiblemente acrecentado por todas partes, también le vemos llegar a su última época; del mismo modo esos ríos que, en su curso, pierden agua o se esconden bajo tierra; después, reapareciendo, aumentados con los afluentes que en ellos desembocan, arrastran todo lo que se opone a su paso.

"Allí puede ver la nación española sobresalir entre las montañas; los príncipes mahometanos subyugados, con una lentitud sólo comparable a su rapidez en la conquista; tantos reinos reunidos en una vasta monarquía, que casi se convirtió en

²⁰² *Del primer imperio: El sacro imperio romano-germánico.*

la única; hasta que, abrumada por su propia grandeza y por una falsa opulencia perdió fuerza y reputación y no le quedó más que el orgullo de su primer poderío.

”Esta es la historia de Inglaterra, donde puede observarse el incesante surgir de la libertad por entre los fuegos de la discordia y de la sedición; el príncipe siempre bamboleándose sobre un trono firme;²⁰³ una nación impaciente, sabia incluso en su furor y que, dueña del mar (cosa inaudita hasta entonces), mezcla el comercio con el imperio.

”Un poco más allá está la historia del resto de los reinos del mar, la república de Holanda, tan respetada en Europa y tan temida en Asia, donde los reyes se postran ante sus negociantes.

”La historia de Italia os mostrará una nación en otros tiempos dueña del mundo, hoy esclava de todas las demás; sus príncipes, divididos y débiles, y sin más atributo de soberanía que el de una falsa política.

”He aquí las historias de las repúblicas; la de Suiza que es imagen de la libertad; la de Venecia, sin más recursos que su economía; y la de Génova espléndida sólo por sus construcciones.

”Aquí están las del Norte y, entre otras, la de Polonia, que tan mal usa de su libertad y del derecho a elegir sus reyes,²⁰⁴ que parece empeñada en aliviar de este modo a sus pueblos vecinos que han perdido lo uno y lo otro.”

Después de esto, nos separamos hasta el día siguiente.

París, 2 de la luna de Chalval, 1719

²⁰³ *Sobre un trono firme*: Esta es, en el estado presente de las cosas, la mejor solución a los ojos de Montesquieu: solidez del trono y situación precaria del poder personal ostentado por el rey.

²⁰⁴ *A elegir sus reyes*: El ejemplo de Polonia echa por tierra la teoría de Montesquieu. En efecto, la dieta polaca, en 1672, se había negado a elegir al duque de Enguien y, como consecuencia de esto, la elección del elector de Saxe, en 1696 y, posteriormente, la de Stanislas Leczinski difícilmente podrán ser consideradas como soluciones afortunadas.

CXXXVII. RICA AL MISMO

Al día siguiente, me condujo a otro gabinete. “Aquí están los poetas,²⁰⁵ me dijo, es decir, los autores cuyo oficio consiste en poner dificultades al sentido común y en abrumar la razón con argumentos, de igual modo que antiguamente se escondía la mujer bajo sus adornos y joyas. Ya los conoce usted; abundan entre los orientales, donde el sol más ardiente parece agostar, incluso, los entendimientos.

”Aquí están los poemas épicos. —Bueno, ¿qué son los poemas épicos? —En realidad, me dijo, no sé nada de esto. Los eruditos dicen que no se han escrito más que dos y que los demás considerados como tales, en realidad, no lo son; esto yo tampoco lo sé. Además dicen que es imposible hacer nuevos poemas épicos y esto me parece mucho más sorprendente todavía.

”Aquí están los poetas dramáticos, que, en mi opinión, son los vates por excelencia y los dueños de las pasiones. Los hay de dos clases: los cómicos, que nos conmueven superficialmente, y los trágicos que agitan nuestras pasiones con violencia.

”Aquí están los poetas líricos, a los que desprecio tanto como estimo a los otros y que hacen de su arte una armoniosa extravagancia.

”A continuación vemos a los autores de idilios y de églogas, que gustan incluso a los cortesanos porque les proporcionan una cierta tranquilidad de la que no gozan, escenificada por medio de pastores.

”De todos los autores que hemos visto, aquí están los más peligrosos: son los que afilan los epigramas, pequeñas flechas, disparadas que hieren incurable y profundamente.

”Aquí puede ver las novelas²⁰⁶ cuyos autores son una especie de poetas que llevan a sus últimas consecuencias tanto el

²⁰⁵ *Los poetas*: En varias ocasiones se ha podido comprobar el desprecio que Montesquieu siente por los poetas en general; sin embargo, hace una distinción. Admite los poetas dramáticos, pero detesta sobre todo a los líricos. Esta apreciación era la más extendida en su siglo.

²⁰⁶ *Las novelas*: Sin duda, en 1720, ni Marivaux ni el abate Prévost habían publicado aún las suyas. Pero en 1715 habían aparecido los dos primeros volúmenes de

lenguaje del espíritu como el del corazón; sus héroes están tan fuera de lugar como los dragones alados y los centauros.”

“He leído, le dije, algunas de vuestras novelas y, si leyese usted las nuestras,²⁰⁷ quedaría muy extrañado. Son también muy poco naturales y además extraordinariamente condicionadas por nuestras costumbres; antes de que un enamorado pueda ver el rostro de su amante se necesitan diez años de pasión.

”Sin embargo, los autores se ven obligados a hacer pasar a sus lectores por estos molestos preliminares; por tanto, es imposible conseguir variedad en los incidentes. Se ha recurrido a un artificio peor que el mismo mal que quieren curar; es decir, a los prodigios. Creo que no le parecerá lógico que una maga saque un ejército de debajo de la tierra, que un solo héroe destruya un ejército de cien mil hombres. Y, sin embargo, así son nuestras novelas. Estas aventuras frías y constantemente repetidas nos hacen languidecer y estos prodigios extravagantes nos sublevan.”

París, 6 de la luna de Chalval, 1719

CXXXVIII. RICA A IBBEN, EN ESMIRNA

Los ministros se suceden y se destruyen como las estaciones; en tres años he visto cambiar cuatro veces el sistema de finanzas.²⁰⁸ En Turquía y en Persia se cobran ahora los tributos como los cobraban los fundadores de estos imperios; y aquí dista mucho de pasar lo mismo. Es verdad que nosotros no ponemos en ello tanto interés como los occidentales; creemos que no hay más diferencia entre la administración de las rentas de un príncipe y la de los bienes de un particular que la que

Gil Blas, que Montesquieu parece ignorar. Las obras a que se refiere son las insípidas novelas galantes, supervivientes del siglo anterior.

²⁰⁷ *Nuestras novelas*: Las novelas persas surgieron de los poemas épicos y su antepasado común es el *Sha Námé* de Ferdusi.

²⁰⁸ *El sistema de finanzas*: De 1717 a 1720 se sucedieron en la dirección de las finanzas: el mariscal de Noailles, el marqués de Argenson, Law y Paris-Duverney, es decir, cuatro hombres en tres años.

hay entre contar cien mil *tomans* o contar solamente cien. Pero esto es mucho más sutil y misterioso. Es preciso que grandes genios trabajen día y noche, que den a luz sin cesar y con dolor grandes proyectos, que escuchen los consejos de una serie de personas que trabajan para ellos sin que se lo hayan pedido, que se afilen y vivan en el fondo de una habitación, inaccesible a los mayores y sagrada para los menores; que tengan siempre la cabeza llena de secretos importantes, de milagrosos designios, de nuevos sistemas y que, absortos en sus meditaciones, queden privados del uso de la palabra y a veces, incluso del de la cortesía.

Cuando el difunto rey hubo cerrado los ojos, se pensó en establecer una nueva administración. Se daban cuenta de que estaban mal, pero no sabían cómo hacer para mejorar. No se habían encontrado a gusto bajo la autoridad sin límites²⁰⁹ de los ministros anteriores; quisieron descentralizarla. Crearon, con este fin, seis o siete consejos y quizás sea este ministerio el que con más sentido haya gobernado a Francia. Su duración fue corta, tanto como la del bien que produjo.

Francia, a la muerte del rey, era un cuerpo atacado por mil enfermedades. N... empuñó la espada, cortó los miembros inútiles y aplicó algunos remedios tópicos.²¹⁰ Pero quedaba todavía una enfermedad interna sin curar. Llegó un extranjero que intentó esta curación. Después de muchos remedios violentos, creyó haberle devuelto su salud, pero apenas si había conseguido una momentánea mejoría.

Todos los que eran ricos hace seis meses, son ahora pobres, y los que no tenían pan, nadan en la abundancia. Nunca habían estado tan cerca estos dos extremos. El extranjero había dado la vuelta al Estado como el chamarilero da la vuelta a un traje: pone el derecho para el revés y el revés para el derecho. ¡Cuántas fortunas inesperadas, increíbles incluso para quienes las hicieron! No saca Dios con mayor rapidez a los hombres de la nada. ¡Cuántos criados servidos por sus colegas y mañana quizás por sus amos!

²⁰⁹ *La autoridad sin límites*: Hay que pensar, sobre todo, en Colbert y en Louvois.

²¹⁰ *Remedios tópicos*: Los de aplicación externa: cataplasmas, ungüentos, etcétera.

Todo esto produce a menudo situaciones extrañas. Los lacayos que habían hecho su fortuna en el reinado anterior alardean ahora de su nacimiento; devuelven a los que acaban de dejar su librea en alguna calle todo el desprecio que ellos recibían hace seis meses; gritan con todas sus fuerzas: ¡La nobleza está arruinada! ¡Qué desorden en el Estado! ¡Qué confusión en las filas! ¡No se ve hacer fortuna más que a desconocidos! Te aseguro que éstos tomarán muy pronto el desquite sobre los que vienen detrás y que dentro de treinta años estas personas de posición harán mucho ruido.

París, 1 de la luna de Zilcadé, 1720

CXXXIX. RICA AL MISMO

He aquí un gran ejemplo de la ternura conyugal, no sólo de una mujer sino de una reina. La reina de Suecia,²¹¹ queriendo asociar a toda costa a su esposo, el príncipe, a la corona, para allanar cualquier dificultad, envió a los estados una declaración mediante la cual abandonaba la regencia en caso de que él fuera elegido.

Hace sesenta y tantos años, otra reina llamada Cristina²¹² abdicó para dedicarse por completo a la filosofía. No sé cuál de estos dos ejemplos debe causarnos más admiración.

Aunque yo defiendo que cada uno debe mantenerse en el lugar en que la naturaleza le ha colocado y no puedo alabar la debilidad de los que, estando en el lugar que les corresponde, lo abandonan por una especie de deserción, me conmueve la magnanimidad de espíritu de estas dos princesas, y ver cómo el alma de una y el corazón de la otra están por encima de su

²¹¹ *La reina de Suecia*: Hermana de Carlos XII, la reina Ulrica-Eleonora, después de haber entregado sus poderes al Parlamento, hizo que eligiesen en su lugar a su marido, el landgrave de Hesse-Cassel.

²¹² *Cristina*: La reina Cristina, hija de Gustavo Adolfo, abdicó en 1654 a favor de su primo, que fue rey con el nombre de Carlos X Gustavo. Acogió y protegió a Descartes. Pero decir, como se dice más abajo, que Cristina “se dedicó al estudio en un momento en que los demás no pensaban más que en disfrutar”, es olvidar los escándalos de su vida privada, el más importante de los cuales, el asesinato de su amante Monaldeschi, tuvo por escenario Fontainebleau.

destino. Cristina se dedicó al estudio en un momento en que los demás no pensaban más que en disfrutar, y a la otra no le interesa gozar sino para poner toda su felicidad en manos de su augusto esposo.

París, 27 de la luna de Maharram, 1720

CXL. RICA A USBEK, EN...

El Parlamento de París acaba de ser relegado a una pequeña ciudad que se llama Pontoise. El Consejo le ha enviado una declaración que le deshonra para que tome nota de ella o la apruebe, y el Parlamento ha tomado nota de una manera que deshonra al Consejo. Algunos parlamentos del reino corren peligro de semejante tratamiento.

Estas asociaciones son siempre odiosas; no se aproximan a los reyes más que para contarles tristes realidades y, mientras una multitud de cortesanos le representan sin cesar un pueblo feliz bajo su reinado, ellas, las asociaciones, vienen a desmentir la adulación y a depositar a los pies del trono las lágrimas y lamentos de que son depositarias.

La verdad, mi querido Usbek, es una pesada carga cuando hay que hacerla llegar hasta los príncipes. Deben pensar que los que se deciden a hacerlo, es por obligación y que no harían jamás encargos tan tristes y tan desagradables si no se vieran obligados a ello por su deber, su respeto, e incluso su amor.

París, 21 de la luna de Gemmadi 1, 1720

CXLI. RICA AL MISMO

Iré a verte este fin de semana. ¡Qué agradablemente pasarán los días en tu compañía!

He sido presentado hace algunos días a una dama de la corte que tenía ganas de ver mi rostro extranjero. Me pareció hermosa, digna de las miradas de nuestro monarca y de un augusto rango en el lugar sagrado donde su corazón reposa.

Me hizo mil preguntas sobre las costumbres de los persas y sobre el modo de vida de las mujeres del país. Me pareció que la vida del serrallo no era de su gusto y que encontraba desagradable ver a un hombre repartido entre diez o doce mujeres. No pudo dejar de envidiar la felicidad de él y apiadarse de la condición de ellas. Como le gusta leer, sobre todo poesías y novelas, quiso que le hablara de nuestros poetas y novelistas. Lo que le dije aumentó su curiosidad. Me pidió que le tradujera un fragmento de algunos de los libros que yo había llevado. Lo hice y algunos días más tarde le envié un cuento persa. Quizás te guste verlo traducido.

“En tiempos de Cheik-Ali-Khan²¹³ había en Persia una mujer llamada Zulema. Se sabía de memoria el sagrado Corán por completo. No había ningún derviche que interpretara mejor que ella las narraciones de los santos profetas; los doctores árabes no habían dicho nada tan misterioso como para que ella no comprendiera todo su sentido; y a tantos conocimientos unía cierto carácter picaruelo que no dejaba adivinar si lo que pretendía era divertirse o instruir a aquellos con quien hablaba.

”Un día que estaba con sus compañeras en una de las salas del serrallo, una de ellas le preguntó qué pensaba de la otra vida, y si creía en la vieja afirmación de nuestros doctores según la cual el paraíso sólo es para los hombres.

”Eso cree todo el mundo, les dijo ella; no hay nada que no se haya hecho para degradar a nuestro sexo. Hay incluso una raza extendida por toda Persia, la raza judía, que de acuerdo con sus libros sagrados, sostiene que nosotras no tenemos alma.

”Estas injuriosas opiniones no tienen otro origen que el orgullo de los hombres, que quieren conservar su autoridad incluso más allá de sus vidas y no se dan cuenta de que en el gran día todas las criaturas aparecerán ante Dios como la nada, sin que haya entre ellas más prerrogativas que las que procedan de la virtud.

”Dios no limitará su recompensa y, del mismo modo que los hombres que hayan vivido bien y hecho buen uso de la au-

²¹³ *Cheik-Ali-Khan: Un gran visir del sha Solimán.*

toridad que tienen aquí sobre nosotras, estarán en un paraíso repleto de bellezas celestiales, radiantes, bellezas tales que si un mortal llegara a verlas moriría en ese mismo momento por la impaciencia de disfrutar inmediatamente de ellas, también las mujeres virtuosas irán a un lugar de delicias donde se embriagarán en un torrente de voluptuosidades con hombres divinos que les estarán sometidos; cada una de ellas tendrá un serrallo en el que estarán encerrados con eunucos más fieles todavía que los nuestros, para guardarlos.

”He leído, añadió, en un libro árabe, que un hombre llamado Ibrahim sufría unos celos insoportables.

”Tenía doce mujeres extraordinariamente hermosas a las que trataba duramente; no confiaba ni en sus eunucos ni en las paredes del harén; las tenía casi siempre encerradas en su habitación, sin que pudieran verse ni hablar entre ellas, pues tenía celos hasta de una amistad inocente. Todas sus acciones estaban impregnadas de una brutalidad natural; nunca salió de su boca una palabra dulce, jamás hizo el menor gesto que no contribuyera a empeorar la esclavitud de sus mujeres.

”Un día que había reunido a todas en una sala de su harén, una de ellas, más atrevida que las demás, le reprochó su mal carácter. ‘Cuando una persona se afana tanto en buscar los medios para hacerse temer, le dijo, encuentra también más motivos de ser odiado. Somos tan desgraciadas que no podemos dejar de desear un cambio. Otras, en mi lugar, desearían vuestra muerte; yo no deseo más que la mía; y como no encuentro otro medio de separarme de vos, más que éste, la muerte me resultará agradable.’ Estas palabras, que hubieran debido emocionarle, le enfurecieron terriblemente; sacó su puñal y se lo clavó en el pecho. ‘Queridas compañeras, dijo ella con voz agonizante, si el cielo se compadece de mi virtud, seréis vengadas.’ Con estas palabras, abandonó esta desdichada vida para ir al lugar de las delicias en el que las mujeres que han vivido bien gozan de una felicidad que se renueva constantemente.

”Vio en primer lugar una pradera risueña cuyo verdor resaltaba gracias a los colores más vivos de las flores; un arroyo, cuyas aguas eran más puras que el cristal, serpenteaba por el prado. Entró en un precioso bosquecillo cuyo silencio se rom-

pía sólo por el suave canto de los pájaros. A continuación aparecieron magníficos jardines; la naturaleza los había adornado con toda su sencillez y toda su magnificencia. Encontró por último un palacio soberbio dispuesto para ella y lleno de hombres celestiales destinados a sus placeres.

”Dos de entre ellos se presentaron inmediatamente para desnudarla; otros la sumergieron en las aguas del baño y la perfumaron con las más deliciosas esencias. A continuación le dieron unos trajes mucho más ricos que los que llevaba. Después la llevaron a una gran sala donde encontró un fuego alimentado por maderas olorosas y una mesa repleta de los más deliciosos manjares. Todo parecía colaborar al goce de sus sentidos: por un lado oía una música tan divina como enternecedora; por otro, no veía más que las danzas de aquellos hombres divinos ocupados únicamente en agradarla. Sin embargo, todos estos placeres servían sólo para conducirla de un modo insensible a placeres mucho más grandes. La llevaron a su habitación y después de haberla desvestido de nuevo, la pusieron sobre un soberbio lecho donde dos hombres de extraordinaria belleza la recibieron en sus brazos. A partir de ese momento se sintió embriagada y los placeres excedieron a sus deseos. ‘Estoy completamente fuera de mí, temería morir si no estuviera segura de mi inmortalidad. ¡Es demasiado! Dejadme. Sucumbo ante la violencia de los placeres. Sí, habéis devuelto la calma a mis sentidos; empiezo a respirar y a volver en mí. ¿Por qué se han llevado las antorchas? ¿Por qué ya no puedo admirar vuestra divina belleza? ¿Por qué no puedo ver...? ¿Pero para qué quiero ver? Me hacéis volver a mis primeros éxtasis. ¡Dios mío, las tinieblas son tan deliciosas! ¡Qué! ¡Seré inmortal, pero inmortal con vosotros! ¡Lo seré? No, os pido perdón, veo que sois gente a la que nunca se debe preguntar.’

”Después de varias peticiones reiteradas fue obedecida; pero no lo fue hasta que verdaderamente quiso serlo. Se tumbó lánguidamente y se durmió en sus brazos. Un rato de sueño restableció sus fuerzas; recibió dos besos que rápidamente la encendieron y la obligaron a abrir los ojos. ‘Estoy preocupada, dijo, temo que no me améis.’ Era una duda en la que no quería permanecer por mucho tiempo; así pues, recibió todas las

aclaraciones que podía desear. 'Me he desengañado, exclamó ella, perdón, perdón, estoy segura de vosotros. No me decís nada, pero vosotros sois una prueba más evidente que vuestras palabras. ¡Sí, sí!, os lo confieso, nunca se ha amado tanto. Pero ¿qué pasa? ¿Os disputáis los dos el honor de persuadirme? Ah, si os peleáis, si añadís la ambición al placer de mi derrota, estoy perdida. Los dos seréis vencedores, la única vencida seré yo. Pero os venderé bien cara la victoria.'

''Todo esto no se interrumpió hasta llegado el día. Sus fieles y amables criados entraron en su habitación obligando a levantarse a los dos jóvenes a los que dos ancianos condujeron al lugar donde se guardaban para los placeres de ella. A continuación se levantó e inmediatamente apareció ante aquella corte idólatra, con los encantos que le proporcionaba una sencilla bata cubierta de los más suntuosos ornamentos. La noche la había embellecido: había puesto vida en el color de su rostro y encanto en sus expresiones. Durante todo el día no hubo más que bailes, conciertos, banquetes, juegos y paseos, y de vez en cuando se notaba que Anais desaparecía y volaba hacia sus dos jóvenes. Después de algunos hermosos instantes de entrevista, volvía hacia el grupo que había dejado, cada vez con un rostro más sereno. Y por fin, al caer la noche, desapareció por completo: fue a encerrarse en el harén, donde quería, según dijo, trabar conocimiento con los inmortales cautivos que deberían vivir con ella para siempre. Así pues, visitó los rincones más escondidos y maravillosos del lugar, donde contó hasta cincuenta esclavos de asombrosa belleza; vagó toda la noche de sala en sala recibiendo en todos los sitios homenajes siempre diferentes y siempre iguales.

''He aquí cómo la inmortal Anais se pasaba la vida, unas veces entre placeres escandalosos, otras entre placeres solitarios; admirada por un grupo de jóvenes hermosos o en brazos de un amante apasionado. A menudo dejaba el palacio encantado para ir a una gruta campestre; las flores parecían brotar a su paso y los juegos se sucedían ante ella.

''Hacia más de ocho días que estaba en esta feliz morada en la que, siempre entretenida, no se había parado en reflexionar ni una sola vez. Había gozado de su felicidad sin conocerla y sin tener un solo momento tranquilo en el que el alma co-

brara, por decirlo así, conciencia de sí misma y se escuchase en el silencio de sus pasiones.

”Los bienaventurados gozan de placeres tan vivos que raramente pueden gozar de esta libertad del espíritu. Por esto es por lo que, unidos fuertemente a los objetos presentes, pierden por completo el recuerdo del pasado y ya no les preocupa lo que conocieron o amaron en la otra vida.

”Pero Anais, cuyo espíritu era verdaderamente filosófico, se había pasado casi toda la vida meditando; había reflexionado mucho más de lo que era de esperar en una mujer abandonada a sí misma. La reiterada austeridad que su marido le había obligado a observar, no le había proporcionado otra ventaja. Fue esta fuerza de espíritu la que le hizo despreciar el miedo, al que estaban subyugadas sus compañeras, y la muerte, que sería el fin de sus desdichas y el principio de su felicidad.

”Así que, poco a poco, salió de la embriaguez de los placeres y se encerró sola en su habitación de su palacio dejándose llevar por dulces pensamientos comparando su antigua condición y la felicidad presente. No pudo evitar conmoverse al pensar en la desgracia de sus compañeras: el alma humana es sensible a los tormentos que ha compartido. Anais no se mantuvo en los simples límites de la compasión; sinceramente apiadada de aquellas infortunadas, se sintió obligada a socorrerlas.

”Dio orden a uno de los jóvenes que estaban junto a ella de tomar la figura de su marido, ir a su harén, convertirse en su dueño y echarle de allí, ocupando su puesto hasta que ella le llamara.

”La orden fue ejecutada con prontitud; surcó los aires, llegó a la puerta del serrallo de Ibrahim, que no estaba en aquel momento. Llama, todo se abre ante él, los eunucos caen a sus pies; vuela hacia la estancia donde están encerradas las mujeres de Ibrahim; al pasar había cogido las llaves del bolsillo del celoso, para el cual se había vuelto invisible. Entra y las mujeres quedan sorprendidas por su aspecto dulce y agradable y luego las sorprende aún más por su solicitud y por la rapidez de sus acciones. Todas estaban algo aturdidas y lo hubieran tomado por un sueño si su presencia no hubiera sido tan real.

”Mientras estas escenas tienen lugar en el harén, Ibrahim llama, maldice, protesta y grita. Después de haber superado muchas dificultades, entra y ve a los eunucos en un tremendo desorden. Avanza a grandes pasos, pero retrocede y se sorprende al ver al falso Ibrahim, verdadera imagen suya, ejerciendo las funciones de dueño. Pide socorro, quiere que los eunucos le ayuden a matar a aquel impostor, pero no le obedecen. No le queda más que una posibilidad: la de recurrir al juicio de sus mujeres. En una hora, el falso Ibrahim había seducido a todos sus jueces. El malvado Ibrahim es expulsado del serrallo y hubiera recibido mil muertes si su rival no hubiese dispuesto que se le perdonara la vida. Finalmente, el nuevo Ibrahim, quedó como dueño del campo de batalla. Se mostró cada vez más digno de tal elección y se distinguió por milagros hasta entonces desconocidos.

”No pareces Ibrahim, decían aquellas mujeres. —Decid, más bien, que aquel impostor no se parecía a mí. ¿Qué hace falta para ser vuestro esposo, si lo que hago no es suficiente? —No lo dudamos, dijeron las mujeres. Si no eres Ibrahim, nos basta con que hayas merecido serlo: tú has sido más Ibrahim en un día que él en diez años. —Entonces, ¿me prometéis, replicó él, declararos a mi favor contra este impostor? —No lo dudas, dijeron al unísono, te juramos eterna fidelidad. Durante mucho tiempo sólo se abusaba de nosotras: recibíamos un trato conforme, no a nuestra virtud, sino a su baja-za. Vemos que el resto de los hombres no son como él. Sin duda es a ti a quien se parecen. ¡Si supieras cuánto hace que le aborrecemos! —Con frecuencia os proporcionaré nuevos motivos de odio, contestó el falso Ibrahim; todavía no conocéis el mal que os ha hecho. —Juzgamos sus injusticias por el tamaño de nuestra venganza, contestaron ellas. —Sí, tenéis razón, dijo el hombre divino: le he castigado proporcionalmente a su crimen; me alegra que os guste mi manera de castigar. —Pero, dijeron las mujeres, si ese impostor vuelve ¿qué haremos? —Creo que le será difícil maltrataros, respondió: el lugar que yo ocupé junto a vosotras no se conserva por la astucia y, además, le enviaré tan lejos que nunca volveréis a oír hablar de él. Para entonces, yo me encargaré de vuestra dicha: no seré celoso; sabré estar seguro de vosotras

sin molestaros; tengo bastante buena opinión de mis méritos para pensar que vosotras me seáis infieles. Si no fuerais virtuosas conmigo ¿con quién ibais a serlo?

”Esta conversación entre él y las mujeres duró mucho tiempo y ellas, más sorprendidas por las diferencias entre los dos Ibrahims que por su parecido, no pensaron en esclarecer tanta maravilla. Después, el marido, desesperado, fue a verlas de nuevo y encontró su casa llena de júbilo y a sus mujeres más descreídas que nunca. La situación no era fácil para un hombre celoso: salió furioso y, poco después, el falso Ibrahim le siguió, lo cogió y lo transportó por los aires dejándole a dos mil leguas de allí.

”¡Oh, dioses! qué desoladas se encontraron aquellas mujeres en ausencia de su marido Ibrahim. Otra vez los eunucos recuperaron su severidad natural; toda la casa lloraba; a veces pensaban que todo lo ocurrido había sido un sueño y recordaban los menores detalles de aquella extraña aventura. Finalmente, el celeste Ibrahim volvió, cada vez más amable; les pareció que su viaje no le había resultado triste. El nuevo dueño se comportaba de una forma tan opuesta a la del otro que sorprendió a todos los vecinos. Expulsó a todos los eunucos, abrió las puertas de su casa a todo el mundo. No permitió que sus mujeres usaran velo. Resultaba extraño verlas en las fiestas entre hombres, tan libres como ellos. Ibrahim pensó, con razón, que las costumbres de la ciudad no estaban hechas para gente como él. Sin embargo, no se negó a ninguna clase de dispendio: gastó profusamente los bienes del celoso que, de vuelta tres años después del país al que había sido transportado, no encontró más que a sus mujeres y treinta y seis hijos.”

París, 26 de la luna de Gemmadi 1, 1720

CXLII. RICA A USBEK, EN...

He aquí una carta que recibí ayer de un sabio,²¹⁴ me parece que es interesante.

²¹⁴ *Un sabio*: Está patente la fobia de Montesquieu hacia los recopiladores.

“Señor mío:

”Hace seis meses recibí una herencia de un tío mío muy rico: me dejaba quinientas o seiscientas mil libras y una casa soberbiamente amueblada. Es agradable tener algo cuando se sabe hacer buen uso de ello. No tengo ninguna ambición ni ningún interés por los placeres: casi siempre estoy encerrado en mi habitación, donde llevo una vida apartada; en un lugar así se puede encontrar siempre un entusiasta de la Antigüedad.

”Cuando murió mi tío me hubiera gustado mucho enterrarle con el ceremonial que seguían los antiguos griegos y romanos, pero entonces no tenía ni lacrimatorios ni urna ni lámparas antiguas.

”Más tarde he conseguido todas estas apreciables rarezas. Hace unos días vendí mi vajilla de plata para comprar una lámpara de arcilla que había pertenecido a un filósofo estoico. Me he deshecho de todos los espejos con que mi tío había cubierto casi todas las paredes de su casa para comprar uno pequeño, algo roto, que había sido de Virgilio: me gusta mucho ver mi figura allí reflejada en lugar de la del cisne de Mantua. Pero esto no es todo. He comprado por cien luises de oro cinco o seis monedas de cobre, en curso legal hace dos mil años. Ya no puedo tener en mi casa un solo mueble que haya sido fabricado antes de la decadencia del Imperio. Tengo una habitación llena de manuscritos muy valiosos y muy caros. Aunque me canso los ojos leyéndolos, prefiero utilizar éstos mejor que esos ejemplares impresos que no son tan correctos y que maneja todo el mundo. Aunque casi nunca salgo de casa tengo una desmesurada afición por conocer todos los antiguos caminos del tiempo de los romanos. Hay uno cerca de mi casa, hecho construir por un procónsul de las Galias, hace aproximadamente unos mil doscientos años. Cuando voy a mi casa de campo, nunca dejo de pasar por allí aunque me resulta incómodo y alarga mi camino más de una legua, pero lo que me molesta es que hayan puesto mojones de madera para señalar la distancia a las ciudades cercanas. Me desespera ver esas miserables señales en lugar de las antiguas columnas miliarias. Sin duda, alguna vez haré que mis herederos las pongan de nuevo y con mi testamento les obligaré a este gasto. Si usted tiene algún manuscrito persa, haga el favor de propor-

cionármelo; se lo pagaré al precio que quiera y además le daré algunas obras de mi colección para que vea que no soy un miembro inútil de la república de las letras. Podrá ver, entre otras, una disertación aclarando que la corona que entregaban antiguamente a los triunfadores era de encina y no de laurel. Podrá admirar otro estudio en el que pruebo, mediante eruditas argumentaciones sacadas de los autores griegos más serios, que Cambises fue herido en la pierna izquierda y no en la derecha; en otro estudio demuestro que los romanos estimaban muchísimo una fuente pequeña. También le enviaré un volumen en cuarto en el que explico un verso del sexto libro de la *Eneida* de Virgilio. No podrá recibir esto hasta dentro de unos días; de momento, me conformo con enviarle este fragmento de un antiguo mitologista griego que no había sido descubierto hasta ahora y que he encontrado entre el polvo de una biblioteca. Le dejo ya, tengo algo importante que hacer: se trata de reelaborar un hermoso pasaje del naturalista Plinio que los copistas del siglo V habían desfigurado.

”Queda de usted... etcétera.”

FRAGMENTO DE UN ANTIGUO MITOLOGISTA

“En una isla cerca de las Orcadas nació un niño que tuvo por padre a Eolo, dios de los vientos, y por madre a una ninfa de Caledonia.²¹⁵ Se cuenta que aprendió, completamente solo, a contar con los dedos y que, desde los cuatro años, distinguía tan bien los metales que cuando su madre le dio una sortija de latón en lugar de una de oro, se dio cuenta del engaño y la tiró.

”Cuando fue mayor, su padre le enseñó el secreto de encerrar el viento en odres, que después vendía a todos los viajeros; pero, como este negocio no prosperaba mucho en su país, lo abandonó y se fue a recorrer el mundo en compañía del ciego dios del azar.

²¹⁵ *Caledonia*: Es el nombre antiguo de Escocia, cerca de la cual se encuentran las islas Orcadas. Law era hijo de un orfebre. Cuando llegó a Francia por vez primera, Luis XIV hizo que lo expulsasen (1708).

”Durante sus viajes se enteró de que en la Bética²¹⁶ había oro por todas partes; esto hizo que rápidamente se encaminara hacia allí. Fue muy mal recibido por Saturno, que reinaba entonces, pero cuando este dios abandonó la Tierra decidió ir a todas las encrucijadas y gritar con voz ronca: ‘Pueblos de la Bética, creéis ser ricos porque tenéis oro y plata; vuestro error me da pena. Creedme: abandonad el país de los viles metales: venid al imperio de las fantasías y os prometo tantas riquezas que os asombrarán.’ Inmediatamente, abrió gran parte de los odres y distribuyó su mercancía entre los que quisieron.

”A la mañana siguiente volvió a las mismas encrucijadas y gritó: ‘Pueblos de la Bética, ¿queréis ser ricos? Imaginad que yo lo soy y que vosotros los sois también; convenceos todas las mañanas de que vuestra fortuna se ha duplicado durante la noche; después saltad de la cama y, si tenéis acreedores, id a pagarles con lo que habéis imaginado y decidles que ellos también se lo imaginen.’

”Volió a aparecer algunos días más tarde y habló así: ‘Pueblos de la Bética, observo que vuestra imaginación no es tan viva como la de los primeros días, dejaos conducir por la mía. Todas las mañanas pondré ante vuestros ojos un rótulo que será la fuente de vuestras riquezas. No veréis en él más que cuatro palabras, pero muy significativas; estas palabras regularán la dote de vuestras mujeres, la herencia de vuestros hijos, el número de vuestros criados. Y en cuanto a vosotros, dijo a aquellos del grupo que estaban más cerca de él, en cuanto a vosotros, queridos hijos (puedo llamaros así, pues de mí habéis recibido una segunda vida), mi rótulo decidirá la magnificencia de vuestros ajuares, la suntuosidad de vuestros festines, el número y la pensión de vuestras amantes.’

”Algunos días después, llegó a la encrucijada sin aliento y dejándose llevar por la cólera gritó: ‘Pueblos de la Bética, os aconsejé que hicierais trabajar vuestra imaginación y veo que no lo habéis hecho; pues bien, ahora os lo ordeno.’ Tras estas palabras, desapareció bruscamente; pero reflexionó y volvió sobre sus pasos. ‘Sé que algunos de vosotros sois capaces de

²¹⁶ *La Bética*: En principio, es el antiguo nombre de Andalucía, pero, en este caso, se refiere a Francia.

guardar el oro y la plata. Pase la plata, pero el oro... el oro... ¡Es indignante! Juro, por mis sagrados antepasados que, si no venís a traérmelo, os castigaré severamente. Después con acento persuasivo, añadió: ¿Pensáis acaso que lo hago para guardarme los miserables metales que os pido? Prueba de mi buena intención es el hecho de que, cuando vosotros me lo trajisteis hace algunos días, inmediatamente os devolví la mitad.'

"Al día siguiente, desde lejos se le veía insinuarse con una voz dulce y reposada: 'Pueblos de la Bética, sé que tenéis una parte de vuestros tesoros en países extranjeros. Por favor, traédmelos: me daréis una gran alegría y os estaré eternamente reconocido.'

"El hijo de Eolo hablaba a gentes sin ganas de reír: sin embargo, nadie pudo aguantarse; lo que hizo que se marchara completamente confundido. Pero redoblando su valor, aventuró todavía un ruego: 'Sé que tenéis piedras preciosas. En nombre de Júpiter, ¡deshaceos de ellas! Nada os empobrece tanto como esa clase de cosas. Deshaceos de ellas, os digo. Si no podéis hacerlo vosotros solos, os proporcionaré excelentes hombres de negocios. ¡Qué cantidad de riquezas entrarán en vuestras casas, si seguís mi consejo! Sí, os prometo lo más puro que haya en mis odres.'

"Después se subió a un tablado y con voz firme dijo: 'Pueblos de la Bética, he comparado el feliz estado en que os halláis con aquel que encontré al llegar aquí; veo que sois el pueblo más rico de la tierra, pero para completar vuestra felicidad permitid que os quite la mitad de vuestros bienes.' Con estas palabras, el hijo de Eolo desapareció volando y dejó a los que le escuchaban sumidos en una inenarrable consternación; lo que hizo que volviera al día siguiente y hablara así: 'He observado que mi discurso de ayer os disgustó en extremo. Pues bien, no tengáis en cuenta nada de lo que dije. Es verdad, la mitad es demasiado; tendré que tomar otras medidas para conseguir el fin que me he propuesto: juntemos nuestras riquezas en un mismo sitio; podemos hacerlo fácilmente, ya que no son demasiado voluminosas.' Inmediatamente desaparecieron las tres cuartas partes."

París, 9 de la luna de Chahban, 1720

CXLIII. RICA A NATHANAEL LEVI, MÉDICO JUDÍO, EN LIVORNO

Me preguntas mi opinión sobre las virtudes de los amuletos y el poder de los talismanes. ¿Por qué te diriges a mí? Tú eres judío y yo mahometano, es decir, los dos somos creyentes.

Siempre llevo conmigo más de dos mil pasajes²¹⁷ del santo Corán; sujeto a mi brazo un paquetito donde están escritos los nombres de doscientos derviches; el de Alí, el de Fatmé, los de todos los bienaventurados, están repartidos por todo mi cuerpo.

Sin embargo, no desapruero en absoluto a los que no creen en los poderes atribuidos a ciertas palabras: nos es tan difícil responder a sus razonamientos como a ellos rebatir nuestras experiencias.

Llevo todos estos sagrados cachivaches por costumbre, para seguir una práctica universal. Creo que si no tienen más virtud que los anillos y demás ornamentos con los que uno se adorna, tampoco tienen menos. Pero tú pones toda tu confianza en algunas letras misteriosas y sin esta defensa estarías continuamente asustado.

¡Los hombres son muy desdichados! Oscilan sin cesar entre falsas experiencias y temores ridículos y, en lugar de apoyarse en la razón, crean monstruos que les intimidan o fantasmas que les seducen.

¿Qué efecto quieres que produzca la conjunción de algunas letras? ¿Qué efecto crees que pueda tener una transformación? ¿Qué relación tienen con los vientos para aplacar las tempestades; con la pólvora para superar su esfuerzo; con lo que los médicos llaman el *humor pecante* y la *causa maligna* de las enfermedades para curarlas?

Lo que esto tiene de extraordinario es que todo aquel que hace trabajar a su espíritu para relacionar ciertos acontecimientos con los poderes ocultos, no ha de hacer el menor esfuerzo para encubrir la verdadera causa.

²¹⁷ *Más de dos mil pasajes*: Según Chardin, algunos devotos llevaban, de este modo, el Corán entero encima; lo que es cierto es que se trataba de una costumbre muy extendida.

Me dirás que algunas ilusiones²¹⁸ han hecho ganar una gran batalla, pero te diré que es necesario que te tapes los ojos para ver en la situación del campo de batalla, en el valor de los soldados, o en la experiencia de los capitanes, causas suficientes para producir este efecto, cuya causa tú quieres ignorar.

Admitamos por un momento que existen estas ilusiones. Admíteme, por un momento, a tu vez que no existen en absoluto: ya que esto no es imposible. Lo que me concedes no impide que se peleen dos ejércitos. ¿Pretendes que, en tal caso, ninguno de los dos pueda conseguir la victoria? ¿Crees que su suerte será incierta hasta que un poder invisible venga a determinarla; que todos los golpes se darán en el vacío, que la prudencia será vana, y todo el valor inútil? ¿Crees que, en estas ocasiones, la muerte, presente de mil formas diferentes, no puede depositar en las almas ese terrible pánico que tanto trabajo te cuesta describir? ¿Pretendes que en un ejército de cien mil hombres no puede haber ni uno solo temeroso? ¿Crees que el miedo de éste no puede provocar el miedo en otro; el segundo en un tercero, y que el tercero no pueda rápidamente quitar el valor a un cuarto? Esto basta para que la desconfianza en la victoria se apodere de repente de un ejército entero, y más fácilmente cuanto más numeroso sea.

Todo el mundo sabe y todo el mundo siente que los hombres, como toda criatura con instinto de conservación, aman apasionadamente la vida. Se sabe esto en general y se busca por qué, en una situación particular, tienen el temor de perderla.

Pese a que los libros sagrados de todas las naciones estén llenos de estos terribles pánicos, sobrenaturales, no logro imaginarme nada tan frívolo, porque para afirmar que un efecto que puede ser producido por cien mil causas naturales es sobrenatural, hace falta antes haber examinado si ninguna de estas causas ha actuado, lo cual resulta imposible.

²¹⁸ *Algunas ilusiones*: Se trata aquí de milagros. En el transcurso de la batalla decisiva del puente Milvio, la inscripción *In hoc signo vinces* acompañando a la cruz cristiana se le apareció en el cielo a Constantino y fue el vencedor.

No hablaré más de esto, Nathanael: me parece que el tema no merece ser tratado más seriamente.

París, 20 de la luna de Chahban, 1720

P.S. Cuando acababa, he oído vocear la carta de un médico de provincias a un médico parisino (pues aquí se imprimen, se publican y se compran toda clase de bagatelas); creo que no estaría mal que te la enviara pues tiene alguna relación con nuestro tema.

CARTA DE UN MÉDICO DE PROVINCIAS A UN MÉDICO DE PARÍS

Había en nuestra ciudad un enfermo que llevaba treinta y cinco días sin dormir. Su médico le recetó opio; pero el enfermo no se decidía a tomarlo y cuando tenía la copa en la mano, estaba más indeciso que nunca. Al fin le dijo a su médico: "Señor, deme de plazo sólo hasta mañana: conozco a un hombre que no ejerce la medicina pero que tiene en su casa un sinnúmero de remedios contra el insomnio. Deje que le mande llamar y, si esta noche no duermo, le prometo que mañana haré lo que usted me mande." El médico se marchó, el enfermo mandó correr las cortinas y dijo a un criado: "Mira, ve a casa del señor Anis y dile que venga a hablar conmigo." El señor Anis llegó: "Querido señor Anis, me estoy muriendo, no puedo dormir. ¿No tendrá usted en su tienda la *C. del G.* o algún libro de devoción escrito por R.P.J. que no haya podido vender? Porque a veces los remedios más escondidos son los mejores." "Señor, dijo el librero, tengo en mi casa *La Corte Santa*, del padre Caussin, en seis volúmenes y está a su disposición; se la enviaré, deseo que le guste. Si desea las obras del reverendo padre Rodríguez, jesuita español, no se quede con las ganas. Pero de verdad, le recomiendo al padre Caussin: espero, con la ayuda de Dios, que un párrafo del padre Caussin le haga tanto efecto como una hoja completa de la *C. del G.*" Después de esto, el señor Anis se marchó y fue corriendo a buscar el remedio a su tienda. *La Corte Santa*

llega, le sacuden el polvo; el hijo del enfermo, joven estudiante, se pone a leerlo. Empiezan a sentirse los primeros efectos: en la segunda página ya no pronunciaba más que con voz mal articulada y todos los acompañantes empezaron a sentirse débiles. Un instante después, todos roncaban menos el enfermo que, tras haberlo intentado largo tiempo, acabó por dormirse.

El médico llegó entrada la mañana: “Bueno, ¿ha tomado usted el opio? Nadie le respondió: la mujer, la hija, el hijo pequeño, llenos de satisfacción le enseñaron el libro del padre Caussin; el médico preguntó qué era y le contestaron: “¡Viva el padre Caussin! Hay que mandarlo encuadernar. ¿Quién lo hubiera dicho? ¿Quién lo hubiera creído? Es un milagro. Tenga, señor, mire el libro del padre Caussin, es el libro que ha hecho dormir a mi padre.” Y le explicaron cómo había sucedido.

CXLIV. RICA A USBEK

Hace algunos días me encontré, en una casita de campo a la que había ido, con dos sabios que gozan aquí de gran renombre. Su carácter me pareció admirable. La conversación del primero se reducía a esto: “Lo que he dicho es verdad, porque lo he dicho yo.” La conversación del segundo se refería a otras cosas: “Lo que no he dicho, no es verdad, porque no lo he dicho yo.”

El primero me gustó bastante: ya que no me importa en absoluto el que un hombre sea obstinado; pero sí que sea impertinente. El primero defiende sus opiniones: es algo que le pertenece. El segundo ataca las opiniones de los demás, y esto pertenece a todo el mundo.

¡Ay, querido Usbek! La vanidad sirve mal a quienes poseen una dosis superior a la necesaria para conservación de la naturaleza.²¹⁹ Esas personas quieren ser admiradas a fuerza de molestar. Pretenden ser superiores, y ni siquiera son iguales.

²¹⁹ *Para conservación de la naturaleza:* A primera vista parece que la vanidad no tiene nada que ver con el instinto de conservación; pero es que la vanidad, entendida de este modo equivale al amor propio.

Hombres modestos, venid que os abrace: vosotros dais dulzura y encanto a la vida. Creéis que no tenéis nada y yo, yo os aseguro que tenéis todo. Creéis que no humilláis a nadie y humilláis a todo el mundo. Y cuando os comparo, en mi imaginación, con esos hombres tan seguros de sí que veo en todas partes, los arrojo de su tribuna y los pongo a vuestros pies.

París, 22 de la luna de Chahban, 1720

CXLV. USBEK A RHEDI, EN VENECIA

Hace tiempo se dijo que la buena fe era el espíritu de un venturoso ministerio.

Un particular puede gozar de la oscuridad en que se encuentra: no se desacredita más que ante unos pocos; pero un ministro²²⁰ que falta a la probidad cuenta con tantos testigos, tantos jueces, como gente gobierna.

¿Me atreveré a decirlo? El daño más grave que hace un ministro sin probidad no es el de perjudicar a su príncipe o arruinar a su pueblo; hay otro, en mi opinión, mil veces más peligroso: es el mal ejemplo que da.

Sabes que durante mucho tiempo he viajado por las Indias. Allí he visto una nación naturalmente generosa, instantáneamente pervertida, desde el primero al último de los súbditos, por el mal ejemplo de un ministro. Allí he visto todo un pueblo, para el que la generosidad, la probidad, el candor y la buena fe han sido siempre cualidades naturales, convertirse en el último de los pueblos; propagarse la enfermedad sin respetar siquiera los miembros más sanos; los hombres más virtuosos realizan las más indignas acciones y violan los primeros principios de la Justicia, con la excusa vana de que se había violado antes con ellos.

Recurrían a odiosas leyes que garantizaban acciones vergonzosas, llamando *necesidad* a la injusticia y a la perfidia.

²²⁰ Pero un ministro: Aquí se apunta a Law, igual que la nación de la India representará más adelante a Francia, y las leyes, a las que han aparecido, bajo diversos disfraces, en la carta 142.

He visto desterrada la garantía de los contratos, aniquiladas las convenciones más santas, trastocadas las leyes de familia. He visto deudores avaros, orgullosos de una pobreza insolente, indignos instrumentos del furor de las leyes y del rigor de los tiempos, escabullirse del pago de una deuda en vez de liquidarla, y dar una cuchillada en el pecho a sus benefactores.

He visto a otros, más indignos todavía, comprar casi gratis o recoger del suelo hojas de las encinas para darlas como alimento a las viudas y a los huérfanos.

He visto que, de repente, nacía una insaciable sed de riquezas en todos los corazones; se formaba una detestable conjura para enriquecerse, no mediante un honesto trabajo o una lucrativa industria, sino mediante la ruina del príncipe, del Estado y de los ciudadanos.

He visto un honesto ciudadano que, en estos desgraciados tiempos, no se acostaba sin decir: "He arruinado hoy a una familia; arruinaré a otra mañana."

"Yo, decía otro, voy a asesinar, como un hombre sombrío²²¹ que lleva una cartera en la mano y un afilado hierro tras la oreja, a todos aquellos a quienes debo favores."

Otro decía: "Veo que mis negocios marchan bien. Es verdad que hace tres días, cuando fui a cobrar una deuda, dejé llorando a toda una familia, hice desaparecer la dote de dos honestas muchachas, y privé de educación a un muchacho. El padre se morirá de dolor, y la madre de tristeza, pero yo no he hecho más que lo prescrito por la ley."

¿Existe crimen mayor que el cometido por un ministro cuando corrompe las costumbres de una nación, degrada las almas virtuosas, empaña el brillo de la dignidad, oscurece hasta la misma virtud y hunde el más alto de los nacimientos en el desprecio universal?

¿Qué dirá la posteridad cuando tenga que enrojecer de vergüenza por sus padres? ¿Qué dirá el recién nacido pueblo cuando compare el hierro de sus antepasados con el oro de aquellos a los que hoy debe la existencia? No dudo que los no-

²²¹ *Un hombre sombrío*: Evidentemente, un ujier, reconocible no sólo por su atuendo sino por los atributos tradicionales, representados cómicamente: "un afilado hierro".

bles suprimirán de sus blasones cualquier indigno grado de nobleza que los deshonre, y que abandonarán a la presente generación en el espantoso vacío en que está sunida.

París, 11 de la luna de Rhamazan, 1720

CXLVI. EL GRAN EUNUCO A USBEK, EN PARÍS

Las cosas han alcanzado su punto culminante: tus mujeres se han imaginado que tu partida les concedía completa impunidad. Aquí pasan cosas horribles. Yo mismo tiemblo pensando en lo que voy a decirte.

Zelis, al ir hace unos días a Mosqué, dejó caer su velo, quedando ante todo el mundo con el rostro casi al descubierto.

Me he encontrado a Zachi acostada con una de sus esclavas, a pesar de lo prohibido que esto está por las leyes del harén.

He sorprendido, por la casualidad más grande del mundo, una carta que te adjunto: no he conseguido descubrir a quién iba dirigida.

Ayer por la noche encontraron en el jardín del harén, a un muchacho, que escapó saltando por encima de las tapias.

Añade a todo esto lo sucedido sin mi conocimiento: porque, seguramente, estás siendo traicionado. Espero tus órdenes. Y, hasta el feliz momento en que las reciba, voy a estar mortalmente preocupado. Pero, si no pones bajo mis órdenes directas a todas estas mujeres, no te respondo por ninguna de ellas. Y todos los días tendré malas noticias que comunicarte.

Harén de Ispahán, 1 de la luna de Rhégcb, 1717

CXLVII. USBEK AL PRIMER EUNUCO, EN EL SERRALLO DE ISPAHÁN

Con esta carta recibes completos poderes sobre el harén: ordena con tanta autoridad como yo. Que el miedo y el terror te acompañen; corre de habitación en habitación, impartiendo castigos ejemplares. Que todo viva en la consternación; que

todo quede anegado en lágrimas ante ti. Interroga a todo el harén, empezando por las esclavas. Saca a relucir los secretos más escondidos. Purifica ese infame lugar y haz que vuelva a reinar allí la desterrada virtud; porque desde este momento, eres responsable de la menor falta que se cometa. Supongo que la carta que sorprendiste iría dirigida a Zelis.²²² Examínala con ojos de lince.

Desde..., 11 de la luna de Zilhagé, 1718

CXLVIII. NARSIT A USBEK, EN PARÍS

El gran eunuco acaba de morir, magnífico señor. Como soy yo el más viejo de tus esclavos, desempeñaré su cargo hasta que tú nos hagas conocer en quién has puesto tus ojos.

Dos días después de su muerte, llegó una de las cartas que tú le habías mandado; me he guardado mucho de abrirla: la he envuelto respetuosamente y la he guardado hasta que me hagas saber tu sagrada voluntad.

Ayer por la noche vino un esclavo a decirme que había encontrado a un joven en el harén. Me levanté, examiné el asunto y comprobé que se trataba de una visión.

Te beso los pies, sublime señor, y te ruego tengas en cuenta mi celo, mi experiencia y mi edad.

Harén de Ispahán, 5 de la luna de Gemmadi 1, 1718

CXLIX. USBEK A NARSIT, EN EL HARÉN DE ISPAHÁN

¡Maldito seas! Tienes en tus manos cartas que contienen rápidas y violentas disposiciones; el menor retraso puede desespearme, y tú estás ahí, tan tranquilo, con un pretexto idiota.

²²² *Irta dirigida a Zelis*: Esta sospecha será interpretada por Solim como una condena y Zelis será brutalmente castigada.

Se trata de cosas horribles: quizá la mitad de mis esclavos²²³ merecen la muerte. Te mando la carta que el primer eunuco me había escrito antes de morir. Si has abierto la carta que le mandé, habrás encontrado órdenes cruentas. Así que, léelas y ejecútalas. De otro modo, perecerás.

Desde..., 25 de la luna de Chalval, 1718

CL. SOLIM A USBEK, EN PARÍS

Si guardara silencio durante más tiempo, sería tan culpable como todos estos criminales que tienes en el harén.

Yo era el confidente del gran eunuco,²²⁴ el más fiel de tus esclavos. Cuando vio cercano su fin me hizo llamar y me dijo estas palabras: “Me muero. Lo único que me apena al dejar la vida es que mis miradas postreras hayan descubierto que las esposas de mi amo son culpables. ¡Que el cielo las proteja de todas las desgracias que les auguro! ¡Ojalá, después de mi muerte, mi sombra amenazante pueda venir a recordarles su deber y a intimidarlas todavía! Aquí están las llaves de este temible lugar. Llévaselas al más viejo de los negros. Pero, si después de mi muerte no guarda el debido celo, no dudes en advertir a tu amo.” Al acabar de pronunciar estas palabras expiró en mis brazos.

Sabía que te escribió un poco antes de su muerte, hablando de la conducta de las mujeres; hay en el harén una carta²²⁵ que, de haber sido abierta, hubiera esparcido el terror con ella. La que has escrito después ha sido encontrada a tres leguas de aquí. No sé lo que pasa: todo se complica de mala manera.

²²³ *La mitad de mis esclavos*: Hay que notar aquí que Usbek, según la antigua costumbre, se enseñará con sus esclavos de la forma más cruel. Para con sus mujeres libres, está sujeto a algunas consideraciones que prescriben las leyes.

²²⁴ *Yo era el confidente del gran eunuco*: No hay duda de que este Solim es un ambicioso que venía preparando sus planes desde hacía tiempo. Para él ha llegado el momento del golpe decisivo. Político de serrallo, es la representación del simple hombre político, en el propósito del autor.

²²⁵ *Una carta*: Es la carta que el viejo y débil Narsit respetó estúpidamente.

Sin embargo, tus mujeres ya no tienen ninguna moderación: después de la muerte del gran eunuco parece que les esté permitido todo. Roxana es la única que sigue cumpliendo con su deber y conserva la modestia. Noto que las costumbres se relajan más y más cada día. Ya no se ve en el rostro de tus mujeres la gracia vigorosa y severa que tenían antes; una nueva clase de alegría, que se ha extendido por todo tu harén es, en mi opinión, señal infalible de alguna nueva satisfacción; en las cosas más pequeñas, noto libertades hasta ahora desconocidas. Incluso entre los esclavos reina una cierta indolencia, en lo que respecta al acatamiento y deber para con las leyes, que me sorprende: ya no se ve ese celo ardiente para servirte que antes parecía animar todo el harén.

Tus mujeres han pasado ocho días en el campo, en una de las casas que tienes más abandonadas. Se dice que el esclavo que las cuidaba fue sobornado, y que un día antes de su llegada ocultó a dos hombres en un escondrijo de piedra que hay en la pared de la habitación principal, de donde salieron la noche en que llegamos, cuando ya nos habíamos acostado. El viejo eunuco que tenemos ahora es un imbécil al que se puede hacer creer todo lo que se quiera. Estoy lleno de cólera vengativa contra tanta perfidia y, si el cielo quisiese, para mejor servirte, que me juzgases capaz de gobernar, te prometo que, aunque tus mujeres no fuesen virtuosas, al menos te serían fieles.

Harén de Ispahán, 6 de la luna de Rebiab I, 1719

CLI. NARSIT A USBEK, EN PARÍS

Roxana y Zelis deseaban ir al campo; cumplí con lo que pensé que era mi deber y no me opuse. ¡Dichoso Usbek!,²²⁶ tienes

²²⁶ *¡Dichoso Usbek!*: Las noticias alternadas y contradictorias de Solim y de Narsit tienen un valor triple. Al dar al lector el sentimiento de la turbación y la confusión de la vida misma, consiguen el patetismo del relato. En un plano más general, hacen sensible la relatividad de lo cierto en las situaciones humanas (*Cada uno su verdad*). Por último, presentan, indirectamente, una imagen de los peligros a que están ex-

mujeres fieles y esclavos vigilantes: tengo bajo mis órdenes dos lugares en los que la virtud parece haberse aposentado. Ten en cuenta que nunca pasará nada que tus ojos no pudieran soportar.

Ha sucedido una desgracia que me llena de pena. Unos mercaderes armenios, llegados de nuevo a Ispahán, traían una de tus cartas; envié un esclavo a buscarla; a la vuelta les robaron, y la carta se perdió. Escríbeme pues, muy rápido porque imagino que, con todos estos cambios, debes tener cosas importantes que ordenarme.

Harén de Fatmé, 6 de la luna de Rebiab 1, 1719

CLII. USBEK A SOLIM, EN EL SERRALLO DE ISPAHÁN

Te confiero el poder. Te confío lo que en este momento es para mí más querido. Se trata de mi venganza.²²⁷ Ocupa este nuevo cargo, pero deja a un lado el corazón y la piedad. He escrito a mis mujeres ordenando que te obedezcan ciegamente. Entre la confusión que suponen tantos crímenes, ellas se arrodillarán ante tu mirada. En tus manos pongo mi felicidad y mi tranquilidad. Devuélveme mi harén tal como lo dejé; pero empieza por purificarlo. Extermina a los culpables y haz temblar a los que se proponían convertirlo en otra cosa. ¿Qué no te dará tu dueño por cumplir tan importantes servicios? Te dará incluso más de lo que mereces y te otorgará recompensas con las que nunca has soñado.

París, 4 de la luna de Chahban, 1719

puestos los monarcas, como todos los dueños absolutos: están a merced de los consejeros, unos buenos pero incapaces, otros enérgicos pero interesados.

²²⁷ *Mi venganza*: La palabra sincera ha surgido de la pluma de Usbek: ha desaparecido lo que él consideraba su amor; ahora, este hombre bien intencionado pero débil y que, desgraciadamente, dispone de un poder sin límites, sólo sabe dejarse llevar por un instinto primitivo.

CLIII. USBEK A SUS MUJERES, EN EL HARÉN DE ISPAHÁN

¡Ojalá esta carta sea como el rayo que cae en medio de los truenos y las tempestades! Solim es vuestro primer eunuco, no para guardaros, sino para castigaros. ¡Que todo el harén se postre delante de él! Él juzgará vuestras pasadas acciones y, en el futuro, os colocará bajo un yugo tan inflexible que echaréis de menos vuestra libertad, ya que no echáis de menos vuestra virtud.

París, 4 de la luna de Chahban, 1719

CLIV. USBEK A NESSIR, EN ISPAHÁN

Feliz aquel que, conociendo el premio de una vida dulce y tranquila, descansa su corazón entre la familia y no conoce más tierra que la que el día le proporciona.

Vivo en un ambiente extranjero, en presencia de todo lo que me molesta y en ausencia de lo que me interesa. La tristeza parece atenazarme; estoy sumido en un terrible agotamiento: me da la impresión de que estoy aniquilado y sólo me encuentro a mí mismo cuando los celos sombríos dan a luz y engendran en mi alma el miedo, las sospechas, el odio y el sufrimiento.

Tú me conoces, Nessir, tú has podido leer en mi corazón como en el tuyo. Te apiadarías de mí si supieras mi deplorable estado. Algunas veces espero durante seis meses noticias del harén; siento cada instante que pasa; mi impaciencia los alarga cada vez más, y cuando lo que ha sido tan esperado está próximo a llegar, en mi corazón se opera de repente una conmoción violenta; mi mano tiembla al abrir la carta fatal. Esta inquietud que me desesperaba, me parece ahora el estado más feliz en que pueda encontrarme y temo salir de él mediante un golpe que me resulte más terrible que mil muertes juntas.

Pero cualquiera que sea la razón por la que tuve que salir de mi patria, aunque deba la vida a mi marcha, Nessir, no puedo continuar en este espantoso destierro. A pesar de todo, ¿no moriré víctima de mis pesares? Mil veces he intentado

convencer a Rica de que abandonemos este país extranjero; pero se opone a todas mis decisiones: me retiene aquí con mil pretextos; parece haberse olvidado de su patria y puede ser que se haya olvidado hasta de mí mismo; tal vez es la insensibilidad con que acoge mis disgustos.

Desdichado de mí, quiero ir a mi patria, quizá para ser allí más desdichado todavía. ¿Qué hago? Exponer la cabeza ante mis enemigos. Esto no es todo: entraré en el harén, es necesario que pida cuentas de lo ocurrido durante mi ausencia. Y, si encuentro a los culpables, ¿en qué me convertiré? Si sólo pensarlo desde tan lejos ya me abruma, ¿qué no será cuando mi presencia convierta mis pensamientos en viva realidad? ¿Qué sucederá cuando tenga que ver, escuchar todo lo que ahora no me atrevo a imaginar sin temblar? ¿Y cuando sea necesario que yo mismo imponga castigos que sean eterna muestra de mi confusión y mi angustia?

Me encerraré entre muros más terribles para mí que para las mujeres que están allí guardadas. Allí llevaré todas mis sospechas, sus lisonjas no me harán olvidar nada; en mi lecho, en sus brazos, no gozaré más que de mis inquietudes; en una época tan poco propicia para reflexionar, mis celos encontrarán algo que hacer. Desecho indigno de la naturaleza humana, esclavos viles cuyo corazón se ha cerrado a todos los sentimientos amorosos, nunca volveréis a lamentaros de vuestra condición si conocieseis la mía.

París, 4 de la luna de Chahban, 1719

CLV. ROXANA A USBEK, EN PARÍS

El miedo, la noche y el terror reinan en el harén: un espantoso luto lo recubre; continuamente un monstruo desencadena en él todo su furor: ha atormentado a dos eunucos blancos que no han confesado más que su inocencia; ha vendido una parte de nuestras esclavas y nos ha obligado a cambiar entre nosotras las que quedaban. Zachi y Zelis, durante la noche han recibido en su habitación un tratamiento indigno; el sacrílego no teme tocarlas con sus viles manos; nos tiene encerradas a

todas en nuestra habitación, y aunque estemos solas nos obliga a llevar constantemente el velo. No nos está permitido hablar entre nosotras; sería un crimen que nos escribiéramos; sólo somos libres para llorar.

Un grupo de nuevos eunucos ha entrado en el harén, donde nos asedian noche y día. Nuestro sueño es constantemente interrumpido con sus desconfianzas, fingidas o verdaderas. Lo que me consuela es que esto no durará mucho tiempo, y que estas penas acabarán a la par que mi vida. Y no será larga, cruel Usbek, no te daré tiempo para que pongas fin a tus injurias.

Harén de Ispahán, 2 de la luna de Maharram, 1720

CLVI. ZACHI A USBEK, EN PARÍS

¡Santo cielo! Un bárbaro me ha ultrajado hasta en la manera de castigarme. Me ha infligido un castigo que empieza por herir el pudor; un castigo en extremo humillante; un castigo que recuerda, por así decirlo, la infancia.²²⁸

Mi espíritu, en un principio sumido en el oprobio, comenzaba a indignarse, al percatarse de la situación; fue entonces cuando mis gritos hicieron resonar las bóvedas de mis habitaciones. Se me oyó pedir perdón al más vil de todos los humanos y solicitar su piedad mientras se hacía más inexorable.

Desde entonces su alma insolente y servil se impuso a la mía. Su presencia, sus miradas, sus palabras, todas las desgracias me abruman. Cuando estoy sola, al menos tengo el consuelo de verter mis lágrimas; pero cuando aparece ante mi vista me asalta el furor inútil y caigo en la desesperación.

El monstruo se atreve a decirme que tú eres el autor de todas estas barbaridades. Quiere arrancarme mi amor y profanar

²²⁸ *Un castigo que recuerda la infancia:* Es difícil no pensar que Zachi ha recibido una azotaina y, de todas formas, su queja nos arranca de la tragedia y nos mueve a risa. Pero hay algo más. No se puede dudar de que sea culpable: ha sido sorprendida dos veces, una con Nadir, eunuco blanco, otra acostada con una de sus esclavas.

hasta los sentimientos de mi corazón. Cuando pronuncia el nombre del que amo no sé quejarme y sólo puedo morir.

He soportado tu ausencia, y he conservado mi amor²²⁹ por la fuerza de mi amor. Las noches, los días, cada instante, todo ha sido para ti. Estaba incluso orgullosa de mi amor y el tuyo me hacía respetable. Pero ahora... ¡no! No puedo aguantar la humillación a la que se me ha sometido. Si soy inocente, vuelve para amarme. Vuelve si soy culpable, para que expire a tus pies.

Harén de Ispahán, 2 de la luna de Maharram, 1720

CLVII. ZELIS A USBEK, EN PARÍS

A mil leguas de mí me juzgáis culpable. A mil leguas de mí, me castigáis.

Si un bárbaro eunuco pone sus viles manos sobre mí, es por orden vuestra. El tirano es quien me ultraja²³⁰ y no quien ejerce la tiranía.

Podéis, a vuestro gusto, renovar vuestros malos tratos. Mi corazón está tranquilo desde que no puede amaros.

Vuestra alma se degrada y os hacéis cruel. Estad seguro de que no sois en absoluto feliz.

Adiós.

Harén de Ispahán, 2 de la luna de Maharram, 1720

²²⁹ *He conservado mi amor*: Es posible que Zachi sea sincera y que se puedan achacar sus faltas a un temperamento cálido en exceso. Pero Usbek es incapaz de captar cualquier matiz de la psicología femenina. También es posible que Zachi, al conocer la situación de Roxana, prepare su porvenir. Pues sabe que Roxana y ella eran las favoritas, según había manifestado el propio Usbek. Como su única rival va a ser relegada, le bastará humillarse un poco y suplicar a su dueño para conseguir el primer puesto en el harén.

²³⁰ *El tirano es quien me ultraja*: Zelis, madre de familia, de quien se había sospechado estúpidamente, tiene una noble actitud, muy distinta a la de Zachi. Su indignación se manifiesta por medio de una fórmula digna de un espíritu libre.

CLVIII. SOLIM A USBEK, EN PARÍS

Magnífico señor, me compadezco y te compadezco: jamás servidor tan fiel descendió hasta la horrible desesperación en la que estoy sumido. Aquí están tus desgracias y las mías. Sólo temblando puedo escribirte.

Juro por todos los profetas del cielo que desde que me confiaras tus mujeres, noche y día he velado por ellas; ni un solo momento cesaron mis inquietudes. Empecé a desempeñar mi cargo por los castigos y los he suspendido sin salir de mi natural austeridad.

Pero ¿qué te digo? ¿Por qué alardear de una fidelidad que te ha sido inútil? Olvida mis servicios anteriores. Mírame como a un traidor y castígame por todos los crímenes que no he sabido impedir.

¡Roxana! ¡La orgullosa Roxana! ¡Santo cielo! ¿De quién fiarse ya? Tú sospechabas de Zelis²³¹ y tenías entera confianza en Roxana. Pero su insobornable virtud era una cruel impostura: era el velo de su perfidia. La he sorprendido en los brazos de un joven que al verse descubierto, se lanzó sobre mí. Me dio dos puñetazos. Los eunucos, atraídos por el ruido le rodearon. Se defendió durante algún tiempo e hirió a varios. Quería incluso entrar en la habitación para morir, según decía, bajo la mirada de Roxana. Pero al fin sucumbió ante el número y cayó a nuestros pies.

No sé si esperar, sublime señor, tus severas órdenes; has puesto la venganza en mis manos y no debo demorarla.

Harén de Ispahán, 8 de la luna de Rebiab 1, 1720

CLIX. SOLIM A USBEK, EN PARÍS

Ya he tomado una decisión: desaparecerán todas las desgracias.

²³¹ *Tú sospechabas de Zelis*: El equívoco se ha disipado. La estupidez brutal ha dado sus frutos. Usbek habrá perdido a la mujer a quien quería, habrá perdido a la madre de su hija, a Zelis, y será tal vez juguete de la insidiosa Zachi.

Ya siento una secreta alegría;²³² mi espíritu y el tuyo van a tranquilizarse: vamos a exterminar el crimen y resplandecerá la inocencia.

¡Ah, vosotras, que parecéis no estar hechas más que para ignorar vuestros sentidos e indignaros con vuestras mismas apetencias, víctimas de la vergüenza y del pudor, lástima que no pueda hacer os penetrar a grandes oleadas en este desgraciado harén para que os asombréis ante la sangre que voy a derramar!

Harén de Ispahán, 8 de la luna de Rebiab I, 1720

CLX. ROXANA A USBEK, EN PARÍS

Sí, te he engañado: he seducido a tus eunucos, me he burlado de tus celos y he sabido hacer de tu horrible harén un lugar de delicias y de placeres.

Voy a morir: el veneno va a penetrar en mis venas. ¿Qué iba a hacer aquí, puesto que el único hombre que me ataba a la vida ha desaparecido? Me muero; pero mi alma va bien acompañada: acabo de enviar delante de mí a esos sacrílegos guardianes que han derramado la sangre más noble del mundo.

¿Cómo has podido pensar²³³ que yo iba a ser tan crédula como para imaginarme que estaba en el mundo sólo para adorar tus caprichos? ¿Que, mientras tú te permites todo, tienes el derecho de despreciar mis deseos? ¡No! He podido vivir en la esclavitud pero siempre he sido libre: he modificado todas tus leyes de acuerdo con la naturaleza y mi espíritu se ha mantenido siempre independiente.

²³² *Ya siento una secreta alegría*: Éste es, dentro de la tragedia, el monólogo del traidor antes del desenlace, pues no se puede pensar que Solim fuese capaz de dirigir a su dueño semejante carta. Además, se trata de uno de los secretos resortes del drama, que no ha sido tan sencillo como se pudiera creer y que confirma la tesis general del libro. La catástrofe tiene su origen en la ceguera y en la debilidad de Usbek, pero también en la envidia y el deseo de venganza de los oprimidos, exaltados por su desesperación hasta una alegría cruel y sádica. Quizá esto es una especie de símbolo de las graves convulsiones que preveía Montesquieu.

²³³ *¿Cómo has podido pensar...?*: En el carácter violento y altivo de esta mujer hay algo de los personajes femeninos de Racine.

Deberías agradecerme el sacrificio que he hecho porque me he humillado hasta parecerme fiel, porque he mantenido oculto en mi corazón lo que hubiera debido manifestar al mundo entero y porque he profanado la virtud soportando que llamaran así a mi sumisión ante tus fantasías.

Te extrañabas de no encontrar en mí los arrebatos del amor. Si me hubieras conocido, te habrías dado cuenta de toda la violencia de mi odio.

Pero durante mucho tiempo has tenido la ventaja de creer que habías sometido un corazón como el mío. Los dos éramos felices: tú creyéndome engañada y yo engañándote.

Sin duda, este lenguaje te parecerá nuevo. ¿Será posible que después de haberte sumido en el dolor te obligue aún a admirar mi valor? Pero, se acabó: el veneno me consume; me abandonan las fuerzas; la pluma se me cae de las manos, siento que hasta mi odio se debilita; me muero.

~ Harén de Ispahán, 8 de la luna de Rebiab 1, 1720

APÉNDICE

APOLOGÍAS

1

Cuando apareció esta obra no fue considerada como una obra seria: no lo era. Se ponderaron dos o tres temeridades en favor de una conciencia completamente limpia, que todo criticaba y no envenenaba nada. Todo lector se ponía a sí mismo como testigo y no percibía más que su alegría. Antiguamente se enfadaban del mismo modo que nos enfadamos hoy, pero sabían mejor cuándo tenían que enfadarse.

2

No se puede atribuir a las *Cartas persas*, como se ha pretendido, un ataque a la religión.

Estas cosas no están en mi obra unidas a una intención de examinar, sino a la idea de singularidad; nunca encierran una intención crítica, sino una exposición de lo insólito.

Era un persa que hablaba y tenía que asombrarse de todo lo que veía y de todo lo que oía.

En esta situación, cuando habla de religión, no posee más conocimientos sobre el tema que sobre otras cosas; igual que los usos y costumbres de la nación, que no mira en ningún momento como buenos o malos, sino como extraordinarios.

Del mismo modo que encuentra raras nuestras costumbres, algunas veces se extraña ante ciertos aspectos de nuestros dogmas, porque los ignora y los explica mal, porque desconoce lo que los une y aquello sobre lo que se apoyan.

Es verdad que puede haber resultado indiscreto tocar estos

temas, ya que no se está tan seguro de lo que los demás puedan pensar como de lo que uno mismo piensa.

CARTAS Y FRAGMENTOS DE CARTAS

USBEK A...²⁴

El hombre de talento no abunda en la sociedad: escoge sus amistades; se aburre con toda esa cantidad de personas de quienes se complace en llamar *malas compañías*; es imposible que no muestre en parte su aborrecimiento. Como si se tratara de sus enemigos.

Seguro de agradar cuando le venga en gana, a menudo se descuida de hacerlo.

Es propenso a la crítica porque ve más cosas que los demás y las siente mejor.

Casi siempre despilfarra su fortuna, porque su talento le proporciona mayor número de medios para esto.

Fracasa en sus negocios porque arriesga siempre demasiado. Su perspectiva siempre amplia, le hace ver objetos que se encuentran a grandes distancias. Sin contar que, en los preliminares de un proyecto, está mucho menos influido por las dificultades que provienen de la cosa en sí, que por las soluciones que provienen de él y que extrae de sí mismo.

Descuida los pequeños detalles de los que, sin embargo, depende el éxito de casi todos los grandes negocios.

El hombre mediocre, por el contrario, intenta sacar partido de todo; sabe perfectamente que no se puede permitir ningún descuido.

Es universalmente aceptado, por regla general, el hombre mediocre. Uno se complace concediendo esta aceptación al segundo, y quitándosela al primero. Mientras que se envidia y

²⁴ *Usbek*: Esta carta sólo figura en las ediciones anteriores a 1754. Tenía el número 145, lo cual hacía de ella una continuación del retrato de los dos sabios vanidosos. Pero también podemos considerarla como una especie de tercera apología, un poco disfrazada.

nada se le perdona a uno, todo se suple en favor del otro: la vanidad se declara a su favor.

Pero si con tantas desventajas cuenta un hombre de talento, ¿qué diremos de los sabios?

Nunca pienso sobre esto sin acordarme de la carta que uno de ellos escribió a un amigo suyo. Hela aquí:

“Muy señor mío:

”Soy un hombre que se pasa todas las noches mirando los grandes astros que ruedan sobre nuestras cabezas a través de lentes de treinta pies y, cuando me apetece descansar, cojo mi microscopio y me pongo a observar un piojo o una polilla.

”No soy en absoluto rico, y sólo tengo una habitación, donde no me atrevo ni a encender fuego porque el calor artificial elevaría la temperatura de mi termómetro. El invierno pasado creí que iba a morir de frío, y aunque mi termómetro, que marcaba la mínima temperatura, me previno que se me helarían las manos, no me desanimé, y tengo el consuelo de conocer con precisión las variaciones más insensibles en la temperatura de todo el año pasado.

”No me trato con casi nadie, y de todas las personas que veo, no conozco a ninguna; pero hay un hombre en Estocolmo, otro en Leipzig y otro en Londres, a los que nunca he visto e indudablemente nunca veré, con los que mantengo una correspondencia tan puntual que no dejo pasar ni un solo correo sin escribirles.

”Pero, aunque no conozca a nadie de mi barrio, tengo tan mala fama que me veré obligado a dejarlo. Hace cinco años fui duramente insultado, por una de mis vecinas, por hacer la disección de un perro que, según ella, le pertenecía. La mujer de un carnicero, que se encontraba allí, se puso de su parte y, mientras la vecina me abrumaba con sus injurias, la otra se lió a pedradas conmigo y con el doctor..., que estaba a mi lado y que recibió un terrible golpe en el frontal occipital, con lo que su razón quedó profundamente perturbada.

”Desde aquello, en cuanto un perro da la vuelta a la esquina, inmediatamente se decide que ha pasado por mis manos. Una buena señora, que había perdido un perrito a quien quería, según dijo, más que a sus hijos, vino el otro día a insultarme a mi habitación y, no encontrándolo me citó ante el juez. Creo

que nunca podré librarme de la inoportuna malicia de estas mujeres, que con sus voces chillonas me aturden sin cesar con oraciones fúnebres por todos los animales que han muerto desde hace diez años.

”Atentamente... etcétera.”

Antiguamente todos los sabios eran acusados de brujería. Y no me extraña. Cada uno decía de sí mismo: “He llevado las fuerzas naturales tan lejos como podían ir; sin embargo, cierto sabio me lleva alguna ventaja: por fuerza tiene que tratarse de una brujería.”

Ahora que esta clase de acusaciones están muy desprestigiadas, se va por otro lado y un sabio difícilmente podrá evitar que le acusen de irreligioso o de hereje. Aunque la gente llegue a absolverle, la herida ya está abierta y nunca se cerrará del todo. Para él se tratará siempre de una parte enferma. Tres años después llegará un adversario para decirle modestamente: “No quiera Dios que yo comparta las acusaciones que se os hacen. Pero usted se vio obligado a defenderse.” De esta manera vuelve contra él su propia justificación.

Si escribe alguna historia con nobleza de alma y buena intención en el corazón, se suscitan contra él mil persecuciones. Se intentará promover contra él la justicia por un hecho ocurrido mil años antes, y se intentará enrejar a su pluma, si no se la puede sofocar con dinero.

Sin embargo son más felices que esos otros apocados que abandonan su fe por una mediocre pensión; que tomando una a una todas sus fechorías apenas si les rinden una miseria; trastocan la constitución del imperio, disminuyen los derechos de una potencia, aumentan los de otra, dan a los príncipes, quitan al pueblo, reviven derechos prescritos, halagan las pasiones en boga y los vicios de la corte: imponiéndose a la posteridad tanto más indignamente cuantos menos medios tiene de destruir sus huellas.

Pero para un autor no es suficiente el haber soportado todos esos insultos. No es suficiente haber vivido continuamente preocupado por el éxito de su obra. Al fin llega el día en que esta obra que tanto le ha costado le proporciona disgustos por todas partes. Y ¿cómo evitarlos?

Pensaba de una manera que sostuvo en sus escritos; no sabía que un hombre a doscientas leguas de allí, había dicho todo lo contrario. Sin embargo, la guerra está declarada.

Todavía cabría esperar alguna atención. No, todo lo más es apreciado por los que se dedican al mismo tipo de ciencia que él. Un filósofo desprecia olímpicamente a un hombre cuya cabeza está cargada de hechos y, a su vez, es considerado como un visionario por otro que tiene buena memoria.

En cuanto a los que hacen profesión de una orgullosa ignorancia, quisieran que todo el género humano estuviese sumido en el olvido en que lo están ellos mismos.

Un hombre al que le falta talento se refugia en el desprecio: de esta manera suprime el obstáculo que se interponía entre el mérito y él y, por lo tanto, se encuentra a la altura de aquel cuyas obras teme.

Por último, hay que añadir a una reputación equívoca la privación de los placeres y la pérdida de la salud.

París, 20 de la luna de Chahban, 1720

RICA A USBEK, EN EL CAMPO

Tú te quedas en el campo mientras yo permanezco en el bullicio de París. Ayer estuve en una reunión. Un joven hablaba mucho y, como le conocía de antes, sabía de la terrible impertinencia de sus modales e idéntica fatuidad de su conversación. Aquel día estaba ocupado en difamar a quince o veinte personas. Se calló un momento; lo que me permitió decirle: "Parece, señor, que no conoce a nadie en este país. —¿Por qué lo dice?, replicó. —Lo he pensado porque no hace usted más que hablar mal de todo el mundo. —Pronto se excita usted, me respondió. Apuesto que no conoce ni a una sola de las personas de quienes he hablado. —Tampoco conozco, repuse, a los que son en la carretera asaltados y, sin embargo, me molesta que los roben. No conozco, en absoluto, a las personas de quienes acaba de hablar; pero todas ellas tienen una cualidad respetable: que no están aquí."

Esta intervención casi violenta no desagradó a la reunión, pero no le hizo adoptar ningún tono más juicioso. El joven empezó a hacer propaganda de un ateísmo brutal e, inmediatamente, mirándome con fijeza, dijo: “Estoy seguro que el señor desapueba todo lo que digo. —En absoluto, le objeté, lo que usted dice sólo afecta a Dios. No hay ningún mal en ello. Ese ser supremo, que si ve a un insecto como a usted, es debido a su inmensidad, sabrá castigarle. Así que sólo me inspira usted compasión. Pero, hace un rato, me indignaba verle desolar a tantas familias.”

Me parece, Usbek, que es bueno que no haya gente que no sea mediocre, incluso cuando se trata de corrupción. Consiguen que se ame la virtud más rotundamente de lo que pueden conseguirlo los virtuosos. Oigo murmuraciones que me exhortan al amor, y blasfemias que me elevan hacia el creador tanto como los himnos que oigo cantar.

París, 10 de la luna de Rebiab 2, 1717

HAGI IBBI A GEMCHID, DERVICHE DE LA MONTAÑA DE JARÓN

¡Dichoso Gemchid! la ley del santo Corán no ha podido ser escrita en vano: descubres preceptos escondidos en las palabras más insignificantes de este libro. Parece aumentar de tamaño, de acuerdo con el número de tus prácticas. Multiplicas los motivos de obediencia y superas los mandamientos de aquel que nos ha encontrado débiles cuando nos buscaba fieles.

Permite que te diga mis pensamientos.

En materia de religión, la discusión se hace más violenta cuanto más superficial es el tema que la provoca. Toma fuerza en relación con la insignificancia de lo discutido. Al fuego le falta sustento pero no deja de arder.

Sabes los menores argumentos de nuestras discusiones sobre Alí y Abubeker. Si los partidarios de estos dos grandes

hombres no se hubieran acalorado tanto para defender opiniones en forma que ellos mismos no lo hicieron en su propio interés, la religión musulmana habría estado tranquila: la Tierra no habría molestado al cielo y el cielo no habría molestado a la Tierra. Lo que más ha contribuido a agriar los espíritus han sido las palabras injuriosas que el odio ha introducido en las dos liturgias. O el hecho de que una de las partes arremetiera de tal manera contra la otra: sin embargo, la equidad natural y la piedad religiosa ordena suprimir estas injurias, aunque sean tan generales como para no poder recaer sobre nadie en particular, prescribiendo no decir a los demás injurias que puedan ofenderles y, el sentido común, que se diga en forma de oración.

París, último día de la luna de Chahban, 1720

Las ganas que tengo de aprender las costumbres de este país hace que alterne todo lo que pueda y que busque siempre nuevas amistades. He encontrado para esto un método maravilloso; se trata de escuchar: porque el francés es hablador. Le gusta hablar a todo el mundo de su nacimiento, de sus méritos, de sus ropas, de sus criados, de sus bienes y de sus riquezas. Es difícil encontrar un hombre paciente. Sería molesto que ignorases la historia de su vida y de sus aventuras. Préstale atención, será tu amigo. Si logra hacerte reír, te estará eternamente reconocido. Su agradecimiento será también eterno si te acuerdas bien de que tiene dos mil acres [*sic*] de renta, una jauría y veinte esclavos. Convéncete sobre todo de que su profesión es superior a cualquier otra. Añade que es competente en esta profesión. Tendrás la llave de su corazón.

En París, hay tres profesiones: la de ser una mujer bonita, la de ser ingeniosa y la de ser hipócrita.

Este hombre estaba dominado por la sinrazón de los que quieren que se les divierta cuando se les cuenta algo, sin pensar en la diversión del propio narrador.

EL REY DEL TÍBET A LA CONGREGACIÓN DE LA PROPAGANDA, EN ROMA²³⁵

Me habéis enviado a un hombre que me ha dicho que su religión le exigía vestirse de negro. Me habéis enviado otro que alardea de vestirse de gris. Se odian tan violentamente que aunque están a tantos miles de leguas de su país sólo se ven para injuriarse; y, aunque mi imperio es de una extraordinaria extensión, los dos no desean vivir en él. Les he dicho que podrían repartírselo, e irse el uno a Oriente y el otro a Occidente. Pero no quieren que uno esté en un lugar donde el otro no pueda ir nunca. Confieso que tienen algunos conocimientos de matemáticas. Pero ¿no podrían ser muy sabios sin estar a la vez tan locos? Como me han dicho que era su traje el que les enfurecía, he ordenado que se les despojara de él y he querido que se vistieran como dos mandarines. Por otra parte, he imaginado que como no tenían trato alguno con mujeres esto endurecía sus espíritus. Por eso he decidido casarlos y dar a cada uno dos, etcétera.

Se acaba de publicar el edicto por el cual el extranjero²³⁶ debe ser internado en el manicomio y todos los franceses en el hospital. Las acciones y los billetes de banco pierden la mitad de su valor. Hay personas que son despojadas de tres mil millones de un plumazo, es decir, una suma que apenas si existe en el mundo y con la cual se podrían comprar todas las riquezas del reino de Persia. Toda la nación está consternada. Noche y duelo cubren este desdichado reino: parece una ciudad arrasada o devorada por las llamas. Entre tanta desgracia sólo el extranjero parece satisfecho de sí mismo y habla todavía de conservar su funesto sistema. Estoy viviendo en el país de la desesperación: mis ojos no ven más que desgracias que azotan

²³⁵ La congregación de la propaganda se había organizado en 1622 para organizar las misiones en los países infieles. El rey del Tíbet era el Dalai Lama, aunque no tenga ninguna característica común con los demás reyes. Por otra parte, en 1720 ya había tiempo que era vasallo del emperador de China.

²³⁶ *El extranjero*: el escocés Law.

a los infieles. Se levanta un viento que arrastra sus riquezas. Su falsa abundancia desaparece como un fantasma.

Acabo de enterarme de que la sentencia de que se hablaba ha sido revocada. No debe extrañarte este cambio. Aquí *los proyectos desplazan a los proyectos como las nubes desplazan a las nubes*. La sentencia ha sido revocada, pero no así el mal que produjo. El Ministerio acaba de hacer al pueblo una confidencia que nunca olvidará.

París, 21 de la luna de Rebiab 1, 1720

EL GRAN EUNUCO A JANUM, EN...*

Pido al cielo que te devuelva a estos lugares y te defienda de todos los peligros.

Destinado a ocupar un lugar en el harén que tengo bajo mis órdenes es posible que vayas al puesto que ocupo. Es allí donde puedes desarrollar tus puntos de vista.

Piensa desde el principio en formar y atraer la atención de tu amor. Créate una severa apariencia; lanza miradas sombrías; habla poco; que la alegría huya de tus labios: la tristeza sienta bien a nuestra condición. Tranquilo en apariencia, manifiesta de vez en cuando un espíritu inquieto. No esperes a las arrugas de la vejez para mostrar tu disgusto.

No te dejes llevar por una vana complacencia. Todos nosotros somos odiados por las mujeres y odiados hasta el furor. ¿Crees que este odio implacable es efecto de la severidad con que las tratamos? ¡Ah! Serían capaces de perdonar nuestros caprichos si pudieran perdonarnos nuestra desgracia.

No intentes una probidad demasiado estricta. Existe una cierta delicadeza que no conviene más que a los hombres li-

* Esta carta no fue incluida en las *Cartas persas*: 1) porque se parece demasiado a las otras y 2) porque insiste en cosas que allí están mejor dichas. La incluyo aquí a causa de ciertos fragmentos que podrían entresacarse y de algunas referencias reales que en ellas se encuentran.

bres. Nuestra condición no nos permite ser virtuosos. La amistad, la fe, los juramentos, el respeto a la virtud, son víctimas que en todo momento debemos sacrificar. Obligados a trabajar constantemente para conservar la vida y no ser castigados, cualquier medio es legítimo: la sutileza, el fraude, la mentira, son las virtudes de todos los desgraciados como nosotros.

Si llegas en algún momento a ocupar el primer lugar, tu principal objetivo será convertirte en dueño del harén. Cuanta más actividad tengas más medios tendrás para terminar con las intrigas y el furor de la venganza. Hay que empezar por abatir el valor y enterrar todas las pasiones, en el asombro y el temor. El mejor modo de conseguirlo es activar los celos de tu amo. Le harás de vez en cuando pequeñas confidencias. Le confundirás por medio de las más ligeras sospechas. Más adelante le convencerás añadiendo nuevos detalles.

Otras veces le abandonarás a sí mismo y, durante algún tiempo, le dejarás sumido en la incertidumbre. Después te presentarás ante él, que se alegrará de encontrar en ti un mediador entre su amor y sus celos: te pedirá parecer. Dulce o severo, conseguirás una protectora o humillarás a una enemiga.

Sin embargo, no siempre vas a poder jugar a tu gusto con sospechas de alguna intriga criminal: las mujeres acosadas por tantas miradas no pueden ser acusadas de ciertas faltas sólo por las apariencias. Es preciso buscar en los procedimientos que el amor desesperado utiliza cuando la irritada imaginación se aferra a lo primero que encuentra. No me asusta recomendarte que puedes ir muy lejos en tus simulaciones. Después de tantos años de vigilar he aprendido, incluso he visto, cosas increíbles. Mis ojos han sido testigos de todo lo que el odio puede inventar y el demonio del amor producir.

Si ves a tu amo capaz para el juego del amor, dirige su corazón hacia alguna de sus esposas, relaja un poco ante él tu ordinaria severidad; pero insiste sobre sus rivales y esfuérzate en hacerle agradable tu delicadeza y tu severidad.

Pero si ves que, poco constante en sus amores, utiliza despiéticamente a todas las mujeres que posee, a las que ama, abandona y vuelve a tomar; que destruye por la mañana las esperanzas forjadas durante la noche; que tras la elección está

el capricho y tras el capricho el desprecio, entonces te encontrarás en la situación más feliz en que puedes encontrarte. Dueño de todas tus mujeres, trátalas como si vivieran sumidas en una perpetua desgracia y no temas nada del obsequio que se pierde a medida que se entrega.

Entonces es a ti a quien corresponde favorecer su inconstancia. Algunas veces sucede que tiene éxito una mujer y asienta el corazón más versátil. Por más que intente escapar, ella siempre le hace volver. Tan constantes retornos amenazan con una eterna sujeción. Es preciso, cueste lo que cueste, romper estas nuevas cadenas. Abre el serrallo: facilita la entrada de montones de nuevas rivales; organiza diversiones en todas partes; mezcla entre las demás a una orgullosa favorita y oblígala a discutir lo que las otras ya no pueden defender.

Esta política te dará, casi siempre, buenos resultados. De este modo, utilizarás tan bien su corazón que no se dará ni cuenta. Se perderán las gracias, infinidad de vedados encantos lo serán todavía más para sus ojos. En vano porfiarán sus mujeres en lanzar sobre él sus dardos más temibles. Inútiles para el amor no se preocuparán de su corazón más que en la medida que los celos les permitan.

Verás que no te oculto nada. Aunque nunca haya llegado a conocer este compromiso que se llama *amistad*, y me haya recluso en mí mismo, me has hecho recordar que tenía un corazón, y que mientras yo era una estatua para todos estos esclavos que vivían bajo mis leyes, te veía crecer con agrado.

Me ocupé de tu educación. La severidad, siempre inseparable de la enseñanza, te hizo ignorar durante mucho tiempo que te apreciaba. Sin embargo, te quería, y yo diría que como un padre a un hijo, si estas palabras de padre e hijo no sirvieran mejor para recordarnos a los dos un pasado horrible, que para señalar una dulce y secreta simpatía.

RICA A USBEK

He aquí una carta que ha caído en mis manos.

“Querida prima:

”Me acaban de abandonar dos hombres. Me he dirigido al que tú sabes pero ha estado duro como una roca. Mi corazón se indigna a causa de los ultrajes que diariamente recibe.

”¿Qué he hecho yo para merecerlo? He insistido cientos de veces en las acostumbradas cortesías. ‘Dios mío, me decía, ¿es posible que yo, de quien en otro tiempo se decían tantas delicadezas, me preocupe ahora por esas cosas?’

”Tienes, querida prima, dos años menos que yo y tus encantos son superiores a los míos. Pero te suplico que no me dejes sola cuando decida abandonar el mundo. ¡Eres confidente de tantos de mis secretos y yo soy depositaria de tantos de los tuyos! Hace más de treinta años que nuestra amistad ha salido triunfante de cualquier desavenencia que necesariamente provoca una sociedad llena de intrigas y multitud de intereses.

”Te lo he dicho muchas veces: no puedo ya soportar a esos hombres que tanto he amado. Están tan satisfechos de sí mismos y tan poco de nosotras; valoran tanto su estupidez y su apariencia... Querida prima, líbrame de su desprecio.

”Estoy aficionándome al trato de personas piadosas y esto me consuela. Pero todavía no he roto lo suficiente con el mundo para que tengan confianza en mí. Sin embargo, a medida que se rompen los lazos que me unen al mundo, se acercan más a mí. ¡Qué placer encuentro en ese nuevo tipo de vida, en lugar del escándalo y el ruido del mundo impostor!

”Querida prima, voy a entregarme a ellos por completo.

”Voy a descubrirles el estado de un corazón impresionable con cualquier sensación. No es que vaya a extinguir todas mis pasiones; solamente se trata de encauzarlas.

”Hay una cosa que es el principal fundamento de la vida piadosa: la supresión total de los placeres extraños a nosotros. Pues, aunque para nosotros son siempre mucho más inocentes en el momento en que los abandonamos que cuando nos entregamos a ellos, sin embargo significan cierto deseo de agradar al mundo, que la devoción rechaza. La religión quiere

que aparezcamos ante el mundo con todos los ultrajes del tiempo para mostrarle hasta qué punto lo detestamos. En cuanto a nosotras, querida prima, me parece que aún podemos mostrarnos tal como somos. Ya te he dicho cien veces que estabas más encantadora cuanto menos cuidada aparecías, ya que el verdadero arte está en no procurarlo.

”Ojalá esta carta llegue a tu corazón y te inspire las decisiones que yo he tomado después de combatir las durante tanto tiempo.

”Adiós.”

La devoción que en ciertas almas es una señal de fuerza, en otras lo es de debilidad. En ningún momento es indiferente, pues, si por una parte sirve de adorno a las personas virtuosas, por otra agrava la degradación de las que no lo son.

París, 25 de la luna de Rebiab, 1717

USBEEK A ZELIS

Has pedido ante el juez la separación, ¿qué ejemplo vas a dar a tu hija! ¿Qué tema de conversación para todo el harén! Menos me insultas mostrando el poco amor que me profesas que el poco respeto que tienes para contigo misma.

¿Crees que para tus compañeras la virtud resulta menos pesada que para ti, que su vida es menos difícil? No, sin duda. Pero sus luchas son desconocidas, mantienen en secreto los dolores de una victoria demasiado evidente, y la virtud, incluso cuando tiraniza, se manifiesta en ellas bajo un porte modesto y un rostro tranquilo.

Estoy seguro de que sufres todos los rigores de la continencia. Cuento para ello con la vigilancia de mis eunucos.

Respetaban tu edad, te creían dueña de todas tus pasiones.

Pero ahora, cuando saben que son ellas las que te dominan, sin duda alguna redoblarán sus cuidados para vigilarte. Te tratarán como si te acecharan todavía los peligros de la juventud y tratarán de encauzarte por medio de una educación de la que tanto te has alejado.

Así pues, abandona tu idea y trata de comprender que no te queda más posibilidad que mi amor y el arrepentimiento; pues no estoy dispuesto a consentir que una mujer a la que amo se entregue en brazos de otro hombre, cuando a mí precisamente se me debería considerar el más bárbaro de todos los hombres...

No digo más sobre esto. Conoces mi corazón y puedes entenderme.

Desde... 1 de la luna de Zilhagé, 1718

Cartas persas
—con una tirada de 5 mil ejemplares—
lo terminó de imprimir la
Dirección General de Publicaciones
del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
en los talleres de
Impresora Solart, S.A. de C.V.
Av. Guerrero núm. 68-B, Col. Guerrero
C.P. 06300, México, D.F.,
en septiembre de 1992

Fotografía de portada: Estela Macías Carranco

Diseño de portada y cuidado de la edición:
Dirección General de Publicaciones